

Libros del Asteroide



Bernard MacLaverty

Unas vacaciones en invierno

Traducción de Álvaro Marcos



Bernard MacLaverty

Unas vacaciones en invierno

Traducción de Álvaro Marcos

Libros del Asteroide 

Índice

Portada

Unas vacaciones en invierno

Colofón

Primera edición, 2019

Título original: *Midwinter Break*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © Bernard MacLaverty, 2017

© de la traducción, Álvaro Marcos, 2019

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Craig Whitehead / Unsplash

Fotografía del autor: © Robert Burns

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17977-08-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

A todos los nietos

En el baño, Stella se preparaba para acostarse. Gerry había dejado el espejo de afeitar colocado por el lado del aumento y ella estaba examinándose las cejas. Humedeció la punta del dedo índice con la lengua y se las alisó. Después se ocupó de las pestañas. Estaba harta de todo aquello: los discos desmaquillantes, el agua hervida y esterilizada sobre el platillo, los ungüentos, la papelerera llena de bastoncillos de algodón.

Dio las buenas noches a Gerry y, de camino al dormitorio, pasó junto a las maletas, ya preparadas en el recibidor. Encendió la pequeña radio que tenía junto a la cama para escuchar las noticias de la noche y se puso el pijama. Lo hizo rápido, porque la habitación estaba fría. No consideraba sensato pagar un dineral por calentar la habitación durante todo el día solo para disfrutar de un minuto escaso de confort a última hora.

Antes de meterse en la cama, apagó la manta eléctrica. Le pasaba a menudo que se quedaba dormida con ella todavía encendida. Para cuando Gerry también se acostaba, Stella tenía un aspecto horrible. «Como beicon frito», lo describía él.

Disfrutaba de aquel momento para ella sola, de esa separación al final de cada jornada. Con su bolsa de agua caliente, su mantita eléctrica y su radio encendida. Con Gerry fuera del mapa, en otra habitación, escuchando música con sus auriculares. Tomándose una copa nocturna, sin duda. O dos, o tres. Las contraventanas atrancadas, las ventanas cerradas. La casa segura. A veces, después de las noticias, leía un rato, en silencio. El sonido de las páginas al pasarlas. La ausencia de conversación. Pero últimamente se sentía demasiado cansada para leer, incluso para sostener un libro. Más aún uno de tapa dura. Había un momento crítico en el que sabía que se iba a quedar dormida. Su cabeza se hundía en la almohada, su mano se deslizaba por debajo de las sábanas para dejar el libro o apagar la radio. Las obligaciones, los menús y las listas de cosas pendientes se desvanecían. Ninguna de aquellas responsabilidades podía ser atendida entonces; permanecían ocultas tras una cortina, aunque regresarían como un rumor persistente a primera

hora de la mañana. Antes de darse cuenta, se quedaba profundamente dormida.

Cuando la asaltaba el insomnio, lo hacía en mitad de la noche. En cualquier momento entre las tres y las seis de la mañana se la podía ver enroscada en el sofá, dando sorbos a un vaso de leche caliente o mordisqueando una galleta. La ausencia de sueño podía prolongarse durante horas, ya fuera en la cama o mientras caminaba de un lado a otro. En aquellos momentos, sus inquietudes y su angustia se desplegaban en toda su hondura. Amplificadas, como reflejadas en el espejito del baño. A altas horas de la madrugada, una preocupación se convertía en un monstruo muy diferente al de una preocupación diurna. Y eso la mantenía despierta. Cabía la posibilidad de que volviera a conciliar el sueño en una o dos horas, pero no había garantía de ello.

De repente, se escuchó una música a todo volumen. Los ojos de Stella se abrieron. Pero ¿qué demonios...? Los volvió a cerrar, apretándolos, y se acurrucó, aplastando la oreja derecha contra la almohada. Tiró del edredón para taparse la otra oreja. Pero la música seguía martilleando. ¿A qué diantres jugaba Gerry?

Gerry estaba sentado, con la vista fija hacia el frente. La televisión estaba apagada y la habitación, en silencio. Había un cono de luz sobre su cabeza que dejaba el resto de la estancia en penumbra. Gerry consideraba el sofá una fortaleza. Tenía una concavidad que se adaptaba perfectamente a su figura. Todo lo que necesitaba estaba a mano: libros predilectos, guías de música y cine y discos compactos. Sus libros de arquitectura estaban en la librería del estudio. Stella acaba de concluir en el baño su rutina previa a acostarse. Cuando salió, Gerry escuchó el chasquido del pestillo.

—Buenas noches —dijo Stella.

Se acercó al extremo del sofá, oliendo a pasta de dientes, e hizo un gesto de despedida con los dedos antes de seguir su camino.

—Recuerda que mañana nos levantamos pronto.

Gerry esperó a oír cómo se cerraba la puerta del dormitorio. Después se acercó al armarito donde guardaban las bebidas. En la cocina, llenó la jarrita

de Kilkenny. De vuelta al armario, se sirvió un whisky en su vaso favorito y lo rellenó con agua hasta el borde. Le gustaba el peso del cristal Waterford, su gravedad. Hacía que la bebida resultara más sustanciosa, más potente. Luego regresó al sofá y apoyó el vaso sobre un estante de la librería. La luz le confería un brillo amarillento. La altura de la balda escogida era inferior a la del brazo del sofá, de modo que, si Stella entraba en el cuarto, el vaso quedaba fuera de la vista. No es que quisiera ocultárselo. No tenía ningún problema con decirle a todo el mundo: «Por las noches, cuando Stella se va a la cama, me pongo un copazo y escucho música». Con el vaso fuera de su campo de visión, sin embargo, Stella no podía ver cuánto se había servido. Para ella, un vasito de vino con la comida era «más que suficiente». Y bueno para el corazón.

La calefacción estaba programada para apagarse a la hora en la que Stella se acostaba. Al enfriarse, los radiadores hacían ruido. La casa crujió mientras el viento soplaba fuera. Gerry olió las flores que había sobre la mesa. Stella había comprado lirios, que despleaban ahora, por la noche, toda su fragancia. Dio un sorbo a su bebida. No era propio de ella tener flores que malgastasen su dulzura en la atmósfera desierta, cuando ellos no estaban presentes para disfrutarlo.

Escogió un CD. Los auriculares tenían las marcas L y R para izquierda y derecha, pero las letras estaban prácticamente borradas. Se los puso. La música se escuchaba alta y nítida. Aun así, subió el volumen. Dio otro sorbo al whisky, haciendo descender su nivel, saboreándolo. El líquido tenía un color dorado y las caras del cristal tallado del vaso eran plateadas. La copa le ayudaría a conciliar el sueño. Le proporcionaría una noche de descanso reparador y, por la mañana, estaría listo para ponerse en marcha. No había nada peor que empezar unas vacaciones con la moral baja. Evidentemente, todavía necesitaría un par de copas más para ponerse a tono.

Los auriculares lo aislaban del mundo real y, en ocasiones, incluso cuando estaba apoltronado en el sofá, se sentía vulnerable. Aunque la puerta de casa estuviera cerrada y las ventanas atrancadas, cualquiera podía entrar en la habitación y acercársele por detrás. ¿Se trataba de otra reminiscencia de Belfast? «Comando de unionistas asesina a arquitecto católico retirado en Escocia.» Podían atacarlo por la espalda y estrangularlo. Así de segura era la

fortaleza del sofá. Subió el volumen aún más. Era un estruendo maravilloso de vientos desbocados y timbales retumbando. Felicitó al compositor y a los intérpretes con frecuentes sorbos de whisky. De pronto, lo deslumbró un violento destello. Por un instante, pensó que se trataba de un relámpago o de una explosión.

—Gerry.

Alzó la vista. Stella estaba en el pasillo, en bata, con la mano en el interruptor.

—¡Perdón! —gritó Gerry por encima del estrépito de la música—. Culpa mía.

Se incorporó deprisa y se quitó los auriculares. Aunque aquello le pasaba otras veces, en esta ocasión hasta él se asustó al escuchar el volumen al que sonaba la música en la habitación.

—¡La Virgen...! —dijo, mientras se agachaba para apagar los altavoces principales.

—No sé qué es peor, si el jaleo o esa expresión —dijo Stella—. Pero si lo que quieres es acabar viviendo solo, vas por buen camino.

—Lo siento, no me había dado cuenta —respondió Gerry.

La habitación se sumió en el silencio, a excepción del hilillo de sonido que seguía saliendo de los auriculares que colgaban de su cuello.

—No sabía que...

—Acabarás fastidiándote los oídos —dijo Stella—. Se van a quejar los vecinos. Son las doce y media. Y mañana tenemos que madrugar.

—¿Está todo preparado?

—¿De qué estás hablando? Estaba intentando coger el sueño.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí de pie?

—Un minuto o así.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—No me habrías oído —dijo Stella—. Y no quería darte un susto y que te diera un infarto. No tendría con quién irme de vacaciones.

—Voy enseguida —dijo Gerry.

Stella volvió a la cama. Gerry se sirvió otro whisky.

«Un dedito, nada más», se dijo.

Pero encima de ese dedito, se sirvió otro más. Dos deditos hacían un dedo considerable. El mundo parecía reconocer tan solo dos estados: sobrio o ebrio. Pero ¿qué sucedía con la franja intermedia, con el espectro, con las gradaciones sutiles? La primera copa traía consigo un leve distanciamiento. Una concentración en otro mundo, como la de quien pasa la plancha alrededor de los botones de una camisa, un alisamiento progresivo de las arrugas. Stella se reiría de él. «Tú no has planchado una camisa en tu vida. Como mucho te has quemado la mano. Por no hablar de la camisa.» Pero Gerry había planchado lo suficiente para saber lo que decía. La proa afilada del aparato husmeando hacia delante y hacia atrás, el tejido aplanándose bajo el calor. Otra copa y sintió que empezaba a elevarse. A extender sus alas y a ascender impulsado por el calor de las dos primeras. Ahora podía desatar lo que estaba atado. Liberar lo que permanecía atrapado. Podía escuchar con más agudeza. Podía ver más. Amar mejor. Al día siguiente les aguardaba un nuevo viaje. Vacaciones en invierno. ¡Qué privilegiados! A pesar de llevar años jubilado, su vida estaba puntuada por visitas a lugares de todo el mundo que parecían vacaciones: una conferencia aquí, una presentación de un artículo académico allí. Era miembro de jurados de arquitectura, destinatario de honores y reconocimientos, objeto de presentes y cortesías. Y, la mayoría de las veces, insistía en que Stella lo acompañara.

Gerry se despertó de repente, sumido en una oscuridad compacta pero no absoluta. Tenía la boca seca y la nariz fría. Sus ojos hicieron un esfuerzo por enfocar. Distinguió a duras penas la silueta de las cortinas abiertas. Fuera, el exterior estaba un poco menos oscuro. Debían de ser entre las cinco y las siete de la mañana. Cada vez que se despertaba así, lo asaltaba el mismo dilema estúpido. ¿Levantarse o no levantarse para ir al baño? Sabía que no se podría volver a dormir si no lo hacía. Apartó las sábanas, se sentó en el borde de la cama y bebió un poco de agua. La habitación parecía una nevera. Escuchó la respiración regular de Stella. Metió los pies en las zapatillas y se levantó. Entonces llegaron los relámpagos en medio de la oscuridad. Solo durante un segundo. ¡Dios mío!, creía que aquello se le había pasado. Arañas

de luz, chispas, fogonazos. El prelude de un infarto. Sacó los pies de las zapatillas y se volvió a tumbar bajo el edredón. Podía tratarse de otra cosa. ¿Las consecuencias de beber demasiado? ¿Cuánto era «demasiado»? Sabía que se estaba haciendo daño. En Año Nuevo se había propuesto dejarlo. Todavía no... por favor, Señor, todavía no. Le había contado a su oculista lo de las estrellitas la última vez que había acudido a la consulta para graduarse la vista y hacerse unas gafas de repuesto. Luego se las había dejado olvidadas en algún sitio y, a pesar de que la funda llevaba una pegatina con su nombre y su dirección, nadie había tenido la amabilidad de devolvérselas. ¿Quién podía quererlas? Todas las gafas están hechas a medida. Si otra persona usaba sus gafas, no vería tres en un burro.

—¿Mejor o peor? —le preguntó la oculista.

—Mejor.

Ella insertó otra lente.

—¿Mejor o peor?

—Peor.

Fuera una cosa o la otra, iban a ser otras ciento veinte libras.

—Ahora apoye aquí la barbilla, por favor...

—¿En el reposarbarbillas?

—Sí.

Tener que mirar fijamente a los ojos de aquella mujer. El miedo a que percibiera su aliento de viejo al estar tan cerca el uno del otro. La visión de sus propias venas retinianas como árboles invernales, desnudos y rojos. El *déjà vu* del confesionario —la luz baja, la proximidad del rostro ajeno y atento—. ¿Cuándo fue la última vez que acudiste a la consulta, hijo mío? ¿Solo o con otros? ¿Mejor o peor?

La oculista restó importancia a su inquietud por los fogonazos. «Todo el mundo los padece a su edad — dijo—. Sucede al incorporarse demasiado rápido.»

Seguía necesitando ir al baño. Se levantó de nuevo de la cama, muy despacio esta vez —sin visión de fuegos artificiales—, arrastrando los pies en busca de la puerta. Sabía moverse por la casa a oscuras, girar el picaporte de modo que

no hiciera ruido y no despertara a Stella. Recorrió el pasillo esquivando las maletas, ya preparadas. El baño estaba tan frío que el aire era como un aguijón. Por lo general, la calefacción estaba programada para encenderse a las ocho, pero la señora de la casa la había dejado apagada porque se iban de viaje. No tenía sentido calentarla solo para los ladrones. Desayunar con el abrigo puesto y el té desprendiendo nubes de humo. Mientras se sentaba en la taza, cerró los ojos y trató, en la medida de lo posible, de seguir dormido. Tal vez su médico de cabecera tuviera una opinión diferente. «Sí, las arañas de luz son el típico síntoma precursor de un infarto. Los hipocóndriacos también se mueren, ¿sabe?»

Tiró de la cadena y enfiló el pasillo para emprender el camino de regreso. Un ligero resplandor se filtraba tras la puerta del estudio. En la oscuridad de la estancia parpadeaban las luces de color del rúter y de otros aparatos y extensiones, como un pequeño parque de atracciones. Los teléfonos móviles se estaban cargando, uno al lado del otro. Stella debía de haberse levantado cuando él estaba todavía en el primer sueño. Se sentó frente a la pantalla del ordenador. Ella había estado buscando algo en internet y no había cerrado las ventanas. Desde luego, ocultar rastros se le daba muy mal. En la pantalla, superpuesto sobre la imagen de un prado iluminado por el sol y rodeado de árboles y casas, figuraba un nombre impronunciable. En mitad del césped se alzaba una estatua religiosa. Se parecía un poco al Sagrado Corazón. Debajo podían leerse las siguientes palabras: «A veces puede ser difícil encontrar la puerta, pero cuando lo hagas, cruza el umbral y te hallarás en otro mundo».

Como se iban de viaje, Gerry apagó el ordenador. El frío y la oscuridad lo inundaron todo. Tiritando, se levantó de la silla.

En el dormitorio, la respiración de Stella era pausada y larga. Gerry rodeó la cama hasta llegar a su lado. Durante su ausencia, Stella se había escurrido hacia el medio. Una cueva cálida, con ella yaciendo suavemente en su centro. Gerry encajó su almohada de forma natural en el hueco formado por la mejilla y el hombro. La cueva despedía una fragancia a algodón. Se acopló a Stella. Su empuje contra su talón, su rodilla contra la parte posterior de la de

ella, su regazo contra su trasero. Eran como dos sillas suaves, bien encajadas y apiladas. Por un momento, la respiración regular de ella se interrumpió. Se había percatado de su llegada y se apretujó de espaldas contra él. En respuesta, él le pasó el brazo por encima. La chaqueta del pijama de Stella se había subido ligeramente y los dedos fríos de Gerry tocaron por accidente la cicatriz de su tripa. Vacía como un segundo ombligo. Un pliegue en la piel. Con otra a juego en la espalda. Estaba marcada a proa y a popa.

—Muévete un poco —dijo ella.

Ambos vagaban por la casa con el abrigo ya puesto, mientras esperaban al taxi. Era un edificio victoriano, con rosas de yeso estucado en el techo y cornisas con molduras estilo ovas y dardos. Cuando se mudaron allí, Gerry dijo que los techos eran tan altos que podían tener jirafas. La casa hacía chaflán y se asomaba a dos calles. Rodeándola, había un pequeño jardín con arbustos y otras plantas verdes. A veces, Stella también traía plantas de sus paseos por el bosque, no le importaba nada ir cargando con una cuchara sopera y una bolsa de plástico. Algunas de las campanillas de invierno que había trasplantado estaban comenzando a brotar. Más adelante habría también jacintos y narcisos, igualmente importados.

Gerry estaba en el dormitorio, inspeccionando el medidor de cristal que habían colocado en una grieta de la pared. Les habían dicho que el edificio se estaba hundiendo debido a una vieja explotación minera, y en las paredes habían aparecido las típicas grietas de asentamiento allí donde los muros interiores se habían desplazado con respecto a los exteriores a lo largo de un siglo. En esas zonas de intersección, el papel de pared se había desprendido o llenado de arrugas. «Un poco como nosotros —había dicho Stella—, no solo los perros terminan por parecerse a sus dueños.» De vez en cuando, por las noches, se escuchaba el rumor de la argamasa al desprenderse entre la pared y las repisas de las ventanas. Por la mañana, los azulejos que rodeaban la chimenea solían aparecer manchados de hollín y otros restos procedentes del tiro.

—¿Y bien? —Stella entró en la habitación—. ¿Alguna señal?

—Ni un solo movimiento. Compruébalo tú misma — dijo Gerry, señalando el medidor de grietas.

—Me refería al taxi. Mirando ese cacharro no me enteraría de nada ni aunque hubiera un terremoto.

—¿Los pasaportes los llevas tú o los llevo yo?

—Está todo en tu mochila de mano. Donde lo guardaste.

El taxi se retrasaba ya seis minutos.

—Si tuviera que ir a alguna aburrida reunión de arquitectos, seguro que llegaba cinco minutos antes de tiempo —dijo él.

—Tranquilízate, Gerry.

Gerry vació la mochila de mano y dispuso el contenido sobre la cama mientras Stella lo observaba. Teléfono móvil, pasaportes, billetes de ambos, tarjetas de crédito y medicamentos. Stella comprobó que llevaba en su bolso de cuero el neceser, el monedero, las gotas para los ojos, las lágrimas artificiales, medio paquete de caramelos Werther's Original, la cartera con las fotos de familia, su agenda Filofax y su teléfono móvil.

—¡Dios!, ¿la Filofax? —dijo Gerry, suspirando.

—Para tener a mano los números de teléfono —respondió Stella.

—¿A quién conocemos en Holanda?

Ella ignoró su comentario y siguió rebuscando en las profundidades del bolso.

—Conocemos a gente aquí —dijo—, pero no nos sabemos sus números. Las emergencias ocurren. ¿Te has acordado de coger tu champú?

—Y el acondicionador. Todo controlado. Veinticinco mililitros. Terrorismo libre de caspa.

—¿Cuál es el límite?

—Puedes llevar hasta cien mililitros.

Gerry se había anudado al cuello una bufanda de lana de angora roja. Se miró en el espejo de cuerpo entero.

—Alguien me dijo una vez que esto me daba un toque extravagante.

—¿Quién?

—No me gustan las cosas extravagantes.

Gerry fue al ropero y encontró otra bufanda, azul marino. De vuelta al dormitorio, se observó de nuevo en el espejo.

—A medio camino entre extravagante y deprimente —dijo.

Stella se colocó frente a él, a poca distancia.

—Podías probar a hacerte otro nudo. Un Oxford, por ejemplo —le sugirió.

—¿Los nudos tienen nombres?

—El *splice*, el *hitch*...

—Eso es jerga de obra —dijo Gerry.

Stella deshizo el nudo de la bufanda y comenzó a hacer otro, más elaborado.

—No lo consigo, solo me sale si me lo hago yo.

Hizo girarse a Gerry para que mirara hacia el espejo y se colocó detrás de él, de puntillas.

—Baja un poco —le dijo, presionándole los hombros.

Gerry dobló las rodillas y mantuvo la postura hasta que el nudo estuvo terminado.

—Sabes todo lo que hay que saber sobre la jerga de obra, Gerry.

—Es mi puñetera profesión.

Gerry empezó a enredar con la bufanda. Tiró del extremo más largo y el nudo se deshizo. Luego se la volvió a anudar como siempre.

—Tú mismo —dijo Stella, y salió de la habitación.

—Voy a llamar otra vez al taxi —dijo Gerry.

Entró en el estudio y descolgó el teléfono. Escuchó el sonido de la aspiradora. Stella la estaba pasando por la alfombra. Gerry asomó la cabeza desde el estudio.

—¡Está en camino, señor! —gritó Stella.

—Está en camino, señor —dijo la voz del teléfono.

—Gracias —respondió Gerry antes de colgar—. ¿Qué estás haciendo?

—Había una manchita negra de no sé qué ahí —dijo Stella, señalando la alfombra con la cabeza—. Siempre dicen lo mismo.

—¿El qué?

—«Está en camino, señor.»

—¿Quieres que esté todo limpio por si se cuela alguien en casa?

Stella apagó la aspiradora y enrolló el cable. Fue a la habitación de la entrada y salió con una bolsa de plástico negra en una mano y un ramo de

campanillas de invierno en la otra. Las metió en la bolsa y la anudó.

—Sácalas fuera —dijo.

Gerry obedeció. Después se acercó a la ventana para mirar otra vez.

El taxi los dejó a kilómetros de la terminal. Cuando preguntaron al conductor por qué tenían que bajarse ahí, les respondió: «Normas de seguridad, desde lo del coche bomba que pusieron en el aeropuerto».

El taxista sacó la voluminosa maleta del maletero y la dejó frente a Gerry. Stella sacó la suya y ambos extendieron las asas de su equipaje al mismo tiempo. Se pusieron en marcha, con las maletas rodando estrepitosamente a sus espaldas. A Gerry el tirante de la mochila de mano se le hundía en la carne como si fuera hilo de cortar queso. Se aproximaron a la terminal principal, cuyo acceso estaba protegido por bolardos de acero inoxidable.

—Esto debe de haber costado millones —gritó Gerry, haciéndose oír sobre el estruendo de las maletas—. ¿Y qué impide que pase una moto bomba entre los bolardos?

Junto a la entrada principal había tres o cuatro personas fumando detrás de un seto artificial. Excluidos, como leprosos. Tras cruzar las puertas, Stella miró las pantallas y se colocaron en la cola correcta. Cada vez que la fila avanzaba, ellos hacían lo propio empujando las maletas con los pies.

—No saldrá sin nosotros —dijo Stella.

—No estés tan segura —respondió Gerry—. Toda esta gente tiene más equipaje que sentido común.

Finalmente, lograron pasar el control de seguridad, pero solo después de que el guardia requisara el champú y el acondicionador de Gerry. No se admitían líquidos en envases abiertos, le dijo. Para calmarse, decidieron tomarse un café.

—¿Y no han dicho nada de tu cuchara de jardinera?

—No la llevo siempre conmigo. Solo durante los paseos por el campo.

Stella se enfrascó en sus asuntos y Gerry decidió darse un garbeo por el *duty free*. Solo había colonias y anuncios de colonias. El lugar apestaba a perfume. Las dependientas, delgadas y vestidas de negro, se ofrecían a pulverizar muestras de las fragancias en las muñecas de los clientes, pero Gerry declinó la oferta.

Se acercó a la sección de licores. Stella le había advertido que no comprase nada. Una botella de su whisky favorito, le dijo, le saldría más barata en Ámsterdam. Gerry lo llamaba el «amigo del viajero», porque le ayudaba a conciliar el sueño. Por otro lado, esperar a comprarlo en Ámsterdam implicaba muchos imponderables. ¿Lo venderían en los supermercados? ¿O se vendería directamente en licorerías? A lo mejor sucedía como en Noruega o Canadá y uno tenía que ir a un establecimiento oficial, una licorería del Estado, que si no recordaba mal solo abrían en horario de oficina. Mejor comprarlo allí, en ese momento, ya que estaba disponible. Cuando fue a pagar una botella de Jameson, la dependienta le pidió que le mostrara la tarjeta de embarque. Gerry abortó la transacción y regresó con paso firme al lugar donde Stella estaba sentada.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Me piden la tarjeta de embarque —dijo Gerry.

—¿Quién te la pide?

—No sé cómo se llama. Deirdre, de Airdrie.

—Cómprame unos caramelos Werther's, si te acuerdas.

Gerry cogió su tarjeta de embarque y su pasaporte, por si acaso. La dependienta deslizó la botella en una funda reticular de gomaespuma antes de meterla en la bolsa de plástico.

—¿Por qué tengo que enseñarle la tarjeta de embarque? —le preguntó Gerry.

—Normas.

Tener que orinar junto a otros hombres en los urinarios públicos lo ponía nervioso. Prefería hacerlo en los retretes. Apoyó la botella de whisky en el lavabo para poder lavarse las manos. A pesar de estar protegida por la bolsa de plástico, la botella tintineó al chocar con la superficie de mármol. El

secador de manos tenía un diseño muy moderno y era asombrosamente potente. Emitía un rugido supersónico que lo sobresaltó. La piel del envés de sus manos se onduló bajo el chorro de aire.

Un hombre entró acompañado de su hijo pequeño. Gerry los observó en el espejo. El padre se aproximó a los urinarios y le dijo al niño, que ya se disponía a seguirlo, que lo esperara donde estaba. El niño obedeció. Al poco, sin embargo, se movió y se colocó debajo del secador de manos, activándolo. El aparato aulló y escupió un chorro de aire caliente sobre la cabeza del pequeño, revolviéndole el pelo. El niño empezó a chillar, asustado, sin saber en qué dirección huir. Gerry dio un paso hacia él.

—No pasa nada, no pasa nada —gritó el padre desde el urinario, alzando la voz por encima del ruido del aparato. Pero las lágrimas y los gritos del pequeño delataban su pánico. Gerry se agachó y se puso en cuclillas para estar a su altura. Le pasó el brazo por encima y le dio unas palmaditas en la espalda, mientras el hombre terminaba. El niño se revolvió y corrió hacia su padre, que sonrió y lo cogió en brazos, palpándole la coronilla para comprobar si estaba muy caliente.

—Ya pasó. Estás bien. Solo te has asustado por el ruido.

Gerry adoptó un gesto compasivo.

—Pobrecito —dijo—. Tengo uno de la misma edad, un nieto —añadió, dirigiéndose al padre—. Nunca se los protege lo suficiente.

—Ya se encuentra mejor, ¿a que sí, hijo? —dijo el padre, separándose un poco del pequeño.

El niño dejó de llorar, pero lo perturbaba ser el centro de atención en aquel lugar lleno de adultos. Al salir, hundió la cabeza en el cuello de su padre para ocultarse.

Gerry compró un paquete de caramelos Werther's Original en una tienda WHSmith. Decidió gastarle una broma a Stella y decirle que había olvidado comprarlos. Así le daría una sorpresa justo antes de despegar.

De vuelta al gran vestíbulo, cruzó las manos por detrás de la espalda mientras caminaba y observaba el techo de la nueva extensión.

—Hola —dijo al sentarse nuevamente junto a Stella.

—¿Qué has comprado? —le preguntó ella.

—Un amigo del viajero.

Stella levantó la vista al techo y suspiró.

—¿Has comprado los caramelos? —preguntó.

—Se me han olvidado.

—No hago carrera contigo.

—¿Cuántos te quedan? —preguntó Gerry.

—El final de un paquete.

Gerry se estiró y colocó las manos detrás de la cabeza. Le contó a Stella el episodio del niño y el secador.

—Lo diseñadores y los arquitectos deberían responsabilizarse de esas cosas —dijo—. Son un problema de diseño y no deberían ocurrir.

—Pobre pequeñín —dijo Stella, y lo repitió varias veces.

—Lo sujeté mientras el padre acababa en el urinario.

—Demasiada información —respondió Stella—. Te toca vigilar el campamento.

—Así puedo perder un poco el tiempo —dijo Gerry—. ¿Dónde está el periódico?

Stella se lo indicó con un gesto. Acto seguido, se levantó y fue a darse una vuelta. Gerry la siguió con la vista mientras entraba en el área de *duty free*. El vestíbulo era muy grande y, vista desde el otro extremo, la silueta de Stella parecía diminuta. La arquitectura consistía en relacionar el tamaño de las cosas con el de los humanos. Abrió el periódico y empezó a leer.

Stella regresó antes de lo esperado.

—En la pantalla pone «embarcando».

Durante los siguientes diez o quince minutos recorrieron pasillos enmoquetados.

—Si a nuestros padres les hubieran dicho que la moqueta se tiraría algún día por kilómetros, no se lo habrían creído —dijo Stella.

El avión aguardaba en la pista, rugiendo, esperando su turno para despegar. A Stella le disgustaban particularmente los momentos del despegue y el aterrizaje, la carrera frenética para coger velocidad y elevarse sobre el suelo y, al final del vuelo, la sacudida del aparato, con todo su tonelaje, al tomar tierra de nuevo. También, el temblor de las alas y la forma que tenían de

abrirse, como si estuvieran rotas, y el estruendo de la propulsión inversa. Cerró los ojos y se aferró a los reposabrazos del asiento. Gerry puso su mano sobre la de ella y tamborileó rítmicamente con los dedos para tranquilizarla.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Pulseras antimareo —respondió Stella.

—¿Dónde las has comprado?

—En el *duty free*.

—¿Y qué se supone que hacen? —preguntó Gerry.

—Evitar que me maree.

—¿Cómo?

—Por los puntos de presión —respondió Stella, y le mostró una pequeña cuenta blanca que hacía contacto con la parte interior de su muñeca—. Al presionar aquí, cerca del pulso, detiene la náusea. Otras veces me ha funcionado. En el ferry, ¿recuerdas?

—Llevo años cogiendo aviones y nunca he visto vomitar a nadie. Bueno sí, a un niño, una vez, pero seguro que se había puesto morado de ostras y cerveza negra antes de subir. Mejor rezas un Rosario. Pero con un objetivo especial en mente.

—¿Cuál?

—Señor, no permitas que vomite en este vuelo.

Stella sonrió.

—De jóvenes —dijo—, cuando íbamos al baile, solíamos rezar el Rosario de camino, en el coche.

—No me lo puedo creer.

—El conductor era mucho mayor que nosotras, pero era muy amable. Nos llevaba a cambio de dinero para gasolina. También rezaba mientras conducía.

—Pobres chavales; cachondos perdidos, siguiéndoos la corriente y apoquinando, con la esperanza de pillar... ¿y vosotras rezando el Rosario por el camino?

—Irlanda en los cincuenta —dijo Stella.

—¿Y nadie se mareaba nunca en el coche?

—Nadie.

—Pues más te valdría rezar el Rosario que tirar el dinero en esos puñeteros manguitos... —dijo Gerry.

—Pulseras antimareo —lo corrigió Stella—. Los manguitos son para no ahogarse.

Gerry sacó el paquete de caramelos.

—¿Desea un caramelito para el despegue, señorita?

—¡Pero si te habías olvidado! —dijo Stella, sacando otro paquete de Werther's—. Me he comprado otros.

—Eres tan organizada... —respondió Gerry, y volvió a guardarse el paquete en el bolsillo.

El rugido del motor subió de frecuencia y el aparato aceleró, empujándolos contra el respaldo de sus asientos. Un momento después, el ruido del fuselaje cesó.

—Ya hemos despegado.

Stella sonrió y abrió los ojos.

—¿Te has traído algún libro? —preguntó.

—Estoy de vacaciones —respondió Gerry.

Stella se acurrucó en su asiento.

—Me apetece mucho este viaje —dijo—. Hay varias cosas que quiero hacer.

—¿Como qué?

—Cosas mías.

—Oh, vaya, vaya —replicó Gerry, como si las palabras de Stella escondieran un gran misterio—. Pues yo también.

—Pues no tenemos por qué hacerlas juntos —respondió Stella, dirigiéndole una sonrisa impostada.

—¿Por qué no hemos elegido un sitio donde haga calor? —dijo Gerry—. En algún hemisferio cercano, por ejemplo.

—Demasiado follón.

El avión ascendió y sufrió varias sacudidas al atravesar una nube. Gerry volvió a posar su mano sobre la de Stella.

—¿Cómo puede ser que tú hayas estado en Ámsterdam y yo no? — preguntó.

—Fui a un congreso. Con otros profesores.

—¿Cuándo?

Stella se encogió de hombros.

—Creo que fue... ¿en los ochenta? —dijo—. No sé, pensé que estaría bien volver y recordarlo.

—Es un ejemplo de *storyboard* muy elaborado.

—¿Qué quieres decir?

— Lo de planificarlo todo con antelación, tenerlo todo bien atado. La forma en la que a ti te gusta que sucedan las cosas.

—¿Qué quiere decir *storyboard*?

—Es jerga cinematográfica. Antes de rodar, dibujas un cómic del guion. Es una manera de fijar exactamente lo que quieres que se ruede.

—Me gusta esa palabra —dijo Stella.

El vuelo no fue largo. Stella hizo dos crucigramas, ambos crípticos. Uno lo rellenó en el periódico de la mañana; el otro, sacado del suplemento dominical, lo hizo apoyándose sobre la Filofax para evitar que se arrugara. Tenía una teoría sobre los crucigramas: creía que la mantendrían mentalmente activa en la vejez. Flexiones para el cerebro, los llamaba.

El avión giró hacia el lado en el que estaba sentada Stella y Ámsterdam apareció de repente a sus pies.

—La otra vez era primavera —dijo Stella—. Sobrevolamos unos campos de tulipanes. Desde el aire parecían bloques de plastilina recién sacados del envoltorio. Largas filas y crestas de colores primarios.

—Ahora parece todo muy gris.

—Si está lloviendo cuando lleguemos, no me importaría echar una cabezadita en el hotel.

—¿Ahora, a media tarde?

—Ayer descubrí lo que es pasar mala noche —dijo Stella.

—¿El qué?

—Estar tumbada en la cama, despierta, aguantándoos a ti y a tu música.

—En casa nunca te echas la siesta a media tarde.

—Cuando estoy de viaje es diferente.

En el aeropuerto, los recibió un olor a flores. Jacintos en enero. Stella sacó unos cuantos euros en una máquina automática de cambio después de comprobar los tipos. La máquina le dio todo en billetes grandes y ella chasqueó la lengua. Mientras caminaban hacia la estación de tren, Gerry señaló las pulseras.

—Ya te puedes quitar eso.

—Son agradables. Y dan calor —respondió Stella mientras observaba un gran panel informativo.

—Mira —dijo.

—¿El qué?

—Europa. ¿No sientes un pequeño escalofrío de emoción? Estar en el mismo pedazo de tierra que Roma, Varsovia, Berlín, Praga... Moscú, incluso. Podríamos coger un tren y...

—Primero lleguemos a Ámsterdam —dijo Gerry.

Las letras del panel cambiaron, volteándose ruidosamente una a una, con gran revuelo. En un instante, la información pareció temblar y saltó una línea.

—¡Trenes de dos pisos! —exclamó Gerry.

—A veces pareces un niño.

Encontraron sitio en un vagón vacío y se sentaron.

—¿En qué dirección vamos?

Gerry señaló el sentido de la marcha y Stella se cambió de asiento.

—Una mujer a la que le gusta mirar hacia adelante —dijo Gerry.

—Siempre ha sido así —respondió Stella.

El tren arrancó y salió de la terminal. Hacía un día gris y lluvioso. Stella encogió las manos para quitarse las pulseras y las guardó en el bolso.

—Mejor cogemos un taxi en cuanto bajemos —dijo—. La zona de la estación es un poco desagradable. La última vez tuvimos que ir arrastrando

nuestras maletas entre yonquis y mendigos. Y en aquellos tiempos las maletas no tenían ruedas.

—Todo está saliendo muy bien de momento —dijo Gerry—. Un mal presagio.

En la estación central, se cruzaron con varias palomas. Las aves aceleraron su marcha, zureando, para apartarse de su camino. Gerry se agachó para mirarlas más de cerca.

—¿Te has fijado alguna vez en sus patas?

Stella negó con la cabeza.

—Casi todas están deformadas —prosiguió Gerry—. En la estación central de Glasgow pasa exactamente lo mismo. Tienen las patitas enrojecidas y agarrotadas y siempre les faltan dedos. Van de un lado a otro caminando sobre muñones.

—Es verdad —dijo Stella—. No me había dado cuenta. Pobrecillas.

Una pareja de palomas alzó el vuelo justo enfrente, batiendo el aire con sus alas al pasar junto a ellos. Gerry agachó la cabeza para esquivarlas, pensando en gérmenes.

Gerry pagó el taxi. Tras sacar un paraguas de la nada, Stella lideró la marcha bajo la lluvia hasta la entrada del hotel, donde tuvo que levantar la maleta de mano para subir las escaleras que precedían a la puerta giratoria. El recepcionista que les atendió hablaba bien inglés.

—Por si quieren salir por separado —les dijo, dándoles dos tarjetas magnéticas como llaves de la habitación.

El portero se acercó a recoger su equipaje, pero Gerry se adelantó.

—Está bien, nos apañamos nosotros —dijo.

Ya en el ascensor, al cerrarse las puertas, Gerry consultó el pequeño sobre de papel en el que iban las dos tarjetas.

—Tres, nueve, seis —leyó.

Stella apretó el botón y, cuando el ascensor comenzó a moverse, se besaron. Era una costumbre que tenían, la de darse un beso fugaz cuando estaban solos en un ascensor, entre dos plantas.

—Me resulta muy embarazoso que tengan que hacer de lacayos —se quejó él.

—Pero, Gerry, es su trabajo —respondió Stella.

—Y luego está la propina. El hombre se quedaría ahí, esperando a que le diera algo.

Al llegar a su planta, siguieron las flechas con indicaciones para encontrar la habitación. Gerry metió la tarjeta en la cerradura y volvió a sacarla para abrir la puerta. La habitación estaba a oscuras porque las cortinas estaban echadas. A continuación, introdujo la tarjeta en la ranura que había en la pared y dijo con voz resonante, como si fuera Dios:

—Hágase la luz.

La pantalla del televisor les dio la bienvenida por sus nombres.

«El Hotel Theo les desea una feliz estancia. Si podemos ayudarles en algo, por favor, hágannoslo saber.»

—Una copa de cortesía estaría muy bien.

Stella se dirigió primero a la ventana, descorrió las cortinas opacas y giró la manivela de las interiores. La habitación daba al patio de luces del hotel. Enfrente tenían más ventanas, hacia arriba y hacia abajo, como en un crucigrama. Gerry se acercó a Stella por detrás y miró por encima de su hombro, rodeando su cintura con los brazos. Más abajo se veía también un tejado plano.

—¿Has visto cómo llueve? —dijo Stella.

Sobre el tejado plano había un paquete vacío de Gauloises, abandonado junto a un cubo de playa de niño.

—Maravilloso —dijo Gerry.

Stella puso la maleta grande sobre la cama de matrimonio *king-size*. Al abrirla, cayeron varias gotas de agua sobre la colcha. Comenzó a deshacer el equipaje. Gerry rodeó la cama hasta el otro lateral y se tumbó sobre ella, cuan largo era.

—Perfecto —dijo—. Dura como un ladrillo. Las camas blandas son un peligro para mi espalda.

—¿Qué te parece esto? —preguntó Stella, mostrándole un paquete de celofán con el logotipo de Marks & Spencer.

—¿Qué es eso?

—Un pijama nuevo.

—¿Negro?

—Como el pecado.

Gerry levantó una ceja y miró a Stella.

—¿Por qué? ¿Pensaste que podría ser afrodisíaco, como dormir con un cura?

—Los curas suelen ser lo suficientemente independientes como para elegir su pijama.

Stella abrió el paquete y sacó el pijama. Tiró el envoltorio en la papelera y guardó la prenda bajo la almohada. En la papelera, el celofán arrugado crujó suavemente mientras pugnaba por recuperar su forma.

Stella le pasó a Gerry el mando a distancia.

—Búscame unas noticias en inglés —dijo.

Gerry comenzó a zapear, mirando la pantalla cambiante y escuchando la sucesión de idiomas europeos, hasta que dio con el canal de BBC News. En

la imagen aparecía un reportero en una playa, entrevistando a un hombre que había llegado a la costa en una embarcación completamente atestada. El inglés del inmigrante no era fluido, pero sí lo suficientemente bueno para resultar comprensible. Tras él, se veía a una mujer que sostenía a un niño en brazos. El reportero despidió la conexión encogiéndose de hombros: «Un hombre con su mujer y su hijo pequeño cambiando de país para escapar de la guerra».

—La cosa no se acaba nunca —dijo Stella.

Cogió su neceser y se metió en el baño. Gerry podía verla reflejada en el espejo que estaba colgado frente a la puerta. Stella rasgó el envoltorio plisado de la pastilla de jabón y la olió.

—Creo que me concederé el lujo de darme algún baño —gritó.

Sacó su bolsita de plástico con las cremas y tubos y las lágrimas artificiales y lo colocó todo en una de las repisas.

Cuando salió de baño, Gerry seguía tumbado en la cama, con los zapatos puestos. Stella se quitó los suyos y se tumbó sobre la colcha, junto a él. Sacó una guía de Ámsterdam del bolso y empezó a hojearla. Un restaurante presumía de servir «estofados contundentes». Trató de localizarlo en el mapa, pero se quedó dormida.

Stella se despertó con el ruido de alguien llamando a la puerta. Según su reloj, habían dormido demasiado rato.

—¿Quién es? —preguntó.

Abrió la puerta y se encontró con dos chicas uniformadas y tímidas. Ambas sonrieron, y la que estaba más cerca de la puerta dijo algo en neerlandés.

—¿Inglés? —preguntó Stella.

—Servicio de cobertura —dijo una de las chicas.

—Gracias —dijo Stella—, pero podemos hacerlo nosotros.

—¿Chocolate? —ofreció entonces la chica que estaba más alejada, sacando una bandeja con unas barritas de envoltorio dorado.

Stella todavía tenía la guía de Ámsterdam en la mano, así que cogió como pudo un puñado de chocalatinas con la izquierda y asintió con la

cabeza en señal de agradecimiento. Luego cerró la puerta empujándola con el hombro.

—Parece que no le hemos dado mucha cobertura al servicio de cobertura —dijo Gerry, riendo—. Da igual, es más de lo mismo, más servilismo. ¿Le llevo la maleta, señor? ¿Le abro la cama, señor? ¿Un poco de chocolate para que se le pudran los dientes, señor?

Se volvieron a escuchar golpecitos en el pasillo, en otra puerta, y la misma escena se repitió de nuevo, esta vez en neerlandés.

A las siete en punto se pusieron las bufandas, los gorros y los abrigos.

—¿Has cogido tu tarjeta? —preguntó Stella.

—Sí —dijo Gerry.

—Cuando sacas la tarjeta de la ranura se apagan todas las luces.

—Veo que tu título en Ingeniería Eléctrica ha servido para algo.

Bajaron en el ascensor y se besaron brevemente, frunciendo mucho los labios. Stella preguntó al recepcionista por algún sitio para cenar que estuviera cerca y tuviera un precio razonable.

—¿Les gusta la comida asiática, picante? —preguntó el recepcionista—. ¿Taiwanés?

Ambos asintieron. El empleado sacó un plano sencillo de debajo del mostrador y marcó el restaurante en el mapa con una X.

—¿Cómo se llama? —preguntó Stella.

El recepcionista se encogió de hombros. La traducción a tres idiomas — inglés, neerlandés y taiwanés— sobrepasaba sus capacidades.

—Es bueno —contestó a cambio, sonriendo.

Le dieron las gracias y se pusieron en marcha.

—Un mapa no sirve de mucho si no sabes en qué punto te encuentras tú —le susurró Gerry a Stella.

Stella regresó al mostrador y preguntó de nuevo.

—¿El hotel?

El recepcionista marcó su posición en el mapa con otra X.

—Perdonen —dijo.

Fuera había dejado de llover, pero hacía un frío espantoso. Caminaron junto a los canales nocturnos, mientras Stella se aferraba con fuerza al brazo de Gerry, buscando calor. En el agua se agitaban pequeñas luces y ondas. La parte inferior de los puentes estaba adornada con guirnaldas luminosas que dibujaban aros al proyectar su reflejo. A intervalos, soplaban un viento helado que oscurecía la superficie del agua. Gerry miró hacia abajo.

—Aléjate del borde —dijo Stella—. Me da mucho repelús.

—¿El qué te da repelús?

—Lo negra que está el agua. Lo fría que debe de estar.

Gerry alargó el codo para que Stella pudiera volver a cogerse a él.

—Me hace pensar en la idea de suicidio. En cuando la muerte supone una mejora de tu situación —dijo ella.

—Oye, un poco de alegría, que estamos de vacaciones —respondió Gerry—. Vamos a cenar por ahí, a tomarnos una copita o dos... Justo acabamos de pasar un pub irlandés.

De pronto, oyeron un timbre y un grito de advertencia. Stella volvió la cabeza al tiempo que pasaba a su lado una chica en bicicleta pedaleando a toda velocidad.

—Guau —dijo Gerry—. ¡Mira cómo va! ¡Qué tía!

Stella miró primero las señales que había marcadas en el suelo y luego levantó la vista hacia la figura de la ciclista, que desaparecía ya en la oscuridad.

—Estamos en un carril bici. ¿En mitad de la acera?

El camarero que los atendió era muy guapo y Stella estaba visiblemente impresionada con él; hasta le sacudió la servilleta roja de papel antes de colocársela, rodeando a Stella con sus brazos mientras la extendía y dejaba que descendiera suavemente hasta su regazo. Su inglés, además, era excelente. Ella se abanicó la cara, fingiendo estar azorada, mientras miraba a Gerry, levantando mucho las cejas.

La comida estaba bien y compartieron un Rioja — Stella se bebió un vaso, Gerry se acabó la botella con hombría—. Ella alabó la temperatura del vino.

—Cuanto más tibio, mejor —dijo.

Gerry se tomó un par de Heineken heladas con los entrantes.

Luego, mientras pagaba la cuenta, vio cómo Stella recogía las galletitas que habían sobrado de la tabla de quesos y las envolvía en la servilleta antes de metérselas en el bolso.

Para llegar hasta el pub irlandés tenían que cruzar una gran avenida. En esos casos, él siempre la cogía de la mano, pues Stella calculaba mal la distancia y la velocidad del tráfico. Además, en Ámsterdam existía también el peligro añadido de equivocarse y mirar hacia el lado contrario. En Escocia, cuando iba sola, Stella cruzaba siempre por los pasos de peatones. Para Gerry, tomarse de la mano era un acto de intimidación diferente al de ir cogidos del brazo. El tacto de la piel contra la piel, el encaje cálido y acogedor de dos manos hechas la una para la otra.

En el pub encontraron una mesa libre. El barman tenía acento dublinés y el establecimiento estaba decorado con todo tipo de imaginería y cachivaches de la Irlanda de los años cincuenta. Frente a ellos tenían una pared cubierta de anuncios de Guinness y calendarios de escritores irlandeses. Había también los típicos pósteres de trenes con paisajes irlandeses y carteles que anunciaban las travesías nocturnas en barco entre Belfast y Heysham y Liverpool.

—Existe una empresa que vende el paquete completo de cacharrería y estereotipos irlandeses —dijo Gerry.

Cerca de la puerta, un grupo de músicos se estaban preparando para tocar. Había violines, un bodhrán, muchas barbas y un bosque de pies de micro.

—A veces, la música ligera se me hace muy pesada —dijo Gerry—. Estos son especialistas en folk irlandés machacón.

Se sentaron uno en frente del otro, mirándose.

—Stella —dijo Gerry—, hace años que no me invitas a una copa.

—Soy demasiado lenta. Siempre te plantas en la barra como un relámpago.

—Tomaré un whisky, un Jameson. Te dejo a ti la medida. Asésinalos si tratan de ponerle hielo. Y que te pongan también un vaso de agua.

Stella cogió su monedero y se acercó a la barra. Volvió con el whisky de Gerry y una jarrita con agua. Gerry alzó el vaso y comprobó la cantidad.

—Una hormiga fornida mea más que esto —dijo.

—Pues lo he pedido doble.

—Eres una novata.

—Solo te mato poco a poco, con amabilidad.

Stella volvió a la barra a por su agua con gas. De regreso a la mesa, Gerry estaba ya diluyendo su whisky.

—El alcohol, como en los barcos, es el neumático que amortigua mi golpe contra el embarcadero —dijo él.

Levantó el vaso y brindaron.

—Es lo que te mantiene a flote —dijo Stella, antes de dar un sorbo al suyo.

—Eso somos tú y yo.

—Yo y tú. Supongo que somos afortunados por tener a alguien a quien ignorar.

—Pareces preocupada —dijo Gerry.

—Trabajo en el *storyboard* de mi vida.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió ella—, perfectamente.

—No lo pregunto en ese sentido, me refiero a...

—¿A qué?

—A cómo estás por dentro. Estás muy callada. Introspectiva.

—No me doy cuenta —respondió Stella—. Pero mira cómo está el mundo. Ahora mismo, probablemente haya un barco en algún lugar del Mediterráneo lleno hasta los topes de gente desesperada. A punto de naufragar. Y nosotros aquí —añadió, transcurrido un momento.

—Insisto: estamos de vacaciones.

Gerry desvió la mirada hacia los carteles que había detrás de Stella. Señaló una reproducción de un cuadro de Paul Henry, un paisaje con un lago bajo un mosaico de nubes blancas y cremosas. LOUGH DERG. VACACIONES EN IRLANDA, rezaba. Stella había ido en peregrinación a Lough Derg varias

veces. Tres días de ayuno y oración, caminando descalza, sin dormir, a base de té negro y tostadas de pan chamuscado.

—Tendría que denunciarlo al Ministerio de Turismo —dijo burlón, en un tono de voz impostado—. ¿Cómo se puede llamar a eso unas vacaciones?

Pero Stella se defendió.

—Es dar un paso atrás en tu vida para poder concentrarte en aquello que realmente importa —dijo—. Y en esa época, fumar un montón de cigarrillos, además.

Los músicos se arrancaron a tocar «The Jug of Punch» y la gente comenzó a llevar el ritmo con el pie.

—La arrogancia de usar amplificadores en un espacio como este... —dijo Gerry, que tuvo que gritar para hacerse oír.

Después, el cantante pidió al público que se sumara a los coros. Tenía acento norirlandés.

—¿No es curioso —dijo Gerry— que la mayor contribución de Irlanda al mundo sea una lección sobre cómo divertirse? Eso y el coche bomba.

A continuación, la banda atacó «Will Ye Go, Lassie, Go».

—Oh, esta me encanta —dijo Stella.

La música pareció subir de volumen. Gran parte de lo que Gerry trataba de decir se perdía, a pesar de que Stella acercaba el oído y él ahuecaba la mano junto a la boca para gritar, como si tuviera un megáfono. Llegado cierto momento, sin embargo, la banda comenzó a tocar canciones revolucionarias del IRA. «Sean South of Garryowen», seguida de «The Patriot Game».

—Odio esto —dijo Stella, haciendo una mueca—. Vámonos.

Gerry asintió.

—Dan por hecho que apoyamos la violencia. Un guiñito cómplice. Irlanda y su puñetera lucha por la libertad —dijo, antes de vaciar su vaso de un trago.

—Estoy deseando llegar a la cama —gritó Stella—. Y ponerme mi bolsa de agua caliente.

Volvieron al hotel por otro camino, temblando de frío. La luna corría a través de las nubes, desapareciendo por completo tras ellas de tanto en tanto.

—¿Eso es una luna gibosa? —preguntó Stella.

—No tengo ni idea —dijo Gerry—. Yo también soy de fuera. Como Chic Murray.

—Lo sé.

—Es como si la hubieran lijado un poco por la parte derecha.

—Hace un par de noches estaba llena.

—Y yo también —dijo Gerry—. Dios, qué frío hace.

En el cielo, sobre la luz tenue de las farolas, volaban varias gaviotas que no dejaban de graznar y chillar. A veces parecían maullar, como gatos, suspendidas fantasmagóricamente en la oscuridad mientras arqueaban las alas. Surcaban el aire nocturno mirando a un lado y a otro, como si lo hicieran desde la cabina de un avión, inspeccionando el suelo en busca de cualquier resto de comida. Una de ellas cruzó por delante de la luna.

—Uno se olvida de que Ámsterdam está junto al mar hasta que ve las gaviotas —dijo Stella.

Ambos agacharon la cabeza y se arrimaron hombro con hombro para hacer frente al viento y llegar al hotel lo antes posible.

Cuando estaban llegando a las escaleras de entrada, se detuvieron al ver un objeto extraño sobre la acera.

—¿Qué demonios es esto?

Stella estaba segura de no haberlo visto allí antes.

—A mí que me registren —dijo Gerry.

Se agachó y observó el objeto más de cerca. Era un bloque de hielo blanco y compacto, del tamaño aproximado de un microondas. Tenía algunas muescas y abolladuras aquí y allá. Bajo la superficie, Gerry pudo distinguir vetas congeladas.

—Está esperando a su *Titanic* —dijo Stella.

—Parece una escultura de Rachel Whiteread. La artista aquella que ganó el premio Turner.

—¿Quién?

—La que hace casas cuyo exterior es el interior, como si fueran moldes. Un negativo del espacio materializado en cemento. Solo que este es de hielo.

Gerry colocó el pie encima del bloque y le dio un empujón. El objeto rodó pesadamente, desliziéndose cuesta abajo hasta el bordillo de la acera.

—Por cómo se mueve, me recuerda a las piedras que usan en el curling
—dijo Gerry.

—Es tu corazón. Eso es lo que es.

—Es para echarlo en el whisky, en realidad.

Ataviada con el albornoz del hotel, Stella se recogió el pelo para ponerse el gorro de ducha mientras el chorro de agua caía en cascada sobre la espuma. Poco a poco, su reflejo se fue empañando en el espejo. Rara vez se daba un baño así, pero cuando estaba de vacaciones le gustaba aquella idea, tan de Hollywood. La atmósfera se fue impregnando de aroma a lavanda. Colgó el albornoz en la parte trasera de la puerta y se metió en la bañera, deslizándose bajo la espuma. Agradecía poder estar un rato a solas y, ahora que ya había cerrado el grifo, el silencio era maravilloso. Apenas se escuchaba el sonido del televisor que llegaba desde la habitación. Levantó las manos, limpias de espuma, y las examinó. Constató que acarrear maletas siempre terminaba por estropearle las uñas. En la mano izquierda llevaba sus anillos. El de compromiso y el de casada. Se les había pegado un poco de espuma, como si fuera saliva de cuco, con un ligero destello dorado en el centro. Poco a poco, la espuma comenzó a retirarse con un siseo, descubriendo sus rodillas y la silueta de su cuerpo. También su tripa, en la que aún se apreciaba la marca de los pantalones elásticos, tan ceñidos como si fueran un guante. Y la cicatriz junto al ombligo, sobre la línea pálida de la de la cesárea. Para poder ver también la de la espalda habría tenido que contorsionarse frente al espejo. Cuando iban a la playa de vacaciones, siempre llevaba un bañador negro de una sola pieza. Después de tantos años, Gerry había dejado de hacer comentarios. Había dejado de hacer casi todo. Menos beber.

A su edad, ¿cómo podía una cambiar de vida? La sola idea de marcharse se le antojaba imposible. Había demasiadas cosas que hacer. Pero era una organizadora nata, se la conocía por eso, por ser esa clase de mujer. Aceptaba los retos. Era la presidenta de su comunidad de vecinos, repartía la comunión en su parroquia y también era la que organizaba los rastros y mercadillos benéficos. Durante años, había comprado y vendido los pisos de su hijo, Michael. Gerry la llamaba «la jefa de transportes». Organizaba viajes

complejos, reservaba hoteles, contactaba con la gente para quedar con ella y tenía todo el recorrido en la cabeza antes siquiera de que hubieran salido de casa. Tenía estudios universitarios, por el amor de Dios. Si ella no podía apañárselas bien sola, quién iba a hacerlo. Ensayó mentalmente lo que quería decirle a Gerry. Probó distintas formas y distintos tonos de voz.

Mañana. ¿Cómo iría todo? El lugar podía ser un verdadero santuario.

La mayoría de las parejas se rompían porque uno de los dos encontraba a otra persona, pero su caso era diferente. Empezaba a ser más factible ahora que los padres de ambos habían muerto. Su hijo Michael era al único al que habría que informar de la decisión y vivía en Canadá, donde tenía su vida y su familia. Él lo entendería, sabía cómo era su padre. Había heredado la afición a la bebida de su madre, no la de su padre. Y si Gerry iba a seguir bebiendo como una esponja, ella prefería estar en otra parte. Tener «una habitación propia». Desenvolvió una pastilla de jabón y empezó a restregarse los brazos y los hombros. Justo cuando comenzaba a disfrutar de la sensación voluptuosa del contacto con el jabón, la pastilla se le escurrió entre los dedos. Tuvo que sentarse con la espalda recta y buscarla a tientas bajo la capa de espuma menguante.

—Con gusto caería redonda en la cama —dijo al salir del baño. Quería ver las noticias de la BBC.

—Ya las viste antes —dijo Gerry.

—Puede haber ocurrido algo desde entonces, alguna novedad. De eso se trata.

Gerry cogió el mando y empezó a apretar botones. Stella puso el hervidor y llenó su bolsa de agua caliente.

—Baja el volumen, Gerry. No queremos que el vecino empiece a dar golpes en la pared —dijo mientras rebuscaba en la maleta para encontrar su libro.

—Pensaba que no ibas a salir nunca de ahí —dijo Gerry, y entró él en el baño, sin molestarse en cerrar la puerta.

El espejo del baño reflejaba otro que había en el dormitorio, de modo que Gerry podía ver a Stella con su camisón blanco, arrodillada junto a la

cama. Al principio pensó que tal vez se le hubiera caído un pendiente o algo parecido; después, cuando se fijó en sus manos, se dio cuenta de que estaba rezando. Estuvo a punto de meterse con ella o decirle algo gracioso, pero se contuvo. Era una escena que no tenía ocasión de ver a menudo. En casa, solían acostarse a diferentes horas, dejándose su propio espacio el uno al otro, como suele decirse. No sabía que ella siguiera haciendo eso.

Stella se acercó al rostro las dos manos entrelazadas. La crema de manos del hotel era buena, no pringaba. Cuando rezaba, siempre recurría a una especie de mantra para no distraerse, una suerte de esquema fijo que evitaba la dispersión. Rezaba por sus seres queridos y hacía un repaso de sus familiares, ocupando su mente un instante con cada uno de ellos. Sus padres, sus hermanos y hermanas, los que vivían cerca y los que estaban repartidos por el mundo. Como cuando el maestro Ryan pasaba lista en el colegio. Daba las gracias por su vida extraordinaria, por su notable capacidad de supervivencia. Por sentirse acogida en las manos de Dios. Cuando murió su padre, colocaron el féretro en la sala de estar. Había gente acompañándolo, para que no estuviera solo. Recordaba la inmovilidad del cuerpo, yaciendo en paz, con un rosario entrelazado en sus manos. Más tarde, durante aquella misma jornada, la cocina también se llenó de gente y un hombre cantó «Shall My Soul Pass Through Old Ireland». Stella cerró los ojos y apoyó la cabeza un momento sobre la colcha de la cama del hotel. Rezar era como una visitación divina, como comprobar que su hijo estaba bien, entreabriendo la puerta a la luz del pasillo justo antes de irse a dormir. En aquellos días rezaba por los refugiados de todo el mundo, los explotados, los que tenían miedo, los que huían de la guerra. Pero esas plegarias eran solo una forma de limpieza espiritual. Algo que había que hacer por la mañana y por la noche, antes de dormir y antes de levantarse. Someter el mundo a los ritos. Sonrió.

Gerry tiró de la cadena y se quedó de pie, mirándose en el espejo, esperando a que Stella acabara de rezar y se levantase. Para darle más tiempo, se lavó

las manos despacio. Miró otra vez al espejo y vio cómo terminaba sus oraciones, santiguándose antes de incorporarse.

De regreso a la habitación, se sentó frente al televisor. Stella permaneció un momento de pie, mirando la pantalla por encima del hombro de Gerry. Luego dirigió su atención a la cama. Estaba muy bien hecha, estirada y apretada como un tambor. Empezó a abrirla. Primero quitó la pesada colcha y la arrojó a una esquina, donde nadie se tropezase con ella. Luego retiró la sábana encimera, blanca, tirando de ella y aflojándola en toda su extensión. Sabía que Gerry montaría un escándalo si se quedaba atrapado en ella, y que se levantaría en mitad de la noche, gruñendo y maldiciendo mientras trataba de aflojarla. Concluida la operación, Stella se escurrió bajo las sábanas y se recostó contra su pila de almohadas. Escuchó el borboteo de la bolsa de agua caliente mientras la empujaba con los pies hacia la parte baja de la cama.

—Esto es absolutamente maravilloso —dijo.

—Voy en un rato —respondió él.

Gerry se sirvió un vaso de Jameson. Con el primer trago, el líquido producía siempre un ruidoso borboteo al pasar por el cuello de la botella, algo con lo que debía tener cuidado cuando lo hacía en casa y Stella andaba cerca. Llenó una taza de café con agua del baño y diluyó la bebida. Durante un rato largo, no la tocó. Quería que Stella pensara —como el personaje de James Thurber— que, cuando se trataba de beber, podía hacerlo o no hacerlo. Al cabo de unos minutos, Stella dejó de leer y se dio la vuelta en la cama.

—¿La puerta está bien cerrada? —preguntó—. En los hoteles a veces hay clientes que llegan borrachos y dando tumbos y se equivocan de habitación.

—No voy a ir a ninguna parte.

—Muy gracioso —respondió Stella.

Enseguida, su respiración lenta y pausada indicó que se había quedado dormida. Había sido un día muy largo.

A Gerry, lo de cerrar bien la puerta sumado a las canciones revolucionarias del pub irlandés le trajo a la cabeza los días de Belfast. Trató de retraerse y de huir de aquellas imágenes. De concentrarse en la bebida, en la primera copa. El Jameson merecía toda su atención. Solo tenía buenas palabras para aquel whisky fabricado en el sur de Irlanda. Un whisky católico. El Bushmills, por el contrario, era protestante, se destilaba en el norte. Bushmills Black Bush. El nombre estaba bien puesto, sin duda, pero qué importaba. Por lo que al alcohol respectaba, no era sectario en absoluto. Se acabó lo que quedaba en el vaso y se sirvió otro. Los recuerdos, sin embargo, no lo dejaban en paz. De hecho, cuanto más bebía, menos podía resistirse a su influjo. Algo había excitado su sensibilidad. Como el olor a polen que precede al estornudo. Acababa de almorzar con otros dos de los arquitectos. Los tres sabían que tenían trabajo por la tarde, así que solo bebieron cerveza negra, una pinta cada uno. Les ayudaba a mantener la cabeza despejada porque no era muy fuerte. Aquello no se consideraba propiamente «beber» —del mismo modo que tomarse un gin-tonic tampoco lo era—, solo servía de ayuda para bajar los sándwiches. En la oficina circulaban historias de gente que se quedaba dormida después del almuerzo, encajando la regla de metacrilato entre su cuerpo y la mesa de dibujo para mantenerse rectos en la silla. Pero era un mito, una historia que se contaba a los de fuera. Nadie en el trabajo se lo creía.

Al volver, había alguien esperando a Gerry en la sala de reuniones de la oficina principal. Los demás regresaron a su puesto. La atmósfera estaba cargada de expectación, todo el mundo lo miraba. Gerry entró en la sala. Un hombre corpulento de mediana edad y otro más joven lo esperaban de pie junto a la gran mesa de caoba.

Cuando entró, los dos hombres echaron un vistazo a su alrededor y saludaron con una inclinación de cabeza. Dijeron ser de la RUC, la Gendarmería Real del Ulster. Eso eran ya malas noticias, lo suficiente para que se le retorciera el estómago. Lo invitaron a sentarse, aunque habría sido más propio que fuera él quien les invitase a ellos a hacerlo. Al fin y al cabo, estaban en su territorio. ¿Había muerto alguien? Aun así, él siguió de pie. Su cuerpo se negaba a moverse, su mente iba a toda velocidad. Trató de buscar pistas. El de más edad tenía una gran papada y lucía un bigote moreno. Su

incapacidad para mirar a Gerry a los ojos era desconcertante. O bien se debía a las noticias que estaba a punto de darle, o a que intuía que Gerry era católico. Llevaba una bufanda granate con estampado de cachemira y sostenía la copa de su sombrero entre el índice y el pulgar de la mano. Estaba visiblemente ansioso y sus dedos no dejaban de moverse. El hombre más joven insistió en que Gerry tomara asiento en una de las sillas de cuero cromadas que rodeaban la mesa de reuniones. ¿Por qué era tan importante que se sentase? La silla hizo un ruido metálico al chocar con la que estaba al lado. Gerry se sentó. Entonces le preguntaron si su nombre era Gerald Gilmore. Asintió. A continuación, confirmaron su dirección. Aquello iba de mal en peor. Las rodillas le empezaron a temblar como si fueran de gelatina y las tripas se le congelaron. El agente de más edad seguía enredando con las borlas de su bufanda.

—Ha habido un accidente —dijo—. Su mujer está implicada.

Un momento después, Gerry se despertaba en la silla de su habitación de hotel. La luz del televisor titilaba cada que vez que las imágenes de la pantalla cambiaban. La respiración de Stella en la cama. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? ¿Había babeado? Su reloj indicaba que eran más de las dos de la mañana. ¿Lo había adelantado al aterrizar o seguía con horario británico?

—Mejor me voy —dijo.

Se acabó el whisky que quedaba en el vaso.

—¿Has dicho algo? —preguntó Stella desde la cama—. ¿Qué farfullas?

—Nada. Todo bien.

Se sentó hasta que la respiración de Stella volvió a ser rítmica y audible. Apagó la televisión y fue al baño. Al cerrar la puerta, apretó bien el picaporte y, tras girarlo, lo soltó poco a poco para no hacer ruido y no despertarla. Apuntó a un lateral del inodoro y, al acabar, cerró la tapa del retrete, amortiguando el sonido de la cisterna. Le habían recetado estatina para el colesterol y tenía que tomarla por las noches. Pero el blíster haría ruido. Precisamente por eso, en casa tenía las pastillas fuera de la habitación. Aquí, en el hotel, podía sacarlas en el baño con la puerta cerrada. Stella no tenía por

qué oír nada, no la molestaría. Llenó un vaso de agua, sacó la pastilla y se la tragó. Durante la operación, se topó consigo mismo en el espejo. La bebida estaba empezando a dejar marcas en su rostro. Era una chivata, como el medidor que tenían fijado a la pared de casa para registrar su hundimiento, su fractura. De ese modo, la gente podía saber qué era lo que le estaba pasando. Lo más llamativo era la nariz, ese color entre rojo y grisáceo, ligeramente teñido de azul. Con el tiempo, estaría picada como una fresa. Era el moreno del whisky, ese aspecto entre bronceado y curtido. El proceso llevaba años, décadas, mientras los viejos hábitos iban esculpiendo tu yo acabado. Cuando empezaron a aparecer los primeros síntomas, solía decir en broma: «La rosácea hace que me sonroje». Su imagen le devolvió la mirada desde el espejo. Le estaba saliendo papada, una buena papada. Con gesto despectivo, se tocó la piel bamboleante bajo la barbilla. Si todo aquello eran solo los signos externos, ¿cómo demonios estaría por dentro? ¿Se estaba dejando el hígado seco? A saber cuántos órganos tenía ya bien encurtidos. Tu yo acabado. Cogió la toalla y se limpió la comisura de la boca. Existía también el peligro de que la bebida acabara con su matrimonio. Sabía cuánto odiaba Stella que bebiera. La solución, para él, consistía en mantenerlo en secreto, que solo él supiera cuánto bebía. Pero la mitad del tiempo, ni siquiera él lo sabía.

En el vaso del hotel no cabía mucho, pero lo llenó de agua hasta el borde. Apretó con cuidado el interruptor de la luz, sin hacer ruido. Rodeó la cama hasta llegar a su lado y depositó el vaso de agua. Sus gafas reposaban en la mesilla, apoyadas sobre las lentes, con las patillas desplegadas. «Se te rayarán si haces eso», le había dicho su oculista. Desplazó las gafas hacia el lateral, de modo que pudiera alcanzar el vaso de agua directamente con la mano en la oscuridad. Stella roncaba suavemente en su nido de almohadas.

La vejiga lo despertó. Durante unos instantes, no supo dónde se encontraba exactamente. No había luz, a excepción del destello rojo del piloto del *standby* del televisor. Una habitación de hotel. Ámsterdam. No se filtraba ninguna luz desde el exterior. El cierre de las cortinas era perfecto. Stella estaba en la cama con él. No hacía ningún ruido, pero a Gerry le dio la

sensación de que estaba despierta. De todos modos, no quería despertarla comprobando si dormía o no. Al levantarse, los fogonazos lo asaltaron de inmediato. Estrellas contra el firmamento nocturno. Punzadas y dardos de marcasita. Un infarto inminente, tal vez ni siquiera lograra llegar al baño. Presión arterial y alcohol. Como en *La escafandra y la mariposa*. La idea de quedarse abandonado en un espacio exterior, privado del lenguaje. Enfermeras cambiándole los pañales tres veces al día. Estiró el brazo y apoyó la mano en la pared para guiarse hasta el baño. Intentaba hacer el menor ruido posible, pero no fue necesario, porque Stella encendió la luz de su mesita de noche. En efecto, estaba despierta.

—Fiuuu fiuuu —dijo cuando Gerry volvió a la habitación.

—¿Qué?

—Te queda muy bien el pijama negro.

Gerry hizo una reverencia teatral.

—Mi turno —dijo Stella, levantándose de la cama.

—No he tirado de la cadena, no quería despertarte.

—Ya tiro yo por los dos.

En esas ocasiones, tenían un acuerdo tácito de no hablar, de no despertarse el uno al otro. Como dos barcos que se cruzan en la noche. A veces, alguno de los dos mencionaba ese cliché.

Pero el sueño no solía regresar. Para ninguno de los dos.

—El síndrome de la primera noche fuera de casa — dijo Stella.

Gerry la oyó revolverse y girarse en la gran cama. Luego ella encendió la lamparita, se levantó de nuevo y empezó a rebuscar algo. Al poco, Gerry escuchó ruidos procedentes del otro lado de la cama, unos crujiditos. Se prolongaron durante un rato, hasta que se incorporó un poco y vio a Stella sentada en el sillón, llevándose una galleta mordisqueada a la boca, con las dos manos.

—¿Qué es esta misa del gallo?

—Perdón —dijo ella—, me ha entrado el hambre de repente.

—Así no puedo coger el sueño —Gerry se tumbó de nuevo y enterró la cabeza en la almohada—. ¿De dónde has sacado eso de «fiuuu fiuuu»?

—Debe de ser de los cómics. Un poco como lo tuyo de los *storyboards*. ¿Qué ponen cuándo alguien silba a una chica en un cómic? Tienen que

escribirlo en un bocadillo. Debe ser algo como «fiuuu fiuuu...»

Stella volvió a la cama.

—Nunca aprendí a silbar bien —dijo—. Y las monjas no nos animaban a ello, precisamente. Decían que la Virgen nunca lo había hecho.

Stella apagó la luz. Al poco, sin embargo, empezó a reírse.

Gerry sintió la vibración del cuerpo de ella.

—¿Se puede saber qué es tan gracioso? —dijo.

—«Coger el sueño» —respondió ella—. Qué expresión tan graciosa. Hacía años que no la oía. Mi padre la usaba todo el tiempo. Mi madre le solía preguntar «¿has dormido bien?» y él contestaba «qué va, me costó horrores coger el sueño».

Gerry se echó a reír también.

—Estoy medio grogui —dijo—. Pero deja de hablar o no cogeré el sueño nunca.

Se rieron otra vez, pero en esta ocasión la risa no fue tan prolongada ni tan intensa. Después se quedaron en silencio. Él le pasó el brazo por encima y la estrechó contra él durante un rato, hasta que ella se movió y se alejó en la inmensidad de la cama.

En lugar de encender la luz y arriesgarse a despertar a Gerry, Stella estiró el brazo por encima de la cama y levantó una esquina de las cortinas. Fuera todavía estaba bastante oscuro, pero en alguna parte se percibía ya una luz amarillenta, color sodio. Apartó las sábanas y sacó las piernas de la cama. Había luz suficiente para llegar hasta el lavabo. Se alegró de haberse dado un baño la noche anterior.

Podía reconocer las prendas que tenía en el armario, no por el color, pero sí por la forma y el tacto. La luz débil y sulfurosa neutralizaba los tonos. Escogió un atuendo azul marino y una bufanda de seda, de color claro. Le daba un poco igual qué ponerse porque llevaría encima el abrigo todo el tiempo.

Gerry seguiría durmiendo un buen rato. Antes de salir, cogió la servilleta roja en la que había guardado las galletitas y la metió en el bolso. Ya en el ascensor, evitó mirarse en el espejo. Desde el bufé llegaba un intenso olor a desayuno y comida salada. Pero le pareció poco apropiado entrar con el abrigo y todo y desayunar sola. Pensó que podría estar de vuelta antes de que Gerry se despertara y se vistiera. Empujó la puerta giratoria de la entrada con el hombro y salió a la calle.

El tiempo era frío y húmedo. Se colgó el bolso del hombro y metió las dos manos en los bolsillos para mantenerlas calientes. Al hacerlo se le enganchó una uña en el tejido del forro. Apretó los puños. Aquella sensación le daba mucha dentera. Un bolsillo forrado de seda era como una lupa que registraba hasta la más mínima imperfección. La luz que, procedente del este, comenzaba a alzarse sobre los edificios era blanquecina. Stella había puesto un marcador en su guía de *Ámsterdam* y la consultó en la entrada del hotel, a cubierto de la lluvia. En el mapa, la red de canales era muy confusa —todos eran muy parecidos— y las distancias engañaban. Le costó años llegar al lugar deseado. Pasó por delante de la entrada en varias ocasiones, sin darse cuenta. «A veces puede ser difícil encontrar la puerta.» Había un arco de ladrillo que daba acceso a un pasaje oscuro. Lo recorrió con paso vacilante,

envuelta en el eco de sus propios pasos. El pasaje desembocaba en un espacio cuya visión la dejó sin aliento. La idea de nacimiento se le vino de repente a la cabeza. De transitar desde la oscuridad hacia la luz. De venir al mundo. Estaba en un lugar nuevo y tuvo la sensación de ser una persona nueva. Un sentimiento de renacer maravilloso. Nadie recordaba cómo era nacer. Y quizá fuera mejor así. Stella había nacido una vez y dado a luz otra. De lo primero, no se acordaba; lo segundo, prefería olvidarlo. El parto se había producido en tales circunstancias que el terror se apoderaba de su cuerpo cada vez que pensaba en ello. Pero se había convertido en una experta en desterrar ese recuerdo antes de que aflorara del todo, concentrándose en la realidad física que tenía alrededor. La hierba, los árboles invernales y un anillo de casas antiguas y pulcras que miraban hacia el interior —como si fueran caravanas dispuestas en círculo— y creaban su propio refugio, una suerte de patio interior o de atrio romano. En el centro había un jardincito y en él se levantaba la estatua de una figura que parecía Cristo y que miraba hacia una iglesia de ladrillo rojo. Era el mismo lugar que había visto en el ordenador, en casa. El silencio también era el mismo. El pasaje por el que había accedido hasta allí apantallaba el ruido de Ámsterdam. Los trenes, los tranvías, los coches, todo había desaparecido. Como si quisieran subrayar la calma reinante, unos gorriones piaban dentro del recinto conformado por las casas.

La lluvia había parado y Stella paseó por el espacio, saboreándolo. A ratos, el sol irrumpía a través de las nubes y resplandecía pálido sobre las ramas húmedas de los árboles. Volvió la cara hacia él y sus ojos se cerraron automáticamente. Se detuvo y permaneció quieta, de pie, tomando conciencia del mundo que se abría más allá de sus párpados. Le pasaba lo mismo por las noches, cuando no podía dormir, pero en esas ocasiones el mundo era negro y lo que hacía era concentrarse en el golpeteo sordo de su propio pulso al presionar la almohada; en el cuerpo que seguía trabajando sin permiso, independiente, el corazón que nunca descansaba, los intestinos que nunca dormían. El día que pararan, todo terminaría. Una vez había estado cerca de que eso sucediera. Un día que jamás olvidaría. La muerte la había rozado con sus alas. Pero llegaría el momento en el que, de algún modo, se convertiría en alma. Así había sido con todos los que habían vivido antes, desde el principio de los tiempos. El alma era ella menos el cuerpo. El alumbramiento era ella

menos su hijo. Poco a poco, el interior de sus párpados fue oscureciéndose, hasta que volvió a abrirlos. El sol se había ocultado detrás de una nube. Debería preparar pronto otro paquete para Canadá. Así mantendría vivo su recuerdo, después del que había enviado en Navidad. Había comprado en Oxfam un juego para su nieto, Toby. Uno de construcciones, un chollo, todavía envuelto en el celofán original. Tal vez lo alentara a convertirse en arquitecto algún día, como su abuelo. Con el pago había hecho además una pequeña contribución benéfica. Para los demás —para su hijo Michael y su mujer— podía comprar alguna cosa allí, en Ámsterdam. De hecho, podía hacerlo aquella misma mañana, si le daba tiempo. Sin Gerry dándole la tabarra.

La puerta de la iglesia no se movió un ápice. Stella solo escuchó el eco vacío del ruido metálico del picaporte. La guía decía que aquella era la Iglesia Reformada Inglesa y que databa del siglo xv. Caminó un rato por el perímetro del edificio, tratando de asomarse al interior. Durante la carrera, había estudiado a Juliana de Norwich, una anacoreta con nombre de hombre — Julian, en inglés— que fue la primera mujer en escribir un libro en esa lengua. Suya es la famosa cita que dice «todo irá bien» y luego, una vez más, «y todo irá bien». Juliana se hizo construir una celda pegada al muro exterior de su iglesia, como si fuera un nido de avispa, con una cama dura y un crucifijo por todo mobiliario. La celda se comunicaba con la iglesia a través de un ventanuco sin cristal, un hagioscopio desde el que podía seguir las misas y ceremonias y recibir la palabra de Dios y los sacramentos. En su día, Gerry había llamado la atención de Stella sobre una abertura similar, para leprosos, practicada en el muro de una iglesia en Antrim. Stella se imaginó a los leprosos, marginados, apretándose bajo la lluvia, agachándose por turnos para poder seguir la liturgia. Juliana de Norwich era contemporánea de Chaucer. A Stella le gustaba la mundanidad medieval, su vulgaridad y hasta el propio inglés de la época, con sus vocales planas, así como su capacidad para ascender en un abrir y cerrar de ojos a lo religioso, lo místico y lo compasivo.

Se acercó a las casas para verlas más de cerca. Una de ellas lucía la fecha 1660 en el hastial y la inscripción parecía auténtica. Había también un patio, en cuyos muros figuraban varios bajorrelieves cuadrados. En cada uno de ellos se representaba una escena del Antiguo Testamento, todas ellas recientemente restauradas y pintadas de colores vivos. Había una de Abraham, blandiendo una espada sobre su hijo; una con el horno ardiente en el que se consumían los tres jóvenes cuyos nombres nunca sabía pronunciar bien; y otra de la huida a Egipto. de vlugh va egipten. Esta fue la que más le gustó, con María protegiendo al Niño con su manto lapislázuli y San José guiándolos.

A la izquierda, junto a un tablón de anuncios con avisos en neerlandés, había una puerta. También estaba cerrada, pero disponía de un cartel con los horarios. Si eran, en efecto, los horarios de apertura, no tendría que esperar mucho. Estaba empezando a llover de nuevo y Stella regresó al pasadizo para resguardarse. Tal vez sí debería haber desayunado. Metió la mano en el bolso y sintió la textura suave de la servilleta de papel con las galletas. Mordisqueó una mientras esperaba, de pie. Era tal el silencio que podía escuchar en su cabeza el ruido que hacía al masticar. El camarero había sido tan encantador, con su dentadura blanca y sus atractivos rasgos asiáticos... Evocó su cortesía profesional y el detalle de colocarle esa misma servilleta sobre el regazo. Al acabar de cenar, como no quería dejar restos, Stella había arrugado la servilleta y se la había metido en el bolsillo. Más tarde se dio cuenta de que las migajas se habían desparramado por el forro.

Recordaba los tiempos en los que Gerry producía ese efecto en ella. Hacía tanto... Cuando no tenía ojos para nadie más. Como la primera vez que la llevó en coche —¡el simple hecho de tener coche, en aquellos días!—. Ascendieron por la sinuosa carretera frente al mar que lleva al valle de Antrim, atravesando un paisaje que la dejó asombrada: Waterfoot, Cushendall, Cushendun y, luego, a orillas del mar, Ballycastle. Al principio, le dio un poco de vergüenza estar allí a solas con él, en el coche. Fumaron Benson & Hedges. Ella no fumaba mucho, pero le gustó poder acompañarlo, exhalando la mayor parte del humo por la nariz. El tiempo era lo suficientemente bueno para llevar las ventanillas bajadas.

Hablaron mucho. De política y de religión. Indagaron sobre los caminos secundarios de sus vidas y sobre sus respectivas familias. En la de ella eran seis hermanos, tres chicos y tres chicas, y habían crecido en una casa pequeña, en un pueblo grande. No tenían agua corriente y el retrete estaba fuera. Cada mañana, Stella tenía que llenar un cubo esmaltado con el agua de la fuente que había en la calle. Con todo, no veían aquello como una adversidad. Al contrario, vivir cerca de la fuente era un privilegio y no todos los vecinos podían presumir de ello. Se lavaban en el dormitorio, con una manopla y una palangana. Por su parte, Gerry le contó que era hijo único, un niño que se dedicaba a coleccionar sellos. Cuando ella se rio, él afirmó que aquella era una forma de viajar sin tener que moverse. Pero no, dijo ella, todavía no había terminado de contarle la historia de la casa. El concejo municipal comenzó a construir un grupo de viviendas de protección oficial en el pueblo y se instó a los vecinos a solicitar la suya. Las casas eran de diferentes tamaños y estilos. Una tenía cuatro dormitorios. Después de entregar la solicitud, su familia no paraba de hablar del asunto, llenos de esperanza y de expectación. De lo increíble que sería tener, además de los dormitorios, un baño completo y dos retretes solo para ellos. Su madre y su padre rezaban por ello e incluyeron la petición en las oraciones de sus hijos. Hicieron una novena de misas, para lo cual se levantaban al amanecer y subían caminando por la colina hasta la capilla. Tiempo después, se supo que su madre había visitado las obras por la noche y había arrojado una medalla milagrosa en lo que habría de ser el espacioso jardín de la casa deseada. Aquello era algo con lo que su padre también soñaba: la posibilidad de tener un pedazo de terreno para cultivar zanahorias, cebollas y patatas. Tal vez también alguna que otra flor. Pero cuando llegó la hora, las fuerzas vivas del lugar, unionistas hasta el último hombre, le dieron la casa a uno de los suyos, a un policía protestante. Un viudo, un sargento de la RUC que había perdido a su mujer. Tenía un solo hijo, adolescente. ¿Qué falta le hacía una casa así?

La historia hizo que Gerry comenzara a despotricar de los unionistas. Irlanda del Norte era un país despedazado por personas que no eran sus dueños. El Estado resultante era una versión protestante de la España de Franco y seguiría siendo así por los siglos de los siglos porque los que estaban en el poder lo habían amañado todo de tal manera que votar resultase

inútil. Era como firmar con tinta invisible. Y los católicos no eran los únicos que sufrían discriminación, lo mismo sucedía con cualquier persona que fuera de izquierdas. Stella trató de calmarlo y de que se sosegase, repitiendo una y otra vez qué buen día hacía. Pararon a comprar un helado en Cushendall y aparcaron junto al campo de golf para que Gerry pudiera comérselo sin que se le derritiera encima.

Luego, en el paseo marítimo de Ballycastle, a Stella le llamó mucho la atención el césped de las pistas de tenis, de un verde esmeralda, cuidado con mimo. Las redes parecían nuevas y tensas. Gerry dijo que estaban preparándolo todo para el verano, para que estuviera impecable cuando llegaran los turistas escoceses. La mayoría de las pistas estaban ocupadas y los jugadores iban vestidos de blanco. Stella encontró algo intimidatorio el sonido de la pelota y los educados chillidos que seguían a los golpes fallidos. Existía una forma correcta de jugar al tenis y ella la desconocía.

Después pasearon por la playa y se tumbaron en la arena. Hacía un día de nubes y claros intermitentes. Las sombras se movían sobre el acantilado de Fair Head. La arena era suave y Stella se la pasaba de mano en mano, dejándola caer, mientras él fumaba. Luego caminaron un poco más. Era difícil hacerlo sobre la arena seca, así que se acercaron a la orilla, donde la marea, ya en retirada, la había solidificado y endurecido. El agua dejaba cercos de espuma, como si fueran encajes. Ella siempre andaba a la caza de piedras. Pero solo se agachaba si encontraba alguna blanca y perfecta. Luego se las mostraba a él con gesto triunfal. «¡Mira esta!» Mientras estaban húmedas y relucientes, parecían especiales, pero ella sabía que, una vez se secaran, se tornarían más amarillentas o grisáceas. Las que eran realmente perfectas acababan en un cuenco de cristal que tenía sobre la mesa. Era su simplicidad lo que encontraba tan fascinante, su forma de luna llena y el hecho de que no costaran nada, de que nadie las vendiera.

Al aire libre, Gerry ganaba mucho. Era un hombre hecho para la luz del día, más que para la oscuridad anaranjada del salón de baile. Más atractivo que guapo. Parecía atento y serio, la clase de hombre que haría cualquier cosa por ti. Pero, por encima de todo, era interesante. La forma en la que hablaba

de arte o de arquitectura... ¿Cómo podía conseguir alguien que la arquitectura resultara interesante? Antes de conocer a Gerry, Stella apenas se había fijado en ella. La gente necesitaba casas donde vivir, tiendas donde vender, paradas de autobús, colegios, iglesias... pero, por lo general, nunca se había interesado por ello. Ella le mostraba piedras blancas y él la correspondía con pirámides y rascacielos, con piedras clave y capillas de Nuestra Señora. Cuando le hablaba de estas cosas, acercaba su rostro al suyo y la miraba a los ojos fijamente. Entonces fluían toda su energía y su entusiasmo, se desplegaban su facilidad de palabra y su ingenio. En los oídos de Stella, sus palabras sonaban frescas, como recién acuñadas.

Cuando llegaron al extremo de la playa, se encontraron con una pasarela peatonal. La marea estaba baja, así que, en ese momento, aquel puente parecía algo inútil, un resto de algo, un camino hacia ninguna parte. Subieron los peldaños de las escaleras y cruzaron hasta la mitad de la estructura. El suelo era de madera y estaba castigado y descolorido por efecto de la intemperie. ¿Por qué estaba allí aquella cosa? Al principio, Gerry dijo que era un puente inconcluso para llegar a Escocia. Después se retractó de la broma y le contó que aquel era un lugar muy popular para pescar con caña. Cuando subía la marea, el puente era necesario para llegar hasta la zona de rocas donde solía haber más peces.

Debían de estar situados en la misma dirección en la que soplaba el viento desde el pueblo, porque traía hasta ellos el rumor lejano de la música de las atracciones y los gritos de los que estaban montados en ellas. Stella había apoyado los codos sobre la barandilla y miraba hacia el mar. El faro de Rathlin Island destelló una vez. Ella aguardó un buen rato, contemplándolo, hasta que emitió otro destello. Al otro lado, Escocia se recortaba pálida y azul contra el horizonte. Stella se volvió hacia Gerry para preguntarle algo y él la besó. Ella apoyó la frente en su hombro. Entonces él se movió para besarla de nuevo, pero ella alargó el dedo para detener sus labios, posándolo sobre ellos, y lo dejó ahí, transmitiéndole la sensación de que ella no estaba segura. Él esbozó una sonrisa confundida y ella sintió el movimiento de sus labios bajo

su dedo. Al poco, tras un instante de vacilación, apartó el dedo y le devolvió el beso.

Durante mucho tiempo después, siempre que se ponía aquel abrigo, sentía un pinchazo de alegría cada vez que metía las manos en los bolsillos y sus dedos topaban con granos de arena.

Stella apoyó el hombro contra el muro del pasaje, en Ámsterdam, y miró el reloj. Escuchó pasos y se dio media vuelta. La luz quedó parcialmente atenuada mientras una figura se aproximaba a ella. Era una mujer de mediana edad, con gafas, que se excusó en neerlandés al pasar a su lado, haciendo sonar sus tacones cuadrados. La mujer sacó un manojó de llaves y se metió en el edificio de enfrente. Stella avanzó unos pasos, dubitativa, pues no quería avasallarla al inicio de su jornada laboral. Mejor darle tiempo para que se quitara el abrigo y limpiara las gotas de lluvia de las gafas, pues su rutina podía no incluir tener que responder preguntas de personas como Stella. Así que decidió dar otra vuelta por el camino enlosado en espina de pez que circundaba el jardín. Allí, al menos, era imposible perderse. Alzó la cabeza para mirar las casas y se fijó en las cortinas de las ventanas; en algunos de los alféizares también había plantas, pilistras, como en su casa. En una de las ventanas más altas pudo distinguir el rojo intenso de una poinsetia, brillante como la vela de un altar. La estructura del jardín le recordaba a la de un claustro, aunque no había galería porticada ni columnas que la sujetasen. Quien quisiera pasear o meditar allí, tenía que hacerlo expuesto a las inclemencias del tiempo y, por lo tanto, también a distracciones. Un claustro era un recorrido cubierto que no llevaba a ninguna parte. Un gimnasio espiritual. El que más profundamente grabado tenía en la memoria era el de la catedral de Santiago de Compostela. Recordaba sus columnas y cómo su proyección creaba una suerte de paso de cebras de luces y sombras. Un lugar por el que transitar con seguridad. Un lugar donde poder dar vueltas hasta llegar hasta tu propio punto de partida. Alfa y omega. Allí, el espíritu y la mente volaban libres de restricciones. Un ejercicio excelente para quien quisiera permanecer intramuros; cautivo, pero protegido del mundo exterior.

Algunos meses después, antes de que el verano llegara a su fin, Gerry y Stella hicieron otra excursión, a Galway y la costa oeste. Cuando se registraron en el pequeño hotel, la dueña alzó la vista de la hoja para preguntarles si querían habitación de dos camas o de matrimonio. Stella respondió, categóricamente, que de dos camas.

Durante la cena, compartieron una botella de Blue Nun y elogiaron profusamente la comida. Desde el comedor se veía el jardín, y la dueña, que también servía las mesas, les señaló cuáles eran las hierbas que daban tanto sabor al guiso.

Al acabar, salieron al jardín. La luz estaba cambiando y la tarde dejaba paso a la noche. En el cielo, sobre el mar, la luna creciente creaba un sendero de luz que llegaba hasta donde estaban ellos, de pie junto a las hierbas aromáticas. Gerry le mostró un truco que le había enseñado su padre y que consistía en deshacer las hojas entre el dedo índice y el pulgar y después oler la fragancia, dejando que la mano se impregnara de ella. No tuvo la audacia, sin embargo, de ofrecerle sus dedos para que ella los oliera, y se sintió aliviado cuando Stella imitó sus movimientos y olió su propia mano. Con cada planta que olían, ella emitía exclamaciones de sorpresa y de placer.

—Los olores se empiezan a mezclar —decía—. ¡Me faltan manos!

Al día siguiente, y después de darle la enhorabuena a la dueña tanto por la comida como por el jardín, esta les hizo una visita guiada y les enseñó los nombres de las plantas más llamativas. Salvia, romero, lavanda, melisa, hinojo.

Stella tenía la sensación de que caminaba por un lugar en el que era imposible extraviarse. Una concha de caracol descolorida podía ser un mojón en el camino. Una planta amarilla y espinosa que ella conocía como «sol de invierno» podía ser un poste indicador. En una esquina del jardín había un abedul cuyas ramas, finas e intrincadas, habían recogido el agua de lluvia. La luz del sol, todavía bajo, atrapaba las gotitas que caían de ellas con un destello. A medida que Stella se desplazaba, se generó un arcoíris que desprendía pequeñas chispas de color. Se agachó para observarlo más de cerca y comprobó con asombro el cambio de matices que se producía con cada ligero movimiento de su cabeza. En otra esquina, había un arbusto en flor, a pesar de que todavía estaban en enero. Lo contempló largo rato —

pétalos blancos, manchados de rosa— antes de acercarse, pero no tenía ni idea de cómo se llamaba. Se inclinó para aspirar su aroma. Era delicioso. ¿Cómo podía florecer en pleno invierno? Tal vez fuera la propia naturaleza del lugar, tan recogido, la que había generado un clima particular. Todas esas cosas eran buenas señales. Signos de la grandeza de Dios.

Stella sonrió y se acercó hasta la puerta junto a la que estaba expuesto el tablón de anuncios. Ahora había luz y gente dentro del edificio, pero aun así vaciló. Necesitaba que sus preguntas fueran muy claras, por si había problemas con el idioma. Un hombre de mediana edad salió por la puerta con una carpeta de plástico. Al ver que llovía, se colocó la carpeta encima de la cabeza. Su otra mano se quedó sujetando la puerta, así que Stella avanzó unos pasos y entró, dándole las gracias.

La mujer de las gafas estaba detrás de un escritorio, hablando en neerlandés con varios hombres africanos muy bien vestidos, dos con traje y dos luciendo un colorido atuendo tribal. Stella esperó, pero la espera parecía no tener fin y, cuanto más se prolongaba, más aprensión sentía. Quiso probar a decir algo en alto, solo para ver si la voz le temblaba y delataba su nerviosismo. Transcurrido un tiempo, entró un hombre con gabardina beis, que se colocó detrás de ella, esperando su turno. Stella no tenía forma de saber si la mujer de las gafas sabía inglés. No, al menos, hasta que le hiciera su pregunta. Pero tampoco terminaba de estar segura de cuál debía ser la pregunta ni de cómo formularla. El hombre de la gabardina le sonrió y ella le devolvió la sonrisa. Le dijo algo en neerlandés y Stella respondió que no lo entendía.

—¿Está de vacaciones? —le preguntó el hombre, en inglés.

—Solo por unos días —respondió Stella.

—Es una pena que tengamos este tiempo —dijo el hombre—. En fin, el invierno —añadió, encogiéndose de hombros.

Finalmente, el grupo de africanos se despidió con exquisita educación de la mujer de gafas y se marchó. Stella se aclaró la garganta y se acercó al escritorio.

Volvió a recorrer el pasaje oscuro para adentrarse de nuevo en el ruido de la ciudad. No necesitaba consultar la guía. Había tiendas por todas partes. Muchas de ellas no tenían puerta, sino una cortina de aire caliente que separaba el establecimiento de la calle. Cada vez que entraba en alguna, notaba el impacto de la corriente trémula sobre su cabeza. Los regalos que comprase tenían que ser pequeños, fáciles de envolver y sencillos de enviar por correo una vez volviera a casa. Quería preparar un paquete familiar con el juego de construcciones para Toby. Odiaba tener que pagar más por el envío que por el propio juguete. Incluir una postal de Ámsterdam también estaría bien. ¿De dónde se había sacado su madre un nombre como Tobias? De acuerdo, Danielle era francesa, o francocanadiense, para ser más exactos. El uso del diminutivo «Toby» era cuanto la abuela había podido negociar y, últimamente, además, solo podía usarlo por teléfono. Después de su última visita a Glasgow, cuando estaban ya de vuelta en Canadá, Stella había hablado por teléfono con él. Entonces tenía tres años, y Stella trató de que dijera cualquier cosa.

—¿Te ha gustado venir a visitar a la abuela? —le preguntó.

Silencio.

Entonces oyó la voz de Michael por detrás.

—No vale con que asientas con la cabeza, Tobias. Por teléfono tienes que decir «sí».

—Sí —dijo Tobias.

—¡Claro que sí! —respondió Stella.

Y se imaginó la escena del pequeño, al otro lado de la línea, asintiendo en silencio, mientras sostenía el teléfono. Aquello casi le rompe el corazón.

Finalmente, encontró unos grandes almacenes enormes y muy elegantes. Como cualquier otra ciudad, Ámsterdam estaba llena de tiendas que vendían cosas que nadie quería. O la clase de cosas que algunas personas quieren pero que nadie necesita. Eligió una corbata para Michael —un poco chillona, quizá, pero no quería parecer demasiado conservadora— y una bufanda de rayas blancas y negras para Danielle. Ya solo le faltaba la postal para acompañar los regalos.

Cuando se despertó, Gerry sentía la boca como si fuera un trapo. Yacía en la cama inmóvil y aturdido. ¿Por qué le habían venido a la cabeza la noche anterior los dos hombres de la RUC que fueron a buscarlo a la oficina aquel día? Esas cosas deberían quedarse en el pasado, bien enterradas. Pero aquel era solo uno de esos pensamientos de buena mañana y, en el caso de Gerry, los primeros pensamientos al despertarse eran siempre malos. Siempre que estaba en un hotel se despertaba con la boca seca. Echaba la culpa al aire acondicionado. Nunca había manera de abrir las ventanas para que se humedeciera el aire. El hecho de que hubiera bebido en exceso la noche anterior tenía poco o nada que ver con aquello. En casa había noches en las que bebía lo mismo y no se despertaba así. Seguía teniendo muy presente el rostro del agente de más edad de la RUC, pero no podía recordar el del más joven. En el Ford Cortina sin distintivo, el de más edad volvió la cabeza desde el asiento del copiloto para decirle a Gerry que tenía suerte de que fueran en aquella dirección. No creían en los tratos de favor. El joven conducía. El otro había apoyado el sombrero sobre el salpicadero; todavía se le veía la marca circular en el pelo. Desde el asiento de atrás, Gerry distinguió que tenía calva, parecida a la tonsura de un monje. Del cuello de su abrigo asomaba ligeramente la bufanda con su complejo e intrincado estampado de cachemira. Ninguno de los tres hablaba. En cierto momento, el que conducía dijo algo a su colega en un tono que excluía a Gerry de la conversación. Algo relacionado con lo que tenían que hacer después, cuando acabaran aquel encargo. Gerry miraba a uno y a otro. Se daba cuenta de que él era «aquel encargo». Uno hecho de mala gana, sin mirarlo a la cara. Una fibrilación persistente seguía sacudiendo su estómago. Se inclinó hacia delante, como si con solo mirar el tráfico de frente pudiera despejarlo. Pero no dijo nada.

Cuando llegaron al hospital, el conductor los dejó en urgencias y permaneció en el coche. El agente de más edad, despreocupándose de su sombrero, acompañó a Gerry hasta la recepción. El lugar estaba muy concurrido y había un trajín continuo de puertas de plástico que se abrían y se cerraban, de

camillas con o sin pacientes, transportadas de aquí para allá, y de enfermeras con calzado cómodo que abrían y cerraban cortinas en torno a las camas que se veían al otro lado de una puerta abierta. Una enfermera con mandil salió por esa puerta, medio caminando, medio corriendo. El hombre de la RUC se puso en la cola de la recepción e indicó a Gerry con un gesto de cabeza que se sentara. Gerry tuvo la sensación nítida de que lo estaban tratando como a un ciudadano de segunda clase. Eso tenía algo que ver con su apellido. Sabían que era católico desde el principio. «Gilmore» unido a «Gerry» equivalía a feniano. Luego estaba el contacto visual, o la ausencia de él, más bien. Finalmente, Gerry vio cómo el policía hablaba a través de la ventanilla con la enfermera que estaba en el control. Después, se fue, haciendo un nuevo gesto con la cabeza.

—Esta buena gente se ocupará de usted —le dijo antes de marcharse.

Pasado un buen rato, una enfermera lo condujo por un pasillo. La enfermera caminaba uno o dos pasos por delante de él —o tal vez fuera él quien caminaba uno o dos pasos por detrás, como un niño—. No tenía ni idea de adónde lo llevaban. Todos los pasillos parecían iguales: paredes verde menta sobre el friso verde botella. Se cruzaron con dos soldados, armados con ametralladoras, que iban en dirección contraria. A medida que los pasillos se iban despoblando, el sonido de sus propios pasos y el susurro almidonado del atuendo de la enfermera se hicieron audibles. Gerry se preguntó si aquel pasillo conduciría a la morgue. ¿Era aquella la forma en la que se daba esa clase de noticias? Tal vez se tratase de un error. Tal vez la mujer implicada en el accidente fuera otra y la habían confundido con Stella. Él entraría en la habitación y la mujer que habría allí no se parecería a nadie que hubiera conocido en su vida. Gerry sonreiría, empatizaría con ella, le daría una palmadita en la espalda y se marcharía, diciéndole a la enfermera de turno —vestida de rojo bajo un delantal blanco— que aquella no era, de ningún modo, su mujer. Que se trataba de un error, se habían equivocado de identidad. Pero la enfermera seguía caminando delante de él con solemne determinación y parecía que sabía lo que hacía. Llegaron a otra sala de espera. La mitad de los asientos estaban ocupados. La enfermera le pidió que aguardase y desapareció caminando en dirección a otra sala. Gerry se sentó al final de una fila de asientos vacíos. El espacio le recordaba a un gimnasio:

pensó en barras fijas, cuerdas y cintas de correr. Las personas que esperaban sentadas parecían hablar en tono bajo y serio. Nadie se reía ni silbaba. De manera harto extraña, sin embargo, sobre una mesa había un juguete de colores brillantes. El juego consistía en conducir un pequeño monóculo de alambre a lo largo de un sinuoso hilo de metal sin tocar este último, hasta conseguir liberar el aro.

Su cabeza se movió sobre la almohada del hotel. Se tocó el paladar con la lengua, tratando de detectar algo de humedad, pero no había ni rastro. Estiró el brazo y su mano aferró el vaso. Se lo acercó a la boca para beber y la sensación que le produjo el agua fue maravillosa.

Durante un rato, permaneció tumbado con los ojos cerrados. Dentro de la habitación solo había silencio. Fuera, algún martilleo distante y el incesante y omnipresente ruido de los taladros neumáticos. Cortesía, probablemente, de algún arquitecto.

El silencio de la habitación era inusual. Se giró en la cama. Stella se había ido. Su mitad de la sábana estaba pulcramente estirada y doblada hacia atrás, formando un triángulo, como la marca en la página de un libro. Miró hacia el baño. La puerta estaba abierta, pero tampoco allí había ni rastro de ella. Debía de haber bajado a por el periódico. ¿O era domingo? ¿Habría salido pitando a misa? Echó un vistazo a la fecha del periódico en el que ella había hecho un crucigrama el día anterior. Definitivamente, no era del sábado. Luego no era domingo.

Se levantó y se quedó sentado en el borde de la cama un buen rato. Necesitaba otro vaso de agua, pues se había bebido hasta la última gota del primero. Todo aquello que pudiera hacer para sentirse mejor debía hacerse. Así que se quitó su flamante pijama negro, se metió en el baño y abrió el grifo de la bañera. Mientras esperaba, se lavó los dientes y deseó que la temperatura del agua pudiera regularse bien. Una vez había visto unos dibujos animados en los que salía una ducha con dos grifos: «demasiado caliente» y «demasiado fría». Mejor descrito, imposible. No había alfombra antideslizante dentro de la bañera, así que salvó lentamente, con gran cuidado, el borde esmaltado y apenas soltó el asidero de cromo mientras el

chorro de agua caliente caía sobre él. Utilizó los dos diminutos botecitos de champú y acondicionador, cortesía del hotel. La toalla en la que se envolvió al acabar era del tamaño de una toga. Salió cautelosamente de la bañera y se afeitó.

Una vez estuvo vestido, se hundió en el sillón. Eran poco más de las nueve. A esa hora de la mañana, ver la televisión —la sola idea de hacerlo— lo ponía enfermo. Tampoco era momento de escuchar música en el iPod. Así que soportó el silencio de la habitación. Desde fuera llegaban algunos sonidos —las voces de otros huéspedes del hotel y del personal, el ruido de una puerta de emergencia al cerrarse—. Tal vez Stella hubiera bajado a desayunar. A lo mejor le había dicho algo pensando que estaba despierto, cuando, en realidad, estaba dormido. Intentó llamarla al móvil, pero le saltó el contestador. Siempre podía comprobar si estaba en el comedor del hotel. Se levantó y extrajo la llave magnética de la fuente de alimentación de la pared. En el pasillo, las chicas de bata lila iban de las habitaciones al carrito, esquivando el tráfico al son de las aspiradoras. Todas parecían ser extranjeras, de Tailandia o de Puerto Rico. Si Gerry establecía contacto visual con alguna de ellas, sonreían y sus encantadores rostros se iluminaban.

En el ascensor vacío había un espejo, y Gerry comprobó que su pelo cano estaba completamente alborotado, como si hubiera dormido sobre él. No había hecho muy buenas migas con el acondicionador del hotel. Porquería barata, seguro, comprada a granel para rellenar los caros botecitos. Trató de alisarse el cabello con la palma de las manos y maldijo al tipo de seguridad del aeropuerto, que le había privado de su propio acondicionador Rolls-Royce. Al cruzar el vestíbulo, consideró la posibilidad de preguntar a la recepcionista: «¿Ha visto pasar a mi mujer por aquí, sin mí?». Se estaba riendo de su propia chanza cuando la recepcionista alzó la vista y le dedicó una sonrisa. Aquello le sentó bien.

El comedor para desayunos era amplio y estaba profusamente decorado. Estuco y candelabros de cristal tallado, estilo victoriano. Aunque ese adjetivo no era pertinente en ese contexto. ¿En Holanda denominaban los periodos artísticos según quién ocupase el trono? Se quedó de pie en lo alto de la estrecha escalinata de mármol, buscando a Stella con la mirada. Pero no estaba allí. El plan que habían acordado para emergencias no era aplicable:

«Si nos separamos y nos perdemos, quedamos en el último sitio en el que hayamos estado juntos». En aquel caso ese sitio era la cama.

Se sirvió unos cereales del bufé y se sentó en una mesa de dos, junto a la ventana. Desde la época de Belfast, siempre se sentaba mirando hacia la puerta. Los cereales llevaban ciruelas pasas por encima. Los cuencos y las jarritas estaban bien. Los huesos chupados de las ciruelas, transferidos de la cuchara al platito, recordaban de forma inquietante a cucarachas por la forma y el color.

Ahora que tenían teléfonos móviles, teóricamente debería ser más fácil seguirse la pista mutuamente, pero lo cierto era que los aparatos no estaban siendo de gran ayuda. Para empezar, había que acordarse de llevar siempre encima el puñetero trasto. Luego, aunque lo llevaras, resultaba que uno de los dos teléfonos siempre estaba apagado o sin batería. Para colmo, incluso si conseguías llamar, el teléfono de Stella estaba configurado de forma misteriosa y todas las llamadas eran desviadas a un contestador que decía: «Deje su mensaje». Y además no sonaba, de modo que ella nunca lo cogía. Tanto él como ella pertenecían a una generación que había llegado a usar teléfonos de manivela en Donegal.

Una camarera se acercó a su mesa. Sus cabellos, similares a los muelles de un reloj de pulsera, se amontonaban recogidos en lo alto de su cabeza. Gente joven. Había algo característico en el destello de sus ojos. En su forma de conducirse. En su entusiasmo y en la elasticidad de su piel.

—¿Té o café, señor?

¿Cómo había adivinado qué idioma hablaba? ¿De verdad tenía un aspecto tan británico? Era irlandés. Y a mucha honra. A pesar del incidente del pub la noche anterior. A pesar de los últimos cincuenta años.

—¿Tiene té negro? —preguntó.

Después de que la camarera le trajese su tetera, Gerry se acercó al bufé. Solía evitar los fritos, pero pensó que, ya que estaba de vacaciones, podía darse el gusto. Y Stella no estaba allí para protegerlo de las grasas saturadas. ¿O era de las no saturadas? Las grasas trans eran todavía peores, parecía. Pero no tenía ni idea de qué alimentos contenían cuál, lo que hacía difícil evitarlas.

¿Dónde demonios estaba Stella? Nunca había hecho eso antes, largarse por ahí sola. ¿Habría quedado con alguien a quien había conocido la vez anterior, cuando había viajado allí con los otros profesores? ¿Un *affaire*? ¿A su edad? ¿Quién tenía *affaires* antes del desayuno?

Al engullir los huevos con beicon casi se desmayó de placer. Aquel era su pequeño *affaire*. Patatas fritas y dos huevos para desayunar. Al acabárselos, se sirvió otra taza de té y la paladeó con calma. Todos los periódicos disponibles estaban en neerlandés, así que no le servían de nada. Se limitó a mirar a su alrededor. Se le hacía muy raro estar separado de Stella. Antes de que pudiera darse cuenta, se vio de nuevo en aquella sala de espera del hospital de Belfast. Una mujer mayor, ataviada con un delantal rosa, le trajo una taza de té lechoso. Se sentó a su lado y lo puso al corriente de la situación, aunque no pudo darle mucha información, más allá de que su mujer estaba en el quirófano. Le explicó que ella pertenecía a las *pink ladies*, las «damas voluntarias» que echaban una mano en los servicios de urgencias. Se llamaba Mavis y lo único que podía hacer era sacudir la cabeza. Cuando Gerry le preguntó si su mujer iba a sobrevivir, ella le respondió que no tenía manera de saberlo. La quería mucho, dijo él, como si tratara de justificar sus insistentes preguntas. La mujer le puso una mano en el brazo. Parecía preocuparle mucho si él tomaba azúcar o no. Gerry no tuvo fuerzas para decirle que no tomaba leche. Aun así, cuando ella se fue, se bebió la taza de té y se fumó otro cigarrillo. Había gente yendo de un lado para otro y las suelas de goma chirriaban sobre el piso. Cuando la mujer regresó, le dijo que acababa de hablar con una de las enfermeras y que su esposa había dejado un recado para él mientras la preparaban para la intervención. Quería que le dijeran que todo iba a salir bien. Le contó que su mujer lo había repetido dos veces. Que le dijeran que «todo irá bien y todo irá bien», que él lo entendería. La voluntaria también le dijo que lo mantendrían informado, y Gerry asintió. Un adolescente salió por una de las puertas con un cabestrillo blanco y una flamante escayola en el brazo. Abandonó la sala acompañado de los que parecían ser sus padres. El chico estaba muy pálido.

Una hora más tarde, Gerry seguía allí sentado, fumando un cigarrillo tras otro, oyendo sirenas de ambulancia, viendo flashes de luces procedentes de alguna parte. Era difícil distinguir si llegaban o se iban. Difícil saber si era

una bomba o un ataque al corazón. El peligro real, por supuesto, no eran las sirenas. No eran una señal de alarma. Habría muertos y heridos. Mucho trabajo para las tijeras. Gerry había oído esa frase en una fiesta, de boca de una enfermera amiga de Stella. La amiga no trabajaba en urgencias, pero conocía a compañeras que sí. Hablaba de cómo había que cortar la ropa de los heridos. Gerry trató de recordar qué llevaba puesto Stella aquella mañana al salir de casa.

En cierto momento, entraron en la sala una niña pequeña y su madre. La pequeña se fue directa a la mesa donde estaba el juguete de colores. Una y otra vez, cada vez que la niña fallaba, el juguete emitía un pitido. La madre no prestaba mucha atención a lo que hacía la niña y se limitaba a dejar caer, de vez en cuando, un «venga, ya está bien». Se había sentado de lado y miraba fijamente a través de la ventana.

Gerry pidió un palillo a la camarera. Siempre le ocurría lo mismo con el beicon. Cuando se acabó el té, subió de nuevo a la habitación. Todavía no habían pasado las camareras de piso. Había dejado las sábanas amontonadas en un lateral de la cama. La toalla yacía tirada en el suelo del baño. Miró el reloj. Era casi la Hora de los Achaques. Había sido idea de Stella lo de dedicar no más de sesenta minutos diarios a sus numerosos achaques. Pero no tenía nada nuevo que reportar. Se fijó en el vello casi exuberante que le crecía en la muñeca, debajo del reloj. Tanto, que se quitó el reloj e inspeccionó el área en la que este le rozaba la piel. Aquello tal vez fuera digno de reportarse. Sonrió. Hirsutismo subrelojero. Con angustia concomitante.

Abrió las cortinas y entró la luz. No llovía. El paquete de Gauloises y el cubo de playa amarillo seguían allí. Debían de llevar años. Y allí seguirían, por los siglos de los siglos. A menos que el hotel cambiase de dueño.

No quería dar la impresión de que era un inútil cuando no tenía ayuda, así que se anudó la bufanda azul marino al cuello y se puso el abrigo y el gorro. Ella había dejado sobre el escritorio el mapa que les habían dado la noche

anterior. Se lo metió en el bolsillo y bajó de nuevo. Stella tampoco estaba en el vestíbulo ni en la cafetería.

Al salir, Gerry vio que el bloque de hielo seguía allí. El iceberg callejero. Supuso que alguien había hecho exactamente lo mismo que él y le había dado una patada, ya que se había desplazado varios metros. ¿Qué era aquello? ¿Cómo había llegado hasta allí? Algún objeto cuadrado se había llenado de agua de lluvia, que luego se había congelado y, finalmente, se había liberado de su molde. No había signo alguno de que el bloque hubiera empezado a derretirse. Le dio un pequeño empujón con el pie y el objeto se deslizó tambaleante, haciendo un poco de ruido. Gerry giró a su alrededor y luego se detuvo para observarlo mejor. A la luz del día, tenía un tono ligeramente azulado. A lo mejor era pis congelado, arrojado desde un avión. Podía contarle eso a Stella para tomarle el pelo.

Siguió las indicaciones para ir hacia el norte, hacia la estación. Una chica en vaqueros, con un anorak rojo, venía hacia él, en bicicleta, sosteniendo con una mano el móvil contra la oreja y manejando el manillar con la otra. La ciclista tocó el timbre. Gerry se apartó y miró al suelo, a las marcas del carril bici. La chica le pareció maravillosa, sentada muy alta sobre el sillín, su pelo ondeando a la espalda. De hecho, todas las chicas ciclistas eran maravillosas, como valquirias o Amazonas. ¿Quién necesitaba el barrio rojo?

Tuvo que cruzar una calle principal, llena de tráfico, y estiró automáticamente el brazo para coger a Stella, sin percatarse de que ella no estaba con él. Se metió la mano en el bolsillo para disimular el gesto fallido. El semáforo cambió. El hombrecillo verde era un símbolo universal. El irlandés. En este caso, lucía un pequeño sombrero verde de copa baja.

Tras cruzar la calle, se preguntó cuándo había cogido a Stella de la mano por primera vez. Pero no podía acordarse. Ciertamente, no fue para cruzar una calle, pues esa costumbre llegó más tarde. Recurrió a la lógica para deducir cuándo podía haber sido. La primera vez que se fijó en ella fue en un baile, en Fruithill, un club de tenis católico. Una noche de verano, de mangas de camisa. Su memoria completó los detalles, o los manufacturó: su vestido pálido, la cruz dorada en su cuello. Nada más verla, sintió que tenía que bailar con ella. Y para bailar con ella, tenía que tomar su mano y sujetarla con

la de él. Una de las primeras cosas que se dijeron fue que ninguno de los dos jugaba al tenis. Se rieron e hicieron bromas sobre ello. Ella era de Dungiven, un pequeño pueblo del condado de Derry. Era profesora de Lengua Inglesa en un colegio de chicas en Belfast y compartía piso en Antrim Road con varias funcionarias. A Gerry le gustó tanto que le pidió un segundo baile, un gesto algo audaz en él. Y a ella él le había gustado lo suficiente como para aceptar. Por lo general, cada vez que concluía una serie de tres bailes, todo el mundo regresaba a los concurridos laterales del salón, pero, dado que habían acordado compartir también el siguiente, permanecieron junto a la pista, aguardando a que sonara la siguiente canción. El descanso duró un buen rato y, mientras esperaban, muy probablemente, él cogió la mano izquierda de ella con su mano derecha, sin dejar de hablar. ¿Quién sabe de qué hablaron? Se trataba, sobre todo, de no asustarla, de no incomodarla, de conseguir que permaneciera junto a él, de retenerla. Y de hacerlo entreteniéndola. Cuando comenzó su segundo baile, cambiaron de manos. La orquesta era una *showband* irlandesa y tocaba series de tres canciones, con descansos entre medias. Gerry recordaba que, en aquella segunda serie, tocaron temas lentos, algún vals o algún foxtrot lento. Él había deseado con fuerza que fueran canciones lentas, pero lo cierto era que el salón estaba tan abarrotado que había poco espacio para bailar. La gente se movía como podía y por donde podía, lo que otorgaba licencia para situarse cerca de quien no conocías. «Spanish Harlem» era un tema muy popular por entonces. Y las canciones de los Everly Brothers. Todas las orquestas hacían versiones, nadie componía sus propios temas. Incluso después de tantos años, Gerry podía recordar la sensación al posar su mano en la espalda de ella, el tacto a través del tejido de su vestido y la mezcla de perfumes y fragancias que permeaba el ambiente. Y su pelo; recordaba oler su pelo mientras bailaban. Tras el segundo baile, él se ofreció a invitarla a un agua mineral. Sonrió al recordar que en los bailes católicos no se servía alcohol. Ella pidió un zumo de naranja. Él bebió lo mismo. En el salón hacía tanto calor y había tanto humo que salieron al balcón con sus bebidas. No estaba muy oscuro, pues era junio, y el aire nocturno estaba cargado con la fragancia de las lilas que crecían entre los arbustos que rodeaban el edificio del club. Las pistas de tierra roja estaban cerradas por la noche, pero todavía había algunas luces encendidas. Los

insectos se arremolinaban alrededor de las bombillas brillantes. A la luz del ocaso, podía distinguir la línea del cuello de Stella mientras se inclinaba para ver mejor las pistas. Su piel era increíble. Perfecta, translúcida, tersa. Le pidió que salieran juntos. Ella sonrió con los ojos y asintió, diciendo que le gustaría.

—¿Has estado en Ballycastle? —preguntó él.

Caminó por las calles de Ámsterdam con los puños apretados por el frío. La arquitectura era única. Cuando se encontraba en una ciudad que no conocía, Gerry siempre miraba hacia arriba. En Glasgow, al principio, lo había maravillado la cantidad de capiteles. Aquí, era la variedad de gabletes. Gabletes con forma de cuello y de campana, ornamentados y sencillos, los suficientes como para conformar una muralla proyectada contra el cielo. Algunos eran escalonados, un rasgo que le parecía escocés. Todos ellos tenían una viga saliente para subir y bajar muebles con un aparejo de poleas. Y todos estaban techados con baldosas naranjas de terracota. Le encantaba el reflejo de las casas en el agua de los canales.

Gracias al aire tonificante, se fue sintiendo mejor. Excepto por la ausencia de Stella. ¿Estaría bien? Había visto películas —*thrillers*— en las que alguien muy cercano al protagonista desaparecía. Mientras iba de compras: «La última vez que fue vista, empujaba un carrito de supermercado». Secuestrada. Había leído acerca de cosas extrañas que pasaban en Holanda. Aquellos dibujos animados. Aquel tipo tan conocido que había sido asesinado en plena calle, un diputado o un productor de cine o algo así. Consultó el mapa y se dirigió hacia el norte atravesando la plaza del Spui. Por el canal entraba un viento gélido, procedente del mar del Norte, que cepillaba el agua y la oscurecía. Apretó todo su cuerpo contra la intemperie. Si lograba relajarse, la sensación no era tan mala, pero era difícil destensar los músculos con aquella temperatura. Stella tenía la teoría de que, si uno reunía el valor suficiente para estirar los pies hasta el fondo de la cama, entraba en calor antes que si se encogía «como una navaja a medio abrir». Al pestañear, los ojos le lloraban y

tuvo que secárselos con un pañuelo para poder ver bien de nuevo. A Stella le pasaba lo contrario, su problema era que no tenía lágrimas y tenía que llevar siempre las artificiales consigo.

Llegó a una gran plaza llena de tiendas y cafeterías. Los diferentes establecimientos tenían mesas de distintos colores colocadas sobre los adoquines. En una de las esquinas había una librería Waterstones. A Gerry le agradó ver la gran W y la fachada negra, tan familiares, siempre las mismas en cualquier ciudad. Como solían serlo también las misas, cuando eran en latín. Cruzó la plaza para entrar.

La sección de Arte y Arquitectura estaba en la segunda planta. Subió con esfuerzo las escaleras y merodeó un rato hasta que recuperó el aliento. Después se acercó a una de las ventanas para contemplar las vistas. El espacio impresionaba. Recorrió la plaza con la mirada, hasta que detectó algo familiar. Era Stella.

La sensación fue tan rara que se sobresaltó. Igual que cuando la había visto cruzar el vestíbulo en el aeropuerto de Glasgow, camino del *duty-free*. Parecía tan pequeña, a lo lejos. Como si fuera una extraña, una mujer vista a través del extremo equivocado de un telescopio. Recordaba cierta ocasión en la que se habían encontrado por casualidad, en Glasgow. Él había salido del estudio para hacer algún recado —comprar galletas, probablemente— y se la encontró en St. Vincent Street, saliendo de la librería John Smith's —que ya no seguía allí—. Supuestamente, a esa hora ella tenía que estar en casa. En la imagen que tenía de la escena, Stella llevaba un abrigo color berenjena con una bufanda a juego. Ella tardó un poco en advertir la presencia de Gerry, pues estaba mirando algunos libros expuestos en el escaparate. Se hallaban a unos cinco pasos el uno del otro cuando Stella se dio la vuelta y sus miradas se cruzaron. Ella levantó las cejas, emocionada, y sonrió con esa sonrisa suya. Estaba feliz por el encuentro y se había quedado inmóvil, sonrojada por sentirse así. Era como si fuera la primera vez que se veían. Pero llevaban veinte años casados. Se acercó a él, ofreciéndole las manos.

—Pero ¿qué haces aquí? —dijo.

—Admirarte —respondió Gerry, tomando sus manos y atrayéndola, de modo que sus mejillas se rozaron—. Podría preguntarte lo mismo.

Trató de recordar qué había pasado después. ¿Habían ido a tomar un café? ¿O a almorzar? Pero el recuerdo se había desvanecido. Lo único que quedaba de él era aquella sensación de timidez y la admiración que todavía existía entre ambos, tras tantos años juntos.

Y ahora ella estaba allí, en el otro extremo de esa plaza de Ámsterdam, mirando hacia abajo. Luego empezó a asentir con la cabeza. Hablaba con un hombre de gabardina gris que estaba de pie junto a ella. Gerry apoyó el libro que tenía entre las manos sobre el alféizar y observó. ¿Era alguien a quien ella conocía? ¿Tal vez alguien a quien había conocido en su viaje anterior? Stella tenía buena memoria para esas cosas. Pero ¿y si se trataba de algo más? Que no fuera solo alguien a quien había reconocido, sino alguien a quien conocía bien. Desechó esa idea y bajó las escaleras. Al salir de Waterstones, todavía la tenía a la vista. El hombre de la gabardina se alejó y desapareció. Stella comenzó a andar y Gerry la siguió. Había gente caminando en todas las direcciones y trató de mantenerla a la vista para no perderla de nuevo. De pequeño, en el colegio, había perfeccionado su técnica de silbar con dos dedos. El profesor de gimnasia les había enseñado a hacerlo para que pudieran ejercer de árbitros y silbar bien alto durante los partidos de baloncesto. Fiiiu. Al reconocer el sonido, Stella se volvió. En una plaza de Ámsterdam. Como si fuera un pajarillo en una playa atestada que reconoce el piar de su propio polluelo.

—¿Te apetece un café? —preguntó él.

—Solo si es en taza pequeña.

Gerry se sentó en una mesa libre, junto a la ventana, y Stella se acercó a la barra. Las cafeterías eran lugares tan ruidosos... En aquella parecía que estuvieran haciendo el *Titanic* en lugar de cafés. La máquina de moler hacía un ruido infernal y los gritos no cesaban. Parecía que estuvieran moliendo café para media Europa. Un empleado vaporizaba la leche con una suerte de silbido supersónico, mientras otra chica vaciaba el lavavajillas y apilaba platos y fuentes con gran estruendo. Un tercer barista golpeaba un recipiente metálico contra el canto de la barra para vaciar los posos. Lo hacía con tal alevosía y armando tal escándalo que Gerry saltaba en la silla con cada golpe.

Hablar era imposible; ni siquiera podía distinguirse si había música de fondo o no. La cafetera seguía y seguía moliendo, reduciendo a polvo los granos tostados. Stella tuvo que gritar para pedir.

Gerry miró hacia la plaza. Las palomas iban de aquí para allá, picoteando migajas entre las mesas y las sillas verdes de las terrazas. Finalmente, Stella regresó a la mesa.

—En las cafeterías del cielo, no molerán café —dijo— , pero servirán café de todas formas.

Había pedido un cruasán para ella, con mantequilla y mermelada de fresa, y empezó a comérselo casi de inmediato. El café estaba bien. El cruasán, todavía mejor.

—Doy por hecho que ya has desayunado —dijo Stella, entre bocado y bocado.

Gerry asintió.

—¿El tamaño de la taza te parece bien? —preguntó, gritando.

Stella dio un sorbo a su café con leche y asintió. En ese momento, cesó el ruido de la cafetera.

—Gracias a Dios —dijo Gerry.

En ausencia del ruido, le pitaban los oídos.

—¿Dónde andabas? —preguntó.

—He ido a dar un paseo.

La explicación no parecía muy satisfactoria.

—Me he despertado pronto y tú estabas completamente dormido, roncando a pleno pulmón —prosiguió Stella—. Así que he preferido dejarte ahí. Los ronquidos y el ruido de las máquinas de moler café son dos de los sonidos que menos me gustan.

—He echado de menos nuestra Hora de los Achaques.

—Podemos hacer una sesión doble mañana, si te encuentras lo suficientemente bien —dijo Stella.

—Me está saliendo este vello extraño debajo del reloj...

—Lo decía en broma.

—Yo también. ¿No has desayunado antes, en el hotel? —preguntó Gerry.

Ella respondió que no con la cabeza.

—¿Adónde has ido?

—He dado un paseo. Ha sido precioso. Ver cómo una ciudad comienza la jornada. Y he terminado en un sitio maravilloso. Por allí —dijo, señalando hacia el otro lado de la plaza—. Atraviesas un pasaje y llegas a un patio cuadrado, con árboles y casas alrededor de un jardín, todo de espaldas al mundo. ¿Recuerdas cómo en Cromarty las casas de los pescadores daban la espalda al mar, porque preferían la protección a las vistas? Pues con estas casas sucede igual. Y también hay una iglesia antigua, pero estaba cerrada. He llegado demasiado pronto.

—¿Dios tiene horario de oficina? —dijo Gerry.

—Está siempre de guardia, estoy segura.

—¿Y el hombre?

—¿Qué hombre?

—Ese con el que estabas hablando. En la plaza. Llevaba un impermeable color crema.

—Estaba detrás de mí en la cola. Fue muy paciente.

—¿Qué cola?

—En este sitio del que te he hablado hay una oficina.

Gerry la miró, ladeando la cabeza. Stella sonrió.

—No es eso —dijo ella—, solo estaba siendo amable conmigo. Hablaba muy bien inglés.

—¿Y qué hacen en esa oficina?

—Llevan la organización del sitio —respondió Stella—. No me pidas que pronuncie el nombre. Tiene que ver con las beguinas.

Su tono empezaba a delatar impaciencia y ella misma se percató de ello.

—¿Qué hacemos esta tarde? —preguntó Gerry.

Se levantaron y dejaron algunas monedas de propina, sin saber muy bien si era una cantidad insultante o extravagantemente generosa. Mientras cruzaban la plaza, un grupo de palomas que estaban picoteando del suelo bloqueó el paso a Stella.

—Hola, palomita —le dijo a una de ellas, que parecía haberse perdido del resto.

En ese momento, el grupo entero alzó el vuelo con una explosión de alas.

—¿Por qué hacen eso?

—¿El qué?

—Lo de levantar el vuelo a la vez. Si lo hace una, lo hacen todas.

—Deben de ser católicas.

El sol asomó un poco y, justo cuando comenzaba a brillar, Stella condujo a Gerry a través del pasaje oscuro. En aquel espacio cerrado, sus voces resonaban extrañas y vibrantes, al igual que sus pisadas. Cuando emergieron de nuevo a la luz, Stella gesticuló con la mano. Mira, le decía, observa, contempla. Sobre todo, escucha.

Gerry observó fijamente el lugar, con la cabeza echada hacia atrás y la boca ligeramente abierta. Había algo familiar en lo que veía. El espacio generaba la impresión de un cuenco, un rincón retirado y lleno de luz, rodeado de casas antiguas de estilo holandés. Los gabletes estaban profusamente decorados, llenos de festones y volutas, y cada casa exhibía un diseño y una fecha diferentes.

—Un espacio maravilloso —dijo—. Me gusta la impresión que dan las casas de estar a punto de caerse, la forma en la que se apoyan unas en otras, como si fueran un grupo de borrachos. Y los ganchos para las poleas; parecen unicornios.

—Ahí es donde hice mis averiguaciones. Justo ahí — dijo Stella, señalando la puerta que estaba en la parte opuesta al pasaje.

—¿Sobre qué?

—Cuestiones de vida y muerte.

—Y otras trivialidades.

—La persona con la que quería hablar no estaba — dijo Stella—, pero estará el lunes.

—¿El lunes estamos aquí todavía?

—Sí. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

En el centro del césped había una estatua de Jesucristo con las manos vueltas hacia dentro, hacia el corazón de piedra. Gerry recordó entonces dónde la había visto antes: en la imagen que Stella se había dejado abierta en el ordenador la noche antes del viaje.

Ella le mostró los coloridos bajorrelieves con escenas bíblicas y la vieja iglesia. Había también una segunda estatua, la de una mujer con la cabeza cubierta por un velo. Stella no se había fijado en ella en su primera visita. Ahora se acercó y advirtió que se trataba de la efigie de una de las primeras beguinas. Una mujer —¿era de piedra o de bronce?— que caminaba mientras se levantaba el dobladillo del vestido.

—Según la guía, en el pasado este lugar estaba por debajo del nivel del mar y siempre estaba inundado —dijo Stella—. He aquí una mujer a la que no se le ponía nada por delante. ¿A que es maravillosa?

Caminaron durante un rato por el sendero. Gerry hizo una mueca.

—Este sitio me recuerda un poco al patio de la cárcel del cuadro de Van Gogh —dijo.

—Tonterías.

—Este sendero. Dar vueltas una y otra vez. Como Albert Speer.

—¿Quién?

—El arquitecto de Hitler —dijo Gerry—. ¿No recuerdas la historia de él en la cárcel?

Stella hizo un gesto de negación con la cabeza. Gerry le habló sobre Speer y el tiempo que había pasado en un jardín de Spandau después de la guerra. Cada día, tras completar su ejercicio rutinario, caminando en círculos por el patio, calculaba la distancia que había recorrido. Había medido su propia zancada y la longitud del sendero y calculaba el itinerario en su cabeza como si caminara alrededor del mundo, visualizando los lugares por los que pasaba. En la biblioteca, leía todo lo que caía en sus manos sobre los próximos destinos —su geografía, su cultura, su cocina— para saber qué imaginar cuando llegase allí en su viaje mental.

Antes de cumplir sentencia, había llegado hasta México, unos treinta mil kilómetros.

Una puerta se cerró en algún lugar y una mujer joven caminó hacia ellos. La mujer sonrió a Stella.

—¿Ha abierto ya la iglesia? —preguntó Stella.

—¿Cuál iglesia?

—¿Hay más de una?

—Es dos iglesias —dijo la joven con su mal inglés, y señaló la iglesia de ladrillo—. Esa es la iglesia escocesa —y, a continuación, señaló una puerta en la hilera de casas—. Esa es la católica romana.

—¿Eso es una iglesia?

La mujer joven asintió y les invitó a entrar mediante gestos.

—Debemos de gustarle mucho —dijo, antes de ponerse de nuevo en marcha sin dejar de sonreír.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Gerry.

—Estaba en la oficina cuando vine antes. Y ha visto que he vuelto.

—Definitivamente, te gusta este sitio.

—Hablé un poco con ella antes —dijo Stella—. Fue muy amable.

—Ajá, y ¿cuál, si puede saberse, era la naturaleza de tus pesquisas?

—Oh, eso no lo hablé con la chica. Ella solo quería ser agradable. Mis pesquisas son de carácter espiritual y serían de muy poco interés para ti.

Stella caminó hacia la fila de casas. Se acercó a la puerta que les había indicado la chica y la empujó. La puerta emitió un leve chirrido. Gerry se acercó al porche y siguió a Stella hacia el interior. Ante ellos se abrió el espacio oscuro de una iglesia. De manera inusual, el altar estaba dispuesto en el muro más largo. En la sacristía brillaba una vela roja, señal inequívoca de que el templo era católico.

Stella se santiguó y se arrodilló unos instantes para rezar. No había nadie más. Mientras caminaban por el interior, sus pasos resonaron, haciendo crujir la madera del suelo. Stella encontró un estante con folletos en varios idiomas y cogió uno en inglés.

—Recuerdo haber oído algo sobre este sitio la otra vez que estuve aquí —dijo.

Como estaban solos, leyó el folleto en voz alta. A principios del siglo xvii, según decía, las autoridades protestantes prohibieron el culto católico. Las misas públicas estaban prohibidas, así que los fieles celebraban la liturgia en sus propias casas.

—¿Un poco como las rocas que se usaban como altares en Irlanda? —dijo Gerry.

—Esa es la razón por la que por fuera no parece una iglesia. Está camuflada. La otra vez, recuerdo haber ido a una iglesia en el barrio rojo que

se llamaba Nuestro Señor en el Ático.

Gerry enarcó las cejas.

—¿Una llama eterna en un burdel? —dijo, mientras levantaba la vista hacia una serie de paneles pintados en los muros.

Las pinturas parecían contar una historia. La imagen de mayor tamaño mostraba una mujer sentada en una silla de madera, frente al fuego. Estaba inclinada hacia delante, sacando algo de las llamas bajo la vigilante mirada de una pareja de ángeles. Lo que estaba rescatando de la lumbre parecía un erizo de mar blanco, puntiagudo y luminoso. En los otros paneles se veía a un hombre sentado en la cama, recibiendo la comunión de mano de un sacerdote, y a otro hombre —¿o era el mismo?— que... ¿qué hacía? ¿Estaba enfermo? Gerry llamó la atención de Stella.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Stella, mientras movía la cabeza siguiendo la narración.

—El sacerdote está haciendo lo que haces tú —dijo Gerry—, dar la comunión. ¿Puedes entender qué sucede exactamente? En esta, alguien ha vomitado en la calle.

—¿Cómo?

—Mira, está devolviendo —señaló Gerry—. Es una novela gráfica. Una secuencia de un *storyboard*.

Stella se puso las gafas y comenzó a leer el panfleto en alto.

—«En el año 1345, en la ciudad de Ámsterdam, un hombre agonizaba en la cama en su casa de Kalverstraat».

—Un buen arranque —dijo Gerry.

—«Un sacerdote vino para dar la comunión al enfermo. Una vez se hubo marchado el sacerdote, el enfermo se empezó a sentir muy mal y la criada le trajo un barreño, donde vomitó la sagrada hostia que acababa de tomar.»

—Muy agradable.

—«No sabiendo qué hacer con algo tan sagrado flotando en algo tan vil, algo tan divino en mitad de algo tan humano, la doncella consignó el contenido del barreño al fuego.»

—Debe de ser una traducción —dijo Gerry—. Nadie «consigna» un contenido.

Stella miró a Gerry por encima de las gafas. El resto del texto lo leyó en silencio. Luego se lo resumió.

—Al parecer, el hombre murió esa misma noche. Por la mañana, sin embargo, cuando la criada estaba limpiando la chimenea, vio la hostia, intacta a pesar del fuego.

—Obleas ignífugas y a prueba de enfermos, podría haber un mercado para...

—Vale ya, Gerry.

—¿Y luego?

—El sacerdote mandó construir una iglesia para conmemorar el milagro.

—Que fue...

—El milagro de la hostia indestructible.

—Eso es un milagro de segunda división.

—Los milagros son de diferentes clases y calibre. Bien lo sé yo.

—Lo que te pasó a ti no fue un milagro. Entra dentro de los límites de lo posible —dijo Gerry—. Era más fácil creer en ellos en la Edad Media. Pero me alegro por la Iglesia. Estas cosas han dado trabajo a los arquitectos.

Gerry se aventuró hacia el fondo del templo, sumido en la penumbra. La madera era muy antigua. Las tablas ennegrecidas del suelo y las vigas del techo eran de tamaños irregulares. Había un libro en una repisa de madera.

Buch der Gebete

Book for your prayers

Livre pour vos prières

Junto a él había un bolígrafo. Gerry miró la página abierta. Estaba escrita por diferentes manos, en diferentes idiomas y con diferentes colores de tinta —también había entradas escritas a lápiz—. El francés y el alemán podía reconocerlos con facilidad, pero no entendía bien el significado. Comenzó a pasar páginas, yendo hacia atrás en el tiempo. La mayoría de las entradas eran cortas, tan solo una línea o dos. Se echó a reír y Stella le chistó para que se callara. Gerry señaló el libro.

—«Que el Arsenal gane por lo menos un título este año» —leyó.

Stella sonrió. Gerry siguió pasando páginas hasta que una entrada más larga atrajo su mirada. Estaba en inglés, pero el estilo de la caligrafía era americano: astas curvas e inferiores muy sesgadas, con bolígrafo. Supo enseguida que se trataba de una mujer porque afirmaba estar embarazada. Pedía ayuda a Dios. Más abajo, en la misma página, había otras entradas escritas por la misma mano. La chica había acudido al templo a rezar durante tres días seguidos. En la segunda entrada se mostraba muy crítica: «Ayer recé y no sucedió nada. El milagro de Ámsterdam, ¡¡¡seguro!!!». Con tres signos de exclamación. No cabía duda de que la pobre mujer estaba pasándolo mal. Dos habrían bastado. Pero el bebé no era el problema. Su pareja la había abandonado. En la tercera entrada, se mostraba completamente indignada, qué clase de Dios era Él para dejar pasar la oportunidad de reunir de nuevo a tres personas tan maravillosas: ella, su amante y el nonato. La chica estaba al borde de la desesperación. El padre de la criatura no quería asumir ninguna responsabilidad y había huido. Y no era que ella lo estuviera persiguiendo. ¿Qué clase de Dios podía hacer que él se sintiera de esa manera? ¿Había siquiera un Dios? «No te hemos hecho nada», ponía. En esa entrada sonaba a un tiempo beligerante y triste. «Arréglalo todo y creeré en ti», escribía.

Gerry llamó a Stella y le enseñó la secuencia en la página.

—Pobrecita —dijo ella, tras leerla.

Dio una palmadita a la superficie del papel como si fuera la mano de la chica y volvió a dejar el libro abierto por la página más reciente.

Caminando de vuelta al hotel por la ribera de uno de los canales, se encontraron con un puente en el que había cientos de bicis aparcadas o abandonadas. Parecía que hubieran quedado allí sedimentadas tras una inundación gigantesca. Como si hubieran luchado sin éxito por escapar a la violencia de la riada a través del ojo del puente y hubieran terminado por quedarse atascadas. Algunas parecían llevar años allí, tenían los neumáticos deshinchados, los cuadros oxidados, las ruedas delanteras estaban torcidas o habían desaparecido. «Pobres, míseras criaturas desnudas», las llamó Stella. Gerry le ofreció la mano y ella la cogió.

—Estás congelada —dijo él, y metió las manos de ambos en su bolsillo—. Las otras dos manos se las tendrán que apañar solas.

Los adelantó una chica en bicicleta, traqueteando sobre los adoquines. Luego, en un alarde, la ciclista soltó ambas manos del manillar para ajustarse la coleta.

—¡Hala! —exclamó Stella—. ¿Sabes que aquí, en caso de accidente entre un ciclista y un conductor, la ley siempre culpa al conductor?

—Estás de broma.

—Siempre.

—Pues viendo el estado de algunas bicicletas...

—Chatarra —dijo Stella—, verdadera chatarra. Restos de la última guerra mundial.

—O de la anterior.

Llegaron a una gran avenida y esperaron para cruzar. Gerry sacó la mano de Stella de su bolsillo, pero sin soltarla.

—Ya has entrado en calor —dijo.

Se abrió un hueco entre el tráfico y Gerry los guio hasta la mitad de la calle. Se aproximaba un todoterreno negro, pero les daba tiempo a cruzar. Se dispuso a avanzar con paso firme. Stella, sin embargo, se detuvo, nerviosa. Gerry apretó su mano con más fuerza, pero ella se había quedado congelada en mitad de la calzada.

—Vamos —dijo él.

Ella soltó su mano. Su cuerpo era inamovible, así que Gerry cruzó y la esperó en la acera contraria. Stella se quedó en mitad de la calzada, mirando a un lado y a otro y, una vez pasó el todoterreno, se lanzó hacia donde estaba él, casi a la carrera.

—Un día de estos nos vas a matar —dijo Gerry.

—Puedo decidir sola —respondió Stella—, pero tú no puedes hacerlo por mí.

Se detuvieron a mirar los menús del día en los escaparates de los restaurantes. Algunos estaban en inglés. Uno de los establecimientos tenía buena pinta, pero, justo cuando iban a sentarse, empezó a sonar la música. Un martilleo

frenético e insufrible. Rap americano con el típico *motherfucker* de vez en cuando. Así que dieron media vuelta y siguieron andando. Un poco más adelante, Gerry dijo:

—Esa música es tan cansina... siempre lo mismo. Y me importan un carajo las palabrotas. Es el puto volumen.

—Hemos hecho bien en irnos. Las tazas eran del tamaño de un orinal.

—La propia idea de «tamaño» es por completo americana. Venderte el doble de lo que puedes beber. Y cobrarte un cincuenta por ciento más. Pagar por lo que tiras.

—Mi madre siempre contaba lo mismo sobre mister Coleman —dijo Stella—. De cómo se hizo millonario rebañando la mostaza que la gente se dejaba en el plato.

—Y qué me dices de las palomitas. En cubos. Lo suficientemente grandes para dar la turra al de al lado durante toda la película, de principio a fin —añadió Gerry, llevándose las manos a la boca con gesto furioso, como si engullera palomitas—. Otra estratagema publicitaria americana, lo de comer viendo una película. Como en un cine no te puedes mover... «Pues vaya pérdida de tiempo estar ahí sentado mirando la pantalla, con lo bien que podríamos estar poniéndonos como focas al mismo tiempo. Hala, ve a por más. Tamaño gasómetro. Y tráeme una coca-cola de diez litros...» No es casualidad que los americanos tengan los culos más gordos del planeta. «¿Qué talla de Levi's gasta usted, señora? ¿Tienes un par de metros a mano para medir, baby? Con uno solo no va a ser suficiente...»

Finalmente, encontraron un sitio que les convenció, junto al gran canal del Amstel.

—Fiiiu, tazas de tamaño deceeente —dijo Gerry.

El lugar era un cruce entre un club y un hostel. No había manteles y el personal era muy amable.

—Qué gusto sentarse —dijo Stella—. Llevo toda la mañana en danza.

La camarera trajo los menús y Gerry y Stella sacaron sus gafas de cerca.

—¿Una botella de vino? —sugirió él.

—¿Para almorzar?

—Estamos de vacaciones.

—¿No hay medias botellas? —preguntó Stella.

—No que yo vea. ¿Y eso qué quiere decir? Pues que tendré que terminarme la maldita botella, porque hasta un cura diciendo misa bebe más vino que tú. Un chorrito de pis es lo que bebes.

—Tienen jarras pequeñas.

Gerry pidió un tinto de la casa. Cuando lo trajeron, dio un sorbo a su copa e hizo unos ruiditos de placer. Stella se unió a él y dio un sorbo también. Brindaron.

—Moderación en todas las cosas —dijo Gerry—. Ante todo, moderación.

Había música puesta de fondo, suave. Sonaba algo familiar.

—Es una mejora con respecto a los *motherfuckers*.

—¿Te has fijado en la música ambiente? —dijo Stella con ironía—. Con la excepción del sitio anterior, parece que en casi todas partes ponen música de los cincuenta y de los sesenta. «A White Sport Coat and Pink Carnation», «Bye Bye Love», «Just Walking in the Rain»...

—Bill Haley y Elvis.

—Y Buddy Holly.

—Cosas tan viejas que podrían sonar en el *hit parade*.

Ambos se rieron con aquella expresión ya pasada de moda. La lista de éxitos.

—Solíamos escuchar esas canciones en la oscuridad —dijo Stella—. Abrazados a los cojines. «The Great Pretender» fue la primera canción con la que me emocioné escuchando la radio.

—Creía que erais demasiado pobres para tener radio.

—Papá le compró una radio vieja a alguien. Recuerdo el día que llegó a casa con ella. Sonaron The Platters.

—Esos sí que eran buenos.

—Y la letra... me la sabía de memoria —dijo Stella, mitad recitando, mitad cantando el arranque de «The Great Pretender».

Apareció el camarero con sus platos y dejaron de hablar. Comieron deprisa, templando su hambre.

—El niño tendría ahora dos años —dijo Stella.

—¿Qué?

—El de la chica del libro de visitas.

—¿Sigues pensando en ella?

—Según la fecha de la entrada.

—O nueve meses después de ella.

Stella ignoró el comentario de Gerry.

—Qué tristes son las vidas de algunas personas — dijo.

—No podemos responsabilizarnos del dolor de los demás.

—Esa es la única manera.

—Stella, no seas tonta.

—No me refiero a hacerse responsable de ello. Hablo de tenerlo presente, de algún modo. Incluso de intentar hacer algo. Me gusta lo que dice John Wesley...

—¿John qué?

—El fundador del metodismo. «Haz todo el bien que puedas, por tantos medios como puedas y en tantas partes como puedas», etcétera, etcétera.

—Estoy de acuerdo con eso —dijo Gerry—. Excepto con la definición de «bien». Tu amigo el papa...

—¿El papa Francisco? Está haciendo lo que puede.

—Para él, el bien puede consistir en prohibir los preservativos. Para otros, eso puede implicar más gente a la que alimentar, más sufrimiento. Más sida, más muertes.

Gerry se limpió los labios con una servilleta de papel.

—Pero estamos de vacaciones —añadió—. Ahórrame estos temas.

—Pues antes de ponernos contentos, ¿dónde quieres que te entierren?

Gerry puso los ojos en blanco y se encogió de hombros.

—¿Y tú? ¿En casa o en Escocia? —preguntó a su vez.

—Escocia es mi casa ahora.

—¿Te importaría que yo o, mejor dicho, mis cenizas fuéramos enterrados contigo?

—Si sigues bebiendo, no te quiero ni al lado ni cerca de mí.

—Te garantizo que para entonces habré dejado de beber.

—En ese caso... —dijo Stella, sonriendo—, te haré un hueco.

—Gracias.

Gerry se sirvió lo que quedaba de la jarra de vino. Stella estaba tratando de rebañar con pan los últimos restos de ensalada.

—¿Cómo acabaste hoy en... ese sitio? —preguntó Gerry.

—¿De qué sitio hablas?

—Ese en el que acabamos de estar.

—¿El Begijnhof? —preguntó ella.

—¿Por qué sabes cómo se pronuncia?

—Me lo dijo la mujer, cuando empecé a hacerle preguntas.

Stella dejó de comer.

—¿Qué tipo de preguntas? —dijo Gerry.

—Sobre los orígenes del sitio, en la Edad Media. En sus inicios era un hogar de beguinas.

—No sé de qué me hablas.

—Una orden de religiosas que vivían como monjas, pero sin tomar los votos. Podían regresar al mundo y casarse, si querían. El lugar transmite la sensación de ser un verdadero santuario.

Como se había levantado muy temprano y había estado «en danza» toda la mañana, Stella dijo que necesitaba descansar y echarse una siesta antes de seguir con la actividad de la tarde. Al regresar al hotel, corrió las cortinas para dejar la habitación en penumbra, se envolvió en la colcha y se quedó dormida casi al instante. Gerry no la acompañó. Se sentó en la oscuridad y contempló las imágenes cambiantes del televisor sin volumen. Imágenes de actualidad, sin relación alguna con el texto que se deslizaba sin cesar por debajo, de izquierda a derecha. Palabras viajando en una cinta móvil roja. Un arzobispo ruso vestido como un árbol de Navidad sacudía su báculo. Agitación, multitudes, disturbios de algún tipo. Disparos. Un reportero se agachó con su micrófono para protegerse.

Gerry buscó su viejo iPod. Era uno de los primeros modelos, voluminoso como una lavadora blanca esmaltada. Casi nunca se las apañaba para elegir la música que quería escuchar. No sabía deslizar el dedo adecuadamente para llegar hasta la canción que buscaba, así que se limitaba a escuchar lo primero que sonara por los auriculares. Con todo, no dejaban de

ser piezas escogidas antes por él, así que el resultado tampoco era completamente azaroso. Se metió el iPod en el bolsillo y, con gran cuidado, se sirvió un whisky. Nada escandaloso, solo un empujoncito para continuar la jornada. En los auriculares comenzó a sonar Bach.

En cierta ocasión, durante una reunión interminable, un amigo lo previno contra los peligros de beber solo. Las demás personas actúan como freno, le dijo. La gente como tú y como yo marcamos el ritmo, nadie bebe tan rápido, somos los peores. Aquel hombre se había tenido que desenganchar y había sufrido varias recaídas, así que sabía de lo que hablaba. Le dijo que las personas que bebían como ellos se odiaban a sí mismas. Emborracharse era una forma de suicidio temporal. Lo bueno, sin embargo, era que uno tenía la oportunidad de volver a empezar al día siguiente. Pero ¿cómo iba a evitar beber solo si Stella no bebía prácticamente nada? Levantó el vaso para brindar por ella. A tu salud. ¿Recuerdas aquella vez en Alemania? ¿Estaba hablando en alto, solo, o únicamente lo pensaba? Había ido allí para asistir a algún congreso, o como miembro de algún jurado de arquitectura. Tal vez Stella no estuviera con él. Era Weimar, ¿verdad? El itinerario incluía una visita guiada al campo de concentración de Buchenwald. Cuando bajaron del tren, un autobús estaba esperándolos. Hacía muchísimo calor y el autocar iba lleno. Se sentaron en silencio, inquietos por lo que iban a ver. Se podían oír las respiraciones. Entonces Gerry escuchó el zumbido de una avispa. El insecto comenzó a volar entre los pasajeros y todos se echaban hacia atrás o volvían la cara para esquivarlo. La avispa rebotaba contra las ventanillas, subiendo y bajando por el cristal, pero nadie tenía el valor de aplastarla, por el lugar al que se dirigían y por lo que había ocurrido allí. La pieza de Bach concluyó y Gerry apagó el iPod. Servirse de la botella era un poco arriesgado, había que inclinarla con cuidado. Y el vaso, también. O aquella otra vez, en España. Había una boda en la catedral. Los invitados se congregaban fuera, y Stella estaba más interesada en el vestido de la novia que en la arquitectura medieval. De repente, se escuchó una ráfaga de disparos. Increíblemente ruidosos, acompañados de resplandores y de una nube de humo que inundó toda la plaza del Obradoiro. ¿Quién querría matar a una pareja de novios tan encantadora? Aquello no era lo más apropiado para alguien de Belfast. Hora de cambiarse los calzoncillos. El humo serpenteando a ras de suelo. Pero eran

fuegos artificiales, no disparos. Buscapiés, petardos. Igual que en casa, en Irlanda, cuando se disparan armas de fuego en las bodas campestres para ahuyentar a los malos espíritus.

En la pantalla del televisor, las imágenes volvían a ser de noticias. Violencia. Edificios en llamas y humo negro. Había tanques. ¿Dónde era? ¿Beirut? ¿Siria o Irak? Las religiones lucharían entre ellas hasta que no quedase ninguna. No quería subir el volumen para no despertar a Stella. Además, ya había tenido suficiente ración de todo aquello. Cuando trabajaba en la oficina de The Diamond, en Derry, pusieron una bomba. Nunca se supo quién lo hizo ni por qué. Tal vez fueran un par de savonarolas adolescentes, después de jalearse mutuamente. Apuró el whisky y oyó cómo sus dientes golpeaban el cristal del vaso al volcarlo del todo. Resistió la tentación de servirse otro y trató de imaginar cómo había podido suceder aquel episodio de la bomba de gasolina. Los provos del IRA tenían tendencia a hacer aquella clase de estupideces. Incluso intentaron prender fuego a la biblioteca de Linen Hall, en Belfast. Antes de darse cuenta siquiera, se había servido otro whisky. Por accidente. Disculpas. ¿Desde cuándo la lucha por la libertad de Irlanda incluía la quema de libros? Los del IRA eran desarquitectos. Destruidores. «Muéstranos un edificio y lo convertiremos en aparcamiento.» Primero, sonido de cristales rotos; luego, un zumbido cuando el contenido de la bomba casera prendió. «¿Cuántas casas os estáis cargando por decalitro estos días?» Se lo imaginó como si fuera una película. La quema de una ciudad entera hecha de maquetas a escala. Qué combustible, qué buena leña: archivadores para planos, rollos de papel para bocetar, reglas T, escuadras, transportadores, plantillas y troqueles. Cochecitos de juguete y árboles del tamaño de palillos. El fuego no solo sería real, sino que se reflejaría en las ventanas de celofán. Los arbolitos desaparecerían con un crepitar sibilante, dejando tras de sí tan solo un alambre ennegrecido. Ardería todo, tal y como ardió Bombay Street, de cabo a rabo. Los católicos quemados por una turba protestante. Las figuritas, tanto de hombres como de mujeres, abrasadas. Como el chocolate derretido de las galletas Victoria, en torno a cuya caja se reunían a la hora del café. Primero la caja se hincharía y luego reventaría, las galletas saldrían despedidas en todas direcciones. La madera de balsa, seca, se prende enseguida, y las calles, las iglesias, las escuelas y las residencias

rugen y chisporrotean porque las cortinas se han convertido en llamas colgantes y las persianas venecianas se retuercen sin control. Maquetas arquitectónicas. La propia Burt Chapel, con su tejado de cobre, convertida en un infierno de llamas color verde manzana. Las molduras protectoras primero se chamuscan, después arden. El campanario colapsa, las torres se vienen abajo. El fuego se extiende a las cajoneras, los picaportes están al rojo vivo. Los archivadores se retuercen y se doran, convertidos en milhojas. Estratos, capa sobre capa, hora tras hora, día tras día. Los arquitectos —los escandinavos y los locales—, su inspiración, sus ideas, sus planos delineados y sus bocetos a mano alzada, todo reducido a cenizas. Armarios llenos de hojas y hojas de materiales, de notas sobre cantidades y medidas, convertidos en nada por acción del fuego. En nombre de una lucha, de una religión. Crear una ausencia. Las figuritas no son importantes. Se derriten, como los propios perpetradores del fuego. Cuando Stella se enteró de aquello, todo lo que dijo fue «Gracias a Dios, no ha muerto nadie». A la mañana siguiente, él recorrió el escenario devastado, buscando algo que rescatar. La madera estragada parecía la piel de un cocodrilo; las pantallas de las lámparas se habían desprendido y reposaban sobre los escritorios como si fueran relojes de Dalí. Las persianas venecianas —aquellas pocas que no se habían fundido— estaban completamente retorcidas. Algunas de las galletas que yacían desperdigadas a sus pies tenían pinta de poder comerse todavía. Un lugar de creación, destruido. Y el olor. No hay nada comparable al olor del trabajo echado a perder. Tardó semanas en desprenderse de su ropa. Incluso entonces, no llegó a estar seguro de si había desaparecido del todo.

—Gerry, ¿todavía te apetece que nos acerquemos a algún museo?

Gerry se quitó los auriculares. Se había quedado traspuesto. Stella estaba saliendo del baño. Luego estiró la colcha de la cama como quien alisa una página de libro marcada previamente, doblando la esquina, y abrió las cortinas.

—Sí —dijo Gerry—, por supuesto. ¿Por qué no?

El Rijksmuseum estaba lo suficientemente lejos como para tener que coger un tranvía.

—¿Cómo se pronuncia? —preguntó Gerry.

—Como el Rick's Café de *Casablanca*. «Rick's - museum.»

Stella compró varios billetes de transporte en una máquina que había en la parada. Suficientes para un par de días.

—A lo mejor no hace falta ni que los marquemos. Guárdalos por si viene el revisor. Verá que somos extranjeros.

Gerry andaba de un lado para otro, tratando de entrar en calor, mirando hacia abajo, hacia las vías, y hacia arriba, hacia el tendido eléctrico.

—Recuérdame que compre el *Guardian*, para hacer el crucigrama —le dijo Stella.

—¿No te sale un poco caro?

—Sí, pero es mi gimnasia mental.

Un tranvía azul y gris llegó a la parada con un estrépito de gomas. Iba muy lleno y, al subir, los pasajeros los miraron desde sus asientos. Tuvieron que quedarse de pie. Stella hizo un ostentoso amago de buscar la máquina donde marcar o validar sus billetes. Al no encontrarla, miró a Gerry y se encogió de hombros. Él hizo el mismo gesto.

—Qué terrible contrariedad —dijo.

—¡Mira eso! —exclamó Stella, señalando con la cabeza la luna frontal del tranvía.

Dos ciclistas, un chico y una chica, pedaleaban delante del tranvía, zigzagueando.

—Parecen una pareja de delfines delante de un barco —dijo Stella—. Hace un momento se estaban cogiendo de la mano.

—«Solo estábamos siendo románticos, señoría.»

—Lo es, es romántico —dijo Stella.

Gerry se aferró a la barra, tratando de mantener el equilibrio cuando el tranvía frenaba y reemprendía la marcha. No debería haberse tomado el

whisky.

Cogieron el ascensor para llegar a la última planta del Rijksmuseum. El método de Gerry consistía en recorrer las galerías de los museos de arriba abajo, avanzando siempre hacia la izquierda, hasta cubrirlas todas. Comenzaron el recorrido juntos. En ocasiones, Gerry despachaba de un vistazo paredes enteras de cuadros, y Stella se preguntaba por qué, mientras caminaba detrás de él.

—Burgueses autocomplacientes —decía Gerry—. Bodegones flamencos, cuadros de hortalizas que parecen retratos...

Había mucha gente con audioguías y auriculares, pero Gerry pasaba zumbando a su lado.

A ratos, sin embargo, reducía completamente el paso. Se demoraba en algún cuadro que había atraído su atención, acercándose e inclinándose para observarlo mejor, hasta la última pincelada, mientras Stella esperaba, parada, cambiando el peso de pie para no cansarse. En algunos casos, Gerry se echaba la mano al bolsillo y sacaba la funda de las gafas para ponérselas y poder leer la descripción del cuadro. Una de esas veces se acercó a Stella para decirle:

—Cada vez que abro la funda de las gafas ahora, me quedo encantado de encontrarlas dentro.

Otras veces, desandaba sus pasos porque quería mostrarle algún detalle.

—No tenemos tiempo —le decía Stella.

—¿Estando de vacaciones?

—O ganas, tal vez.

Aun así, Gerry logró que retrocedieran para contemplar de nuevo *La novia judía*.

Había una multitud reunida en torno al lienzo. Era un cuadro enorme, del tamaño de una valla publicitaria, un festín de marrones, amarillos y rojos. Mostraba dos figuras, un hombre y una mujer, en la antesala de una escena íntima, o tal vez en el momento posterior, aproximándose para acariciarse. Manos, había manos por todas partes. Era un cuadro sobre el tacto. Stella se unió a la multitud y serpenteó entre ella para aproximarse al lienzo. Gerry la

vio morderse el labio mientras lo contemplaba. Ella se dio cuenta de que él la estaba observando. Gerry se disculpó y avanzó entre la gente hasta ponerse a su lado.

—¿Y bien? —preguntó.

—Hay mucha ternura en él —dijo Stella—. Se ve que la quiere.

—Mira su mano. Y la manga, como un gran cruasán. La forma en la que el autor ha aplicado la pintura.

—Y las caras —dijo Stella—. Pero ella no está convencida. Hay timidez en ella, pero no convencimiento. Y qué prendas tan espléndidas.

Stella señaló la mano del novio que rodeaba los hombros de la mujer, y la otra, que reposaba sobre el pecho de ella. La forma en la que la novia tocaba la mano de él.

—Le deja que le ponga la mano ahí —susurró—, mientras ella se protege la tripa con su otra mano.

—Cierto —asintió Gerry.

—Da la impresión de que las manos son demasiado grandes.

—Qué va.

—Es el tema del cuadro, la aquiescencia de la mujer, y está todo en las manos —concluyó Stella—. Es capaz de hacer lo que quiera con ellas; Rembrandt, quiero decir.

Cuando se percató de que alguien dejaba un sitio libre en uno de los sofás del centro de la sala, Stella se apresuró a ocuparlo, apretujándose entre dos extraños. Era un sofá de cuero abotonado, firme pero confortable. Le dolían los pies.

Le indicó por gestos a Gerry que quería descansar un poco. Él le hizo saber que volvería a buscarla y Stella asintió. Apoyó la cabeza, cerró los ojos y escuchó cómo crujía la tarima de madera a su alrededor.

Stella se había fijado en que la mujer que aparecía en *La novia judía* llevaba perlas. Y pendientes. Tal vez por eso parecía tan íntimamente segura de sí misma. Stella no se había hecho los agujeros en las orejas hasta que cumplió los sesenta. Le daba un poco de aprensión, pero pensó que el dolor se vería compensado por la confianza que le brindaría su aspecto. Se convertiría —al fin— en una mujer que tomaba sus propias decisiones, una mujer con autoridad sobre sí misma. Notó que se estaba quedando un poco

traspuesta. ¡Quedarse dormida en un lugar como aquel! Más aún, después de haberse echado una siesta por la tarde. Abrió los ojos. En el lado opuesto de la sala había un cuadro de una mujer mayor leyendo. Lo escudriñó desde la distancia. No sabía quién era el autor. El rostro de la mujer estaba sumido en la penumbra y el libro era muy grande, tanto que parecía blando y un poco aparatoso. La mujer tenía una mano apoyada sobre la página, bien para sujetar el libro o bien para no perderse mientras leía. A Stella se le volvieron a cerrar los ojos. Leer era tan importante, tan enriquecedor...

Cuando era niña, sus padres la animaban siempre a hacerlo, a pesar de que ellos leían muy poco. Recordaba aguardar delante de la biblioteca hasta que abrieran, cambiando el peso de un pie helado al otro. El pueblo no tenía una verdadera biblioteca, pero una voluntaria, la señora Brownlee, abría el edificio municipal las tardes de los martes y los jueves, de seis a ocho. Allí era donde la gente votaba, los señores trajeados celebraban reuniones y los niños hacían el examen de acceso a secundaria. Para Stella, era el lugar al que solían mandarla a por zumo de naranja gratis después de la guerra. En las tardes de invierno, buscaba cobijo en el portal, protegiendo de la lluvia la pila de libros que solía llevar consigo debajo del abrigo. La señora Brownlee era protestante. Llegaba en coche y cubría el último tramo del trayecto andando muy deprisa y haciendo sonar el manojito de llaves. El edificio estaba vacío y frío, lleno de ecos, pero todo cambiaba cuando se encendían las luces y la señora Brownlee abría el armario y sacaba las cajas de cartón con los libros. Transportar las cajas no siempre era fácil, porque se enganchaban en los nudos y salientes de la tarima de madera. La señora Brownlee se quejaba y chasqueaba la lengua y pedía ayuda a Stella para llevarlas. Había una caja para hombres, con historias del Oeste de Zane Grey, y otra para mujeres, con novelas románticas. También una para niños y otra para niñas. A Stella le gustaba husmear en ambas. Le gustaban las historias de Just William, pero por el personaje de Violet Elizabeth Bott —era ella, y no William, quien le hacía gracia—. También las de Enid Blyton —cualquiera de la serie de aventuras— y los libros de *Los Cinco*. De tanto en cuanto, llegaba un nuevo cargamento de libros. Esas tardes, Stella las pasaba arrodillada en el suelo, apoyada sobre sus rodillas desnudas, sin decir ni mu, examinando un libro tras otro. A veces abría alguno y leía una línea o dos. Las primeras palabras

de cada historia tenían siempre un sabor fresco. En las guardas de los libros recién llegados, la hoja de registro de préstamo estaba completamente inmaculada y a Stella la llenaba de emoción saber que iba a ser la primera en leer ese libro. Era como hollar nieve virgen. En los libros viejos de la biblioteca, la hoja de registro estaba pegada con celo ya ennegrecido y llena de sellos con la fecha de devolución, puestos de cualquier manera, incluso al revés.

En casa, el único libro no estrictamente religioso que tenían era el diccionario simplificado *Virtue's*. Era americano y nadie sabía explicar cómo había llegado hasta allí. Era muy grueso y tenía varias muescas curvas en el borde frontal, veintiséis exactamente, una por cada letra del alfabeto inglés. El volumen estaba muy manoseado por el uso y contenía ilustraciones, pequeños dibujos lineales y croquis, además de algunas láminas a color: una con las banderas del mundo, otra con flores de Norteamérica... Era un libro muy fiable y práctico. Y solo tiempo después, Stella comprendería cuánto cariño le tenía. Mucha gente decía que, cuando tenía algún problema, acudía a la Biblia en busca de una respuesta. Stella hacía lo mismo con el diccionario. Cerraba los ojos e insertaba el dedo al azar en alguna de las pequeñas cuevas que formaban las muescas del índice. Luego escogía una entrada cualquiera de la página. Había términos cuya definición no podía entender porque tampoco conocía todas las palabras con las que se explicaban. Así que tenía que buscarlas también, rastrearlas en un juego de referencias cruzadas. Aquello le había pasado, al principio de su adolescencia, con la palabra *espermatozoide*. Sabe Dios dónde la había leído. Entonces fue tirando del hilo, hasta que desentrañó, más o menos, cómo se originaba la vida, si bien el diccionario no revelaba nada sobre los aspectos prácticos. De modo que se quedó atascada ahí, sumida en un mar de dudas que, según le dijo el cura al confesarla, podían ser consideradas pensamientos impuros. ¿Una «ocasión de pecado» provocada por el diccionario simplificado *Virtue's*? Cuando buscó la palabra «ocasión», leyó «oportunidad o momento favorable». Aquello no sonaba muy apropiado.

Por otra parte, que el diccionario fuera americano y su ortografía también comportaba algunos inconvenientes. A veces sus deberes volvían

con algunas palabras tachadas en rojo y su escritura correcta indicada al lado, en la caligrafía ostentosa pero legible del profesor Ryan.

Stella abrió los ojos y vio a Gerry, que se aproximaba cruzando la sala.

—¿Ya es la hora del café? —preguntó ella—. ¿Nos lo hemos ganado?

Gerry asintió, mientras trataba de guardar las gafas.

—Esta funda es muy pequeña. Se me salen los pies de la cama, como quien dice.

Después de visitar la tienda del museo, se tomaron un café decente y servido en tazas de tamaño razonable, no de esas calentadas al vapor, tan pesadas que no se pueden ni levantar y tan calientes que no se pueden ni rozar con los labios. Stella pidió unos panqueques holandeses, Gerry, *biscotti*.

—La última vez que estuve aquí —dijo ella—, había una exposición de reliquias religiosas. «Escalera al cielo», se llamaba. Había objetos muy bonitos de oro y plata. Pero la gente, sobre todo personas mayores, estaba fascinada no tanto con las piezas como por lo que contenían. Trozos de huesos, jirones de tela, rizos de pelo... Podías leer en su mirada la esperanza de una posible cura. De obtener su propio milagro.

—Pura superstición —dijo Gerry—. Estoy seguro de que existen suficientes pedazos de la Santa Cruz como para construir otro puente de Forth en Escocia.

Stella lo miró y no quiso seguir con la conversación. En lugar de ello, rebuscó en su bolso y sacó la postal que había comprado en la tienda del museo: *Anciana leyendo*. No era el cuadro que había visto, sino otro diferente. Cuando había preguntado a la empleada de la tienda por el primero, esta se había encogido de hombros y le había dicho que las postales de ese se habían agotado. «Pero hay muchos de mujeres ancianas leyendo», había añadido.

—Ah, estupendo —había dicho Stella.

La empleada le había ofrecido otra postal que era aún mejor. En el cuadro se veía a una anciana con una capucha confeccionada en algún

material de color oscuro leyendo un libro. Era tan bonito... la concentración que reflejaba la mirada, el avejentado rostro iluminado por la propia página y por la luz interior de la lectura, fuera lo que fuese lo que hubiera allí impreso.

Stella le quitó la tapa al boli y escribió un mensaje en el envés de la tarjeta. Luego se la pasó a Gerry para que la firmara. Él añadió «Con cariño, el abuelo», volvió a cerrar el boli y se lo devolvió.

—Me dan punzadas en los pies —dijo Stella.

—No me vengas con que te echas atrás. Nos queda lo mejor.

—¿El qué?

—Los Vermeers. Hay tres.

—Ay, no —dijo Stella, dejando caer la cabeza sobre el pecho—. ¿Una familia entera?

—No. Tres cuadros.

—Gracias a Dios. Creí que había una sala dedicada a cada uno.

—Quiero ver qué aspecto tienen las semillas de sésamo de los cuadros de Vermeer vistas de cerca.

—Si bebieras menos en el almuerzo, ayudaría.

—No me hace efecto —respondió Gerry.

—Ese es el problema. Que has desarrollado tolerancia.

—¿Preferirías que fuera un intolerante?

—¿Crees que tampoco lo eres? —preguntó Stella.

Gerry sonrió y mojó su *biscotti*. Se inclinó hacia delante para morder el extremo reblandecido.

—Ese lugar al que fuiste esta mañana, al otro lado del pasaje —dijo—. ¿Qué pasa ahí? ¿Para qué querías ver a esa mujer?

Stella lo miró. Luego dio un sorbo a su café.

—Estoy cansada. Cansada de la vida que llevamos.

—¿Qué quieres decir?

—Hay preguntas importantes que precisan respuestas. ¿Cómo podemos vivir nuestra vida de la mejor manera posible? ¿Cómo podemos vivir una buena vida?

Gerry se encogió de hombros, con un gesto lento.

—¿Y en ese sitio hay alguien que tenga las respuestas? —preguntó.

—No —respondió Stella—. Son preguntas que debe responderse uno mismo.

—¿Tratar a los demás como quieres ser tratado?

—Hay una palabra olvidada hoy en día, una palabra de mi infancia, «piadoso». Quiero vivir una vida piadosa.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó Gerry.

—No creo que puedas entenderlo si no eres creyente. Tiene que ver con la caridad y con la oración. Yo solo estoy empezando a explorar el camino.

—¿Y qué sucederá si encuentras lo que estás buscando?

—Será bueno —ahora fue Stella quien se encogió de hombros—. Pero sé que conducirá a nuevas preguntas, más difíciles todavía.

—¿Y dónde me coloca a mí todo eso, a nosotros?

—En sitios diferentes. De vuelta en el hotel, Gerry se tiró sobre la cama. Stella dejó el ejemplar de *The Guardian* sobre el aparador. El periódico se escurrió y cayó al suelo, pero ella no se molestó en agacharse para recogerlo. En lugar de eso, se hundió en el sillón con las piernas extendidas delante de ella y la cabeza echada hacia atrás. Sus respiraciones emitían un ligero sonido.

—Nos hemos pasado tres pueblos —dijo ella.

—Una milla entera.

—Un kilómetro, quizá. Multiplica por cinco y divide entre ocho.

Se quedaron en silencio durante un buen rato. Todavía tumbado, Gerry se desató los cordones y se quitó los zapatos empujándolos con los dedos de los pies. Cayeron al suelo con un ruido sordo.

—Mira lo que me han hecho los calcetines —dijo.

Para el viaje, junto con el pijama negro, Stella le había comprado un pack de tres pares de calcetines. En lo que no se había fijado era en la goma elástica que llevaban arriba. Por lo general, Gerry insistía en que prefería los calcetines sin goma.

—Estoy tratando de recordar una palabra... —Gerry hizo mueca—. Edematoso —dijo, mientras se rascaba bajo el pantalón la piel pálida de la pierna—. Son estos puñeteros calcetines. El líquido se concentra en las piernas, que se hinchan después de una dura jornada artística. Los calcetines

me han dejado marcas de culo de vaso de Guinness —prosiguió, masajeándose la zona con la mano—. ¿Quieres verlas?

—Creo que de momento puedo pasar sin ello. Quizá más tarde —dijo Stella.

Gerry la miró fijamente.

—Más tarde podrían haber desaparecido —dijo.

—Me llevaré un chasco, entonces.

—Me han dejado las piernas como si fueran temporizadores para cocer huevos. Mira qué mordiscos.

Stella se giró y vio a qué se refería.

—No le echas la culpa a los calcetines. Eres tú. Tu piel se está volviendo esponjiforme, pobrecito mío —dijo, y emitió una especie de cloqueo con la boca—. ¿Dónde vamos esta noche?

—Y pica, además.

—No te rasques, o lo empeorarás.

—Mmmmmm...

Gerry había cerrado los ojos y se restregaba los tobillos con las yemas de los dedos mientras emitía interjecciones de placer.

—Lo único más placentero que esto es... —dijo—. Sabes que no debes hacerlo, pero cuando te rindes... oooh, cuando te rindes...

Gerry alzó las manos para alejarlas de la zona de la tentación y apretó los puños. Permaneció así un rato.

—El restaurante ese del estofado contundente sonaba bien —dijo por fin—. Acompañado de una o dos botellas de vino, a poder ser contundente también.

—Para ya o te harás sangre.

—No estoy usando las uñas.

Levantó otra vez las manos, como si no supiera qué hacer con ellas. Luego estiró los brazos y las posó sobre Stella, como el marido de *La novia judía*.

Hicieron el amor. Después comenzó a oscurecer y Stella encendió la luz de la mesita de noche. La temperatura de la habitación era agradable. Gerry rodeó a Stella con el brazo.

—Mira —dijo ella—, hablando de la elasticidad de la piel. Mira la marca tan profunda que te deja el reloj.

—Tardaría una semana en desaparecer. Parece un cráter lunar.

Gerry alargó el brazo hasta el lateral de la cama para coger el reloj y se lo puso, colocándolo exactamente sobre la depresión que la esfera había formado en su muñeca.

—Ahora has visto la prueba de mi hirsutismo subrelojero.

—¿Para qué te quitas el reloj?

—Es el hábito —respondió Gerry—. Para no hacerte daño o arañarte... por la misma razón por la que los futbolistas no pueden llevar joyería.

—No sabía que fueras tan delicado.

—Citando a Shakespeare, «Ni a los aires celestes permitiría llegar atrevidos a tu rostro». O algo así.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de esto? —dijo Stella, con la mirada fija en el techo—. No tener que pensar qué hacer de cena.

—Creo que me halagáis en demasía, mi señora.

Ambos sonrieron.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta a mí de estar de vacaciones? —dijo Gerry.

—¿El qué?

—Que no tienes que recordar el nombre de nadie.

—Mientras recuerdes el mío.

Hubo un largo silencio.

—Lo hago lo mejor que puedo —dijo él.

Stella le propinó un cachete en el hombro desnudo.

Gerry juntó las manos detrás de la cabeza y se recostó un poco más arriba en la almohada.

—Me encantan esas personas que te dicen su nombre en plena conversación. Que se convierten en personaje de sus propias historias. «Y entonces va y me dice: no seas tonto, Ronnie, aprovéchalo mientras puedas.» Y entonces yo digo, «Ah, sí, sé de lo que hablas, Ronnie», como si supiera su nombre desde el principio.

—Qué espabilado.

—¿Qué sucederá cuando... esto acabe? —preguntó Gerry.

—¿El qué?

—Esto.

—Pues que no habrá más de esto —dijo Stella, y sonrió.

—Entonces no quiero que llegue. ¿Qué sentido tendría?

—¿Qué sentido tenía todo antes de que el sexo entrara en juego?

—No puedo remontarme tan atrás en el tiempo.

—¿A cuando tenías ocho o nueve años? —preguntó ella—. ¿La vida no te parecía maravillosa entonces?

—Creo que incluso entonces ya sentía un impulso sexual. Las mujeres desvistándose en la playa. Irlandesas católicas retorciéndose bajo la toalla.

—Eso es curiosidad, no sexo. Sobre todo, en un chico que no tiene hermanas.

—Llámalo como quieras. Me interesaba. A partir de ahora, estornudar será el mayor placer físico al que pueda aspirar.

—A ver —dijo Stella—, si se te concediera la posibilidad de vivir tu vida otra vez, pero con la única limitación de ser un eunuco, ¿aceptarías?

—Con algunas reticencias.

—Así pues, al fin y al cabo, el sexo no lo es absolutamente todo, ¿no? Hay otras cosas también.

Stella entró en el baño.

—Con la paliza que nos hemos pegado hoy, tampoco me importaría no salir esta noche. Y hacer mi crucigrama —alzó la voz para que se le oyera—. Aunque lo del estofado contundente también puede tener su aquel. Seguido de una tarta de queso y limón. ¿Alguna opinión al respecto?

Se secó las manos y salió del baño. En la cama, Gerry había comenzado a roncar.

—Tu posición frente a las alternativas, Gerry, es siempre, bajo cualquier circunstancia, la posición horizontal.

Gerry se despertó. Estaba muy oscuro, a pesar de que las cortinas estaban abiertas. La única luz visible era la diagonal anaranjada que proyectaba sobre la cama una lámpara de vapor de sodio que había fuera. Stella, en camisón, dormía profundamente sentada en la butaca. La novela que había estado

leyendo se había escurrido hacia un lateral y ella se había enroscado como una gamba. Gerry salió de la cama y plantó los pies en el suelo. Se acercó de puntillas al aparador y rebuscó en la bolsa de plástico hasta que palpó el cuello de la botella de whisky. La sacó y comprobó, bajo la luz anaranjada, que era urgente reponer existencias. Se había excedido en el consumo. Quedaba suficiente para esa noche, pero el día siguiente requería planificación. Tenía que haberlo pensado antes. Con Stella fuera y a su aire toda la mañana, en el sitio aquel de las beguinas, podía haber aprovechado para buscar una licorería, comprar media botella de whisky —cualquiera, incluso uno escocés—, regresar al hotel, rellenar la otra botella y tirar discretamente la media a la papelera sin que nadie escuchara el clanc. Todo rodado. Había una papelera de acero inoxidable entre los dos ascensores. Pero, ay, no lo había pensado. Nunca planeaba las cosas. Un cero en *storyboard*. Había estado demasiado preocupado pensando dónde se había metido Stella y con quién había huido.

Sin sacar la botella de la bolsa, desenroscó el tapón y se sirvió un buen trago en uno de los dos vasos limpios que había en la bandeja. Con todo el sigilo del que fue capaz, volvió a enroscar el tapón y se dirigió de puntillas hasta el baño. Cerró la puerta y encendió la luz. Mientras rellenaba el vaso con agua del grifo, levantó la vista y se vio, desnudo, en el espejo. La imagen no era agradable. Viejo zorro cabrón. El agua formó una película plana, de un blanco plateado, en la superficie de la bebida. Para evitar ese fenómeno, el agua debía reposar, pues necesitaba tiempo para asentarse y soltar el gas. Se bebió la mitad del vaso y se puso el albornoz del hotel. Su tacto sobre la piel era suave. Trató de evitar el espejo. Una ducha le sentaría bien. Transportó la bebida hasta la mesilla de noche y la apoyó sobre un pañuelo de papel doblado, para no hacer ruido y despertar a Stella con un sobresalto. Al mismo tiempo, encendió la lámpara de su mesilla. Había ropa tirada por todas partes. La ignoró y se sentó. Si Stella se despertaba en ese momento, siempre podía decir que solo estaba tomando un pequeño reconstituyente. Algo para levantar su maltrecho espíritu. Solo un sorbo. Porque estamos de vacaciones. Pero ella seguía completamente KO, su cabeza ascendiendo levemente a intervalos, para volver a caer otra vez. El whisky lo relajaba. Apuró lo que quedaba. A esa hora del día, era suficiente. Se levantó, volvió al baño, lavó el

vaso y lo secó con otro pañuelo desechable. Se lavó los dientes con Sensodyne sabor menta y volvió a colocar el vaso boca abajo sobre el tapete de papel, tal y como lo había dejado la limpiadora al arreglar la habitación.

Stella se despertó sobresaltada y miró fijamente a Gerry, como si fuera un extraño.

—¿Qué sucede? —dijo.

Abrió los ojos de manera exagerada y se frotó la cara con ambas manos.

—No voy a poder dormir nada esta noche. Demasiadas siestas durante el día. Debe de ser el cambio de aires.

—¿Cuál es el *storyboard*? —preguntó Gerry.

—¿Para esta noche?

—Sí.

—¿Qué hora es?

—Creo que es hora de un estofado contundente — dijo Gerry—. Pero, primero, una ducha.

—Dame un minuto.

Stella se levantó y fue al baño.

Cuando sonó la cisterna, Gerry dijo en voz alta:

—Creo que me voy a servir un traguito. Para darme un pequeño lujo.

Stella abrió la puerta del baño y salió secándose las manos.

—¿Qué decías? No te he oído con el ruido de la cisterna.

—Que me voy a poner una copa — dijo él, levantando el vaso hacia Stella como si estuviera brindando—. Para sentirme como Frank Sinatra.

Pasó junto a ella con andares desenfadados y se coló en el baño, donde volvió a diluir el licor directamente con agua del grifo. De nuevo, la superficie del líquido adquirió un color entre lechoso y plateado. Al salir, se sentó en el sillón y dio un sorbo.

—El primero del día —dijo.

Stella estaba ordenando la habitación, recogiendo del suelo prendas, periódicos y revistas.

—Quitando el vino del almuerzo.

—El vino no cuenta. Es como el gin-tonic. Bebidas suaves.

—Pon las noticias —dijo Stella—. Preferiblemente en inglés.

Le lanzó el mando y Gerry puso la BBC.

—Odio cómo han sucumbido a la moda esa de los teletipos, que van de un lado a otro de la pantalla —dijo ella, apoltronándose en la cama.

—Otra cosa más copiada de los americanos —dijo Gerry, lanzándole el mando de vuelta—. El botón para quitar el volumen es el segundo por arriba.

Se metió en el baño, portando la bebida consigo.

—*Fly me to the moon* —dijo, por encima del hombro.

—Mientras no la cantes, Sinatra...

Gerry cerró la puerta y se sentó en el retrete. Era un poquito más bajo que el de casa, por lo que los últimos milímetros de descenso, previos al contacto con la tapa, le provocaban un ataque de pánico. Fuera de control. Sus rodillas tenían que doblarse más y estaba más cerca del suelo. Se bebió el whisky, volteó el vaso y lo depositó sobre la cisterna. Al terminar, se levantó, tiró de la cadena y apartó la cortina del baño. Abrió el grifo y el agua comenzó a correr, fría al principio; luego reguló la temperatura. Cuando alcanzó la adecuada, giró la llave y el agua comenzó a salir con un silbido por la cabeza de la ducha.

Se quitó el albornoz y lo colgó en la percha de la puerta. Entró con cuidado en la bañera, sirviéndose de los asideros metálicos. Durante largo rato, permaneció erguido y quieto, dejando que el agua cayera a plomo sobre su cabeza. Después se enjabonó el pelo con el champú de uno de los botecitos del hotel, convenientemente reemplazados. Detestaba aquellos productos, con ese aroma tan fuerte. Eran el equivalente en perfume a los violines en cascada de Mantovani. Absolutamente inefectivos contra la caspa. A continuación, abrió también el nuevo botecito de acondicionador y lo colocó sobre el borde de la bañera, listo para usarse. Compañeros. Sal y pimienta. Aceite y vinagre. Champú y acondicionador. Gerry y Stella. Entonces se giró y se agachó para coger el botecito de acondicionador, pero... no logró coger nada. Todo empezó porque allí no había nada. Por un gesto fallido: asir aire en lugar de algo. Ningún agarre, tan solo aire, puro aire. «Volar hacia la luna», como la canción. Cuando dos imanes potentes se ponen frente a frente, se repelen, se separan. No hay contacto, no hay agarre. Los trenes de levitación magnética se basan en ese principio. Rebotan. Como su talón y la superficie esmaltada

de la bañera. Como su mujer y él mismo, repeliéndose el uno al otro. MALDITO HIJO DE PUTA. Perdiendo el contacto. Cayendo. Ningún contacto, ni siquiera el más mínimo. MIERDA. Me caigo. Cuántos promontorios, extremos de huesos y dislocaciones cartilagosas iban a romperse, a dañarse, al rebotar contra el duro acero esmaltado. ¿Cómo era el verso sobre Júpiter y Marte en la versión de Sinatra? Tantos kilos desplomándose de repente, en tiempo récord, en un pestañeo. Pero tan vívido en la mente como un accidente de coche. Como perder la virginidad. Finalmente, se produjo el contacto, con un sonido de gong. Eso fue todo. Un baño de gong —eso existía, lo había visto—. Un contacto óseo. Y cuando tomó plena conciencia de él, pegó un bramido. Si fue durante la caída o en el momento preciso de golpearse contra el acero esmaltado, no podía asegurarlo. Pero allí estaba, tumbado de espaldas, con el agua de la ducha cayendo sobre sus pies, la mandíbula temblando y las rodillas y los muslos tornándose rojos por momentos. La polla torcida, marcando las dos y diez.

—¡STELLA! —gritó para hacerse oír por encima del ruido de la ducha.

—¿Qué pasa? —respondió ella desde la distancia.

—Me he caído.

Stella abrió bruscamente la puerta y corrió hacia la bañera, ahogando un chillido y riéndose ante la escena. Gerry yacía allí tirado, completamente aturdido, con el corazón bombeando a toda velocidad, golpeando su pecho como un martillo.

—¿Estás bien?

Gerry estiró el brazo y se palpó los miembros uno a uno. Comprobó también el estado de su coxis. Todo parecía en orden. Los pelos mojados de sus piernas formaban líneas rectas por efecto del agua y su presión. Stella cerró el grifo y, de repente, oír era más fácil.

—No tiene ninguna gracia. Me podía haber matado.

—Pero no es el caso —dijo ella—. ¿Estás bien?

Gerry se sentó y se movió un poco. No le dolía, no se había roto nada.

—Estoy bien —Stella seguía riéndose—. No gracias a ti, desde luego. Voy a denunciar al hotel. ¿Dónde está la alfombrilla de goma antideslizante? Todos los baños deberían tener una, para los ancianos.

—Pero tú te niegas a ser considerado un anciano.

Stella cogió una toalla blanca limpia de las que había dobladas en la repisa y la desplegó. Gerry asió la mano de ella a través de la superficie seca de felpa y Stella le ayudó a incorporarse. Luego se aferró a los asideros de acero inoxidable para salvar el borde de la bañera y salir, gimiendo.

—Despacio. Con cuidado —dijo Stella.

Gerry apoyó los pies en la alfombrilla y ella lo envolvió en la toalla.

—Estás temblando —dijo mientras lo conducía a la habitación—. Aquí, tumbate.

—El típico percance que puede arruinar unas vacaciones —dijo Gerry.

—¿Te encuentras bien? ¿No te duele nada?

—Ha habido suerte, nada roto. Pura potra.

—Tal vez deberíamos quedarnos —dijo Stella.

—Estoy bien. Nada que un estofado contundente no pueda curar. Regado con una botella de vino igualmente contundente —respondió Gerry, mientras se secaba el pelo.

—Siento haberme reído. Ha sido por los nervios.

Gerry se envolvió en la toalla como si fuera una camisa y se tumbó con cuidado en la cama, boca arriba, sobre la almohada.

—Es una especie de punto de inflexión —dijo.

—¿El qué?

—La primera vez que te caes en la ducha.

—No me vengas con esas, Gerry —dijo Stella.

—La siguiente vas directo a la tumba.

La puerta del ascensor se cerró y, como estaban solos, se dieron un beso. Un piquito en los labios. Gerry se había puesto un impermeable y su bufanda azul marino. Stella llevaba una chaqueta color mostaza con un cuello de piel artificial. Él se acicaló un poco en el espejo mientras fruncía el ceño.

—Vaya pelos llevo —dijo, tratando de peinárselos un poco—. Con el susto, me olvidé.

—¿De qué?

—Del acondicionador.

—Los paparazis lo descubrirán. Mañana saldrá en todos los periódicos.

—Mi barbilla hinchada también.

—Discutiremos todo eso durante la Hora de los Achaques. Ah, por cierto, se me olvidó contarte una cosa. El día antes de venir, conocí a una mujer en el banco y le conté lo de nuestra Hora de los Achaques. Me dijo que ella y su marido tenían la misma broma, pero que lo llamaban «el Recital de Órganos».

—Me gusta —dijo Gerry, riéndose—. Recital de Órganos es muy bueno.

Había poca luz y todavía se tambaleaba un poco tras la caída, así que se agarró a la barandilla para bajar las escaleras del hotel. Al instante, sin embargo, sintió algo pegajoso en la mano.

—Oooh, mierda —dijo.

Acababan de pintar el pasamanos de negro. Separó la mano y la miró. Tenía los dedos negros y una gran mancha en la palma. Como si hubiera sido sometido a un procedimiento policial de toma de huellas para registrar todas las líneas, curvas y pliegues de la piel. Levantó la mano para enseñársela a Stella. Solo entonces advirtió el aviso, en los escalones. «Pas geverfd». Presumiblemente, «recién pintado». La cinta de plástico que debía servir de protección se había caído. La chica de la recepción se sintió momentáneamente confusa cuando Gerry le mostró su mano manchada de negro, como si estuviera prestando algún juramento. ¿O era un gesto de choca esos cinco?

—¿Tienen quitamanchas? ¿O margarina? —preguntó.

Pero ¿cómo diablos iba a saber la chica lo que era la margarina? Y, en caso de que lo supiera, ¿qué posibilidades había de que supiera que servía para quitar manchas de pintura brillante? La recepcionista llamó por teléfono al personal de mantenimiento mientras él se lavaba las manos en el baño que había al otro lado del vestíbulo, frente a la recepción. Se frotó una y otra vez, echando más jabón y secándose con toallas de papel, comprobando después si las marcas habían disminuido. Pero no había manera. Allí seguía la pintura, pegajosa al tacto.

Stella había entrado por la puerta giratoria, para refugiarse del frío, y ahora esperaba de pie en el recibidor, como si el asunto no fuera con ella. Gerry estaba apoyado contra el mostrador de mármol.

Pasaron cinco minutos más hasta que el tipo de mantenimiento apareció con un trapo y una botella de plástico con disolvente. Por fuera, la botella estaba llena de salpicaduras de pintura de diferentes colores. Gerry la miró y, desde donde se encontraba, pudo percibir el olor del contenido. La idea de tener que salir a cenar oliendo a aquello no resultaba muy agradable. Pero no quería ofender al empleado, así que cogió la botella y entró en el baño. Le quitó el tapón mientras se miraba en el espejo. Si se echaba eso, le olerían las manos a aguarrás toda la noche, igual que cuando se manipula pescado ahumado. Peor aún. No, gracias. Volvió a enroscar el tapón y a lavarse las manos, tratando de eliminar el olor a disolvente que pudieran haber cogido con solo sostener la botella. Luego la envolvió en una toalla de papel y se la devolvió al hombre. Cuando se reunió con Stella y salieron a la calle, se disculpó por no cogerla de la mano.

—Todavía estoy pegajoso —dijo.

—Siempre lo has sido.

Ella se agarró a su brazo y echaron a andar despacio, apretándose para mantener el calor. Las aceras daban la impresión de estar empezando a congelarse —había zonas de un gris brillante— y las tiendas exhalaban aire caliente, creando pequeños bancos de niebla junto a cada entrada.

—Esta no es mi noche —dijo Gerry—. Una mancha negra, las manos oliendo a disolvente, el pelo cano todo alborotado, un moratón en la barbilla y medio cojo.

—Oh, que Dios se apiade de ti.

Antes de entrar en el restaurante de los estofados contundentes, Gerry advirtió que había un supermercado justo al lado. Una vez dentro, se ocuparon de sus abrigos y les dieron una mesa agradable y alejada de la corriente de frío polar que se colaba por la puerta. El camarero trajo las cartas y una cesta de pan con unos paquetitos de mantequilla. Gerry cogió uno, al tiempo que se señalaba el corazón con la otra mano y la sacudía levemente.

—¿Margarina? —preguntó el camarero.

Gerry asintió.

—No sueles ser tan tiquismiquis —dijo Stella.

—Espera y verás.

El camarero trajo unas pequeñas barritas de margarina, de una marca desconocida para ellos. En el envoltorio aparecían unas colinas verdes y campos amarillos bajo un cielo azul.

—Justo lo que necesito —dijo Gerry, y cogió una.

Stella lo miró. Él le explicó lo que iba a hacer, se excusó y se fue en busca del baño. Lo encontró en un pasillo, detrás de la recepción. Pero no entró directamente, sino que antes salió del restaurante, se acercó al supermercado de al lado y compró media botella de whisky. De una marca terrible que no había visto nunca, Tyrone Superior, fabricado en Bulgaria probablemente, o en algún sitio así. Pero le habría valido cualquier cosa, un Dunphy's, un Crested Ten o un Redbreast, incluso uno escocés, con tal de que la media botella fuera plana y le cupiera en el bolsillo. En el súper no había cola ni tuvo problemas con el idioma. Lo único que hizo que la cajera levantara una ceja fue el tamaño del billete que Gerry sacó de su cartera para pagar. La operación estaba siendo muy sencilla, y Gerry se detuvo, hizo un gesto a la cajera con la mano manchada para que esperara y fue a por otra media botella. Más valía prevenir que curar. La chica lo miró con recelo, pero Gerry sonrió para transmitirle confianza. ¿Estaba ella observando el moratón de su barbilla? ¿La extraña mancha de su mano? ¿Salía aquel hombre de una pelea de borrachos? ¿Por qué andaba merodeando por las calles heladas, sin abrigo y con la cartera rebosante de billetes grandes? ¿Debería llamar a la

policía? La cajera pasó su segunda compra por el lector automático y le devolvió el cambio. Gerry deslizó una botella en el bolsillo derecho de la chaqueta y la otra en el izquierdo. No se podía decir que no fuera una persona equilibrada. Palpó las solapas de los bolsillos. En el momento de comprar aquella chaqueta, había dudado, porque los bolsillos con solapas le parecían algo anticuados, pero Stella le había animado a hacerlo, asegurándole que volverían a estar de moda. Ahora estaba encantado con ellos. Echó los hombros hacia atrás y se dirigió a la puerta contigua, la del restaurante; una vez dentro, fue directamente al baño.

A pesar de toda la publicidad sobre sus estofados contundentes, el establecimiento era bastante sofisticado. En el baño, había un espejo en cinemascopio rodeado de bombillas brillantes, como si fuera el camerino de un actor. Cubría toda la pared en la que estaban colocados, justo debajo, los elegantes lavabos. Gerry se detuvo un instante para mirarse en el espejo. Se tocó el pelo rebelde. Se le estaba hinchando un poco más la barbilla y se la palpó para comprobar si estaba muy sensible. Lo estaba.

Alzó los ojos para mirarse en ellos. Lo de haber comprado dos botellas era un poco denigrante. En el espejo, su imagen se encogió de hombros. A lo hecho, pecho, parecía decir.

Sacó la barrita de margarina del bolsillo del pantalón. Era difícil de abrir. Tuvo que doblarla y pelar el plástico con las uñas para llegar al contenido. Cuando lo logró, le agradó la forma del pequeño bloque amarillo, similar a un trébol de cuatro hojas. Extrajo parte de la margarina con el dedo, se la aplicó en la mano manchada y se frotó ambas palmas como si se las lavara. Las contempló retorcerse y brillar por efecto de la luz, como si fuera una suerte de Poncio Pilatos poliinsaturado. Los últimos restos de lustre negro se desvanecieron. Apretó el grifo de agua caliente con el codo y se enjuagó las manos. El pegote grisáceo y amarillento formó un remolino y desapareció por el sumidero. Acto seguido, se lavó las manos con jabón y repitió la operación. Estaba orgulloso de sí mismo. La mano afectada relucía limpia como una patena. Y olía solo a jabón. Además, guardados en los bolsillos, contaba con dos nuevos «amigos del viajero», dos compañeros, podía decirse, cuyo peso resultaba verdaderamente reconfortante. Y todo gestionado en unos cuatro minutos.

De regreso hacia el comedor, Gerry vio a Stella a través de las puertas de cristal. Había apoyado los codos sobre la mesa y miraba hacia abajo, como si estuviera abatida. Aquella imagen lo desconcertó tanto, por lo extraña, que se detuvo antes de abrir la puerta. ¿Qué era aquel aislamiento? El estado natural de Stella era ser sociable. En las fiestas, nada más llegar, empezaba a pegar la hebra con la primera persona a la que se encontraba, mientras Gerry, por su parte, iba de un grupo a otro, soltando un comentario jocoso aquí y allá, y tratando de oír lo que le decían sin tener que acercarse la mano a la oreja. Pasada una hora o así, él la buscaba con la mirada y ella podía seguir completamente absorbida en la conversación con la misma persona con la que se había puesto a hablar al llegar. A Stella, todo el mundo le resultaba interesante por igual. Parecía incapaz de rechazar a nadie. Gerry siempre la acusaba de ser un imán de pesados.

—Es porque sé escuchar —respondía ella.

—Pero siempre terminas padeciendo una Hora de los Achaques no prevista.

—Es normal, con tanto hipocondriaco como tú suelto.

Pero ahí estaba ahora, sentada en un restaurante de Ámsterdam, sola, mirando fijamente los cubiertos que tenía frente a ella, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Tal vez sabía de dónde venía él.

En cuanto regresó a la mesa, pidieron la cena. Cuando el camarero se marchó con la comanda, Gerry trató de explicarle a Stella el éxito que había tenido con la margarina. Le mostró su mano limpia, pero ella no prestó ninguna atención. Tampoco la impresionaba el poco tiempo que había tardado en llevar a cabo la operación. Entonces se hizo un silencio entre ambos.

—Gerry, hay algo de lo que quiero hablar.

—Dispara. ¿Has pedido vino?

—Sí. El tempranillo tiene buena pinta.

Cuando el camarero trajo el vino, Gerry prescindió del ritual de la cata. Llenó ambos vasos y dejó la botella sobre la mesa.

—*Dank ya* —dijo Stella.

—Un buen hombre —dijo Gerry.

El camarero sonrió y se retiró.

—Por alguna razón, justo en el momento de caerme en la ducha, en lo único en que podía pensar era en un «baño de gong».

—¿El qué? —preguntó Stella.

—Tiene que ver con el ruido que he hecho al golpearme contra la bañera. ¿No estabas conmigo cuando lo del baño de gong?

—No, que yo sepa.

Gerry levantó su vaso para brindar. Stella entrechocó el suyo.

—Fue en el Leamington Spa, un domingo por la mañana. Habían montado una feria al aire libre.

—Yo estaría en misa, probablemente.

—Era un rollo de movimientos alternativos pacifistas, organizado por el Warwickshire Badger Group. Masajes de cabeza indios, tatuajes... y baños de gong. Estoy seguro de habértelo contado.

Stella negó con la cabeza.

—A no ser que me haya olvidado —dijo.

—Había un hippie con barba, y su mujer, arrodillada, invitando a la gente a entrar en su tienda. Y tenían un gran gong de metal, como el que salía en las películas, con el hombre medio desnudo tocándolo... ¿Era en las de Twentieth Century Fox? ¿Las de Gaumont?

—Las de Rank —dijo Stella.

—Eran las de Rank, es verdad. J. Arthur Rank. Bueno, pues entró una mujer y la sentaron en una silla, enfrente del gong, y el hippie empezó a hacerlo sonar dándole unos golpes fortísimos. —Gerry escenificó el gesto con ambas manos—. Aquello metía más ruido que un avión, pero el tipo seguía y seguía dándole, parecía que aquello no se iba a acabar nunca. Hasta que por fin el sonido remitió; el hombre debía de tener el brazo hecho polvo. Entonces la mujer emergió de su baño de sonido y pagó. —Gerry puso acento americano para imitar la escena—: «He sentido, literalmente, cómo la negatividad abandonaba mi cuerpo», dijo Martha.

—También usan ultrasonidos para limpiar joyas. Eliminan todas las partículas atómicas de suciedad —dijo Stella—. Dejan los anillos como nuevos.

—Pues igual que esta mujer. Aunque creo que tuvo que rezar un Padrenuestro, dos Avemarías y un Gloria para completar el ritual.

Stella parecía irritada y volvió la mirada hacia otro lado. Gerry cogió la botella y rellenó su vaso otra vez. Stella se limpió los labios con la servilleta y se inclinó hacia delante.

—Quiero hablar sobre el lugar de esta mañana — dijo, bajando los ojos y mirándose las manos—. Nos hemos hecho mayores y yo me siento perdida, sin rumbo ni objetivo. No tengo ninguna función. El único nieto que tenemos está en Canadá y no tiene pinta de que vaya a haber ninguno más.

—Bueno, eso nunca se sabe...

—Esa no es la cuestión. Escucha lo que tengo que decir. —Se detuvo y giró el cuchillo que tenía delante, colocando el filo hacia dentro—. Quiero hacer algo mejor con el tiempo que me quede.

—No te pasa nada malo, ¿verdad? —dijo Gerry.

—No, que yo sepa.

—Por un momento he pensado que habías organizado todo este viaje para darme una mala noticia.

—No —respondió Stella, sonriendo ante aquella muestra de preocupación—. La otra vez que estuve en Ámsterdam, hace muchos años, oí hablar de ese lugar...

—¿Cuál?

—Ese en el que hemos estado esta mañana, el sitio de las beguinas, como se pronuncie, no me acuerdo, *Beginjof* o algo así. Oí que era un buen lugar para mujeres que quieren llevar una vida religiosa. Y quería indagar sobre eso y sobre si hay otros lugares parecidos, más cerca de casa.

—Oh, oh.

—¿Estás escuchando? —dijo Stella—. Porque esto es importante.

—Por supuesto.

—No es un convento. Es una comunidad religiosa. Pero no de clausura. Las mujeres disponen de un sitio donde vivir, pero no tienen que hacer votos de pobreza ni nada por estilo. Eso es lo que me contaron.

—¿De qué me estás hablando? No entiendo muy bien qué está pasando aquí.

—El lunes tengo una cita con la directora espiritual del centro, o como quiera que se llame.

Un joven asiático que vendía flores entró en el restaurante y se acercó a las mesas. Cuando llegó hasta Gerry, extendió su brazo para mostrar la mercancía —pequeñas rosas rojas envueltas en celofán— y Gerry declinó la oferta con un gesto de cabeza. Stella alzó la vista y sonrió.

—No, gracias —dijo.

El vendedor le devolvió la sonrisa y continuó su ronda por el resto de mesas.

—A los viejos que están comiendo solos no les ofrece —dijo Gerry.

—¿A quién se la iban a regalar si la compraran? —preguntó Stella.

Mientras hablaba, evitaba mirar a Gerry a los ojos, algo muy raro en ella.

—Llevo mucho tiempo de brazos cruzados —prosiguió—. La familia está criada, el trabajo está hecho. Pero eso no puede ser todo, ¿no? Aún nos quedan diez o veinte años por delante. Creo que no hemos enfocado bien nuestras vidas. Hay algo que no encaja. Al menos, yo lo siento así. Pero no sé lo que piensas tú.

Gerry se encogió de hombros. Por un momento, lo asaltó la idea de que Stella estuviera siendo irónica. Durante un rato, ella no dijo nada más.

—Estoy confundido —dijo él, y la obligó a mirarlo a la cara, directamente—. ¿Qué es lo que estás tratando de decirme?

—Creemos en cosas diferentes —dijo Stella, con los ojos todavía fijos en el mantel.

—Eso lo hemos sabido siempre.

—Pero las cosas han cambiado. Yo tengo la sensación de ir a la deriva. Y quiero hacer algo con el tiempo que me queda. Algo más que verte beber.

—¿Estoy incluido en alguna parte de tu *storyboard*?

—La verdad es que no.

Stella se había quedado dormida con el libro demasiado cerca de la cara. Gerry se levantó y lo cogió para dejarlo sobre la mesilla de noche. De regreso, metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta, colgada en el

armario. Sacó la media botella, fue al baño y cerró la puerta. ¿Qué le había estado contando Stella? Tosió para encubrir el sonido del precinto del tapón y se sirvió un trago. En el espejo, comprobó que el moratón se estaba oscureciendo. Luego volvió a la habitación y se sentó en el sillón con su bebida.

La respiración de Stella seguía siendo larga y lenta. Ella nunca solía mostrarse tan directa cuando hablaba. Gerry miró el vaso y se dio cuenta de que ya estaba vacío. Qué poco le había durado. Se sirvió otro whisky y lo rebajó con agua, llenando el vaso hasta el borde.

Había estado a punto de cazarlo en el ascensor. Cuando el aparato se detuvo bruscamente en el tercer piso, algo en sus bolsillos emitió un sonido extraño, una suerte de tintineo o cloqueo, ahogado parcialmente por el paño del abrigo. Se preguntó si ella lo había oído. Si ese era el caso, no se le ocurría ninguna excusa. «¿Qué ha sido ese ruido, Gerry?»

Gesto de sorpresa. «¿A mí qué me dices?»

Ahora, sentado en la habitación, más relajado, sí podía pensar en excusas. Podía haber atribuido el ruido al líquido de frenos del ascensor. Ella no tenía ni idea de mecánica. «¿Has oído cómo suenan las cañerías del desagüe?» Podía haber dicho que eran borborismos, ruidos intestinales, a nuestra salud. Pero Stella no había hecho ningún comentario sobre el ruido. Lo único que había dicho había sido: «Estoy deseando meterme en la cama». ¿Lo de que él no estaba incluido en el guion iba en serio? ¿Cómo era posible? Y ¿qué iba hacer él? Se terminó el whisky. Cuando estaba a punto de apoyar otra vez el vaso sobre la mesa, abortó el gesto y cogió una libreta de notas del hotel que estaba junto al teléfono para ponerla debajo y absorber el golpe. Absoluto silencio al apoyarlo. Pero sabía que, en cuanto lo volviera a coger, dejaría un rastro húmedo en la hoja en blanco. Un cero brillante.

De la cama empezaron a llegar ruidos diferentes. Stella estaba entrando en la fase de sueño profundo. Aquella noche, en el restaurante, había notado algo distinto en ella. Estaba distante. Era otra. Gerry no sabía si era culpa suya o no. Sencillamente, le había parecido lejana. Como si fuera alguien a quien no conociera del todo bien.

La única vez que había sentido algo parecido, recientemente, había sido durante las navidades, cuando la había acompañado a la misa del gallo. No le hacía ninguna gracia que fuera sola por las calles oscuras a la una de la mañana. Normalmente, el día de Navidad, Stella se levantaba pronto y se iba sola a la iglesia.

Él se sabía todo el rollo de la misa desde la infancia. Pero también sabía que las cosas habían cambiado. Sentado en el banco, junto a ella, le reconfortaba poder permanecer al margen. La iglesia era neogótica, como miles de iglesias victorianas de todo el país, construida por algún clon de Pugin. Arcos ojivales ascendiendo y descendiendo a ambos lados de la nave, el altar como si fuera una tarta de boda. De niño, lo obligaban a mirar siempre hacia el altar. Su madre le reñía si miraba hacia otro sitio, así que él miraba fijamente lo que tuviera delante. Nucas de adultos, la marca del sombrero en el cabello de un hombre, el estampado y los colores del pañuelo de una mujer.

Se puso otro whisky.

—Uno pequeño. La última —musitó—. Solo un dedito.

Con mucha agua, para que fuera inofensivo. ¿Por qué estaba recordando aquellas cosas? Trataba de llegar a algún sitio, pero había olvidado el destino. ¿Por qué se había acordado de las navidades? Era algo relacionado con el hecho de notar a Stella diferente. Con verla como si no la conociera. Entonces, se acordó. El sacerdote hablando por el micrófono y diciendo: «Daos fraternalmente la paz».

Después de besar a Stella y de estrechar la mano de los extraños que tenía a su alrededor, Gerry la escuchó susurrarle: «La hermana Francis y yo damos la comunión esta noche».

Stella dejó el banco y avanzó por el pasillo. Al llegar al altar, una monja se unió a ella y el sacerdote les dio de comulgar a ambas. Después, llegó el turno del resto de los feligreses. De cuando en cuando, entre la fila de personas en movimiento, Gerry podía ver a Stella, en el altar, dispensando las hostias que extraía de un cáliz dorado. A su lado, la hermana Francis hacía lo propio. Stella estaba situada a más altura que las personas que llegaban en fila hasta ella, y tenía que agacharse un poco para darles la comunión. Cada vez

que sus hombros se encogían, Gerry tenía la sensación de verla muy mayor. Como alguien a quien no acababa de conocer bien.

Cuando terminó de dar la comunión, Stella regresó a su sitio, se arrodilló y enterró el rostro entre sus manos. El coro comenzó a cantar «In the Bleak Midwinter». Luego, Gerry escuchó un ruido, una toma de aire repentina y agitada. Stella estaba inquieta por algo. Todo aquello había sucedido hacía solo un par de semanas. El motivo del desasosiego probablemente estaba relacionado con el hecho de no poder estar con su hijo y con su nieto en esa época del año. Si, en efecto, se trataba de eso, él no quería inmiscuirse. Stella retiró una de las manos de su rostro para sacar un pañuelo y sonarse. ¿Su enfermedad del ojo era lo que le impedía llorar? ¿O algo la removía más allá de las lágrimas?

—¿Estás bien? —preguntó.

Pero ella giró la cabeza, como si él no tuviera derecho a verla sufrir.

El Tyrone Superior hacía muy poco honor a su nombre. Con todo, estaba cumpliendo su función.

Tras la misa, en el camino de vuelta a casa anduvieron a buen ritmo para entrar en calor. Cuando llegaron a la colina, Stella lo cogió del brazo y se apretó un poco contra él.

—¿Qué prisa hay? —dijo—. No tenemos polluelos ni niños esperándonos en casa.

Gerry aminoró el paso.

—Solo quería escapar del frío. Un poquito de calefacción central —dijo—. ¿Te encuentras mejor?

Por toda respuesta, Stella sonrió, con los labios apretados.

—Explícame otra vez lo de tu ojo —dijo Gerry.

—No es que no tenga lágrimas, bien lo sabe Dios. Simplemente es que son de muy mala calidad, según el médico.

—¿Lágrimas de mala calidad?

Gerry aguardaba que le explicara también por qué había llorado, pero Stella no dijo nada más.

Durante el recorrido, tuvieron que esquivar los charcos congelados. Había un poco de niebla y las farolas proyectaban conos de luz desde las alturas. Sus alientos eran visibles, humeantes, frente a sus rostros.

—No sabía que eras... —Gerry se detuvo, tratando de recordar la palabra— que repartías la comunión.

—Lo soy desde hace dos años. La palabra que buscas es ministra eucarística.

Hubo un silencio. Gerry se encogió de hombros.

—¿Quieres que te tenga al tanto de estas cosas? —preguntó Stella.

—No sabía nada, eso es todo.

—Me preguntaron y dije que sí. Quería ayudar de la manera que fuese.

—Es una especie de honor, supongo —dijo Gerry, estrujando la mano de ella con su codo—. Estoy orgulloso de ti, aunque no crea una palabra de todo ese rollo.

—No digas nada más, Gerry. Es Navidad y estoy contenta.

Las calles estaban flanqueadas de coches aparcados, con los techos y las ventanillas cubiertos de escarcha. Algunos conductores habían puesto periódicos debajo de los limpiaparabrisas. Cuando llegaron a su calle, caminaron por mitad de la calzada, allí donde los neumáticos habían oscurecido la escarcha.

—Es una cosa realmente extraña, la escarcha —dijo Gerry—. Cae en vertical, como la lluvia; y es lo opuesto a la sombra, blanca, no negra.

—No lo discutiría.

Dentro de la casa, la atmósfera era cálida y esta ba impregnada de olores navideños. El pudding ya había hervido, los menudillos y la salsa estaban listos y un jacinto endulzaba el vestíbulo con su aroma.

—¿Una copa? —preguntó Gerry.

Stella sacó unos sándwiches de jamón, envueltos en papel film, que había preparado por la tarde. Gerry le puso un vaso de jerez y se sirvió un whisky de malta Islay. Stella levantó su bebida y brindaron.

—¡Feliz Navidad!

—Esto ha llegado hoy —dijo Stella, dándole un sobre—. No es tu regalo de verdad, ese lo recibirás mañana por la mañana. Este es para los dos.

Gerry pasó el pulgar por debajo de la solapa del sobre para abrirlo.

—Son los billetes de Ámsterdam —dijo Stella, antes siquiera de que Gerry los sacara.

—Los podías haber comprado por internet y haber ahorrado algunas libras.

—Quería estar completamente segura, así que lo hice en una agencia de viajes.

—¿También lo metieron ellos en el sobre?

Stella sonrió y se encogió de hombros.

—Espera un minuto —dijo Gerry, y regresó al poco con un pequeño paquete, sin etiqueta visible y cerrado con cinta adhesiva brillante.

—El regalo de verdad te lo daré mañana —dijo, y le dio un beso.

—Esto lo acabas de envolver ahora —dijo Stella, riéndose.

Bajo el envoltorio no muy bien cerrado había una cajita negra con forma de huevo. Stella la abrió.

—Unos pendientes —dijo Gerry.

Stella le dio un beso.

—Gracias.

—Dijiste que no te gustaba la idea de las alianzas «promesa eterna», así que pensé que esto te gustaría más. Pendientes «promesa eterna».

Stella extrajo uno de los pendientes de la almohadilla de algodón y lo contempló con detenimiento.

—Te hacía tanta ilusión lo de los agujeros en las orejas... —dijo Gerry.

Ella se quitó los pendientes que se había puesto para ir a misa y empezó a ajustarse los nuevos.

Y ahí estaban ahora, en mitad del viaje, en Ámsterdam, en una habitación de hotel, él con un vaso vacío apoyado enfrente, sobre la mesa. ¿Qué frase había dicho Stella antes? «Con gusto caería redonda en la cama.» Gerry se levantó. No se había acabado la media botella todavía, pero sí le había metido un buen saque. Abrió la botella del *duty free*, que seguía estando en la bolsa de viaje

de poliéster, y la rellenó con lo que quedaba de la media botella. La vacía se la metió en el bolsillo izquierdo del pantalón. Era mejor hacer el trasvase de las dos mientras pudiera. Su chaqueta permaneció colgada de la percha de forma asimétrica hasta que sacó también la otra media botella. Realizó la operación en el baño, con la puerta cerrada.

Necesitaba otro reconstituyente. En privado. Se metió la segunda media botella vacía en el otro bolsillo del pantalón. Comprobó que Stella seguía en la misma posición y que no se había movido ni un milímetro. Con gran cuidado, buscó la tarjeta magnética extra para poder entrar luego en caso de que la puerta se cerrase por accidente. De ese modo, tampoco dejaría a Stella a oscuras durante su ausencia y evitaría darle un susto. Se enorgulleció de su ocurrencia. Recurrir a la segunda tarjeta era un gesto muy adulto por su parte. Dejó la puerta ligeramente abierta para no hacer ruido a su regreso y no despertar a Stella. A mitad de pasillo, sin embargo, se dio cuenta de que iba en calcetines y que llevaba la camisa por fuera. Llegó hasta los ascensores sin chocarse demasiado contra la pared. La papelera tenía una tapa plateada y un agujero redondo en uno de los laterales. Al dejar caer dentro uno de los cascos, se produjo un gran estruendo metálico.

—Perdón.

Pensó en rezar un Acto de Contrición. Un firme propósito de enmienda. Nunca más. Así que hincó la rodilla en el suelo —su vieja y muy llorada *mauvais genou*— para, de ese modo, poder meter el brazo por el agujero de la papelera y deslizar la segunda botella vacía hasta depositarla en el fondo, sin hacer ruido. Al levantarse, se tambaleó ligeramente. Luego dio media vuelta y comenzó a desandar sus pasos. O eso era, al menos, lo que creía estar haciendo. Al llegar a un cruce de pasillos, vio las señales indicativas con los números de las habitaciones. ¿Cuál era la suya? Consultó la tarjeta magnética. No ponía ningún número. Este figuraba en la pequeña tira de papel que envolvía la tarjeta y que había dejado en la habitación. Estaba seguro de que la habitación quedaba hacia la izquierda, pero el pasillo era una sucesión interminable de puertas idénticas color crema, solo distinguibles por la numeración. La mayoría de las habitaciones estaban en silencio, pues ya era tarde, y los únicos sonidos que se escuchaban eran el murmullo ocasional de algún televisor y sus propios pasos sobre la moqueta, mientras vagaba

descalzo y dubitativo. Los pasillos y corredores eran una invención relativamente moderna en arquitectura. Databan, aproximadamente, de finales del siglo xix. Anteriormente, la gente solía pasar directamente de una habitación a otra. ¿Cuán embarazoso resultaría aquello en la actualidad? Gerry empezó a fijar puntos de referencia. La máquina de hielo que había en un rincón. Las bandejas depositadas frente a algunas de las puertas, con restos de cena, vasos, botellas y servilletas arrugadas. Había una con una porción de pizza a medio comer, cubierta con una capa verde grisácea de alcachofas. Estaba seguro de haber pasado por allí antes, pues recordaba haber pensado que estaba lo suficientemente hambriento como para acabársela. Nadie se iba a enterar. Pero el adulto que llevaba dentro lo había obligado a contenerse. «Un firme propósito de enmienda.» Aquello era solo una fórmula católica y relamida de decir «no lo haré nunca más». Él, de adolescente, arrodillado en la oscuridad. El sacerdote respirando al otro lado de la rejilla. ¿Alguna clase de examen ocular, Padre? Nadie le dijo nunca que fuera a quedarse ciego, pero lo gracioso era que —en aquellos días— estaba verdaderamente determinado a no volver a hacerlo nunca más. Por un momento, se reunió con los ángeles y se sintió bien consigo mismo, como elevado a las alturas. Aquello podía funcionar también con la bebida. Si conseguía ayuda. O si se aplicaba de verdad a la tarea. Comer manzanas. ¿O eso era para dejar de fumar? El concepto de pecado había desaparecido. Lo más semejante era la idea de hacer daño a otras personas. Stella era otra persona. Decidir dejar de beber cuando uno estaba completamente borracho no era lo más apropiado. No había ninguna puerta ligeramente abierta. Se volvió y procedió a rehacer el camino otra vez, pasando por la máquina de hielo y por la pizza de alcachofas. Empezó a reírse. Aquella sí que era forma de dejar a tu mujer. En mitad de la noche, en un hotel de Ámsterdam. Lo encontrarían a la hora del desayuno, todavía dando vueltas, con los calcetines agujereados y los pies ensangrentados por la fricción constante contra la moqueta. O no, quizá nunca lo encontrarán, quizá nunca más se volvería a saber de él. Moriría y su cuerpo se momificaría y se desintegraría en una esquina, detrás de la máquina de hielo. Acabaría convertido en motas de polvo. Aspirado por una aspiradora Hoover de las que manejaban aquellas chicas tan encantadoras de uniforme lila, de Tailandia o Puerto Rico. Aquello

sonaba vagamente a perversión. Al llegar de nuevo a un cruce, trató de orientarse. Probó tomando la otra dirección. Plan B. Se dirigió hacia la derecha. Calor. Empezaba a entrar en calor. Reconoció un cuadro en la pared, una imagen de las ruinas de un templo griego. Hacía mucho calor. Era curioso cómo no olvidaba nunca un edificio. Durante aquella incursión salvaje por los pasillos del hotel, se sentía como un personaje de la mitología griega. Como Teseo o el rey de Creta. O quizá como Dédalo, el arquitecto y constructor de laberintos. Encajaba bien en el papel. Solo que, si él fuera el constructor de aquel laberinto, seguramente conocería la salida. Cuando llegó —por casualidad completamente— hasta la puerta color crema de la habitación 396, vio que estaba ligeramente abierta. Tenía mucho, muchísimo calor. Por la jamba se filtraba una débil franja de luz. Empujó la puerta y esta se abrió. La visión familiar de su maleta y de su abrigo sobre la silla. En la cama, la cabeza, igualmente familiar, apoyada sobre la almohada. Ulises regresando al fin a casa, tras diez años de lances y aventuras. Ahora, a dar reposo a mis cansados miembros. Pero antes, quizá, una copita. Había que celebrar la hazaña de haberse deshecho de los cascos. Se sirvió un trago.

Le parecía que acaba de acostarse y de conciliar el sueño cuando se despertó de nuevo. Un tirón. Apartó las sábanas en la oscuridad y se levantó de la cama. Su boca se abrió para proferir un grito mudo. Su pie y su gemelo querían doblarse, pero no podían. Se sentía como un pez recién pescado, arqueándose espasmódicamente. Trataba en vano de apaciguar el dolor. Vigila por dónde andas, se dijo, no te vas a morir de esto, aunque lo parezca. Voy a caminar sobre ti, maldito bastardo. Voy a flexionarte como sea. Caminó de un lado a otro de la habitación, tratando de no despertar a su mujer exhausta. Aquello no era como estar jugando una prórroga en Wembley, con sus compañeros de equipo tratando de doblarle el pie mientras él yacía tumbado de espaldas, gritando. No había glamur alguno. Se encontraba en una habitación de hotel en Ámsterdam, oscura como un pozo, a las tres o las cuatro de la mañana. El más mínimo ouch habría estado fuera de lugar y sería merecedor de reprobación. ¿Cómo se pronunciaba la interjección ouch, de todas formas? Nadie decía ouch en la vida real.

«Aaaaaaaaah, joder», sí, pero no ouch. Ouch era cosa de cómics y *storyboards*. Si consigues llegar hasta el baño, todo irá bien, se dijo. El alivio estaba a tan solo unos pasos de distancia. El alivio de la pierna y el de la vejiga. Recorrió el camino hasta el baño, ya familiar a pesar de la oscuridad, y tiró del cordel de la luz. Pero el gemelo no cedía, seguía recto como un palo de hockey. Trató de forzar el arco del músculo apretándolo con todas sus fuerzas contra el suelo. El dolor mordía como un cable de acero. Hizo presión sobre la rodilla, sobre su vieja *genou*, y saltó sobre la pierna buena una o dos veces. Pero la parte trasera de la pierna dolorida seguía tan dura y pálida como el marfil. Se dio puñetazos, apretó los dientes y gimoteó tan sigilosamente como pudo, presionando el pie contra el suelo, con la esperanza de destensarlo. Los dedos del pie se le doblaban y se le abrían. Puto infierno. Dóblate de una puta vez. Flexibilidad, por favor. Pie a tierra. Noventa grados. Finalmente, consiguió dominarlo. La presión del primer paso. La pierna buena ayudándolo a propulsarse. Un segundo paso y logró llegar al retrete. Puso un pie a cada lado, como si estuviera meando en uno de esos urinarios que son un agujero en el suelo. Y llegó el alivio. Gracias sean dadas a Dios y su Santa Madre. Desaparecido el dolor, lo aterró la sola posibilidad de que regresara. Al trepar de nuevo a la cama, notó pequeños pinchazos. Cuando mayor pánico sintió, sin embargo, fue al adoptar la misma postura en la que había sufrido el calambre. Con mucho cuidado, se dio la vuelta hacia el otro lado. Juzgando que el calor podía prevenir un nuevo tirón, arrebató a Stella la bolsa de agua caliente que tenía entre los muslos.

Cuando bajaron a desayunar, Stella, que se sabía el número de la habitación de memoria, se lo dio a la mujer de recepción y enseguida apareció un camarero que los condujo a una mesa recién puesta.

—¿Quieres que te haga una visita guiada por el bufé?

—No. ¿Por qué?

—Bueno, como es la primera vez que comes aquí y ayer te diste a la fuga...

—A mi edad, creo que puedo manejarme en un bufé libre —dijo Stella, y se levantó para acercarse a la mesa de los cereales—. Y darme a la fuga no es propio de mí.

Gerry la siguió.

—Fibra —dijo él.

El bufé permitía elegir leche entera o desnatada, y a Gerry lo complació enormemente ser capaz de distinguir cuál era cada una leyendo las etiquetas en neerlandés. *Volle melk*, *halfvolle melk*. También había otra cosa llamada *magere melk* que no sabía lo que era, así que la evitó. ¿Era «leche materna»? Imposible. Aunque, bueno, al fin y al cabo, estaban en Ámsterdam.

Regresaron a la mesa portando cada uno un tazón con cereales. El de Gerry, a punto de desbordarse; el de Stella, apenas cubría el fondo. Cuando ella lo miró, desde su asiento, parecía preocupada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien.

—Te diste un buen golpe ayer.

Stella quiso tocar la barbilla lastimada de Gerry, pero este refuló. Se preguntó hasta qué punto su caída en la ducha había sido resultado de lo que había bebido. Ciertamente, el whisky no había ayudado. Y ¿por qué había pensado en Frank Sinatra? Si hubiera querido ponerse sibarita, Sinatra se habría tomado una copa en la bañera, pero ¿una copa en la ducha? Stella lo miró, mientras él rebañaba con la cuchara los últimos cereales de su cuenco.

—Anoche me dio un tirón terrorífico —dijo Gerry—. Estabas completamente dormida.

—Siento habérmelo perdido —ambos sonrieron—. ¿Saliste a algo?

—No que yo sepa.

Gerry trató de dar respuestas que pudieran cubrir todas las eventualidades. Tenía un vago recuerdo de pasillos. De papeleras plateadas.

—Me desperté y no te vi por ningún lado.

El camarero retiró los platos y trajo té.

—Estoy tratando de recordar lo que hablamos anoche —dijo Gerry.

—¿Mientras estabas bebido?

—No, durante la cena.

Stella sirvió el té.

—Me gustaría que me lo explicaras bien —dijo Gerry—. Otra vez.

—¿El qué?

—El futuro. Tal y como te lo imaginas.

Stella movió la cabeza de un lado a otro, como si quisiera decir que aquel no era el momento ni el lugar, y apoyó los codos sobre la mesa.

—Hoy vamos a la Casa de Ana Frank —dijo.

—Por Dios, no, con visitas de colegios. ¿Recuerdas la historia de la avispa en el autobús que nos llevaba al campo de Buchenwald?

—Sí.

—Lo peor de todo fueron las excursiones escolares. Niños corriendo por todas partes con sus libretas y sus cuestionarios, señalando las respuestas correctas. Pero estaban bastante callados, los profesores les habían advertido bien sobre adónde iban. Como si estuvieran en una biblioteca y todo formara parte de un ejercicio rutinario. Las habitaciones llenas de pelo humano, las pilas de zapatos que llegaban hasta el techo, las cajas llenas de anillos. ¿Te imaginas el tiempo que debe de llevar llenar una caja de ese tamaño con alianzas de oro?

Stela propuso que fueran andando desde el hotel. Había que cruzar tres canales. Gerry asintió sin mirar el mapa. Aquella mañana, el tiempo era un poco mejor. El sol brillaba débilmente, sin fuerza suficiente para calentar el

aire, pero sí para animarlos un poco. Lucía distante en el cielo y proyectaba largas sombras.

—Estaría muy bien que, al menos un día, nos hiciera bueno —dijo Stella.

Había mucho ruido en la calle. Los camiones y los coches circulaban pesadamente por los flancos de los canales. Las bicicletas hacían sonar sus timbres cuando se acercaban. A falta de timbre, otros ciclistas pegaban una voz, algo que Stella encontraba intimidatorio y muy poco agradable.

Cuando llegaron a la Casa de Ana Frank, Gerry se rezagó para observar la entrada, recién reformada. La fachada principal era completamente nueva y no parecía haber sido nunca un escondite. Había cola incluso en aquella época del año. En la entrada, los adelantaron los grupos escolares que habían reservado la visita con antelación.

Cuando finalmente llegaron hasta el vestíbulo principal, vieron varias ampliaciones de fotografías en blanco y negro. Ana Frank en el patio del colegio. Ana Frank en la calle, con amigos, sonriendo. Ana Frank en un pupitre, escribiendo.

—¿Cómo sabían que iba suceder esta tragedia? — preguntó Gerry.

—¿Acaso no tienes fotografías de pequeño? —respondió Stella.

Gerry asintió.

—Pues ya tienes la respuesta.

—Pero no en un pupitre, escribiendo.

—Debía de ser una familia acomodada —dijo Stella—. Cuando teníamos esa edad, solo la gente con dinero tenía cámara de fotos.

Dejar atrás el frío y entrar en calor les sentó bien. Los grupos de estudiantes se dispersaron por otras partes del edificio. Imperaba una calma extraña. Un silencio reverencial, como de iglesia. La gente compraba las entradas susurrando. Cuando les llegó el turno, Stella sacó su cartera y pagó. Se negó a gastar un poco más en una de las audioguías.

Pasaron junto al guardarropa y consideraron dejar allí los abrigos, pero, finalmente, optaron por no hacerlo. La visita no duraría mucho. Había un hombre mayor colocándose una kipá en la cabeza. Tenía la piel cetrina y unos ojos oscuros e intensos. No se había afeitado muy bien y se había dejado algunos pelos grises a ambos lados de la boca. Estaba intentando fijar el

gorro a su cabeza con una horquilla y la ayuda de un espejo. Probablemente, de modo similar a como se afeitaba.

—Parece un chelista —susurró Gerry.

—Una kipá. Buena palabra para un crucigrama — dijo Stella—. «Para la sinagoga o la oración.»

Fueron guiados hasta una puerta y, al atravesarla, se encontraron en la casa real, lejos de la fachada nueva. Con todo, no era fácil orientarse. Había una estantería, con carpetas de anillas y archivadores, que al moverse descubría la existencia una puerta secreta. La puerta daba a una escalera muy empinada. La bajaron con cuidado, con Stella encabezando la marcha, y llegaron a una habitación. Algunas de las ventanas estaban cubiertas con papel *glassine* estampado y translúcido. Otra ventana ofrecía una vista despejada al canal.

Gerry volvió a ser consciente del silencio, del crujido de la madera bajo sus pies. No hablaban entre ellos, excepto, quizá, para indicar algo con un gesto de la cabeza o reaccionar alzando una ceja. O para darse un pequeño codazo, si estaban lo suficientemente cerca. El peso de la tristeza aumentaba a medida que recorrían las sucesivas estancias. Cualquier detalle que elevara un poco el ánimo solo hacía que el final de la terrible historia resultara aún más sombrío. Como el retrete decorado con un sofisticado esmaltado en azul holandés, o, en otra habitación, los carteles con las estrellas del momento, Deanna Durbin y Ray Milland, nombres que Gerry había oído en boca de sus padres. Gerry se detuvo frente a un papel de pared aparentemente inocuo, ocre y con pétalos blancos. Stella se acercó para ver qué era lo que le había llamado la atención. No necesitó que Gerry le señalara las líneas, trazadas con lápiz en la pared, que marcaban las alturas de los niños de la familia Frank a medida que iban creciendo. Stella las vio inmediatamente y se mordió el labio. Las marcas le resultaban familiares porque ella había hecho lo mismo con su propio hijo. «Los zapatos, los zapatos fuera. Eso es trampa. Ahora junta los talones y pégate a la pared todo lo que puedas.» «¿Los calcetines no cuentan, mamá?» «No, no seas tonto, estate quieto.» Después, pedir a gritos un libro, cualquiera de tapa dura, para colocarlo sobre la cabeza del niño y trazar la línea en la pared. Compararlo con la marca anterior. «¿Has visto qué estirón has pegado en tres meses?» La expresión empleada

siempre era «pegar un estirón». Stella se preguntó cuál sería el equivalente en neerlandés. Las palabras que los padres habrían utilizado con Ana y con su hermana Margot.

Avanzaron de habitación en habitación, mirando las citas —letras en vinilo negro sobre las paredes—, leyendo las traducciones y asimilando las fotografías. Llegado cierto momento, sin embargo, se separaron, pues Gerry siempre se quedaba un poco atrás y dedicaba más tiempo a examinar cada cosa.

Al entrar en una nueva habitación, ya por su cuenta, Stella leyó: «5 de abril de 1944. Cuando escribo, se me pasa todo. Mis penas desaparecen. Mi valentía renace». Después observó una fotografía tomada antes de la guerra: una fila de chicas —en el décimo cumpleaños de Ana— cogidas entre sí, con los ojos entrecerrados bajo el sol brillante. Ay, los vestidos. Los botones y las cintas de los hombros, los dobladillos, los calcetines blancos hasta el tobillo, los zapatos y las sandalias. Y los peinados. Aunque aquellas niñas hubieran nacido una década antes que ella, podía reconocerlo todo. Las modas y los estilos no cambiaban tanto en aquellos tiempos. La imagen la retrotrajo a su propia infancia, en su pueblo, en el norte de Irlanda. En su casa no había mucha ropa. El estilo consistía en aquello que llevabas puesto o, más bien, en lo que otra persona había llevado. Prendas usadas, de segunda mano. Sus hermanos se llevaban las mejores, porque las heredaban de una generosa familia protestante que vivía cerca de ellos y cuyos hijos eran todos varones. Las chicas, por su parte, tenían muy pocas faldas compradas y no les quedaba más remedio que apañárselas con prendas heredadas —*tweeds* y vestidos de verano— que habían pertenecido a sus tías, elaboradas y arregladas luego por la señora Johnston. Stella, erguida sobre el pequeño taburete de madera, y la señora Johnston de rodillas, tomando la medida de un dobladillo o remetiéndole la cintura, con la boca erizada de alfileres. «Oooh, recuerdo cuando yo tenía esta talla de cintura.» Cuando tenía alfileres entre los labios, a la señora Johnston no se le entendía muy bien. Pronunciaba las palabras con el lateral de la boca. «Cuando me casé, tenía una cinturita de cuarenta y cinco centímetros, ¿puedes creerlo?», decía, y formaba un aro con sus dedos,

equivalente a la talla que imaginaba haber tenido. «Pero tú eres la viva imagen de tu madre. Eres igualita que ella cuando la conocí, hace veinte años. Qué guapa era. La mitad de los mozos del país iban detrás de ella.» Había alfileres por todas partes y, mientras le tomaban medidas a una de las hermanas, el resto jugaban con el imán en forma de herradura. A Stella la fascinaba la forma en la que los alfileres y los imperdibles se quedaban adheridos a él, colgando como si fueran alguna especie de planta. La señora Johnston usaba el imán para recoger los alfileres que pudieran haber quedado tirados por el suelo, para que nadie se pinchara, decía, si iba corriendo descalzo por ahí.

Después, comenzaron a llegar paquetes desde Canadá. Stella recordaba una falda *dirndl*, confeccionada con un tipo de tela que lanzaba destellos cuando ella daba vueltas. También había cinturones, hechos con pequeñas cuentas de colores y patrones de los usados por los indios nativos —zigzags, tótems, triángulos—, de colores tan chillones que nadie se atrevía a ponérselos fuera de casa. Y enaguas, hectáreas de tul para resaltar mejor el material y la forma del vestido; además de caramelos de marcas de las que nunca habían oído hablar, como los Lifesavers, con sabores misteriosos, como la zarzaparrilla.

Gerry alcanzó a Stella y ella le enseñó la foto de cumpleaños de Ana. Le habló sobre la señora Johnston, sus arreglos de ropa y su imán.

—Nunca me habías contado eso.

En la última sala, se quedaron de pie durante largo rato frente a un expositor de cristal, observando su contenido fijamente. Una letra manuscrita en una lengua extranjera siempre constituye un misterio, pero bastaba con ver aquellos trazos cuidadosos sobre las hojas amarillentas para sentir una sensación similar a la que les habían provocado las notas escritas por la chica americana en el libro que habían encontrado en la iglesia.

En una esquina de la habitación había otra cosa que también llamó la atención de Stella, que se dirigió hacia allí. Sobre una repisa estrecha, estaba dispuesta una línea de objetos, y en un primer momento Stella no supo entender qué hacían allí. Eran, en su mayoría, piedras ordinarias. Pero también había una canica de cristal con una línea amarilla curva en su centro, un alfiler de corbata que parecía valioso, algunos céntimos de euro y un

pasador de pelo barato cubierto de purpurina, el tipo de pasador que llevaría una niña o, más concretamente, el tipo de adorno que el hombre de la entrada había usado para fijar su kipá. Stella enarcó una ceja con gesto inquisitivo. Gerry se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —dijo.

—¿Recuerdas *La lista de Schindler*? —preguntó Stella—. Hacia el final, cuando alinean guijarros sobre las lápidas, como símbolos.

Gerry se acordaba más del violín de la banda sonora que de las imágenes. Asintió y se dirigió hacia la salida.

—¿Café? —preguntó sin detenerse.

Pero cuando volvió la cabeza, su mujer no estaba allí.

Stella tenía ahora toda la habitación para ella sola y siguió mirando la pequeña fila de objetos. Su aspecto era informal, como si no llevara allí mucho tiempo. Como si algún estudiante de alguna excursión escolar la hubiera comenzado y el resto la hubiera continuado. Era una especie de homenaje y una forma de identificarse con aquellos que habían sufrido. Quiso hacer una contribución ella también. A las víctimas de la guerra, a los muertos y heridos. Dejar una moneda habría sido como dejarle una propina a un camarero amable. Lo que estaba en juego allí eran Ana Frank y su religión, aunque su condición de judía no parecía haber tenido mucho peso en ella. Su muerte en un campo de concentración, sin embargo, había sido una consecuencia de ello. Por otra parte, Ana estaba llena de anhelos que Stella compartía. El sufrimiento implicado en su muerte, del que no había ni una sola palabra escrita, debía de haber sido inimaginable. Stella se llevó la mano al lóbulo de la oreja y, tras manipularlos un poco, el pendiente y su cierre se desprendieron sobre su palma derecha ahuecada. En ella brilló el pequeño aro dorado en el que se reflejaron la habitación y sus ventanas. La alianza «promesa eterna». Cuando Stella tenía diez años, la idea de la eternidad la había aterrorizado: tumbada en la cama, era incapaz de concebir en su mente el final del tiempo. La futilidad de contar hasta un millón. El catecismo estaba lleno de ella. La vida eterna. Por los siglos de los siglos. Volvió a colocar el cierre y dejó el pendiente sobre la repisa, al final de la fila, junto al resto de los objetos. La pieza circular se balanceó ligeramente, hacia delante y hacia atrás, hasta quedarse inmóvil. Stella miró a su alrededor para

comprobar que la habitación seguía vacía. Inclino la cabeza y rezó. Parecía fácil desearle lo mejor a alguien, mostrar gratitud por una vida truncada de forma trágica tan prematuramente. No era tanto una oración como una expresión de solidaridad. Tú y yo, Ana. Nuestros diferentes credos, nuestra humanidad compartida. La forma en la que sufrimos. Almas gemelas en dos extremos opuestos de la vida; tú, una niña, yo, una anciana. Una joven víctima y una vieja superviviente. Te hago esta ofrenda. La oración consistía en provocar una intensidad y sostenerla en la cabeza y el corazón. Algo bueno, algo espiritual, elocuente y recitado en el interior, deseado con tanta fuerza que llegaba a doler. El momento concluyó y Stella se alejó de la repisa y se dirigió hacia la salida.

Gerry estaba en el vestíbulo, mirando a su alrededor. A un lado tenía una escalera cuyos escalones habían sido desgastados por los pies de los miembros de la familia Frank —y por otros antes—, pero no por turistas. Los huecos y hendiduras estaban sellados y protegidos con plexiglás. Para los visitantes se había construido una escalera nueva.

—Ya estoy lista —dijo Stella.

Gerry alargó el brazo y tocó el de ella a través del abrigo. Stella parecía como en otro mundo.

—¿Estás bien?

Ella asintió.

En la cafetería de la Casa de Ana Frank, Stella se sentó a una mesa libre con vistas sobre el canal. Tenía mucho calor y empezaba a lamentar no haber dejado el abrigo en el guardarropa. Se desató el nudo de la bufanda y la aflojó. Gerry se quedó de pie junto a ella.

—¿Quieres que vaya a por los cafés?

Stella asintió y se peinó el cabello con los dedos.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó de nuevo Gerry.

—Sí.

En la distancia, los graznidos de los patos en el canal se mezclaban con los gritos de los niños que jugaban cerca. Probablemente, aquel sonido no era muy diferente al que en su día escucharía la familia Frank.

En la barra, Gerry pidió dos cafés y una porción de tarta de manzana con canela. Mientras esperaba, observó a Stella. Tenía los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza en las manos. Tal vez había sido una mala idea visitar aquel sitio. Le bajaba la moral a cualquiera.

Cuando regresó con la bandeja, ella se estaba poniendo las gotas de los ojos. Había echado la cabeza hacia atrás y apuntaba con el cuentagotas blanco, abriéndose el ojo con los dedos para que el líquido cayera dentro y no se desperdiciara. Gerry colocó la taza de Stella delante de ella y la suya al lado. Stella tenía las mejillas húmedas. Él se había acordado de traer un cuchillo para dividir la tarta y dos tenedores para compartirla. Stella se limpió los ojos con un pañuelo de papel. Gerry se sentó a su lado y depositó la bandeja en la mesa contigua, que estaba libre. Ella levantó la taza, sopló sobre la superficie del líquido y la depositó de nuevo.

—Ya estoy mejor —dijo—. En clase leímos el libro en muchas asignaturas diferentes.

—¿Todavía te conmueve?

Stella asintió.

—Al ver esos objetos, como ofrendas, sobre la repisa... Todo lo que hemos visto, la casa, las fotos de Ana, sus recuerdos y todo eso, me ha hecho sentirme tan... tan destrozada que he pensado: ¿por qué no dejo algo yo? — Gerry aguardó la continuación—. Así que he dejado un pendiente.

—En la repisa.

—Sí.

Gerry la examinó más de cerca, primero una oreja, luego la otra.

—¿Los pendientes de oro «promesa eterna»?

—Sí.

—¿Los que te regalé por Navidad?

—Me temo que sí.

—¿Y qué problema hay?

—No tenía que haberlo hecho —dijo Stella, apretando los puños.

—¿Por qué no?

—No tengo ningún derecho. Es pura arrogancia, si piensas en todo lo que esta familia tuvo que pasar. No soy judía. No he padecido ningún dolor comparable al suyo.

—Stella, por favor.

—No, de verdad... no soy un miembro de pleno derecho del Club del Dolor, como tú lo llamas.

—Si tú no lo eres, entonces ¿quién?

—Solo lo he hecho para sentirme bien. Llegar y soltar tranquilamente un «comprendo vuestro dolor». Puedo escucharlos decir: «¿Y esta cómo se atreve?».

—Nunca dirían algo así. Lo único que has hecho es tener un gesto y expresar respeto. No puedes tomarte las cosas tan a pecho, Stella.

—Si no me tomo a pecho el Holocausto... —respondió ella, y sonrió a Gerry—. Pueden quedarse mi pequeña ofrenda. No es un gran sacrificio. Y llevar solo un pendiente puede ser algo moderno hoy en día.

Stella cortó en dos la porción de tarta. El cuchillo no estaba muy afilado y, al presionar las capas del pastel, se salió parte de la manzana y se desmigó sobre el platillo.

—Tú cortas, yo elijo —dijo Gerry.

—Me parece justo.

—Ana Frank no se lo creería si le dijeran que a unos pocos pasos de donde ella pasó tanta hambre sirven café y tarta.

Gerry empezó a comer, emitiendo pequeños sonidos de placer. Ninguno de los dos dijo nada durante un rato. Lo único que se oía era el ruido de sus tenedores al chocar con el plato.

—Todavía me siento un poco avergonzada —dijo finalmente Stella.

—¿De qué?

—De mi gesto.

Stella se levantó y se escurrió por detrás de la mesa para salir. Gerry la miró y suspiró.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Espera aquí.

—Todavía no me he acabado el café —dijo Gerry, mientras la veía salir de la cafetería y regresar por donde habían venido.

Stella se detuvo en el umbral de la puerta. La habitación estaba vacía. Caminó hacia la repisa, con el abrigo y la bufanda sueltos, colgando entorno a ella. La pequeña fila de baratijas brillaba, reflejando la luz de los focos del techo. Ahora le pareció un juego infantil. ¿Cómo se atrevía ella a participar? Ella, una completa extraña, alguien que pertenecía a otro mundo. ¿Solidaridad?, las narices. Y de todas formas, ¿quién era ella para pensar que ese gesto era necesario? Solo porque Irlanda del Norte hubiera padecido sus treinta años de guerra y su ración de sufrimiento; solo porque ella hubiera estado implicada en ese sufrimiento. Cogió el pendiente de la repisa y se lo metió en el bolsillo. Pero cuando se volvió, descubrió que el anciano de la kipá estaba justo detrás de ella, mirándola. La observaba por encima de sus gafas sin montura, su mirada yendo del rostro de Stella a su bolsillo. El hombre hizo un gesto de negación con la cabeza; tenía la boca ligeramente abierta. Stella advirtió una vez más la forma tan descuidada en la que iba afeitado. Echó a andar para salir otra vez de la habitación y lo escuchó resoplar. El hombre quería decirle algo, pero Stella no podía comprender qué era. Solo entonces recordó que estaba en un país extranjero y que, aunque el hombre lograse articular palabra, ella no entendería nada de todos modos. Pero el rostro del anciano y sus llamativos ojos lo expresaban todo, mientras se apoyaba en la vitrina de cristal que estaba junto a él, para no perder el equilibrio. De golpe, Stella supo qué estaba sucediendo. Ella únicamente quería recuperar su pendiente, pero el anciano pensaba con toda seguridad que lo había robado. Que se estaba llevando algo de valor, ya fuera de la familia Frank, del museo o de alguien que lo había dejado allí. Aquella mujer estaba robando, era una ladrona de tumbas.

Pero ya no había marcha atrás, así que Stella no se detuvo. Gerry estaba en la cafetería y se levantó al verla llegar. Vacío la taza con un último sorbo, se anudó la bufanda y le ofreció el brazo para que se agarrase a él. Ella, sin embargo, pasó de largo y se apresuró a bajar las escaleras. Él la siguió, llamándola por su nombre, pero Stella no le hizo caso. Bajó los escalones mucho más rápido y Gerry pudo escuchar cómo sus pasos apresurados atravesaban la entrada y se perdían hacia el exterior, hacia la calle y la luz del día.

—Stella, ¿qué sucede?

Su mujer caminaba con grandes zancadas junto al canal, y él la seguía.

—Afloja el ritmo. Tengo la rodilla tocada.

Stella llegó a un banco y se sentó. Cuando Gerry se sentó a su lado, estaba visiblemente agitada.

—Había un hombre allí, el anciano con el gorro, el gorro judío. Ha pensado que lo he robado.

Estaba a punto de echarse a llorar.

—¿El qué?

—Mi propio pendiente —dijo ella—. Parecía muy mayor, puede que incluso haya estado en algún campo de concentración también. Lo vimos antes, en el guardarropa, poniéndose la kipá. —Gerry acarició la mano de Stella—. Me ha mirado tan fijamente... Nunca me he sentido tan mal en mi vida. Jesús, ten piedad, estoy completamente mortificada.

—Ha sido una confusión. Lo ha interpretado mal. Esos objetos de la repisa... no son algo oficial. Alguien empezó con ello y...

—Pero yo no tenía ningún derecho a añadir otro.

Varios patos sintieron curiosidad por las dos figuras del banco y nadaron hacia ellos, con la esperanza de que les dieran comida.

—Tú me compraste esos pendientes. Me gustaban, pero no me gustaban lo suficiente. El hecho de que no estuviera enamorada de ellos casi me impide dejar uno allí... porque he pensado que tenía que ser algo realmente preciado para mí.

Gerry miró el pendiente que todavía colgaba de una de las orejas de Stella.

—Pues a mí me gustan —dijo—. Bueno, me gusta — corrigió, mientras alargaba la mano para acariciar de nuevo la de Stella.

Ella abrió la mano. El otro pendiente estaba allí, casi clavado en su piel. Había apretado el puño con tanta fuerza que la pieza había dejado una marca en los pliegues de su palma.

—No he pasado tanta vergüenza en mi vida —dijo, temblando y sollozando mientras se ponía en pie—. Es una profanación. Vámonos de aquí, tan lejos como podamos. No soportaría ver a ese hombre de nuevo. No podría explicárselo, aunque lo intentara.

Gerry se quedó allí sentado, solo frente a los patos. Luego se levantó y la siguió hasta que logró alcanzarla en la avenida.

Caminaron juntos.

—¿Adónde vamos ahora?

—No quiero meterme en ningún sitio —dijo Stella.

—Pues andemos un rato. ¿Sabes llegar al hotel?

—Tengo un mapa.

—Tener un mapa y saber cómo llegar no es lo mismo.

Cruzaron un canal por un puente colgante metálico. Ambos lados de la estructura estaban llenos de candados.

—Deben de tener algo que ver con las bicicletas — dijo Stella.

Se detuvo para mirarlos más de cerca. Los candados no guardaban nada. Sencillamente colgaban, cerrados, de la malla metálica. Algunos lucían nombres escritos con rotulador. «Don + Wen», «Micky & Minnie», «Leo and Leonora». Uno tenía un mensaje que decía «Graham y Vickey. Te quiero más que a los Choco Krispies».

—Debe de ser una especie de celebración del amor —dijo Gerry.

—Abrazados por siempre.

—¿Habías visto algo así antes?

—Había oído hablar de ello.

—Deben de ser los jóvenes.

—Los modernos.

—Como los que empezaron con las ofrendas de la repisa.

—Y yo intentando unirme. Me está bien empleado.

—Por lo que respecta a una declaración de amor —dijo Gerry—, un candado sale barato. Comparado con un tatuaje.

Stella apoyó los codos sobre la barandilla y miró hacia abajo, hacia las aguas negras.

—No te puedes imaginar qué angustioso ha sido todo el episodio —dijo, con un gran suspiro.

Gerry la rodeó con el brazo.

—Cada vez que vea estos pendientes, me acordaré de ello y me querré morir —dijo Stella, abriendo la mano y forzándose a mirar el pendiente—. Por toda la eternidad. ¿Te costaron mucho?

—Una suma insignificante.

Ella sonrió y Gerry soltó una carcajada.

—¿Te importa si me deshago de ellos?

—Son tuyos. Haz lo que quieras con ellos.

Stella apretó los labios e inclinó la palma de la mano, de modo que el pequeño objeto resplandeciente se escurrió y cayó en el canal. Ambos contemplaron cómo el pendiente se hundía en el agua, oscilando hacia la turbiedad del fondo. Antes de que desapareciera por completo de su vista, Stella comenzó a soltar el cierre del que aún lucía en la otra oreja. Una vez se lo hubo quitado, volvió a colocar el cierre y dejó caer el pendiente con el mismo gesto de la mano. El segundo pendiente siguió el mismo curso que el anterior, zigzagueando ligeramente en el agua del canal antes de ser tragado completamente por la oscuridad.

—Ahora me siento culpable —dijo Stella.

—No hay manera.

—Los podía haber empeñado al volver a casa y haber dado el dinero para caridad.

—Oye...

Gerry cogió a Stella y le dio la vuelta para mirarla a la cara. La atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza. Ella apoyó la frente en su hombro durante unos instantes. Luego reanudaron la marcha.

—Te quiero más que a los Choco Krispies —dijo él.

Pasaron junto a un pequeño parque y decidieron entrar. Había muy poca gente en un día invernal como aquel. Algún que otro perro con su dueño y una madre joven con su hija pequeña. Se sentaron al abrigo de un seto de boj, encorvados por el frío. Había una zona de juegos para niños justo enfrente.

—Esto solo puede pasar en enero —dijo Stella—: campanillas y crocus brotando a la vez.

Un par de hombres con mono estaban trabajando en el jardín. Uno de ellos cavaba sin demasiado entusiasmo, removiendo la tierra. Hundía la pala ayudándose del pie y luego rompía y deshacía los terrones. Su compañero estaba podando los rosales. Hasta ellos llegaban los chasquidos intermitentes de la podadora.

—De haber sabido que iba a hacer este frío me habría traído una manta. O mi bolsa de agua caliente.

La madre joven y su hija se acercaron a los columpios. La madre cogió uno de ellos por detrás, lo levantó hasta la altura del pecho y lo soltó. Mientras columpiaba a su hija, profería la clase de sonidos que pensaba que debía hacer la niña, mientras esta los imitaba. Transcurrido un rato, la niña enmudeció y el único sonido que se oía era el chirrido del columpio al balancearse.

—Hoy en día lo tienen fácil —dijo Gerry—. Mira el suelo, es casi como una alfombra. Los niños no se hacen daño ni se raspan si se caen. Es una buena forma de reciclar la goma de los neumáticos viejos.

Abandonó su postura encorvada, apretado contra el frío, y estiró las piernas. Ambos permanecieron en silencio hasta que Stella dijo: «A pesar de todo, creo que la gente es buena en el fondo de su corazón».

—Estoy de acuerdo.

—¿De verdad? —dijo Stella, sonriendo.

—Sí. Es una cita de Ana Frank.

—Incluso en algo como el tipo de suelo de un parque infantil, los científicos piensan: «Que los pequeños no se hagan daño».

—Tienes un moquillo colgando.

Stella rebuscó en el bolso y sacó un pañuelo para sonarse la nariz.

—Es este aire helado —dijo.

Había un grupo de palomas merodeando entre los soportes de los columpios. En un determinado momento, como si alguien hubiera dado una palmada, echaron todas a volar, describiendo un gran arco en su ascenso. El repentino aleteo pareció asustar a la niña, que gritó, alarmada, y su madre la bajó del columpio. Pasaron cerca de ellos y Stella se inclinó hacia delante y hacia abajo para sonreír a la pequeña. Vista de cerca, parecía tener unos tres o cuatro años. Madre e hija se sentaron en un banco un poco más adelante y

sacaron una pelota. La madre se la dio a la hija y luego entrelazó las manos, formando un aro con sus brazos. La pequeña comenzó a lanzar el balón, encestando cada tiro, ya que la madre se desplazaba y se contorsionaba con precisión para que la pelota acabase entrando siempre en el círculo.

—La madre la está engañando, es trampa —dijo Gerry.

—La madre le está enseñando —dijo Stella—. La anima para que no se frustré. De todas formas, «engañando» y «enseñando» se parecen mucho.

—Es como aquel que disparaba flechas y luego dibujaba la diana alrededor, allí donde se clavaban. De ese modo siempre daba en el blanco. ¿Te sientes cerca?

—¿Del final?

Gerry se rio.

—No —dijo—, si te sientes cerca de mí.

—Estamos pegados el uno al otro.

Gerry volvió a sonreír.

—Venga, responde —dijo.

—Déjame decirlo así: si alguien me preguntara cuánto tiempo llevamos casados, le diría que «un periodo largo de tiempo».

Ambos sonrieron. Luego permanecieron en silencio, interrumpido de tanto en cuanto por el sonido de la podadora y de la pala cavando.

—En toda relación —dijo Stella—, hay una flor y un jardinero. Una parte que hace el trabajo y otra que se exhibe.

—Muy bueno eso.

—¿Qué parte crees que eres?

—No tengo duda de que soy una o la otra. O tal vez ambas. Durante toda mi vida he sido el que ha traído los cereales a casa, Choco Krispies incluso —bajó el timbre de su voz—. Pero como trabajar implica ser creativo, tengo tendencia también a exhibirme un poco. A ostentar, como dices tú.

—Pero yo hablo de las pequeñas cosas del día a día.

—¿Como cuáles?

—De una infinidad de ellas —dijo Stella—. Mientras tú haces tu trabajo, tan viril, y construyes cosas que estarán ahí durante cientos de años, yo hago la comida, lavo los platos, tiendo la ropa y pago las facturas del gas y de la

luz, y todas esas cosas hay que volver a hacerlas una y otra vez. Como dice Virginia Woolf, «nada queda de todo ello».

—¿Dónde estaríamos sin mi sopa minestrone? —dijo Gerry.

—Igualmente, soy yo la que tiene que fregar lo que hayas usado para hacerla. ¿Y quién plancha?

—Tú planchas. Y demasiado, si te digo la verdad — dijo Gerry—. ¿A quién se le ocurre planchar la ropa interior? O los pijamas.

—¿Quién pasa la aspiradora?

Gerry asintió despacio, admitiendo que era verdad.

—¿Y por qué tengo que ser siempre yo quien reponga las grapas de la grapadora? —respondió.

Stella ni siquiera sonrió. Se quedó callada durante un rato y luego dijo:

—¿Y cómo crees que el jardinero pondría fin a la relación?

Stella estaba completamente encorvada y cruzada de brazos. Gerry la persuadió para que se relajara y se sentara más cómodamente, como él.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Algo no va bien. Estoy muy floja después de todas las peripecias de hoy.

—A lo mejor es el azúcar.

Stella revolvió en el bolso y sacó su paquete de caramelos Werther's. Solo le quedaban dos. Ofreció uno a Gerry y ella se comió el último.

—Necesito calmarme —dijo, mientras chupaba el caramelo.

—A lo mejor deberíamos almorzar algo.

—No, creo que no aguanto.

Se levantaron. Stella se acercó a una papelera para tirar los envoltorios de los caramelos. De vuelta en la calle, pasaron por un sitio en el que había muchas flores amontonadas. Había ramos tirados en la acera, envueltos en celofán, algunos ya ennegrecidos, otros medio pochos, uno o dos todavía frescos y con colores brillantes; también había tarjetas. En la isleta adyacente, protegida por barreras de zinc, se amontonaban otros tantos ramos.

—Tratan las flores igual que tratan las bicicletas — dijo Gerry—. Las dejan por ahí tiradas. Piensa cuántos jardineros habrán hecho falta para cultivar todas estas flores.

Stella se agachó y trató de descifrar lo que estaba escrito en las tarjetas. Parte de la tinta se había desvaído y otra parte se había corrido por la lluvia. El nombre de Van Gogh se repetía una y otra vez.

—Puede ser cualquier cosa relacionada con el pintor —dijo.

—Debe de ser por el tipo al que asesinaron hace unos años.

—El director de cine —dijo Stella—. Lo apuñalaron o le dispararon, ¿no?

—Creo que las dos cosas.

—Fue por una cuestión religiosa, ¿puede ser?

Gerry la miró. Stella estaba de pie frente a él, con las manos entrelazadas por delante y la cabeza gacha.

—Algo no va bien —dijo—. Me siento muy floja.

Gerry la cogió del brazo y caminaron calle abajo. Se toparon con una parada de taxis. Gerry abrió la puerta trasera de uno de ellos y ayudó a Stella a subir.

—Vamos directos al hotel —dijo ella—. Necesito tumbarme un poco.

Gerry dio el nombre del hotel al conductor y se giró hacia Stella.

—Estás un poco pálida.

Le cogió la mano y notó que su piel estaba helada. Para cuando llegaron a la recepción del hotel, había entrado un poco en calor. Aun así, él no la soltó.

—¿Vas a dormir un rato?

Stella asintió, pero no dijo nada.

—En ese caso, creo que iré a dar una vuelta. ¿Tienes una llave?

Stella asintió de nuevo. Él la acompañó hasta el ascensor y lo llamó. Pareció tardar una eternidad en bajar. Ella permaneció de pie, observando el resplandor rojo del botón presionado, con los brazos colgando, sin fuerza. Finalmente, las puertas se abrieron y Gerry la guio hasta el interior vacío.

—No tardaré —dijo.

La besó suavemente en la mejilla y salió del ascensor.

—Tarda todo lo que quieras —dijo ella.

Stella se topó con su reflejo en el espejo del ascensor. Qué pálida estaba. Qué cansada. Se encogió, se miró los pies y cerró los ojos hasta que el ascensor llegó a su planta. El aparato se detuvo con una ligera sacudida y las puertas se abrieron.

Ya en la habitación, Stella se quitó los zapatos con un gesto rápido y se tiró en la cama. No se molestó siquiera en meterse debajo de las sábanas. En lugar de ello, se envolvió en la pesada colcha. El lujo de su textura, su peso y su calidez la hicieron resoplar de gusto. Sin embargo, no podía dormir. Su cabeza seguía funcionando a toda velocidad. A pesar de que tenía los ojos cerrados, las imágenes no dejaban de asaltarla. Había una cierta inevitabilidad en ellas. Trataba de discernir lo milagroso de lo posible. De registrar minuciosamente la trayectoria del proyectil. El gorrión, entrando por una puerta y saliendo por la otra. Era la primera vez que visitaba el Hunterian Museum. No llevaban mucho tiempo viviendo en Glasgow. Había salido a dar un paseo por el campus de la universidad, abierto al público, con Michael, que aún no había empezado el colegio. Se puso a llover y se refugiaron en lo que parecía un claustro, un bosque de columnas bajo un edificio victoriano muy ornamentado. Esperaron un poco, pero parecía que la lluvia iba a durar todo el día. Entonces Stella vio un cartel que indicaba que en la planta de arriba había un museo. En el ascensor, guio el dedo de Michael para que apretara el botón correcto. Cuando las puertas se abrieron, ya dentro del espacio del museo, el pequeño echó a correr.

En la entrada había una serie de vitrinas cuadradas de acero inoxidable que contenían objetos. Pero lo que lo dominaba todo, en un expositor central, era un libro abierto en el que se mostraba una imagen que hizo que Stella se detuviera. Al verla, no supo si mirar hacia otro lado, si bajar la vista para protegerse o si reaccionar mostrando horror o vergüenza. La imagen era casi a tamaño real y mostraba a una mujer dando a luz. No, no estaba dando a luz. Estaba a término y se la mostraba completamente abierta, de modo que se veía al bebé todavía embutido en el útero, cabeza abajo, en el acto mismo de abrirse paso hacia el mundo. Como Macduff, el personaje de *Macbeth*, «arrancado antes de tiempo del útero de su madre». No se trataba solo de lo bien que el artista había capturado la violencia de la técnica de apertura — aquel gris pringoso y escurridizo—; lo que más asombró a Stella fue la

saturación del vientre, lo lleno que estaba. Podía verse reflejada en el cristal de la vitrina y comprobar que se había quedado pegada al suelo, con su abrigo de color claro. En el útero, los bebés eran como espuma expansiva, crecían hasta ocupar toda la cavidad disponible. El espacio estaba lleno del modo en el que lo estaba una muñeca rusa: llena de sí misma, llena de más muñecas rusas. No había un centímetro libre, ni siquiera el necesario para que cupiese una aguja o un estilete, no digamos ya cualquier otra cosa. Observó también que las tiras de carne retiradas hacia atrás para mostrar el contenido del útero habían sido cortadas en forma de cruz con un escalpelo. Cuatro tiras triangulares dobladas hacia atrás. Un contenedor abierto. Aquí no hacían falta las tijeras de cirujano. Existía la desnudez y luego existía esto, estar despojado incluso de la carne. Las piernas completamente abiertas, el vientre y el bajo vientre revelados. Lo que Stella no podía olvidar era la forma en la que las piernas de la pobre mujer habían sido reducidas a unas chuletas de cordero, con el hueso asomando. Era la clase de imagen que los terroristas provocaban en Belfast. Trató de apartar la mirada de los muslos truncados y de concentrarse en el vientre repleto, en el bebé. En cierto punto entre la rodilla derecha y el dedo índice del feto había un hueco, un pequeño pasillo. O eso, o era un milagro. La vitrina tenía una cartela y se agachó para leerla. «Dibujo extraído de la obra de William Hunter, *Anatomía del útero grávido humano expuesto en figuras*». La palabra «grávido» era un poco complicada. «Lleno a reventar» es lo que habría dicho su madre. Delimitado por el marco de acero inoxidable, el espacio expositivo estaba grávido con aquel libro. La palabra «encinta» aparecía de vez en cuando en los crucigramas. Los modelos de estas disecciones y dibujos debían de estar muertas. Aquella pobre mujer y su bebé habían sido desollados y expuestos en nombre de la ciencia. Se mencionaba al dibujante y se acreditaba también al coleccionista y al anatomista, pero no se decía nada de la mujer. Se merecía, al menos, la dignidad de contar con un nombre. Por supuesto, su bebé nonato ni siquiera había tenido tiempo de recibir uno. No era una presidiaria ni una ajusticiada; se trataba, sencillamente, de una mujer normal, que había fallecido a las puertas mismas de la felicidad. En el siglo xviii, esas muertes debían de ser frecuentes. Pero nadie podía convencer a Stella de que la gente de ese siglo

no sentía lo mismo ni sentía tanto como la gente de ahora. Así que lloró por ellos, de pie frente a aquella imagen, y rezó una oración por todos ellos.

Estaba agachada, leyendo la cartela, cuando oyó acercarse a Michael. Con un movimiento rápido, se colocó entre él y el dibujo y luego caminó hacia atrás con el pequeño, de modo que no pudiera ver la imagen, y lo condujo hacia el espacio donde estaban los dinosaurios y los animales disecados con ojos de cristal. Las preguntas que le habría hecho... En el lapso que había invertido en contemplar aquel dibujo, Stella se había convertido en él. Aquello era ella, había sido ella. Despellejada y herida. Cómo podía mostrarse ante su hijo de aquella manera.

Se oyeron pasos aproximándose y apareció un guardia de seguridad vestido con una camisa azul claro.

—Lo siento —dijo—. El museo está cerrado los lunes.

—No me habían dicho nada.

Stella tomó al niño de la mano y, contenta de tener que marcharse, dio la espalda a la ilustración del monstruoso libro gris.

De vuelta en la calle, Gerry apretó el nudo de la bufanda y se levantó el cuello del abrigo. Aquello podía representar una oportunidad (para rellenar la botella, por ejemplo). Stella prefería estar sola cuando se ponía introspectiva. Una vez más, vio el bloque de hielo, atrapado ahora en una pequeña depresión del pavimento seco. Con aquel frío, nada se derretía. Intentó recordar en qué dirección estaba el restaurante de los estofados contundentes. El horizonte se dibujaba con la pulcra nitidez de un grabado, cada cornisa y gablete definidos y diferentes, las volutas, los pináculos y las guirnaldas delineados con precisión. Como si fueran recortables. Las ramas desnudas de los árboles se proyectaban, negras, contra el cielo de la tarde. No era una puesta de sol propiamente, tan solo el final de un día frío y claro. El cielo tornándose azul, luego amarillo, luego rojo.

Estaban podando los árboles de una calle. Al principio, lo único que se oía era el ruido —ligaduras de notas—, ascendiendo desde un zumbido ronco y áspero hasta un bramido agudo. Gerry miró hacia arriba y vio a dos hombres con cascos y motosierras, balanceándose mientras trepaban a los árboles, asidos por una correa fijada a su cinturón. Ya habían terminado con el tramo bajo de la calle y las ramas podadas parecían puños alzados contra el cielo. Entró en el supermercado que estaba junto al sitio de los estofados contundentes y compró más Tyrone Superior. Pensó que no le vendría mal un trago en aquel mismo momento, después de un día tan largo. Para evitar tener que tomar decisiones, se dirigió al pub irlandés.

Se sentó mirando hacia la puerta, con una pinta de Guinness y un whisky delante de él. Había observado cómo el barman dublinés le servía la cerveza negra y la dejaba reposar, permitiendo que las cortinas de espuma cremosa cayeran sobre el líquido negro, formando un alzacuellos blanco, antes de retirar la sobrante. Una pinta de Guinness bien servida, pero todavía intacta, tenía una forma ligeramente abovedada que le recordaba a la suave curvatura del muro exterior de la Burt Chapel. El Jameson, por su parte, no requería de ninguna intervención, salvo el añadido de una gota de agua. El

barman dublinés estaba hablando tranquilamente con un cliente. Sonaba música irlandesa, pero a un volumen que no resultaba desagradable.

Gerry tenía las manos sobre el regazo y su mirada estaba fija en la ventana. La luz mortecina del ocaso incidía de forma oblicua sobre el cristal, creando un efecto rutilante, como de grisalla. Como sucedía con el vidrio esmerilado, una capa de polvo activada por un haz de luz casi horizontal transformaba la ventana en un cristal Waterford. No se reparaba en gastos en los pubs irlandeses de Ámsterdam. La admisión y la exclusión de luz. La doble función de las ventanas: dejar entrar la luz y proporcionar una vista. Gerry escuchaba de nuevo la voz de sus profesores. La del doctor Rice, sobre todo.

Cuando acabó el bachillerato, en los años cincuenta, no tenía ni idea de lo que quería hacer a continuación. Las asignaturas que había cursado eran, en su mayoría, de ciencias. Había hablado con un orientador —una figura todavía poco común en aquellos días—, quien, al final de la reunión, sacó una hoja de papel de entre la pila que tenía, desordenada, sobre la mesa. Era una oferta de un trabajo de verano en un estudio de arquitectura. Gerry estuvo de acuerdo en probar. Al terminar el verano, le ofrecieron quedarse en el estudio como aprendiz. Se matriculó en el turno de noche del Belfast Tech —aprendiendo el oficio sobre la marcha— y demostró ser un alumno prometedor en todos los sentidos. Después lo fichó una empresa católica que tenía muy buenas relaciones con el clero y que construía muchos colegios e iglesias. En aquella época, no podías cruzar el umbral de una iglesia católica sin que alguien te agarrara del brazo para que contribuyeras con el «Fondo para la Construcción de Escuelas». Así que había mucho trabajo. Al principio, Gerry pasaba mucho tiempo coloreando planos —el ladrillo iba en rojo, el cemento en verde, el acero en azul... una suerte de *storyboard* arquitectónico— y haciendo recados, pues lo mandaban con la calderilla del bote común a comprar pastas y café Maxwell House. Luego, tras el segundo Concilio Vaticano, las cosas se aceleraron en virtud de las nuevas reformas litúrgicas, que implicaban que los templos de la fe debían modificarse —había que «altararlos», decían entonces en broma—, desmantelando para empezar toda la parafernalia estilo Pugin. El sacerdote tenía que estar de cara a los fieles y las barandillas del altar tenían que desaparecer. Más adelante,

Gerry tuvo la suerte de que Liam McCormick lo pusiera a trabajar con él en la Burt Chapel. Para algunas personas, McCormick era, ya entonces, el mejor arquitecto de Irlanda. La capilla estaba inspirada en el Grianán de Ailech, una fortaleza defensiva de la Edad de Hierro situada un poco más arriba en la misma colina.

Gerry acababa de conocer a Stella —debía de ser a finales de los sesenta— y, no mucho después de su excursión a Ballycastle, la llevó a Donegal para enseñarle en qué estaba trabajando. Condujeron hasta la antigua fortaleza y le mostró su semejanza con la iglesia que estaban construyendo al pie de la colina: se trataba de una suerte de rima formal entre dos edificios separados por unos miles de pasos y de años.

Stella, sin embargo, parecía más interesada en la vista. Quitando algunos árboles y un par de carreteras, dijo, era muy posible que aquel fuera el mismo paisaje que se veía desde allí hacía dos mil años. Con un leve movimiento, la vista podía abarcar los condados de Donegal, Derry y Tyrone, con Lough Swilly y Lough Foyle justo en medio. Aquello la hacía sentirse feliz de ser celta. En lugares como ese, y a esa altura, el silencio es algo raro, por más que el viento siempre sople con fuerza y haga creer a los oídos que no hay ruido. Quizá el balido de una oveja, aunque no haya ninguna a la vista. Stella levantó la mano para comprobar la dirección del viento. Stella. Una estrella con el cabello ondeando. Eclipsando todo lo demás. Su mano contra el viento.

¿Qué había querido decir aquella tarde con lo de la flor y el jardinero? ¿Cómo cortaría un jardinero la relación? ¿Qué clase de pregunta era aquella? Y toda esa historia sobre la comunidad religiosa. Pero debía de ir en serio, porque tenía una cita para ver a alguien.

Dio un sorbo a su Guinness. Sabor, textura, temperatura: perfectos. El whisky podía esperar hasta que se hubiera bebido media cerveza negra. Eso solía conllevar tres visitas al vaso, cada una de ellas dejando sus correspondientes marcas estriadas. Tardaba mucho más en beberse la otra mitad, una vez la sed había sido aplacada. Era reacio a pedir la siguiente ronda hasta que la acción no podía demorarse por más tiempo. Apuró ambos vasos, se levantó y se acercó a la barra.

—Otra ronda.

Regresó a su mesa con los dos vasos llenos y los depositó frente a él. Le producía gran satisfacción no tocarlos. Era suficiente con saber que el suministro estaba ahí, disponible. Su profesor en el Politécnico, el doctor Rice, decía que la arquitectura consistía en proporcionar los servicios pertinentes al cliente —gas, agua, electricidad— de la manera más elegante y económica posible. Ni más ni menos. Ah, sí, también ayudaba saber dibujar bien a mano alzada y tener cierto ojo para que las cosas no se vinieran abajo. Estaban en el negocio de salvar vidas, de construir estructuras que no mataran a la gente. Ya se tratase de San Pedro de Roma o de un urinario público en Portadown, las reglas eran las mismas. Con la excepción de que en Portadown no había reglas. El doctor Rice era un gran profesor y, como él mismo decía, le gustaba inculcar a los alumnos la suficiente seguridad en sí mismos para permitirles crear, pero también los suficientes conocimientos como para que dudaran de sí mismos.

La bebida estaba desplegando algo en él. El propio establecimiento, con sus olores y sus ruidos, lo relajaba, reforzando la certeza de que había alcohol disponible. La bebida hacía que todo fuera más fácil. Era más fácil sentir, más fácil encontrar las palabras. Conocía algunas personas que se transformaban en monstruos, criaturas viciosas, despreciables y, lo que era aún peor, violentas. Pero él no. Con uno o dos tragos encima, amaba a la gente, sentía deseos de abrazarla, no de golpearla.

Se preguntó si estaría bebiendo demasiado. Tenía problemas de memoria. No podía recordar los finales de las veladas, no podía recordar a las personas ni sus nombres. Tampoco las caras. En casa hacía bromas diciendo que no iba a salir nunca más. Dentro se sentía seguro. Las visitas que recibía solían haber fijado una cita previa, y Gerry apuntaba los nombres en una agenda. Cuando, el día señalado, a la hora acordada, sonaba el timbre, Gerry miraba la agenda y, si veía el nombre de Jack apuntado, abría la puerta diciendo «¿Cómo estás, Jack?». Si resultaba ser alguien llamado Billy que venía a leer el contador de la luz, pues mala suerte. Pero si el empleado de la compañía eléctrica sí se llamaba Jack, este se pasaba todo el día preguntándose cómo era posible que aquel hombre lo conociera y se dirigiera a él por su nombre de pila.

Stella era justo lo contrario. No solo recordaba los nombres de todo el mundo, sino que también recordaba todo lo referente a esas personas.

Cuando estaba en el colegio, le encantaba la geometría. Había algo especial en ella. Su equilibrio, su claridad, el arbotante del signo del ángulo recto, la estabilidad del triángulo isósceles. Palabras como «congruente». No solo le gustaba el término, sino también el concepto. Ser igual, ser idéntico. Hubo un tiempo en el que Stella y él eran congruentes.

El mejor regalo que recibió en aquella época fue un juego de construcciones Bayko con el que se podía construir una casa de paredes blancas, tejados rojos y ventanas en voladizo verdes. Cuando terminó de montar todas las piezas, la casa era como las de Enid Blyton, un perfecto hogar para *Los Cinco*, incluyendo un garaje doble para los coches del tío Quintín.

En la vida real, junto a sus amigos, solía construir cabañas hechas de maderos, cartones y pedazos viejos de chapa ondulada. Cuando las acababan, se sentaban dentro, sonriendo satisfechos, pensando qué podían hacer a continuación.

Su carrera les había permitido conocer mundo. Lugares a los que, de otro modo, nunca habrían ido, como la Rusia soviética. La tierra de los desconchados horrorosos. En Varsovia, Stella se preguntó en alto por qué había tantos parques. «Pregunta a los alemanes», le dijeron. A Gerry le encantaban las ciudades con diferentes capas, como Lisboa, en las que incluso podías montarte en un ascensor para pasar de un nivel a otro. Escaleras arriba y abajo. En su opinión, Edimburgo era la ciudad más bella de contemplar, toda columnas, clasicismo y sillares. Una de las cosas más impresionantes que había visto allí había sido el número de un malabarista callejero que parecía haber sobreestimado sus habilidades. Sucedió en la Art Gallery, en la colina de The Mound. El chaval había escalado poco a poco el edificio apoyando los pies contra dos columnas estriadas; luego, una vez arriba, ocho o diez metros por encima de las cabezas de la gente, había empezado a hacer malabares con antorchas. Mientras ejecutaba la acrobacia,

todo el mundo empezó a darse cuenta de que no tenía manera de volver a bajar, de que se había quedado atrapado allí para siempre, pues si dejaba de hacer presión con los pies —con cualquiera de los dos—, se caería. Por supuesto, el malabarista bromeaba con aquello y su dilema era la gracia principal del número. Finalmente, logró descender de nuevo entre grandes aplausos. Fue un descenso tartamudeante, como si fuera un pájaro carpintero de juguete deslizándose por un cable vertical. Pero hizo que pareciera fácil.

Gerry pidió otra cerveza con su chupito. El barman era bueno, esta vez solo necesitó hacer un gesto con la cabeza para que las bebidas aparecieran al poco. Una cosa que de verdad lo dejaba sin aliento era el techo del gran patio del British Museum proyectado por Norman Foster. Su audacia y su brillantez. Aquella aproximación al interior del edificio, desde una periferia en penumbra hasta la sobrecogedora luminosidad de su centro —la plaza cubierta más grande de Europa— era sencillamente maravillosa. Si la arquitectura iba de algo, era de saber arrojar luz.

En presencia de aquella muestra de genio, y tras admirarla, lo siguiente que Gerry había experimentado había sido envidia. Sabía que él jugaba en segunda división. Quizá en tercera, los días malos. Lograr hacer algo que provocara admiración en la gente. La capilla de Ronchamp. La luz derramándose en el espacio a través de los túneles de los gruesos muros, para culminar en forma de remansos de color sobre el suelo. Chimeneas de luz sobre los altares. El tamaño sorprendentemente pequeño del propio edificio, a medio camino entre un barco volteado y un piano de cola. Pero maravilloso, hasta el último detalle, incluyendo la pequeña vieira incrustada en el muro de hormigón para dar la bienvenida a los peregrinos.

Gerry había terminado siendo profesor de universidad. Uno que bebía demasiado. ¿Era su fracaso el principal culpable de su adicción? ¿O era la bebida la responsable de que no hubiera logrado el éxito profesional? Se bebió la cerveza y el chupito y se levantó, tambaleándose, como un rascacielos titubeante. Pero era consciente de que se tambaleaba. Conocía los límites de su tolerancia.

De regreso al hotel, Stella dormía. Se inclinó sobre ella en la cama y le dio un beso en la sien. Ella se despertó.

—Qué frío estás —dijo.

Decidieron cenar otra vez en el sitio junto al Amstel.

—Tiene la ventaja añadida de que sabemos llegar —ha bía dicho Stella.

Una vez hubieron pedido y Gerry hubo servido el vino, le preguntó a Stella:

—¿Ya estás un poco más tranquila?

—No —dijo ella—. Estas cosas tardan mucho en olvidarse. Dentro de diez años, si sigo viva, seguiré muriéndome de vergüenza en la cola del súper.

Gerry cubrió la mano de Stella con la suya y la sacudió con delicadeza.

—No hablo de lo que pasó en la Casa de Ana Frank. Sino después.

Stella meneó la cabeza.

—Uno aprende a vivir con esas cosas —dijo—. Déjame ver tu barbilla.

Gerry giró la cara.

—Se está poniendo amarilla. Está bajando el color berenjena.

Comieron en silencio.

—¿Por qué no salimos esta noche y damos un paseo por el Barrio Rojo?
—sugirió Stella.

—¿Con mi mujer?

—Sí.

Mientras caminaban, cogidos del brazo, comenzó a caer una fina lluvia. Stella alzó la vista hacia el cielo nocturno y se aferró con más fuerza al brazo de Gerry. Había gente entrando y saliendo de un pasaje muy estrecho y se preguntaron adónde conduciría. La anchura excedía por poco la de una persona, así que tuvieron que pasar uno detrás del otro, con Gerry liderando la marcha.

Desembocaron en una plaza con escaparates, dentro de los cuales había mujeres posando, sentadas con las piernas abiertas o andando de arriba abajo, mostrando sus encantos, tratando de atraer y excitar. Gerry se detuvo para mirar y se liberó del brazo de su mujer.

—Esto podría considerarse una perversión. Una pareja mirando —dijo.

—Pobrecitas.

Siguieron adelante, hasta que la calle volvió a estrecharse y Gerry se puso otra vez en cabeza.

—¿Qué hago si viene un tío de frente con una erección y trata de pasar a mi lado? —dijo, girándose.

Stella le dio un palmetazo en el hombro. El estrecho pasaje conducía a otro un poco menos estrecho. Gerry se detuvo para mirar uno de los edificios.

—Es un pub, Gerry, como si no reconocieras uno en cuanto lo ves.

—Rembrandt se habría tomado una jarrita o dos ahí.

Stella abrió la puerta con cautela. Un muro de ruido surgió del interior, las voces tan altas que parecían un tren acercándose. Entraron haciéndose un hueco. No había sillas ni mesas. Estaba lleno y todo el mundo estaba de pie, bebiendo jarras de cerveza de barril. No se parecía a ningún otro pub que hubieran visto. Con barras bajas y estanterías, parecía más una farmacia que un bar. Gerry levantó una ceja y, con un pequeño gesto, preguntó por señas a Stella si quería tomar una. Stella hizo un mohín. Tras la barra, había un hombre y una mujer vestidos con una especie de traje tradicional. Un cliente situado en frente de Gerry pidió una ronda, y la mujer le sirvió una cerveza y un chupito, llenando el vaso de licor hasta que rebosó. «Qué chapucera», pensó Gerry. El hombre se inclinó sobre el vaso y bebió de él sin tocarlo, aspirando la bebida con los labios. Luego lo alzó y se bebió de un solo trago el contenido. El lenguaje corporal era exactamente el mismo que el de Stella cuando se ponía las gotas de los ojos. Cuando le llegó el turno, Gerry vaciló. La camarera lo miró y comenzó a gritarle en inglés.

—¿Quieres probar? ¿Sabes lo que es?

Gerry negó con la cabeza.

—Esto es *jenever*. Antes de que los ingleses tuvierais ginebra, nosotros teníamos *jenever*.

—No soy inglés —dijo Gerry, casi gritando para hacerse oír—. Irlandés.

—Con una cerveza está muy bueno —dijo la mujer—. Con una Guinness, mucho mejor —añadió, riéndose.

Gerry se giró hacia Stella y volvió a preguntarle por señas. Stella volvió a declinar la proposición con un movimiento de cabeza. No, para mí no.

—De acuerdo —gritó Gerry a la camarera.

La mujer sirvió una cerveza y la dejó, espumeante, sobre la barra. Después sacó un vaso de jerez, gris por el frío del frigorífico, y lo llenó hasta rebosar con el licor claro. Olía a ginebra. Gerry imitó el gesto del hombre que

había pedido antes que él, inclinándose y succionando la bebida. Encontró un placer infantil en ello, similar al de saltarse las buenas maneras en la mesa o al de lamer el plato. Después, levantó el vaso y lo vació. Sabía un poco a poitín irlandés.

La camarera lo amonestó con el dedo.

—Primero hay que beberse la cerveza, luego el chupito —le gritó.

—Ah, lo siento. Déjame hacerlo bien.

La mujer sirvió otra cerveza y otro chupito. Gerry se bebió una de las jarras, sorbió parte del nuevo *jenever* y se fue hacia donde estaba Stella portando la otra cerveza y lo que quedaba de chupito.

—Está bueno.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Que está bueno —repitió Gerry, inclinándose para gritarle al oído.

Gerry no quería contradecir a la camarera, pero le pareció que la cerveza sabía muy bien después del licor. Y no al revés. Por lo que a él respectaba, la cerveza se bebía después. Pero era muy complicado comunicar todo aquello a Stella. Ella alargó el brazo y reclamó un sorbo de *jenever*. Gerry le pasó el vaso. Stella dio un traguito y frotó un labio contra el otro, saboreándolo. Gerry podía adivinar por su cara que no estaba muy segura de si le gustaba o no. Dio otro sorbo.

—¿Quieres que te pida uno? —preguntó Gerry, ligeramente contrariado al ver cómo bajaba el nivel del vaso.

—Sí —dijo Stella.

—¿Una cerveza también?

—No.

Gerry regresó a la barra y Stella se quedó sola. El ruido que había en aquel sitio era increíble. Los pubs siempre la dejaban alucinada con el volumen. Si todo el mundo hablara un poco más bajito, no estarían tan mal. Pero, espoleada por el alcohol, la gente alzaba la voz. Y eso pasaba con todos los clientes, así que todo el mundo terminaba gritando para hacerse oír. Era un asunto puramente incremental y exponencial. La gente se ponía ronca y tenía que beber todavía más para suavizar la garganta, lo que a su vez le hacía gritar más para ahogar el ruido que hacían sus vecinos. Porque todos los parroquianos contraatacaban sin darse cuenta. Por culpa de Gerry, Stella

había pasado muchas noches de su vida sentada en una barra, en compañía de bebedores. Sobre todo, en la oficina de Derry, con los noruegos. Cuando los noruegos se emborrachaban, era muy difícil entenderlos. Les hacían gracia las cosas más insospechadas. Se podían escurrir pared abajo, muertos de risa, con algo que no les habría arrancado ni una sonrisa durante el desayuno.

¿De qué hablaba toda aquella gente? ¿Qué decían que fuera tan importante como para decirlo a gritos? Había un hombre sentado junto a ella. Le sonrió y levantó su vaso, en una suerte de brindis, y bebió a su salud.

Por la pinta, parecía americano. De su bolsillo asomaba una *Guía de Ámsterdam* en inglés, así que, al menos, debía de hablar el idioma. En su chaqueta, de color claro, había marcas oscuras de gotas de lluvia. Llevaba gafas de pasta. Stella no sabía muy bien qué hacer. Aquel lugar, al fin y al cabo, estaba cerca del Barrio Rojo. Tal vez incluso fuera parte del Barrio Rojo. ¿Pensaría aquel hombre que estaba sola? ¿Estaba siendo amistoso o quería ligar con ella? El hombre se inclinó hacia ella y le dijo algo, pero Stella no lo entendió. ¿Era una pregunta? ¿O un saludo? Asintió con la cabeza, moviéndola de arriba abajo muy lentamente. No se le daba nada bien fingir, la hacía sentirse muy incómoda. El americano volvió a intentarlo, acercándose un poco más, demasiado. Stella seguía sin entender una sola palabra de lo que le decía. Se giró para ver dónde estaba Gerry.

Gerry estaba en la barra, inclinándose sobre otro chupito. ¿Qué demonios hacía con aquella camarera? Su cabeza estaba a la misma altura que... las caderas de ella. Desde su posición, parecía que estaban haciendo algo terriblemente íntimo, algo espantoso, en público. Vuelve conmigo, Gerry, por favor. El americano se pasó la lengua por los labios y se ajustó el puente de las gafas, como si se dispusiera a decirle algo más. Gerry llegó portando consigo dos vasos, el contenido de uno de ellos rebosando sobre sus dedos. Le entregó a Stella el que había llegado medio vacío. Ella dio la espalda al americano para cogerlo.

—Háblame. En voz alta —gritó al oído de Gerry.

—Bueno, ¿cómo lo llevas, cielo? —gritó él—. Bébetelo. De un solo trago.

—Me sentará mal —respondió Stella, dando un sorbo, y luego otro, en muy pequeñas cantidades.

—Le cogerás el gusto.

Stella hizo una mueca y le devolvió el vaso a Gerry para que se lo terminara él.

—Es demasiado fuerte —dijo.

Gerry se lo bebió de un trago y ella empezó a hacer gestos, señalando la puerta.

—Démonos a la fuga —dijo Gerry.

Stella giró la cabeza para decirle adiós al americano, pero se había movido a otra parte.

—Aunque darse a la fuga es algo que no es propio de mí, en esta ocasión, lo haré encantada.

Fuera, la lluvia había parado. O eso, o el pasaje era tan angosto que las gotas no podían abrirse paso hasta allí abajo.

—Qué bendición dejar atrás todo ese ruido —dijo Stella.

—Y tú pensando que yo me divierto cuando salgo a tomar algo.

—No he entendido ni una sola palabra de lo que me ha dicho ese hombre.

—¿Qué hombre?

—Uno. El de las gafas de pasta.

Finalmente, abandonaron la estrechez del pasaje. A su derecha apareció un canal y, a su izquierda, una calle entera con escaparates como habitaciones diminutas, ocupados por mujeres, ofreciéndose. Había mareas de gente pululando por la zona. Desde aquella distancia, las ventanas de los escaparates parecían pequeñas pantallas de televisión brillantes. Stella notó cómo Gerry le apretaba la mano con el codo y la guiaba hacia las ventanas. Las chicas iban medio desnudas y llevaban tacones de una altura imposible. Estaban emperifolladas y engalanadas con cintas. Y aburridas. Caminaban de un lado a otro. Una leía un libro. Otra se había sentado, como si estuviera en un banco del parque. La de al lado bebía de una taza de lunares. Era difícil distinguir los colores por la crudeza de la luz artificial. Una chica muy alta tenía una estufa eléctrica a los pies, con una de las barritas encendida. Otra tenía problemas de ventilación y estaba desempañando la ventana con una

espátula limpiacristales. De nuevo, el brazo de Gerry ejerció presión para acercarse más, pero Stella se resistió.

—Estoy segura de que no les apetece que me quede ahí delante mirándolas —dijo.

—Si es muy pronto todavía, estamos en horario infantil. Esto es tan fuerte como la chica semidesnuda de la página tres de *The Sun*.

—Siento lástima de ellas. Son hijas de Dios.

A la luz ultravioleta de muchos de los escaparates, la exigua ropa interior de las mujeres adquiría una luminiscencia púrpura y brillante.

—Lámparas de luz ultravioleta es lo que usan también en las carnicerías para matar las moscas —dijo Gerry.

Un grupo de hombres jóvenes apareció en dirección contraria. Otra despedida de soltero. Gerry y Stella oyeron sus gritos y risas antes siquiera de verlos. Parecían alemanes. Señalaban con el dedo y se daban palmadas en la espalda.

—Van hasta arriba de coraje holandés —dijo Gerry—. Pero créeme, si se están riendo, es que no hay sexo de por medio.

—Oh, mira quién habla, el señor mirón de burdeles.

—No sabría decir qué es lo que me excita... pero esto no, desde luego. Me resultaría mucho más atractiva una muchacha grandota, con unos leotardos de lana bien ceñidos, montando en una de esas bicis destartaladas. Sus rodillas subiendo y bajando con energía, mientras imprime la huella de sus feromonas en el sillín. Su pelo rubio ondeando al viento. Eso sí que me hace tilín.

Mientras caminaban, el pavimento bajo sus pies se había transformado en espina de pez. Gerry sintió cómo Stella hacía fuerza para cruzar la calle y alejarse de los escaparates.

Los patos y los cisnes del canal comenzaron a hacer mucho ruido, graznando y aleteando, alzándose sobre la superficie del agua y peleando entre ellos. Los cisnes arqueaban las alas y alargaban sus cuellos, bufando. La gente se paraba para ver qué sucedía.

—Mira quién les está robando todo el protagonismo —dijo Stella—. Están eclipsando a las señoritas.

Cuando llegaron al otro lado del puente, las aves se habían calmado. Allí donde el agua tocaba los muros de piedra había comenzado a formarse hielo, que, en las esquinas, parecía telarañas grises.

El otro lado del canal pertenecía todavía al Barrio Rojo. Stella se detuvo y apretó el brazo de Gerry.

—Mira —le dijo.

Él siguió la dirección de sus ojos. En un carril estrecho, bajo una farola, había dos caballos. Gerry sintió cómo Stella tiraba de él para guiarlos hacia allí. Se aproximaron a los animales con prudencia.

—Qué maravilla —dijo Stella—. Qué criaturas tan hermosas. Creo que se me ha subido un poco la ginebra.

Gerry la vio poner morritos, como si estuviera haciendo monerías a un bebé.

—La primera y única vez que monté a caballo, me dio la sensación de estar subida encima de un aparador.

—¿Dónde fue eso?

—En casa de un granjero al que conocía papá. Uno de los caballos era un alazán, el otro tenía motas grises. Estaban allí quietos, en silencio, resoplando visiblemente por el hocico. Tras el alazán, formando una pirámide, había una pila de excrementos, todavía calientes.

—Truños de caballo —dijo Gerry.

—Caca de caballo. En mi casa éramos más finos.

Gerry asió a Stella y la alejó un poco de los animales.

—Con cuidado —le dijo—. No te pongas detrás, a ver si te van a dar una coz.

—Lo sé, lo sé. Es que parecen tan tranquilos, tan resignados.

—Misteriosos, incluso.

Se quedaron mirándolos un rato. El caballo gris movió la cabeza de arriba abajo.

—¿Sabes si es un semental? —preguntó Stella.

Gerry se agachó un poco para echar un vistazo por debajo.

—Una cosa sí puedo decir.

—¿El qué?

—Que no es una vaca. ¿Cómo voy a saberlo?

Los caballos no estaban atados a nada, pero sí cubiertos de parafernalia y oropeles. Silla, estribos, riendas y otros aperos cuyo nombre a Stella solo le sonaba de los crucigramas; palabras que sabía que tenían algo que ver con caballos, como «baticola», «ahogadera», «cincha» o «brida». Había también una funda que contenía lo que parecía ser una porra, con muescas en el mango para mejorar el agarre. El alazán reajustó la posición de sus cuartos traseros, haciendo un ruido sordo con la pezuña al golpear el empedrado del carril.

—Esto es mágico —dijo Stella—. Hay algo beatífico en ellos; casi distante. Mira sus venas, Gerry. Parecen ríos.

El caballo gris sacudió la cabeza y sus ojos se desplazaron, de modo que Stella advirtió el blanco en ellos. El arnés emitió pequeños ruidos.

—Tranquilo, chico —dijo Gerry.

—Son de la policía. Tranquilo, tranquilo. Mira esa palabra ahí, ese logotipo.

Stella señaló la manta que había debajo de la silla.

—*Po-li-tie* —leyó en voz alta Gerry—. ¿Por qué no lo acaricias?

El alazán tenía un mechón blanco en la frente. Stella alargó la mano.

—Buen chico —dijo, cuando el animal agachó la cabeza hasta su altura—. Mira, Gerry, toca. Es ancha como una tabla de planchar. Pensaba que sería más suave, como la piel de oveja. Pero es más como el mentón de un hombre.

Su mano seguía acariciando el mechón blanco. Al caballo parecía gustarle.

—Es increíble cómo huelen —dijo Gerry—. No se parece a ningún otro olor que conozca.

—Cuero y leche y caca de caballo.

—Desprenden un olor característico, muy fuerte.

—¿Crees que los policías han hecho una parada para...?

—Lo siento, señorita, nunca lo hago mientras estoy de servicio.

Ambos sonrieron por el comentario y se giraron a la vez para continuar su camino.

—En adelante —dijo Stella—, cuando piense en el Barrio Rojo de Ámsterdam, me acordaré de estas dos bellezas. Y de su quietud silenciosa.

La tarde no estaba demasiado avanzada, pero Stella sugirió que volvieran al hotel y se retirasen pronto aquella noche. Ya en la habitación, hicieron el amor otra vez.

—Esos caballos me han animado —dijo Stella, después.

Estaban tumbados el uno junto al otro, mirando al techo.

—¿Por qué tengo más ganas cuando estamos fuera? —preguntó ella—. ¿Lo adivinas?

—No.

—Porque no tengo que pensar en cenas. En *la* cena. Cada día. Es la cruz de mi vida. ¿Te acuerdas del señor y la señora Oveja?

—No.

—El señor Oveja dice: «Estoy harto de comer la misma hierba, un día sí y otro también».

—¿Y?

—Y la señora Oveja dice: «Al menos no tengo que cocinarla» —Stella sonrió—. Íbamos en coche, a Edimburgo.

—Me acuerdo.

Ambos permanecieron en silencio un rato.

—A veces me pregunto si aquella fue la última vez.

—¿Te lo preguntas o lo deseas? —preguntó Gerry.

Ella se acurrucó entre su brazo y su pecho. Gerry la besó en la cabeza, en la parte más alta, allí donde debió de estar la fontanela.

—Me habría gustado conocerte cuando eras más joven —dijo—. Que hubiéramos coincidido en primaria. Tú con calcetinitos blancos y peinada con lazo. Siento que me he perdido muchas cosas de ti.

Stella comenzó a tamborilear rítmicamente con sus dedos sobre el pecho de Gerry, y a cantar una canción infantil, de las de saltar a la comba:

*Fair Rosa was a lovely girl,
A lovely girl, a lovely girl
Fair Rosa was a lovely girl
A long time ago.*

Por la mañana, lo primero de lo que Gerry tuvo consciencia fue del viento soplando contra la ventana. A su lado, la cama estaba vacía. De la ducha llegaban ruidos. Gerry se tumbó boca arriba y apoyó la cabeza en las manos. Stella salió del baño con una toalla blanca envuelta alrededor del pecho. Cogió un bote de espray, echó una nuez de espuma en su mano y se la aplicó al pelo.

—¿Qué es eso? —preguntó Gerry.

—Espuma para el cabello.

—¿Y qué se supone que hace?

—Dar cuerpo a mi pelo triste y lacio.

—Me pregunto si al mío le haría algo —dijo Gerry.

—«Volumen duradero», dice el bote. ¿No me has visto hacer esto nunca?

—No, que yo recuerde.

—En casa hago todo esto en el baño.

Stella agitó y presionó el espray, en su mano apareció otra nuez de espuma blanca y volvió a aplicársela en el pelo. El producto se quedó allí adherido, formando pegotes.

—Parece clara de huevo.

Stella se peinó, echando la cabeza hacia atrás, pasándose primero un peine y luego un cepillo.

—¿Por qué te estás arreglando tanto a esta hora de la mañana?

—Para ir a misa. Es domingo.

—¿Quieres que te acompañe?

—La verdad es que no —respondió Stella, mientras se aplicaba un último toque de espuma.

—¿Te crees lo que pone en el bote?

—Sí. Mi pelo tiene mejor aspecto, no hay duda.

Terminó de peinarse y se humedeció un dedo con la lengua para peinarse las cejas.

—¿Te crees lo que te dicen las chicas de la droguería? —preguntó Gerry.

—Depende.

—Es todo seudociencia. Todas esas dependientas con bata blanca y brillo de labios.

—Algunas veces pienso que eres el mayor misógino que he conocido en mi vida.

Se produjo un largo silencio en la habitación, roto tan solo por el sonido del cepillo pasando de nuevo por el pelo de Stella.

En la recepción, mientras Stella hablaba con el recepcionista, Gerry echó un ojo a los folletos turísticos. Cogió algunos para leerlos luego y los metió en su mochila de mano. Stella le estaba diciendo al recepcionista que había una iglesia católica en pleno Barrio Rojo que se llamaba Nuestro Señor en el Ático.

—¿Recuerdas, Gerry? Donde vimos los caballos.

—Y algunas otras cosas.

—¿Cree que se celebrarán misas allí? —preguntó Stella.

—No, no lo creo —respondió el recepcionista, negando con la cabeza—. La iglesia es ahora un museo.

—Todas las religiones deberían estar en un museo —dijo Gerry.

El recepcionista sacó un mapa de la zona y marcó con una cruz la iglesia católica más cercana.

—Un símbolo cristiano y, al mismo tiempo, una indicación —dijo Stella.

El recepcionista dijo que no sabía cuáles eran los horarios de los servicios.

—*Dank ya* —dijo Stella, y sonrió al empleado.

Gerry la condujo del brazo hacia la puerta giratoria.

—Me había olvidado de tu doctorado en neerlandés —dijo.

—Basta con hacer un esfuerzo, aunque sea pequeño.

Cuando estaban saliendo del hotel, una corriente de viento se coló con tanta fuerza por la puerta giratoria que los separó bruscamente. Stella aguardó fuera, sosteniendo el mapa abierto contra el viento, hasta que Gerry también salió, catapultado.

—Creo que es la iglesia en la que estuvimos —dijo ella.

Gerry miró por encima de su hombro.

—¿La del vómito milagroso? —preguntó.

Stella asintió. A la luz del día, el bloque de hielo tenía un aspecto lúgubre y estaba más sucio que la jornada anterior. Gerry se agachó para mirarlo más de cerca. Había vetas plateadas de aire capturado en su interior, como burbujas ascendentes.

—¿No lo ves un poco azul?

—No.

—Tengo la teoría de que es pis congelado caído de un avión.

—Gerry, no seas tan... —dijo Stella—. Por lo menos no está lloviendo. ¿Cómo hemos tenido tanta suerte?

—¿Suerte? —respondió Gerry—. He rezado por ello.

Miró hacia arriba. Las nubes blancas y grises se movían deprisa y había una franja de cielo azul entre ellas.

—Si hay misa, iré —dijo Stella—. Pero si no... no estoy tan empecinada... estoy de viaje, estoy exenta.

—Una peregrina.

Gerry caminó junto a ella hasta el pasaje oscuro que conducía al lugar de las beguinas. Luego cruzaron el estrecho pasadizo en fila, uno detrás del otro. Al salir, el verde les dio la bienvenida como un sitio ya conocido. Había unas pocas personas entrando en la iglesia que no parecía una iglesia.

—Una buena señal —dijo Stella—. La misa debe de estar empezando.

Gerry se acercó con ella hasta la entrada, solo para comprobarlo. Dentro de la iglesia iluminada, las velas estaban encendidas. Un sacerdote revestido pululaba junto al altar. Stella le dijo a Gerry que podían verse allí a la salida de la misa, una hora después.

—Esto te puede hacer falta —añadió, poniéndole el callejero en la mano.

Le dijo adiós y entró para coger sitio. Gerry se dio la vuelta y se marchó.

Deshizo el camino por el pasaje. Las campanas de las iglesias habían comenzado a sonar, a la hora en punto, retumbando en las calles de la ciudad. Campanas de verdad, con un deje metálico en su sonido. ¿Cómo ocupar una hora? Los pubs todavía estaban cerrados, seguramente. Pasó por una tienda de música que estaba abierta y ojeó los discos compactos durante un rato. Calculó la diferencia al cambio y se guió por los precios de Naxos, la biblioteca musical en línea. Calculados en libras, resultaban tan baratos que decidió comprarse un disco que no tenía en casa y del que había leído excelentes críticas: *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz*.

Al salir, caminó de manera que el viento soplara a su espalda, acelerando el paso. Al otro lado de la calle había un mercado de flores. Por detrás, el mercadillo daba a un canal, y entre los puestos se podía ver el color plomizo de las aguas agitadas. Gerry miró a ambos lados de la calle y cruzó. Había una gran variedad de bulbos y tubérculos; bandejas y bandejas de púrpura y marrón. También cosas con forma de cebolla, similares a pulpos, con rizomas y raíces como tentáculos, de un color terroso y ocre oscuro. Un cartel decía:

Don't touch

Non toccare

Ne pas toucher

Nicht anfassen

Niet aankomen

Había otras cosas que no podía identificar, una especie de nudillos arracimados, como puños peludos, y una suerte de estrellas de mar fangosas, de las que brotaban unos pinchos como lanzas. Todo aquello tenía un aspecto terrible porque esos elementos no desempeñaban ningún papel en la supervivencia de la planta, eran partes que crecían bajo tierra. Vio también un kit de «cultiva tu propio cannabis». Todo estaba allí expuesto como aguardando la llegada de la primavera. Cada bandeja de madera tenía una colorida cartela donde se mostraba la imagen de cómo serían aquellos tubérculos una vez florecieran, un festival de pétalos escarlata, amarillos,

crema y sepia. Optimismo en acción. Las cuentas de la lechera. En torno a Gerry, el viento hinchaba las pantallas de lona con un aleteo constante. Seguro que a Stella le encantaría plantar algo de aquello en el pequeño jardín que rodeaba su casa. Gerry eligió una bolsa color cebolla roja que contenía una mezcla de bulbos. Tulipanes y narcisos. Lo suficientemente pequeña para cargar con ella y lo suficientemente grande para ser un regalo. La palabra neerlandesa para tulipán era *tulp*. Se acercó a un hombre que llevaba un plumífero azul marino encima de un delantal. Su inglés era decente. Lo justo para decirle a Gerry que había tomado una buena decisión. Podía llevar los bulbos en el avión sin problema. Y salía mucho más barato comprarlos allí que en el aeropuerto. En el aeropuerto eran todos unos ladrones.

Gerry pagó y guardó los bulbos en su mochila, junto al CD. El agua del canal se oscurecía aquí y allá, por efecto del viento, como una superficie de ante al pasarle un dedo.

Un café le sentaría bien. En el establecimiento que eligió había una figura enorme de Goliat, con casco, que llegaba casi hasta las vigas del techo. Al lado había también una estatua de David, con honda y todo, cuya cabeza apenas alcanzaba el dobladillo de la falda de com bate que lucía Goliat. Gerry pensó que a su nieto Toby le encantaría aquel lugar; se habría quedado fascinado mirando la falda de Goliat. En el menú, un pequeño texto en inglés explicaba que aquellas dos figuras de madera databan del siglo xix y que habían comenzado su vida como autómatas en parques de atracciones. Unos engranajes internos permitían a Goliat mover los ojos y girar la cabeza.

El café estaba bueno y, con el primer sorbo, le entraron ganas de fumarse un cigarrillo. Se llevó la mano al bolsillo automáticamente, antes de darse cuenta de que no fumaba desde hacía décadas. El impulso había surgido de la nada. Pensó en lo estúpido que podía llegar a ser el cuerpo, en hasta qué punto estaba atrapado en la rutina. ¿Le pasaría lo mismo si trataba de dejar la bebida? Bajó los hombros. Contempló la mesa de formica. Uniforme y anodina, de un color similar al de las gachas pero más claro. Le costó sustraerse a su mirada extraviada. A sus oídos llegó el sonido de una ambulancia, en alguna calle de *Ámsterdam*, un domingo.

Recordó una luz destellante reflejándose en las paredes pintadas del hospital. Tenía la boca seca, probablemente de todo lo que había fumado. Se acercó a la fuente que había en el aseo cercano, apretó la palanca y bebió del chorro de agua. Al salir del servicio vio a Mavis, la voluntaria, sentándose en el sitio que él había dejado libre. Lo llamó por señas. Se disculpó de nuevo por no tener noticias sobre el estado de su mujer. Le dijo que el capellán del hospital estaba presente cuando la ambulancia había traído a Stella y que le había dado la extremaunción. ¿O era el santo viático? Mavis explicó que ella no era católica romana y le rogó que le disculpara si no empleaba el término adecuado. ¿No se decía también «los últimos sacramentos»? Eso era mucho más sencillo. Aunque una amiga católica le había dicho que uno podía recibirlos muchas veces. Recibir los últimos sacramentos no significaba necesariamente que uno fuera a morir. Gerry respondió que él diría «ungida». «Ha sido ungida.» Se encogió de hombros y explicó a la mujer que nada de aquello tenía ya importancia para él. Que había dejado de practicar y de creer. Lo único que importaba era Stella. Mavis le preguntó entonces si quería ver a su hijo. Él había estado a punto de responder que no tenía ningún hijo, que se habían equivocado de persona, que había habido algún error.

La mujer lo condujo por otro pasillo, y Gerry siguió su uniforme rosa hasta llegar a otra habitación. Una habitación temporal, la llamó ella. Le dijo que el bebé estaba en perfectas condiciones y que habían pensado que Gerry tal vez quisiera verlo antes de que se lo llevaran a la sala de neonatos. La puerta chirrió al abrirse. La estancia servía en parte de oficina, en parte de almacén. Había carpetas negras con anillas compartiendo espacio en las estanterías con ropa de cama doblada; una mesa con una máquina de escribir; archivadores grises y algunas tumbonas apoyadas contra la pared del fondo. La mujer de rosa señaló una cuna, tipo moisés, que había junto al escritorio. Gerry se aproximó y tuvo que asomarse al interior, porque los laterales de mimbre eran muy altos. ¡Dios mío!, allí había un bebé. No muy guapo, pero un niño, sin lugar a dudas. La cara le recordó un poco a un puño apretado. Dormido. Con los ojos cerrados. Envuelto en una sábana blanca. El poco pelo que tenía estaba húmedo. Su manita diminuta, encogida junto a la oreja. Un superviviente milagroso. Gerry preguntó a Mavis si podía tocarlo. Por qué

no, es suyo, le dijo ella. Él alargó la mano y acarició la mejilla del bebé con el envés de su dedo. Era cálida. Luego le acarició la cara con la punta de los dedos, suavemente, para no despertarlo. Como si le estuviera leyendo la mente, Mavis le dijo: «No se preocupe, no lo va a despertar. Ha pasado por mucho. ¿No es maravilloso? El capellán lo bautizó. Por si acaso». La piel del bebé exudaba una suerte de pureza, al igual que la de su madre. Gerry se sorprendió haciendo un voto. Eres mío y te amaré hasta el día en el que me muera. Se besó la punta de los dedos y transmitió el beso a la mejilla del bebé, muy despacio, como si el beso pudiera derramarse durante el gesto de descenso.

En el interior de la iglesia de Begijnhof olía a velas apagadas. Una bruma azulada flotaba en el aire. Gerry se oyó jadear en mitad del silencio. Últimamente, el simple hecho de acelerar el paso bastaba para dejarlo, hasta cierto punto, sin aliento. Habían apagado los fluorescentes y solo unas pequeñas ventanas daban luz al espacio. Allí estaba ella, Stella, la parte superior de su cabeza iluminada mientras miraba hacia abajo, concentrada en la lectura. Nunca dejaba de admirarlo la emoción que le producía verla. Cogerla por sorpresa.

—Hola —dijo Gerry.

—Hola... —dijo ella, alzando la vista.

—¿Qué tal ha estado?

—Hemos cantado horrores —respondió ella, sonriendo y haciéndole un gesto para que se acercase—. Tengo algo que enseñarte. Un pequeño milagro en la iglesia del Milagro —añadió, con tono provocadoramente misterioso.

Tenía el *Libro de oraciones* abierto delante de ella. Parecía que el volumen hubiera engordado desde la última vez que le habían echado un vistazo.

—Estaba haciendo tiempo mientras te esperaba.

—Siento llegar tarde.

—Mira lo que me he encontrado.

Gerry siguió su dedo con la vista. Señalaba un párrafo escrito con la inconfundible letra redondeada de la chica americana. Se inclinó para leer.

Gracias, Señor, por tu generosidad para unir de nuevo a mi familia. El padre de mi bebé y yo estamos otra vez juntos. Por cuánto tiempo, solo Tú lo sabes. Él no es creyente, pero es bueno y yo soy feliz. Perdóname por haber dudado de ti.

—¿No es maravilloso? —dijo Stella.

La mañana del lunes, después de desayunar, Stella se dirigió a su cita. Gerry subió de nuevo a la habitación. Se quedó largo rato allí, con las manos en los bolsillos de los pantalones. Ella le había pedido que empezara a recoger y a hacer el equipaje. Al mirar a su alrededor, Gerry evitó fijar la vista en la botella que había en la bolsa, encima del aparador. A esa hora no tenía ningún sentido. Sentirse mal consigo mismo no era el mejor modo de empezar el día. Notaba el estómago rígido. Estiró un poco las sábanas, de modo que la cama pareciera «hecha» y tiró la maleta grande sobre la colcha. La tapa se abrió. Recogió una bolsa de plástico con ropa sucia y la metió dentro. Los pijamas, no importaba de qué color fueran, tampoco necesitaban doblarse. Lanzó el suyo dentro y lo aplanó con la mano. También las prendas de dormir de Stella. En el fondo del armario encontró una bufanda y una corbata de colores brillantes empaquetados en un papel de seda suave, el tipo de papel con el que se envolvían las naranjas en su infancia. Junto a ellos había una postal, una reproducción de la *Anciana leyendo* de Rembrandt. Le dio la vuelta y leyó lo que ponía en el envés. «En Ámsterdam, pasando unos días. Espero que os gusten los regalitos. Esta soy yo, decrépita y leyendo, mientras tu padre está en el pub. Espero que estéis muy bien los tres.» La firma de Stella. Le sorprendió ver que también él la había firmado. «Con cariño, el abuelo.» No recordaba haberlo hecho, pero la letra sin duda parecía la suya. Sobre el escritorio había un bolígrafo con la leyenda «Hotel Theo». Al principio, no pintaba, y Gerry garrapateó con violencia sobre un folleto. Finalmente, añadió, debajo de su saludo: «Todo mi amor para Toby».

Siguió doblando y empacando cuanto pudo encontrar. Un par de zapatos de repuesto, rellenos con calcetines y calzoncillos. Un chaleco granate que no se había llegado a poner. Las prendas de Stella estaban colgadas de las

perchas y ella las guardaría luego como creyera más conveniente. Así no podría acusarlo de haberlas arrugado. En el baño, cogió sus medicamentos, su kit de afeitado y su neceser y lo metió todo en su mochila de mano. Uno de los albornoces estaba tirado sobre una silla. Lo cogió y lo colgó detrás de la puerta. Una vez se había quedado en un hotel de Zúrich en el que un cartel ostensiblemente visible avisaba de que cualquier objeto que fuera sustraído del baño sería descontado del sueldo de las limpiadoras. Qué desgraciados. Antes de irse, de hecho, se había quejado. No verbalmente, sino de forma cobarde, metiendo una nota escrita en una hoja de la libreta del hotel en el buzón de sugerencias.

Llenó el hervidor y se hizo un café, un *pour over*, como lo llamaban los americanos. Después recogió periódicos, panfletos y folletos y los tiró a la papelera. También se deshizo de los sobrecitos del café. Tácticas de distracción. Se sentó y empezó a tomarse el café con sorbos cautelosos, pues estaba muy caliente. Y amargo, era de una marca que no había visto en su vida, Champion Coffee. El Tyrone Superior de los cafés. Recordó el día en el que se habían ido de Irlanda. Navegando hacia un acento diferente. Hasta el último de los muebles que tenían iba en una camioneta de mudanzas, bajo la cubierta. Acababan de pasar la vergüenza de exponerlos a la luz del día y se daban cuenta de que aún les restaba pasar un momento igualmente embarazoso cuando llegaran a la casa nueva, en Escocia. Eso, si al día siguiente había algo de luz, pues les habían dicho que allí donde iban, los días de sol se contaban con los dedos de una mano. Pero ellos eran del norte y estaban acostumbrados al mal tiempo. En breve, ya en tierra firme, su ajado mobiliario sería visible durante un corto lapso para los nuevos vecinos apostados tras las cortinas. Bochorno antes y bochorno después.

El conductor de la camioneta y su fornido hijo estaban comiendo algo. Se habían pasado toda la mañana cargando. Cuando llegaran al otro lado, conducirían hasta la nueva casa, luego dormirían en el propio vehículo y descargarían por la mañana. No era una empresa de mudanzas grande, sencillamente un hombre y su hijo que tenían una camioneta. O quizá la habían alquilado. Cada vez que le decías algo al hijo, ya fuera que cogiera una caja llena de libros, darle indicaciones para llegar a algún sitio o

preguntarle si quería azúcar con el té, respondía invariablemente: «Estupendo, señor».

Cuando volvieron de comer, Stella pidió al corpulento muchacho que les sacara una foto. Una de familia, de los tres en cubierta, ella sosteniendo al niño y Gerry a su lado. Tras ellos, la pálida estela espumosa del ferry perdiéndose hacia Belfast. Un grupo de gaviotas seguían al barco, subiendo y bajando contra el cielo azul.

—Estupendo —dijo el hijo, devolviéndole la cámara.

Era mediados de julio y las barras y salones estaban llenos de bandas escocesas y de Orangemen de las logias protestantes que regresaban a Escocia después de celebrar el Doce de Julio. El suelo estaba empapado y el ruido era ensordecedor. Las zonas donde se podía beber estaban completamente tomadas. Las familias normales que estaban de viaje se agrupaban en los salones más tranquilos o paseaban al sol en cubierta. Ignorantes de la situación, los niños iban de aquí para allá, correteando por los pasillos y subiendo y bajando escaleras. El suelo de los aseos estaba inundado y era evidente que mucha gente se había mareado. Mientras guardaba la cámara, Stella dijo que, si podía, prefería esperar a llegar a la terminal escocesa para ir al baño.

Gerry permaneció de pie un rato, contemplando cómo la silueta gris de la ciudad retrocedía en la distancia. Había una columna de humo negro elevándose en el aire. Podía ser un incendio, o una bomba, o un simple accidente. Un viento suave soplaba del sur y el humo se fue dispersando hasta formar un halo oscuro sobre aquel lugar ignorante y temeroso de Dios. Un lugar nacido de las convulsiones del odio sectario. Uno de los miembros del Gobierno —un primer ministro, nada más y nada menos— había llegado a decir que no emplearía a ningún católico y había alentado al resto de sus amigotes a hacer lo mismo. El país que se había formado había sido gobernado, o malgovernado, durante cincuenta años por la misma mayoría protestante y de derechas, bajo las narices de los británicos. Y cuando estos habían querido poner orden y deshacer la madeja que llevaban siglos apretando, convirtieron aquello en un puto infierno. El Domingo Sangriento de Derry solo fue un eco de otras masacres británicas previas, cometidas para mantener un imperio que había teñido de rojo los mapas de medio mundo.

Gerry abrió un sobrecito de azúcar y vertió un poco en el café para mitigar su amargor. Por supuesto, las culpas de aquella pesadilla —de una guerra de treinta años— podían repartirse equitativamente. ¿Qué ala del IRA, qué rama de asesinos unionistas, qué político o predicador —en algunos casos ambos bajo el mismo sombrero— era más culpable? Se imaginó la escena de un anciano en su lecho de muerte, rodeado de su familia. «Os lego mi odio al otro bando. Nunca renunciéis a él. Mantenedlo cerca de vosotros, como un cuchillo, mientras viváis, y transmitidlo a los que vengan después cuando llegue vuestra hora.»

Después de hacerse la fotografía en el barco, Gerry se preguntó cómo serían recibidos en Escocia. No hacía tanto tiempo del brutal asesinato de aquellos tres soldados escoceses, todos menores de veinte años. Dos eran hermanos. Eran unos chavales jóvenes y estaban tomando algo, fuera de servicio, en un pub de Belfast, cuando un grupo de chicas los atrajo invitándolos a una supuesta fiesta. Los llevaron fuera de la ciudad, a algún lugar remoto, y los mataron a tiros. Si el precio que había que pagar por una Irlanda unida era el fin de la decencia humana, Gerry no quería tener nada que ver con ello. El Viernes Sangriento había sido aún peor. Matar a gente de izquierdas, de derechas o de centro, fuera cual fuera su filiación política, fueran cuales fueran sus convicciones.

Ese día, a la hora del almuerzo, Gerry y un arquitecto amigo habían asistido a una ceremonia de inauguración en Lisburn Road. Se colocaba la última viga de un edificio que formaba parte del complejo hospitalario de la ciudad. Hacía un día agradable y la mayoría de los presentes estaban encantados de poder estar al aire libre, en la azotea. Había una extraña mezcla de cascos, chalecos amarillos de seguridad y camisas y corbatas. Como sucedía siempre en aquellas ocasiones, algunas mujeres iban excesivamente arregladas. Los periodistas y los fotógrafos se movían entre la gente. Se oían risas todo el rato, la clase de cháchara que surge cuando los obreros se encuentran con los directivos y tienen que ser educados con ellos. Había una mesa con mantel de damasco blanco rebosante de bebidas y platos con frutos secos y patatas fritas. Desde el tejado se veían las colinas de Belfast: Black Mountain, Divis y Cave Hill. Era finales de julio y las lomas estaban verdes, de un tono casi esmeralda. Una bandada de pájaros volaba alrededor. Gerry

no sabía qué eran exactamente. Bien podían haber llegado del mar, de Islandia o de Noruega, y estar de visita para echar un vistazo antes de seguir su ruta. ¿Eran avefrías? Su amigo le dijo que no lo sabía. Durante los discursos, Gerry los observó volar y girar en la distancia, con sus alas negras y la parte inferior de su cuerpo de un blanco brillante. A medida que trazaban círculos, de horizonte en horizonte, creaban una sensación de espacio, del mismo modo que mirar hacia abajo y contemplar el vuelo de unos pájaros creaba una sensación de altura. El cielo estaba azul y el lago, allí donde podía divisarse, reflejaba su color. Gerry le dijo a su amigo que los pájaros parecían persianas venecianas. Su silueta se tornaba fina al girar.

Algunos de los obreros y de los arquitectos que habían trabajado en el edificio estaban firmando con rotuladores de punta gruesa en un panel blanco de madera cuando explotó la primera bomba. Sonó como un golpe. Lo suficientemente fuerte para que algunas de las personas que llevaban casco se agacharan. Sin embargo, al mirar alrededor, no vieron nada significativo. Los fotógrafos se escudriñaron, en busca de algo, pero no fotografiaron nada. No sabiendo qué otra cosa hacer, los trabajadores siguieron estampando sus firmas conmemorativas. Pero nadie tenía ninguna duda, en su fuero interno, de que había sido una bomba. Después de tantos años, la gente de Belfast sabía de estas cosas. Una bomba potente hace que te vibre el diafragma, te llena el pecho, te revuelve el estómago y deja una sensación extraña en los oídos. Pero en aquella ocasión estaban al aire libre, por encima de la explosión, así que la cosa era un poco diferente. La explosión no había venido precedida por las sirenas de los bomberos o de las ambulancias, por lo que no había habido aviso previo y, por lo tanto, era de suponer que habría muertos y heridos. Entonces estalló una segunda bomba. Era difícil precisar dónde, porque la onda expansiva no parecía tener dirección; se notó sobre todo en el pecho, colmando los pulmones de aire. Uno o dos minutos más tarde, explotó una tercera, esta un poco más lejos. Para entonces, todo propósito de fingir que no pasaba nada y seguir con la fiesta había desaparecido. En la azotea, todo el mundo miraba a un lado y a otro. Gerry vio aparecer una pequeña nube de humo al pie de Cave Hill. Señaló hacia allí para mostrárselo a su amigo. Ambos miraron. Entonces se escuchó otro estallido. No lo notaron tanto en el pecho, debido a la distancia, pero aun así

fue audible. «Ay, Dios mío», dijo alguien. La gente estaba pálida. Una mujer que había decidido ponerse guantes blancos para la ocasión se tapó la boca, mirando a su alrededor y aguardando la siguiente explosión. ¿Quién era el responsable de aquello? ¿Qué era? ¿Qué estaba sucediendo?

Lo que estaba sucediendo aquel día, averiguarían más tarde, era que el IRA había puesto más de veinte bombas, que mataron a nueve personas e hirieron a otras ciento treinta. En la azotea, Gerry pensó inmediatamente en Stella. Todavía había vacaciones escolares y se había ido en autobús a pasar el fin de semana a casa, a Dungiven. Al menos, estaba fuera del radio de alcance de las bombas. Pero quién sabía si habría atentados por todas partes. Se produjo otra explosión y una columna de humo negro se elevó en el aire. La gente de la azotea no sabía qué hacer. Todos estaban de pie, a lo largo del perímetro del tejado del edificio, mirando la ciudad que se extendía a sus pies bajo la luz del sol, temerosos de regresar abajo. Varias voces preguntaron dónde había estallado la última bomba. ¿Era en la estación de autobuses? ¿En Ormeau Road? Alguien dijo que había sido en el Albert Clock. Gerry pensó en la amiga de Stella, la enfermera de urgencias, aquella que había hecho el comentario sobre las «tijeras de cirujano». ¿Estaría de guardia?

Entonces empezaron a llegar las ambulancias y el lamento de sus sirenas se escuchó a diferentes distancias, unas interfiriendo con otras. Más tarde, Gerry oiría hablar de gente llorando en la calle de puro terror. Hombres, mujeres y niños conducidos como rebaños a los parques públicos, por seguridad. Lejos de los edificios, lejos de los coches. Lejos de las trampas y atrocidades que habían sido preparadas para ellos.

Stella recorrió la ruta ya familiar que llevaba al pasaje, al jardín de Begijnhof y a la oficina. La mujer de gafas estaba al teléfono, hablando en neerlandés. Stella esperó, de pie. Se metió la mano en el bolsillo para comprobar que todavía tenía la tarjeta que le habían dado en su anterior visita. Echó otro vistazo al nombre que figuraba impreso y trató de pronunciarlo para sí, mentalmente.

Aunque no entendía el idioma, sí era capaz de reconocer cuándo una conversación estaba llegando a su fin, por las repeticiones y los asentimientos. La mujer colgó el teléfono y la miró con una sonrisa seca, desprovista de calidez. Stella sabía que apenas hablaba su idioma. Aun así, sonrió también y le dio los buenos días en inglés, sin pensar.

Sacó la tarjeta de visita y la apoyó sobre la mesa, con el nombre de la persona a la que quería ver orientado hacia su interlocutora. La mujer lo miró. Luego comenzó a negar con la cabeza.

—No, *not*, no —dijo, señalando hacia una fila de sillas de plástico rojas que había en la pared—. *Asseyzvous* —añadió, en francés.

Stella vaciló un momento, luego se dirigió hacia la fila de sillas y tomó asiento. Eso pareció complacer a la mujer de gafas, que regresó a sus papeles. Olía a abrillantador. Stella miró hacia abajo, hacia sus pies, y vio que la madera del suelo era, si no la original, sí muy antigua. Cada tabla tenía el ancho de una mano y todas estaban lustradas en un color brillante, muy bonito.

En la pared, colgados detrás de la mesa de trabajo de la mujer, había varios diplomas con sellos rojos, si bien estaban demasiado lejos para intentar distinguir siquiera qué ponía en ellos (amén de que tampoco habría podido entenderlo).

Stella era la única chica en la clase del maestro Ryan que había ido a la universidad. Hubo un tiempo en el que eso la había enorgullecido, pero ahora significaba muy poco. El césped verde el día de la graduación, las batas, el tubo de cartón rojo con el certificado... Pero lo que más recordaba de aquel

día era lo orgulloso que estaba su padre, y la timidez que mostraba frente a ella, negándose a salir en las fotos, pero incapaz al mismo tiempo de manejar una cámara para ser él quien las sacara. «¿Dónde aprieto?» Era un agricultor de manos curtidas por el trabajo; sus uñas eran duras como cuernos. Qué poca importancia tenía todo aquello ahora. Solo era parte del pasado. Su padre estaba en la tumba. Cuando rezaba, Stella incluía siempre una oración para él.

¡No saber un idioma era una barrera tan grande...! Uno parecía un poco ridículo si era incapaz de entender. No ridículo, estúpido. Te quedabas allí, de pie, con expresión de estupidez. Era tan embarazoso... Stella estaba orgullosa de seguir siendo capaz de rezar el *Avemaría* en cuatro lenguas: latín, francés, irlandés y, por supuesto, inglés.

—*Excusez-moi* —dijo Stella.

Señaló la tarjeta e hizo un gesto universal de no comprender: las manos con las palmas hacia fuera, la boca torcida hacia abajo y los hombros levantados.

—*Parlez-vous français?* —dijo la mujer.

—*Un peu.*

—*Madame est très tard.*

La mujer señaló el teléfono e indicó por gestos que había hablado con ella por teléfono.

—*A quelle heure?* —dijo Stella, señalando su reloj.

La mujer levantó los hombros y extendió las manos; luego volvió al trabajo. Stella no se sentía muy segura de su francés. Lo poco que sabía se lo había enseñado una monja de Omagh que, a juzgar por el acento, no había pisado Francia en su vida. Para decir «ventana», la religiosa decía «fen-eter»; «quizá» lo pronunciaba como «put-eter».

Quería preguntar cuánto se retrasaría la persona a la que quería ver. ¿Le daba tiempo a marcharse y hacer unas compras mientras tanto? ¿Iba a acudir hoy? ¿Qué había dicho cuando había llamado?

La puerta se abrió y entró una mujer. No iba abrigada para estar en exteriores, pero llevaba una bufanda verde enrollada al cuello y un sobre en la

mano. Era morena, de unos cincuenta años y vestía un traje de pantalón muy elegante. Se acercó hasta la mesa de la mujer y le entregó el sobre. Ambas se saludaron, sonriendo, y hablaron en neerlandés. Las dos miraron a Stella y la mujer de la bufanda verde le dirigió una sonrisa. La conversación, medio susurrada, medio hablada, se prolongó un rato en el silencio de la oficina. Luego, la mujer de la bufanda se acercó a Stella.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo.

—¿Eres irlandesa? —preguntó Stella.

—En efecto —dijo la mujer.

—¿De dónde?

—De Waterford.

La mujer se deslizó en el asiento contiguo al que ocupaba Stella. Miró hacia la mesa de la entrada y sonrió de nuevo.

—El inglés de Hennie no es muy bueno. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No sé por dónde empezar —dijo Stella.

—Hennie me ha dicho que te diga que la mujer que querías ver se ha retrasado, no sé la razón, y que tardará un buen rato.

Hubo un silencio entre ambas.

—Mi nombre es Kathleen Walsh y soy residente aquí.

—Yo quería averiguar... qué hay que hacer para presentar una solicitud y ser... parte de esto. Para vivir aquí.

—Bueno, eso ya es decir muchas cosas.

Kathleen se levantó y volvió a la mesa. Habló en tono bajo con la mujer de gafas y luego regresó junto a Stella.

—Creo que lo mejor es que te vengas conmigo y te invite a un té, o a un café, si lo prefieres. Así puedes ver dónde vivo. Y puede que entre tanto llegue ella.

Stella se levantó.

—¿Estás segura? Eres muy amable.

Se estrecharon la mano. Kathleen le dijo algo a Hennie por encima del hombro mientras guiaba a Stella fuera del edificio.

—¿Y de dónde eres exactamente? Me parece distinguir un acento del norte.

—Del condado de Derry —dijo Stella—. De un pueblo del que nadie ha oído hablar. De un lugar que nadie conoce. Dungiven.

Caminaron despacio a lo largo del sendero.

—Este jardín es tan bonito... —dijo Stella—. Tan tranquilo...

—Está un metro por debajo del mundo exterior. Es como si el ruido lo sobrevolara sin tocarlo. Aunque cualquier lugar resultará más tranquilo que Irlanda del Norte.

—Ah, ya no vivo en Irlanda.

—¿Dónde vives?

—En Glasgow.

Kathleen señaló la iglesia reformada inglesa y la iglesia católica, camuflada entre la fila de casas.

—¿Entiendo que eres católica? —dijo Kathleen.

—Sí, lo soy. Ayer vine aquí a misa.

—¿No es maravilloso que podamos hacernos estas preguntas, fuera de Irlanda?

Stella asintió y sonrió.

—En torno a 1600, los Padres de la Ciudad prohibieron el catolicismo. —Kathleen alargó la mano y tocó el codo de Stella—. Es muy difícil hacer de guía y sostener una conversación razonable al mismo tiempo.

—No te preocupes, lo estás haciendo muy bien.

—Los católicos podían celebrar misas, pero no en público. Para sortear la prohibición, las celebraban en sus propias casas.

—Me gusta la intimidad que implica eso. En los sesenta era muy habitual que un sacerdote viniera a decir la misa en tu casa. Incluso en Irlanda del Norte.

—Yo nací en los setenta —dijo Kathleen.

—Ah, perdóname. A veces estoy en babia.

—Este sitio lleva aquí desde la época medieval. Era una isla, una isla de mujeres, regida no por hombres, sino por beguinas.

Stella se rio y asintió con la cabeza de forma ostensiva.

—Todo comenzó con unas mujeres que querían vivir solas, para dedicarse a la oración y... a esto y lo otro. A hacer buenas obras, pero sin tomar los votos. Así nacieron estos hogares, los «beguinajes». No eran

propriadamente monjas, ya que podían regresar al mundo si querían, e incluso casarse. Tampoco hacían voto de pobreza; ninguna mujer tenía que renunciar a sus propiedades. Y si alguna no tenía ingresos, no pedía ni aceptaba limosnas, sino que se buscaba un trabajo con el que mantenerse. Muchas de ellas se hicieron profesoras.

Stella se detuvo y miró por encima de una valla de hierro forjado.

—Los jardines están tan bien cuidados... —dijo—. Oooh, campanillas de invierno. Creía que este año se retrasaban, pero también vi algunas en Escocia el día antes de viajar aquí.

Echó la cabeza hacia atrás y olfateó el aire.

—¿Qué es este olor maravilloso? —dijo, y al poco vio un arbusto rosa, con flores pero sin hojas, pues las flores crecían directamente de las ramas desnudas.

—¿Eso no es un laurel salvaje?

Stella tiró de una de las ramitas para acercarla y aspiró cerrando los ojos, complacida.

—Un olor así en pleno invierno... —dijo.

—En verano, este lugar es increíble, especialmente al atardecer, cuando se abren las flores crepusculares con su perfume nocturno.

—El jardín que tengo en casa está en la calle, apenas medio metro de terreno alrededor del edificio.

Kathleen guio a Stella hasta una de las puertas.

—Aquí vivo yo.

El vestíbulo era pequeño, y la escalera, casi como una escalera de pintor. Era altísima y se perdía hacia arriba.

—«Una escalera al cielo» —dijo Stella.

Comenzó a subir, ayudándose de una cuerda de mano blanca que, a modo de pasamanos, ascendía trenzada. No había moqueta y podía oír el crujido y el chirrido de sus pasos mientras cargaba con todo su peso en cada peldaño. La escalera parecía no acabar nunca.

—¿Te apañas bien? —preguntó Kathleen.

—Tienes que estar en forma, viviendo en semejante casa colgante.

—Te acostumbras. El único problema es si quieres tener un piano de cola. En ese caso, hay que subirlo con poleas, desde fuera.

—Yo me decantaría por el violín.

Finalmente, la mano de Stella alcanzó el extremo de la cuerda que hacía las veces de barandilla. El cabo estaba atado formando un gran nudo, muy elaborado.

—Oh, me gusta. Muy seguro. Y muy decorativo.

—Puño de mono, se llama el nudo —dijo Kathleen.

Stella, todavía aferrada a la cuerda, jadeaba.

—Los franciscanos llevaban tres nudos en su cinturón: pobreza, castidad y obediencia —dijo.

Tuvo que hacer una pausa para tomar aliento entre cada una de las palabras. Kathleen le dio una palmada en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

La anfitriona pasó junto a ella, abrió la puerta de entrada y se deslizó hacia el interior. La puerta no estaba cerrada con llave. Hizo un pequeño gesto a Stella para invitarla a pasar.

—Esto es muy bonito —dijo Stella.

—Minimalista —respondió Kathleen.

Era un espacio luminoso de tarima barnizada y paredes blancas. Una pequeña cruz de color oscuro colgaba en una hornacina en la pared. Se percibía un olor infinitesimal a flores. En uno de los extremos de un aparador había un jarrón de piedra con narcisos y, en el otro, junto a la ventana, un vaso transparente con tulipanes amarillos.

—Hemos ascendido hacia la luz —dijo Stella—. ¿De dónde has sacado las flores?

—Las compré en el supermercado.

—¿En enero?

—En Ámsterdam.

—Claro. Los tulipanes son tan perfectos que parecen fabricados en serie.

Stella se acercó a la ventana y tocó una de las flores como si no pudiera creérselo. Miró hacia abajo, hacia el espacio verde, a través de las desnudas copas de los árboles, y hacia el círculo de casas, con sus tejados de terracota.

—Qué preciosidad. Parece otro mundo.

Había un comedero para pájaros colgado del dintel, lleno de frutos secos y semillas. Stella se giró, disculpándose.

—Cuando estoy en un sitio nuevo soy como un perrito. Voy de aquí para allá husmeando en todos los rincones.

—Adelante. No hay mucho que ver, pero por lo menos es mío.

—«Poco favorecida, señor, pero mía» —dijo Stella.

—Toma asiento lo primero. Y recupera el aliento.

—No me falta el aliento —dijo Stella, todavía jadeando—. Quizá sí un poco de ánimo.

Ambas rieron y Stella se dejó caer —se desplomó— sobre el sofá de lino color crema. Kathleen se quedó de pie.

—¿Té o café? —preguntó.

—Un té estaría muy bien a esta hora.

Kathleen se volvió y salió de la habitación. Stella miró a su alrededor. Aquel lugar le recordaba a una caravana, por la mezcla de utilidad y economía del espacio. Pero, al mismo tiempo, era elegante. Como salido de un folleto publicitario.

En un extremo del sofá había una labor de punto en progreso, parte de un jersey de Arán —una mezcla de punto de cadeneta y punto de mora—, con las agujas de tejer al lado, hundidas en el ovillo de lana. En cada una de las paredes colgaba una imagen enmarcada, los marcos negros y severos sobre el blanco. Había también una sola balda con libros, entre los que pudo distinguir una Biblia y un misal, un diccionario muy grueso y lo que parecía ser, por la altura, un atlas. Se inclinó y descubrió asimismo varios volúmenes de poemas y oraciones de Michel Quoist —Stella también tenía en su estantería, en casa, una traducción de una de sus obras, *Prayers of Life*—. Se levantó para examinar los cuadros. Todos, menos uno, eran reproducciones a tamaño póster: Miró, Morandi y Mondrian, todos con M, aunque quizá Kathleen no se hubiera fijado en eso; era el tipo de detalle en el que reparaban los aficionados a los crucigramas. La excepción era un pequeño icono de un Pantocrátor. Era un original, no una reproducción, y la luz que entraba por la ventana iluminaba el halo haciéndolo brillar contra la oscuridad del marco.

Stella se dio la vuelta y se aventuró hacia la cocina.

—Estoy haciendo mi ronda de perrito —dijo.

Kathleen estaba preparando un plato con galletitas, mientras hervía el agua.

—Se parece más a una cocina de barco —dijo.

En la pared, sobre el fregadero, había una tabla con herramientas colgadas. Un martillo, destornilladores, unos alicates y una sierra de arco. El contorno de cada objeto estaba cuidadosamente trazado en rojo.

—Me gusta mucho la disposición del tablón.

—Lo hago para acordarme de volver a poner las cosas en su sitio. Si no, cuando me olvido, es como si los fantasmas de las siluetas vacías me gritaran. Hay mucho que hacer aquí, porque estas casas son muy viejas. E irregulares. Si tiras un ovillo de lana, sigue rodando hasta que choca con alguna pared. Prácticamente no hay nada que esté recto.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Puedes nivelar los suelos.

Kathleen se rio, cogió la bandeja y se encaminó hacia la otra habitación. Al otro lado la ventana, algo se movió veloz, casi como un destello.

—Oh, ¿lo has visto? —dijo Kathleen, apoyando la bandeja para asomarse fuera.

—¿El qué? —preguntó Stella.

—Son ampelis —dijo Kathleen, señalando—. ¿No son preciosos?

Stella se puso casi de puntillas, con las manos detrás de la espalda, y vio un grupo de coloridos pájaros atravesando el espacio verde que se abría a sus pies.

—Llegaron ayer. Algunos años no vienen. Son unos visitantes muy llamativos.

—Me gusta su corte de pelo, con esa cresta.

—Y la pincelada de amarillo. Van en busca de bayas. Es la griñolera la que los atrae. ¡Ay, me gustan tanto los pájaros...!

Kathleen se retiró de la ventana, algo a regañadientes, y comenzó a servir el té.

—Los holandeses tienen un nombre muy desafortunado para ellos, *pestvogel*, los llaman. En la Edad Media creían que transmitían la peste.

—En aquellos tiempos, a tus vecinos no les haría ninguna gracia que les pusieras comederos.

—Ciertamente no.

Kathleen le pasó la taza de porcelana.

—Tienes leche y azúcar ahí —dijo.

—Gracias —respondió Stella—. Es muy amable por tu parte andar acogiendo a desamparados.

—No hay de qué —dijo Kathleen, mientras se preparaba su té.

—Me gusta la imagen del gorrión que vuela a través del granero —dijo Stella.

—¿Cuál?

—Creo que es la versión vikinga de los desamparados. Es la historia de un gorrión que, en mitad de una tormenta, se cuela volando en el salón de banquetes de un palacio, pero vuelve a salir por el otro lado. Entra por una puerta y sale por la otra.

—¿Y eso es todo?

—Es una metáfora de la vida.

—Pero la historia cuenta algo más que eso, seguramente.

—Es solo un resumen elegante —dijo Stella—. El fuego, la comida, la finitud... y cuanto más viejo te haces, más rápido pasa todo.

Ambas se concentraron un rato en sus tés.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? ¿Cómo puedo ayudarte? —preguntó Kathleen.

—Solo quería averiguar un poco más sobre este lugar, sobre esta orden. Saber algo más, quizá, sobre el tipo de vida que se lleva aquí. Es lo que le dije a la mujer de la oficina...

—Hennie.

—Eso, Hennie. Pero no estoy segura de si me entendió.

—¿Leche?

—No, gracias. Está bien así.

Stella se llevó la taza a los labios y sopló la superficie del líquido. Dio un sorbo, entrecerrando los ojos.

—¿Cómo de complicado es entrar en una organización así?

—¿Por qué quieres hacerlo?

—Estuve una vez aquí, hace treinta años, asistiendo a un congreso para profesores, y alguien me habló de la existencia de este lugar y de las beguinas. Me intrigó, pero en aquel momento no sentía ninguna urgencia.

—¿Y cuál es la urgencia ahora?

—El tiempo.

—Pero ¿para qué?

—Llevar una vida más valiosa, que sea a la vez espiritual y útil. —Stella se encogió de hombros—. ¿Cómo podemos hacer del mundo un lugar mejor? ¿Cómo hacer una contribución, aunque sea pequeña? A pesar de lo que la Iglesia piense sobre las mujeres.

—Una vez conocí a una monja maravillosa que decía que al último Concilio Vaticano solo habían asistido los obispos de la Iglesia, pero que al próximo asistirían los obispos con sus mujeres y, al siguiente, las obispas con sus maridos.

Stella se rio, mientras Kathleen se echaba hacia atrás en la silla, palmeando.

—Al menos, podemos aspirar a eso —dijo, ofreciendo el plato con galletas a Stella, que cogió una digestiva.

—Antaño, me gustaba mucho hacer sándwiches de mantequilla, apretarlos bien y ver cómo la mantequilla afloraba por los agujeritos.

—Ojalá yo hubiera sabido hacerlos.

Sus risas se fueron desvaneciendo. Kathleen mordió su galleta y se limpió los labios.

—Sé que no estás aquí por un capricho —dijo—. ¿Qué sabes sobre nosotras?

—No mucho. Me han contado algunas cosas y he leído algo en internet.

—Bueno, nos remontamos al siglo xii, un tiempo en el que todo el mundo era católico, incluidos los protestantes. Todo comenzó con un grupo de mujeres que rezaban y cuidaban enfermos. Luego, decidieron vivir juntas en una comunidad. No eran monjas exactamente, pues no hacían votos y eran mucho menos estrictas que otras órdenes, pero la regla «sin hombres» era sacrosanta, tenían que estar preparadas para vivir por su cuenta. No como anacoretas, no en el desierto, sino en el día a día.

—¿Y ahora? —preguntó Stella.

—Todo eso quedó atrás. La orden religiosa ya no existe, pero todavía hay unos cien apartamentos y, de vez en cuando, alguno queda libre. Todos tenemos que dejar este mundo en algún momento, y se producen vacantes.

—¿Y qué fue de las monjas?

—La última monja del Begijnhof murió en 1971.

—¿O sea, que yo tenía una idea equivocada?

—No sabría decirte —dijo Kathleen—. No sé de dónde vienes —añadió, y vaciló un poco antes de continuar—. Yo era monja en Irlanda, pertenecía a las Hermanas de la Misericordia, pero abandoné la orden y acabé aquí. Este lugar de transición, a medio camino, me viene mucho mejor.

Stella no supo bien qué decir. El silencio entre ambas se prolongó hasta hacerse embarazoso, así que finalmente preguntó:

—¿Y por qué lo dejaste?

—Oh, es una larga historia —dijo Kathleen, y sonrió.

Stella supo que no debía preguntar más.

—Y la mujer a la que voy a ver, ¿ella es vuestra...?

—Es más bien una suerte de agente inmobiliario...

—¿Qué clase de mujeres viven aquí, ahora?

—Cualquier mujer soltera que pueda permitírselo. Un buen conjunto de mujeres adineradas, a decir verdad. Mujeres de clase y tacón altos, aunque no se vean muchos tacones por aquí.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora.

—Yo también lo era. Una irlandesa en Escocia enseñando inglés.

—Yo soy una irlandesa en Holanda enseñando religiones comparadas y matemáticas. —Ambas soltaron una carcajada—. El colegio está a diez minutos de aquí. Los lunes trabajo desde casa, así que hemos tenido la suerte de coincidir.

—¿Puedo preguntarte...? —Stella vaciló—. ¿Sigues siendo practicante?

—Oh, sí. Mi religión es muy importante para mí. Es lo que me hizo venir aquí, en primer lugar. Fui educada por monjas en Waterford y la mayoría de ellas me caían bien. Pero, hoy en día, la parte espiritual es algo particular. Tener una capilla aquí al lado facilita las cosas.

—¿Y qué hay de la oración?

—Es algo enteramente particular también —respondió Kathleen, sonriendo—. El volumen, la duración, la intensidad.

—¿Entonces la sororidad es un producto de mi imaginación?

—No, la sororidad es muy real, y está formada por un grupo de gente estupenda, pero el aspecto religioso casi ha desaparecido.

—Me estoy quedando un poco alicaída —dijo Stella, sonriendo—. Como un viejo ampelis.

—Oh, pobrecita. Pero las mujeres aún pueden vivir aquí. Aunque la lista de espera es muy larga.

—¿Cómo de larga?

—De años, me temo. Puede que cinco, o más. Peor que en un club de golf. El único criterio de admisión es estar preparada para vivir sola. Y tener entre treinta y sesenta y cinco años. Bueno, y poder costeártelo.

Stella permaneció sentada largo rato, digiriendo aquella información. Apretó los labios y su rostro se ensombreció.

—Vaya, pues se acabó. Soy demasiado mayor.

—¿Tienes más de sesenta y cinco, de verdad? Pareces diez años más joven.

—En este preciso momento no me siento más joven, eso desde luego.

Stella no supo qué decir durante un buen rato.

—¿Hay algún otro lugar? —preguntó finalmente—. ¿Alguna organización similar?

—En Bélgica hay alguna. En Brujas. Pero no son hermanas, solo están las casas. Creo que se hicieron con ellas los benedictinos. Son una especie de okupas espirituales.

—¿Y en Gran Bretaña?

—No, que yo sepa.

—Encontrar unas beguinas que hablasen inglés, como tú, estaría muy bien.

—Las oraciones no necesitan traducción.

Stella sonrió.

—El otro inconveniente es que estoy casada —dijo.

—¿Hijos?

—Un chico, Michael, ya mayor. Y un nieto, Toby. Pero viven en Canadá.

—¿Vais a verlos alguna vez?

—Ah, sí. Fuimos a ver a Toby cuando cumplió un año.

—Seguro que fue precioso.

Stella asintió.

—Si hubiera habido un sitio libre aquí —dijo—, habría encontrado la manera de solucionar el asunto de mi marido. A nuestro matrimonio no le queda ya mucho recorrido.

—¿Estás segura de eso?

—El otro día leí en algún sitio que las parejas mayores tienen tendencia a discutir más entre ellas una vez los hijos abandonan el nido, porque de repente se encuentran con demasiado tiempo libre.

—No te tomes todo lo que te digo como algo oficial. Tal vez se pueda encontrar la manera. Los obstáculos a veces abren otras puertas. Habla con ella cuando venga. Aunque, obviamente, esto es algo que tienes que meditar bien.

—Sí. Supongo que son esa clase de cosas que una mantiene en un segundo plano de su vida y que nadie ve. Cuando rezas o vas a misa, las sacas fuera y las lustras, pero en realidad nadie sabe de ellas. Cuando volví de mi primer viaje a Ámsterdam, un domingo hicimos una excursión en coche, muy cerca de Glasgow, a una zona de colinas llamada los Campsies. En cierto modo, fue una casualidad, porque hizo un día muy bueno, algo muy poco frecuente en Escocia. Mi marido se quedó dormido en el prado y yo fui a dar un paseo. Antes, al pasar, había visto una iglesia pequeña y blanca al borde del camino. Resultó ser una congregación de monjas alemanas, y empecé a hablar con una de ellas, que estaba cambiando las flores del altar. Me contó que su movimiento, Schoenstatt, creo que lo llamó, estaba formado por personas corrientes que querían vivir su fe en el mundo moderno.

—Sí, sí, lo conozco.

—Yo le conté que acababa de volver de Ámsterdam y le hablé de este lugar en el que estamos. Ella lo conocía muy bien. Tenía una expresión encantadora y una disposición excelente a entablar conversación. Creo que charlamos casi una hora. Nunca la olvidaré. Cuando regresé, Gerry seguía

durmiendo. Ese día se quemó por el sol. Todo el lateral de la cara y también los empeines, porque había cometido la estupidez de quitarse los zapatos y los calcetines. Esa noche me sentí como María Magdalena, poniéndole crema en los pies.

Kathleen levantó la tetera e hizo el gesto de ir a servirle un poco más.

—No, gracias —dijo Stella—. Estoy segura de que tienes muchas más cosas que hacer que andar escuchando a gente como yo.

En ese momento sonó un teléfono y Kathleen cogió el móvil que reposaba sobre el aparador.

—*Hallo met Kathleen* —dijo, y comenzó a asentir mientras escuchaba, antes de colgar—. Era Astrid.

Stella la miró, sin entender muy bien qué le decía.

—Astrid Hoogendorp. Está en su oficina.

—Su Señoría.

Stella asintió y se puso de pie para estrechar la mano de Kathleen.

—Sea cual sea el resultado de esto, ha sido un enorme placer conocerte.

—Lo mismo digo —respondió Kathleen.

Stella siguió sosteniendo su mano.

—He sido yo la que ha estado haciendo un montón de preguntas, pero... —soltó la mano de Kathleen antes de continuar—. Resulta muy fácil hablar contigo. Y antes de marcharme me gustaría contarte algo sobre mí. Algo que he omitido.

Kathleen la invitó a tomar asiento de nuevo con un gesto de la mano.

—Gracias.

A Stella le costó arrancar. Las palabras estaban en su cabeza, pero no era capaz de transmitir las a su lengua. Su boca se abrió y se cerró. Sus ojos toparon con los de Kathleen, que sonreía, expectante.

—¿De qué se trata? —preguntó.

Stella cogió aire, pero no el suficiente para lo que sabía que venía a continuación.

—Sé que eres una desconocida, pero... en fin, hace mucho tiempo estuve implicada en algo, sufrí un accidente, e hice una promesa... —Stella bajó los ojos y se miró las manos—. Ya sabes lo vívidos que son los recuerdos cuando uno vive una situación extrema. Sucede algo en el

cerebro... algo químico que hace que ese momento sea imborrable. Pero nunca he sido capaz de cumplirla. La promesa que hice.

Stella se detuvo y la pausa se prolongó hasta que Kathleen intervino para tratar de ayudarla.

—¿Qué tipo de accidente?

—Estaba embarazada.

Kathleen siguió mirando a Stella, pero ahora había un aura de sorpresa en su rostro. Stella sonrió.

—No, no me refiero a esa clase de accidente —dijo, recomponiendo su gesto—. Ya estaba casada. Era nuestro primer verano juntos y yo estaba muy muy embarazada. —Kathleen la miraba fijamente, aguardando—. Me dispararon. En el estómago. Me quedé tirada en la calle y recé. Salva al niño que llevo dentro y me entregaré a ti el resto de mis días. Pero no lo hice. Y aquí estoy, a mi edad, tratando de pagar una deuda. Pero...

—Pero ¿qué ocurrió?

Kathleen tenía la boca abierta.

—Estábamos en Belfast, a principios de los setenta. Eso es lo que ocurrió. Alguien había preparado una emboscada a otra persona. Sea como fuere, yo me quedé tendida en la acera. Y la única oración que era ca paz de recordar era un Acto de Contrición. Pero no era eso lo que quería. Esa oración es para salvarse uno mismo y yo quería salvar a mi bebé. ¿Cómo podía conseguir que no muriera? Necesitaba un milagro.

Kathleen meneó la cabeza. Parecía haberse quedado sin palabras.

—En ese momento, no sabía si me había meado encima, si estaba rompiendo aguas o si solo sangraba. Pero no se trataba de las sensaciones físicas, sino de lo que yo me estaba diciendo a mí misma. De la oración. Del trato que estaba firmando. Señor, deja que mi hijo viva y estaré en deuda contigo el resto de mi vida. Y eso fue lo que sucedió.

Kathleen alargó las manos y tomó las de Stella en las suyas.

—Nunca había contado ni una sola palabra de esta... esta súplica a nadie. Ni siquiera a mi marido. A nadie. Parecía que la bala me había atravesado de lado a lado. Que había entrado por una puerta y salido por la otra.

—Pobrecita. Qué horror.

—Fue un milagro, si no el bebé tendría que haberse agachado para esquivar la bala. El único daño, me dijo el médico, fue que ya no podría volver a tener hijos. Michael es hijo único.

En lugar de decir algo, Kathleen apretó las manos de Stella.

—Salió en todos los periódicos irlandeses. No mi nombre, solo el suceso. «Mujer embarazada herida de bala, blablablá», esa clase de cosas. Pero cuando nos mudamos a Escocia, nadie parecía saberlo, y yo no hice ningún esfuerzo por contarlo, porque, si lo hubiera hecho, sería lo único de lo que la gente habría querido hablar. Así que se convirtió, si no en un secreto, sí en algo que jamás se mencionaba.

—Si no te encuentras bien... si quieres que baje contigo...

Stella suspiró y se recompuso.

—No, estoy bien. Lo que te he contado pasó hace mucho tiempo. Ahora soy una persona diferente.

Kathleen la ayudó a levantarse y la abrazó, palmeando su espalda encorvada. Ambas extendieron los brazos para mirarse, se abrazaron una vez más y Stella se marchó.

Stella fue la primera en advertir los tempranos copos de nieve que empezaban a caer en el exterior del hotel, antes de coger el taxi. Grandes copos surgidos de la oscuridad se posaban sobre su rostro y su abrigo. Tuvo que esquivar el bloque de hielo abandonado, que todavía seguía allí, como un bulto extraño atravesado en la entrada de la calle. Había un poco de nieve acumulada sobre él. Gerry lo empujó con la suela del zapato y el cubo se deslizó hacia un lado, despejando el camino hacia la puerta del taxi.

—Este viento te puede cortar en dos —dijo Stella.

—En tres —dijo Gerry—. Te puede cortar en tres.

A medida que el tren avanzaba por la parte de las vías expuesta a la intemperie, la nieve golpeaba las ventanillas en rachas horizontales. Luego, el tren se detuvo. Los copos de nieve se derritieron y se deslizaron hacia abajo, dejando un rastro húmedo tras de sí. Una o dos veces, Stella sorprendió a Gerry observándola. Parecía tener miedo a preguntar cómo había ido su reunión. El tren reanudó su marcha y transitó despacio por encima de una carretera. A la luz de las farolas, vieron que los techos de los coches estaban blancos. La nieve siguió cayendo durante todo el trayecto hasta el aeropuerto.

Gerry cogió la maleta grande, que emitía un ruido u otro dependiendo del tipo de patrón de Lego que tuviera el suelo de la estación allí por donde la arrastraba. Se había colgado la mochila de un hombro y caminaba encorvado hacia delante para compensar el peso. Stella lo seguía a poca distancia. Había muy poca gente.

Él la dejó pasar delante en las escaleras mecánicas y se quedó detrás, de pie, mientras subían hacia el vestíbulo. Stella parecía completamente absorta en el ascenso, su mano reposando sobre el pasamanos negro de goma. No se le daban muy bien aquellas operaciones. Su coordinación entre vista y manos

era mucho peor que la de Gerry y él solía colocarse detrás, en previsión de que ella pudiera tropezar. Cuando la escalera era de bajada, él se ponía delante. Una vez arriba, ella se hizo a un lado y Gerry la adelantó. La mirada de Stella, sin embargo, siguió fija en la escalera, mientras los escalones continuaban subiendo, uno detrás de otro, sin traer a nadie más consigo. Poseían un ritmo hipnótico, que inducía al trance y arrullaba como un péndulo. Gerry, por su parte, avanzaba como un galgo hacia la zona de facturación y tuvo que volverse para ver qué era lo que la retenía.

No había mucha cola, y comenzaron a escuchar voces y acentos familiares, a ver prendas y estilos que reconocían. Se miraron el uno al otro, arqueando un poco las cejas, en un gesto de reconocimiento que venía a confirmar que se encontraban entre los suyos otra vez. Una vez hubieron facturado y depositado la maleta grande, Gerry dijo: «No me vendría mal un trago».

A la primera oportunidad, Stella torció a la izquierda, hacia lo que parecía un pub británico, y se sentó. Gerry dejó la mochila en el banco, junto a ella.

—Agua con gas —dijo Stella.

Gerry fue a la barra y pidió. Stella permaneció sentada e inmóvil, oyendo el hilo musical sin ser muy consciente de lo que sonaba. «Blowin' in the Wind», seguida de «All Shook Up».

Gerry volvió a la mesa y le pasó su botella de agua y un vaso y luego apoyó su whisky.

—¿De dónde sacan estas canciones tan viejas? —dijo—. Son las cosas que solíamos bailar en Fruithill hace cincuenta años.

Stella estuvo de acuerdo. Gerry se sentó.

—Bueno, ¿cómo ha ido tu reunión?

—No quiero hablar de ello.

—¿Por qué no?

—Porque ha sido un completo fracaso.

—¿Y eso?

—Soy demasiado vieja —dijo ella—. Si quiero vivir como una religiosa, tendré que hacerlo yo sola.

—Habías planeado todo esto de antemano.

—Era algo que quería hacer —respondió Stella, muy bajito—. Tenía que investigarlo.

Se aclaró la garganta antes de seguir. Su voz estaba a punto de quebrarse. Explicó que la orden religiosa de aquel lugar era una cosa del pasado. Que había perdido ese tren. La última beguina había muerto en los años setenta, aunque había mujeres que seguían acudiendo allí para llevar una vida especial. Pero ella era demasiado mayor. Y eso era todo.

Empezó a sonar otra canción, «I Saw Mommy Kissing Santa Claus». A nadie parecía importarle que las navidades hubieran pasado hacía tiempo. Tal vez tuviera que ver con el hecho de que, al ser en un idioma extranjero, la canción no significaba nada. O a lo mejor era una cinta del barman. La voz, muy nasal, parecía americana.

—¿Crees que podremos despegar? —dijo ella.

Miró a su alrededor en busca de una ventana, pero no había ninguna.

—La cosa no está tan mal —dijo Gerry—. Solo lleva nevando una hora.

—Me sé de uno que ya está calentando motores—dijo Stella—. El cardenal de tu barbilla está cambiando de color.

—¿De qué a qué?

—De morado a negro.

—¿Nada de verde?

—Eso viene mucho después.

—Gracias. Así, quién necesita un espejo.

Gerry se llevó la mano a la barbilla y se palpó el cardenal como si fuera una barba.

—¿Recuerdas el día en el que comprendiste de qué iba en realidad esta canción?

—No —dijo ella—, aunque tengo que decir que generó una tensión considerable en mi casa. —Stella arrugó la cara—. Mamá siempre gritaba: «¡Apaga eso!». Y eso que ni siquiera sabíamos qué era el adulterio.

—Pero ahí está la gracia.

—¿En qué?

—En que no es adulterio. Es su marido.

—¿Santa Claus es su marido?

—Sí, lo que pasa es que se ha disfrazado por Nochebuena. Como una portada de revista americana: han colocado los regalos al pie del árbol y luego viene una pequeña y tierna escena de amor entre marido y mujer. Y se besan. Y el niño los ve.

—Estoy notando cómo me sonrojo. Nunca lo había visto así. ¡Yo creía tanto en Santa Claus...!

Gerry se rio.

—¿En serio?

—Sí. Y yo pensando de pequeña que era el verdadero Santa Claus —dijo Stella, y dio un sorbo a su vaso de agua—. ¿Cuántos años tendríamos entonces?

—Sabe Dios —dijo Gerry, apurando la copa—. Sería a principios de los cincuenta.

Gerry volvió a la barra y se pidió otro whisky doble. Se quejó a Stella de lo caro que era allí, en el aeropuerto, y cogió su mochila.

—Escucha —dijo.

Sacudió la mochila hacia arriba y hacia abajo. Se oyó un sonido líquido. Stella meneó la cabeza.

—No oigo nada.

—Es el amigo del viajero. Calculé mal. Compré demasiado suministro.

—No te dejarán pasar eso por el control de seguridad.

Gerry se encogió de hombros.

—Deberías haberlo guardado en la maleta —añadió ella—, envuelto en tu pijama *noir*. Te lo confiscarán.

—No les daré la oportunidad.

Se giró para localizar al barman: estaba sirviendo a una familia que acababa de entrar. Sacó la bolsa del *duty free* y, sin extraer la botella, se sirvió un trago sustancioso.

—De ningún modo voy a permitir que alguien de uniforme vacíe esto por el desagüe —dijo.

—¿Así que lo vas a vaciar todo dentro de ti?

—Exactamente. Una vez me tocó detrás de un tipo al que le tiraron una botella entera de vodka. Y, justo a continuación, un tarro de mermelada. Buf.

—Lo siento por la mermelada —dijo Stella, y señaló la bolsa de Gerry con la cabeza—. ¿Cuánto queda?

—El culo de la botella.

Stella frunció el ceño. Aquello no era buena idea. Gerry miró hacia la barra. El barman, vestido con chaleco, había servido a la familia y estaba colocando vasos en los estantes, dándoles la espalda. Gerry se levantó, se acercó hasta él y pidió un vaso de «agua». Lo dijo dos veces, y el camarero le preguntó en inglés si lo que quería era agua. Gerry asintió. Automáticamente, el barman puso hielo en el vaso y lo llenó con agua del grifo. Gerry lo habría preferido sin hielo, pero como era gratis y un favor, no dijo nada. Regresó con el vaso repiqueteante. Bajo la mesa, y fuera de la vista del camarero, diluyó su whisky.

Stella llevaba con los dedos el ritmo de «Mr. Tambourine Man», de Dylan, hasta que la música cambió a «I Believe in Angels», de ABBA. Gerry apretó el nudo de la bolsa alrededor del cuello de la botella.

—¿Qué le pasa a esta agua? —dijo Stella—. No me la voy a beber toda.

—Odio el agua con gas. Parece champán para pobres. O el liquidillo que dejan las bolsas de basura.

El barman miró a Gerry y él tapó el vaso con la mano para que no se viera el whisky.

—Pinchan estas canciones en toda Europa —dijo él—. Sobre todo, en los países excomunistas.

—Se están poniendo al día —dijo Stella—. Se perdieron las mejores cuando sonaron por primera vez. Esas canciones ya forman parte de nuestro cerebro. El camarero te está mirando.

—Se ve que no le gusta nada el autoservicio —dijo Gerry—. Vámonos.

Se bebió el vaso, luego bajó la botella al suelo, se la puso entre las piernas y desenroscó el tapón. Trató de verter agua en ella. Algunos de los hielos chocaron con la boca de la botella y cayeron con estrépito dentro de la bolsa de plástico.

Al levantarse, con esfuerzo, Stella se inclinó sobre la mesa y pudo ver el contenido de la bolsa.

—¿El culo de la botella? —dijo—. ¿Desde cuándo el culo de la botella es el pecho de la botella?

—¿Estás husmeando en mi bolsa?

—Gerry, tengamos la fiesta en paz.

—Durante nuestra estancia en el hotel fui muy abstemio. Deberías estar orgullosa de mí.

—¿Por qué tienes que hacer esto, de todas formas?

—Porque no me gusta el whisky a palo seco. —Su tono mostraba exasperación y se giró para completar la operación al abrigo de la mirada de Stella—. El agua hace que no me quemé el puto estómago.

Ella se puso de pie, metió su botella de agua en el bolso y se alejó. Dado el humor de Gerry, no quería ir a la puerta de embarque. No quería estar sola con él y tampoco sentarse con más gente en una fila de asientos. En aquella zona, al menos, podían estar cada uno a su aire.

—Primero, encontremos un campamento base —dijo.

Caminaron hasta que dieron con media docena de asientos vacíos en un pasillo. Eran de cuero negro y acero inoxidable y miraban hacia el exterior, hacia la noche. Stella los rodeó para ponerse del lado de la ventana y se sentó.

—Aquí es perfecto —dijo.

Fuera, la ventisca seguía barriendo el aeropuerto. Stella contempló hipnotizada su azote implacable, sobre todo perceptible en los halos que proyectaban los focos, más definidos cuanto más próximos. A la luz de las lámparas de sodio, la nevisca se tornaba amarillenta; a la de las farolas ordinarias, adquiriría un tono blanquiazulado. Más allá de la luz, sin embargo, parecía no existir la nieve, tan solo una oscuridad de un negro como de terciopelo. Salvo justo enfrente de la ventana, que daba a la zona de estacionamiento. Las colas, los cuerpos de los aparatos y las alas oblicuas se iban tornando indistintas a medida que se alejaban. Luego, la tormenta se tomó un respiro, el viento amainó y grandes copos de nieve ascendieron de nuevo en la noche al socaire de la ventana. Stella se sorprendió fijando la atención en un copo en particular, uno pequeño, y siguiendo su progreso con la mirada. Elevándose, flotando, sumido en un remolino ascendente hasta acabar hundiéndose entre otros muchos. Titubeando. Luego, cuando aquel copo desaparecía de su radar, escogía otro y lo observaba deseando que

sobreviviera en su trayecto tanto como fuera posible. Gerry dejó la mochila en el suelo y se sentó, a varios metros de ella.

—Me encanta el poema de Hardy, el que dice «Cada rama, rebosante de nieve, bajo su peso cada brote doblado».

—Muy *Hardy*, muy resistente, es lo que hay ser para salir ahí fuera ahora mismo.

—Pero es tan bonito... —dijo ella—. Nieve sobre nieve. Como en el villancico.

Stella escuchó el sonido cortante del tapón de metal al ser desenroscado, seguido por el del avance del líquido mientras Gerry bebía; al terminar, hizo un característico ruido con los labios, antes de cerrar de nuevo la botella, con el mismo sonido cortante. Stella no tenía necesidad de volverse para verlo porque podía contemplar su reflejo en la ventana, justo enfrente. Le daba la sensación de estar figoneando, como si fuera una detective, observando los acontecimientos en un espejo doble. A través de él, podía ver también el movimiento incesante de la nieve, la velocidad de sus diferentes capas. Gerry ni siquiera se molestó en guardar de nuevo la botella en la mochila. Siguió sosteniéndola en la mano, completamente expuesta, fuera de la bolsa del *duty free*.

—Le he quitado las medias —dijo él.

—Estás babeando.

Gerry miró el charco que se había formado a sus pies. Procedía de la bolsa del *duty free*.

—Solo es hielo derretido.

—Cuidado, Gerry —dijo Stella—. A veces no dejan subir a los borrachos.

—¿Quiénes?

—Las compañías aéreas. Se reservan el derecho a dejarte en tierra.

—¿Quién está borracho? Simplemente, no me gusta que se desperdicien las cosas.

—¿Tal vez deberíamos ir ya al control de seguridad? —preguntó ella—. ¿Y acabar con esto?

—¿Por qué crees que estoy aquí sentado, intentando terminarme el culo de la botella?

—Cada vez queda más.

—Es porque lo he mezclado con agua. Estoy decidido a beberme la parte que le toca al de seguridad. Iremos para allá cuando ya no tengan nada que quitarme.

—Te estás haciendo daño.

—Como si te importara.

—¿Perdona?

—Ya me has oído.

Stella lo miró fijamente durante largo rato.

—¿Qué pasa si despego solita y te dejo aquí? —preguntó—. ¿Me culparías por ello?

Gerry meneó la cabeza.

—No.

—Si pudieras verte a ti mismo... Con lo amable y considerado que solías ser. ¿Qué te ha pasado? Eres puro apetito.

—«No malgastes y no deseases...» —dijo Gerry.

Se movió con torpeza por los asientos para acercarse a ella. Trató de coger su mano, pero Stella la apartó y se puso de pie.

—Me voy a dar una vuelta —dijo.

—Esa manera de hablar... me asusta.

Stella se colgó al hombro su bolso de cuero y echó a andar como lo hace una mujer que llega tarde al trabajo. Algunas veces, Gerry sobrepasaba todos los límites. En la distancia, vio la luz de aviso de uno de los carritos de transporte del aeropuerto. La alarma se parecía mucho al canto de un pájaro, en concreto al del guion de codornices. El sonido fue creciendo en volumen a medida que el carrito se aproximaba, sus neumáticos avanzando silenciosos sobre el suelo. El conductor era un indio sij, con turbante y uniforme azul marino. Stella miró a los pasajeros del vehículo: cuatro ancianos con bastones, dos hombres calvos y dos mujeres con su pelo cano recién peinado para las vacaciones. Parecía darles pudor lo mucho que llamaba la atención su peculiar transporte. No estamos tan mal todavía, pensó Stella, todavía

podemos autopropulsarnos y usar nuestras dos patitas. Miró un cartel indicativo y siguió la flecha para llegar al aseo.

En el baño de señoras, le sorprendió encontrar un cubículo vacío; entró y echó el pestillo. Desenrolló una buena tira de papel higiénico del dispensador, limpió la taza del retrete, se preparó y se sentó. Colocó los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Pasados unos momentos, empezó a llorar. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Lloró en silencio, por miedo a que alguna de las mujeres que estaban en los retretes contiguos la oyera y le preguntara si podía ayudarlo. No podían. Qué necia había sido alimentando aquel sueño. Porque un sueño es lo que había sido, al fin y al cabo. Tenía que haber tenido más sentido común. A su edad. El intento de reparar la deuda espiritual había fallado. Sabía que la única forma de mejorar el mundo, sin ser condescendiente con nadie, era mejorar primero ella misma. Ser un receptáculo de amor, sin sentirse digna de él. Había un poema de Raymond Carver titulado «Fragmento tardío». Él también tenía problemas con la bebida, pero había logrado sobreponerse a su adicción al final, antes de morir. El pequeño poema empezaba con una pregunta: «¿Y conseguiste lo que querías de esta vida?». Un asentimiento con la cabeza: sí. ¿Y qué era? «Considerarme amado, sentirme amado en la tierra.» Pero Stella no quería tanto ser amada por otra persona como serlo por algo muchísimo más grande. Y, al mismo tiempo, serlo con discreción; incluso cuando se ponía un poco de maquillaje por las mañanas. Habría odiado tener que dejar de hacer eso, era un pequeño hábito. Mera acuarela. Su sueño se había derrumbado. La mujer con la que se había entrevistado aquella mañana —la persona que estaba al cargo, Astrid Hoogendorp— había sido muy franca y hablaba un inglés muy funcional. Todo lo que le había dicho coincidía con lo que le había contado Kathleen. Al parecer, ya no existía una orden religiosa como tal. Había una comunidad de mujeres que vivían vidas independientes, útiles y felices. Todo bien, excepto... Excepto. Excepto. Excepto por la edad de Stella. Era demasiado mayor. No demasiado mayor para ser religiosa, sino para formar parte de la organización. Stella se había mordido el labio. No le había contado nada sobre lo que le había sucedido en Belfast. Era todo demasiado complicado y aquella mujer no poseía la calidez de Kathleen. Astrid Hoogendorp la había mirado por encima de las gafas y había puesto cara de

simpatía. Tenemos reglas por buenas razones, era lo que le estaba diciendo en realidad. Y Stella había asentido. Y por lo que respectaba a la lista de espera para conseguir un simple alojamiento, por decirlo claramente, cuando la ocasión se presentase, era muy probable que Stella ya estuviese muerta. De hecho, sintió que quería morir allí mismo, en ese instante. Todas sus esperanzas se habían esfumado. A pesar de la expresión de simpatía de la directora, se había sentido un poco como una colegiala que recibe una reprimenda. Me estás haciendo perder el tiempo y tienes un agujero en el codo de la gabardina. Además, hoy en día, prosiguió la mujer, se trataba más de una transacción inmobiliaria que de una propiamente espiritual. Oferta y demanda. Stella se había encogido un poco al escuchar la palabra «inmobiliaria». ¿Podía haber tantas mujeres en una posición similar? Viudas, mujeres maltratadas, mujeres necesitadas de una habitación propia, mujeres con inclinación a llevar una vida seria, que deseaban practicar una vida devota y alejarse del mundo para acercarse a la santidad. Stella quería vivir una vida acorde con su catolicismo. De él procedían su bondad, si es que tenía alguna, su generosidad y su sentido de la justicia. Y su humildad, no podía olvidar la humildad. El catolicismo era la fuente de sus células madre espirituales. Podían transformarse en todo aquello que su ser espiritual requiriera. En herramientas para lidiar con dificultades, como las que suponía un sacerdocio que, con frecuencia, producía monstruos, controladores derechistas y pervertidos. De hecho, hubo un momento en el que todos los que estaban al cargo de instituciones que trabajaban con niños parecían pedófilos de cuello fino. Y aquellos que estaban a cargo de los pedófilos y lucían cuellos más gruesos cubrían a los primeros para salvaguardar el honor de la Santa Madre Iglesia. Pero Stella creía que era una gran institución, y buena. Era algo que había aprendido desde la cuna, de su madre y de su padre, de su sentido de serena resignación y su habilidad para absorber y distribuir amor. Ella quería una Iglesia que fuera racional, bondadosa, amantísima, devota de los ritos y centrada en Cristo. Una Iglesia que, en algún momento, admitiera mujeres en su seno, aunque sabía que no había ninguna esperanza de que ella llegara a ver eso. Una Iglesia que no se inmiscuyera ni interfiriera en el ámbito sexual, pues todo lo que fuera consensuado debía estar libre de pecado. Una religión que rezara, que tuviera

rituales bellos y gratificantes, como la Semana Santa. Una fe que se preocupara por los demás y les beneficiara. Una religión de valores, siempre lista para ayudar, que luchara por atender a los otros y a sus necesidades de mil maneras cada día. La fe de Stella procedía de su corazón humano, más que de su cabeza. Y ahora, la sustancia misma de todo aquello que había anhelado había quedado reducida a nada.

Dejar a Gerry parecía imposible. Las cosas seguirían como siempre. ¿Cómo podía cambiarse una vida a esa edad? Stella conocía a mucha gente que se había separado, parejas a las que ella había considerado perfectamente bien avenidas. Aunque eso carecía de importancia, pues nadie podía fisgar en los entresijos de una relación —ni siquiera durante uno o dos días— y saber la verdad. Ella había llegado a asistir a fiestas de separación, con los niños, ahora adultos, yendo de un lado para otro ofreciendo patatas fritas y cacahuetes y rellenando los vasos de los invitados, mientras estos charlaban nerviosamente. Los únicos que estaban cómodos eran los miembros de la expareja. El resto era presa del pavor, todo el mundo horrorizado ante la posibilidad de decir algo inconveniente y meter la pata. Hasta que el alcohol comenzaba a hacer efecto, claro.

¿Dónde viviría ella? ¿Dónde viviría Gerry? ¿Cómo se lo diría a su hijo? Aunque todas estas cuestiones habían parecido insuperables en cierto momento, ahora, con Gerry bebiendo semejantes cantidades, tomar la determinación parecía posible. Tal vez no pudiera unirse a una organización, pero sí podía vivir por su cuenta. Podían vender su casa y comprarse dos apartamentos pequeños. El suyo, con jardín. Gerry tendría que deshacerse de todos esos libros y discos compactos y prepararse él mismo la cena. No le vendría mal buscar algo cerca de los grandes almacenes de Marks & Spencer. Pero allí estaba ella, una vez más, solucionándole la vida. Tratando de cuidar de él.

Stella inspiró y se dio cuenta de que ya no estaba llorando. Aprovechando que estaba allí, decidió dar uso al retrete. Desenrolló otro trozo de papel higiénico y se sonó la nariz. Por un momento, pensó que podía deshidratarse, haciendo pis y llorando a la vez, y aquella ocurrencia le hizo

sonreír. Tal vez también había que tener en cuenta lo de sonarse los mocos. Era otra vía de fuga. La última vez que había llorado había sido durante la misa del gallo, en la iglesia, con Gerry. Otra más de esas y tendría que empezar a tirar del tanque de lágrimas de reserva. Padecer el síndrome del ojo seco no impedía llorar, pero no ayudaba nada, pues la composición de la lágrima no era la adecuada. No había suficiente lubricación, había dicho el oculista. Proporciones incorrectas de agua, aceite y moco. Muy acuosas, demasiado.

Miró hacia abajo y se vio dos marcas rojas y redondeadas en los muslos. Le recordaron a las mejillas de su muñeca de trapo Raggedy Ann. Perfectamente redondas, perfectamente rojas. Por un momento, se preguntó qué clase de enfermedad había contraído. En un país extranjero. También le sorprendió lo delgados que parecían sus muslos. Luego se dio cuenta de que eran las marcas que habían dejado sus codos mientras lloraba, con la cabeza apoyada en las manos.

Resultaba asombroso. Allí estaba, llorando por ser demasiado vieja y recordando cosas de su infancia. En casa tenía un tubo de cartón con su título de secundaria dentro. La sección agrupada bajo el encabezado «Aprobado con distinción» estaba llena hasta los topes de asignaturas. Por el amor de Dios, era una pensionista. ¿Por qué de repente toda su vida se veía comprimida de aquel modo? También recordaba haber guardado en un álbum de fotos de Michael cuando era bebé una tarjeta con su peso en libras y onzas, acompañada de una pulsera identificativa. Un solo pensamiento podía hacerla retroceder sesenta años en un instante. Y, sin embargo, había también lagunas tan grandes, periodos de los que no lograba emerger a la superficie ningún recuerdo. ¿Adónde habían volado? Rezó por que no volaran todos a la vez, de súbito, como las palomas de la plaza, dejándola vacía y chocha. Deseaba que la palmada de sus años acumulados no ahuyentara cada uno de los pensamientos que había llegado a tener a lo largo de su vida. Había sido testigo de lo que les había sucedido a su madre y a su abuela en su vejez. Esa era una de las razones por las que mantenía su estricto régimen de crucigramas: para mantener el cerebro en forma. Esas cosas parecían ser hereditarias. ¿Cómo sería haber logrado evitar todas las enfermedades graves a lo largo de la vida solo para acabar mirando a la pared, sin saber quién eres?

Sortear todos los obstáculos para acabar completamente en blanco. Y luego fundir al negro, con un apagón. Y después, nada. Sin todo. A Gerry le estaba empezando a pasar también, y no solo con algunas palabras, sino con conversaciones enteras. Podía preguntarle a Stella, una y otra vez, «¿Qué hay de cena esta noche?», y, una y otra vez, ella se lo repetía. Y, aun así, él se olvidaba. Podía quedarse totalmente absorto en lo que estuviera haciendo y olvidarse de que tenían que ir a una recepción al ayuntamiento, o a algún otro lado. Stella aparecía de repente en la puerta del estudio, vestida con sus mejores galas, y Gerry levantaba la mirada de lo que estuviera leyendo con la expresión de un animal sobresaltado al que hubieran sorprendido bebiendo en un abrevadero. De modo que luego hacía acto de presencia entre sus colegas arquitectos sin afeitarse y zafiamente vestido, el cuello de su abrigo azul marino salpicado de caspa. «Tienes suerte, la barbita de dos días está de moda —le susurraba ella—, aunque a mí no me gusta.» Con todo, en esa clase de recepciones, nunca tenía que controlarlo con la bebida, pues él era siempre lo suficientemente responsable. Sabía que no podía ponerse en ridículo hasta el punto de que no se le entendiera al hablar o de tambalearse. De hecho, en todos esos años, eran contadas las ocasiones en las que Stella lo había visto borracho. Pero Gerry había pasado una vida entera socializando de aquella manera, así que sabía cómo hacerlo. Engullía tantos canapés como podía, para absorber mejor el alcohol, y bebía cada poco un vaso de agua para bajarlo mejor. Se comedía con el tinto, a no ser que fuera muy bueno. Ella no bebía mucho, pero sabía reconocer un buen vino cuando lo probaba, si bien rara vez servían vino bueno en los saraos municipales. Stella odiaba los escupitajos color azul marino al lavarse los dientes antes de irse a la cama tras esos festejos. Gerry había admitido una vez, con unas cuantas copas encima, que mientras supiera que en casa había una botella de Jameson esperándolo, todo estaba bien. «Solo por si me entran ganas.» Necesitaba esa sensación de seguridad. Por eso, cuando estaban de vacaciones, el amigo del viajero debía estar siempre a mano.

¿Qué estaba haciendo? ¿Repasar su vida sentada en un retrete? La vocación que había imaginado para ella había comenzado como una mera posibilidad. Algo que debía investigar. Y, entre tanto, había tomado atajos, hecho asunciones, rezado oraciones y soñado despierta solo para terminar

descubriendo que su ambición de convertirse en una persona con un propósito había fracasado. Seguía en el mismo punto en el que se encontraba en casa, cuando se había decidido a arrancar, tres días antes. ¿O eran cuatro? Tras la reunión de aquella mañana, sus planes se habían evaporado. Tendría que encontrar otro lugar al que ir. Otro santuario. Al menos si la vida con Gerry seguía condicionada por la botella de aquella manera. Haciendo resonar el dispensador, tiró del final del rollo de papel y se sonó de nuevo. Luego arrojó el papel en el inodoro, por detrás de ella. Suspiró y se puso en pie, comprobando que tenía un aspecto decente y que todo estaba en su sitio. Activó la cisterna con un solo gesto de la mano y el mundo volvió a caer de nuevo sobre ella. El lugar se llenó con el ruido de las cisternas, las puertas y los pestillos que se cerraban de golpe, los grifos abiertos y el rugido de los secadores.

Cuando Stella desapareció de su ángulo de visión, Gerry dejó caer la cabeza hacia atrás y escrutó el techo cavernoso del aeropuerto. Ella parecía molesta y eso no le pegaba nada. Aquella era una sala de espera más. Pero las circunstancias eran muy diferentes. ¿Cuánto hacía? La edad de Michael podía ayudar a responder la pregunta: hacía cuarenta y dos años. Gerry había pasado la mayor parte del día y de la noche en una sala de espera en Belfast. Con el estómago cerrado como un puño. ¿Cuántos cigarrillos tuvo que fumarse para soltar un poco aquella tensión? Encendió otro con manos trémulas y arrugó el paquete. Caminó hacia la papelería, lo tiró y volvió a su asiento. Le había dicho a la dama voluntaria, a Mavis, que iba un momento a la tienda del hospital. Ella se ofreció a ir en su lugar, ¿qué era lo que necesitaba? Y justo mientras hablaban, llegó un aviso de la enfermera jefa comunicando que podría ver a su mujer una hora después en la uci. La visita debía ser muy corta, no más de unos minutos. La enfermera jefa instruyó a Mavis para que instara al señor Gilmore a concluir la visita cuando fuera preciso.

Mavis se ofreció a acompañarlo a la tienda. Gerry compró un paquete de veinte Benson & Hedges. Su dama voluntaria particular se quedó fuera, discretamente, paseando arriba y abajo por el pasillo con las manos a la

espalda. Gerry pensó en lo atenta y lo considerada que era. Arrancó el celofán del paquete y encendió un cigarrillo. Su instinto quiso sonreír a la chica que lo atendía, pero su rostro se negó a hacerlo. Los titulares de los periódicos no tenían nada que ver con él ni con su vida. Estaban los sucesos públicos y estaban las tragedias particulares. Permaneció un rato mirando la selección de flores. Semejante variedad en mitad del verano, semejante explosión de color. Claveles. A Stella le gustaban mucho los claveles. Los había rojos y blancos. Dadas las circunstancias, compró un ramo de los blancos y pidió a la chica que los envolviera. Cuando la operación concluyó, había gotas de agua sobre el mostrador. El papel del envoltorio era muy sencillo, de color marrón, y se oscureció al humedecerse. Gerry pagó y la chica le entregó el ramo diciéndole lo mucho que le gustaba cómo olía. Él contempló las flores, sus intrincadas almenas, su blancura. Luego miró el reloj. El tiempo pasaba despacio. Supuso que había muchas cosas que hacer antes de que lo dejaran pasar a cuidados intensivos. Desde que había llegado al hospital, le temblaban las rodillas. No eran espasmos, sino una suerte de temblor infinitesimal, semejante a la frecuencia de un diapasón. Dependía de la pierna sobre la que ejerciera más presión, y era una especie de escalofrío, como si un frío intenso lo recorriera por dentro. Como si las piernas fueran a fallarle en cualquier momento y fueran a tener que ingresarlo sin molestarse en hacer el trayecto hasta el hospital. El blanco de los claveles no era una ausencia de color, un color drenado, sino un color intenso en sí mismo, vívido y puro. Un blanco resplandeciente y reflectante. Escuchó lo que le decía la chica y se llevó las flores a la nariz para olerlas. Sí, son preciosas, dijo, o algo parecido. Le recordaron a los ojales de su boda.

Mavis puso mala cara cuando Gerry volvió al pasillo. En la uci no les gustan mucho las flores, le dijo. Él tiró su cigarrillo en un cenicero próximo. Mavis miró su reloj y sugirió que regresaran a la sala de espera. Era un reloj de enfermera, de los que se cuelgan en la solapa de la bata, pero Gerry pensó que no era el momento de interesarse por aquello. Más tarde, ella le contó que era una enfermera jubilada. Tal vez aquello explicara lo del extraño reloj. Gerry le ofreció las flores a ella. Mavis las aceptó y, durante largo rato, permaneció sentada con el ramo acunado entre sus brazos. Dijo que les buscaría un buen hogar. Alguien estaría encantado de recibir las. Él deseaba

que se marchara, en parte también por el olor de los claveles, pues sentía que el lugar comenzaba a impregnarse de su dulzura. Como si pudiera leerle la mente, Mavis le preguntó si le importaba que se ausentara para ocuparse de otro asunto que había surgido. Estaría de vuelta a tiempo para mostrarle adónde tenía que ir. Gerry se sentó mirándose los pies. No podía dejar de escuchar lo que estaba pasando a su alrededor. Miraba el reloj con demasiada frecuencia, pero tampoco podía evitar hacerlo.

Transcurrido un tiempo, Mavis regresó, gracias a Dios, sin las flores. Fue con Gerry hasta el ascensor y lo llamó. Tardó años en llegar. Una vez dentro, Mavis pulsó el botón del piso al que iban. Había otras dos personas dentro. Alguien se las había apañado para garrapatear una pintada en la parte trasera de la puerta. Aunque las otras dos personas iban juntas, no hablaron entre ellas. Ambas se bajaron en el tercer piso. No había espejos. Aquello no era un hotel. Gerry intentó rezar, pero no fue capaz de hacerlo, porque ya no creía. La oración era solo un deseo intenso. Que Stella sobreviviera. Que no la hubieran dañado. Las puertas se abrieron y, una vez fuera, sintió menos claustrofobia y pudo respirar de nuevo. ¿Qué es lo que iba a ver? Al entrar en la unidad de cuidados intensivos, se lavaron las manos. Una sustancia jabonosa que se evaporaba al enfriarse. Gerry permaneció de pie, con las manos a la espalda, la derecha agarrando su muñeca izquierda. La enfermera jefa volvió a insistir en que la visita debía ser corta. De un minuto o dos como mucho, a riesgo de sonar brusca. Y Gerry tenía que recordar que Stella acaba de salir de la anestesia. Después podría hablar con los médicos.

La cama parecía grande y muy alta, como una especie de altar cubierto. Había tubos y monitores, goteros y catéteres por todas partes. Pero, en mitad de todo ello, estaba el rostro de Stella. Sus ojos cerrados. Gerry la llamó por su nombre. Luego pronunció el suyo propio, por si ella no reconocía su voz. Se acercó hasta el lateral de la cama y la cogió de la mano. Había algo parecido a una pinza de ropa adherido a sus dedos. Le estrechó la mano lo mejor que pudo.

—Te quiero —le dijo.

Se levantó y contempló la nieve cayendo más allá de su propio reflejo en el cristal de la ventana. Debía de ser una ventana doble, porque había dos imágenes superpuestas. Ver doble. Los borrachos solo veían doble en los dibujos animados. Trató de mirarse el cardenal de la barbilla en el reflejo, pero el movimiento de la nieve y los destellos de las luces de los aviones lo hacía complicado. El moratón era demasiado pequeño y tenía el color incorrecto. Habían pasado por una tienda de camino hacia aquella fila de asientos. Era muy probable que vendieran espejos. Antes de salir del hotel, se había mirado en el del vestíbulo, pero no se había fijado en el color. De ninguna manera se iba a chupar ahora el recorrido de vuelta hasta la tienda solo para ver un poco de púrpura y de negro. Cargando con dos bultos, además, con su mochila y con la maleta de mano de Stella. Y bastaba que dejara el equipaje desatendido para que hicieran un anuncio por megafonía y, antes de que pudieran darse cuenta, sus cosas volaran en mil pedazos. Así que se sentó de nuevo. El whisky había empezado a hablarle, murmurando placenteramente en sus oídos. Se sintió bien y extendió la palma de sus manos a ambos lados. Aquellas sillas eran obra de algún pobre imitador de Marcel Breuer. Tubos de acero y cuero negro. Rascó un poco la cubierta negra con la uña del pulgar y miró de cerca. La marca que había dejado desapareció enseguida. Sintético. De cuero, nada. Como la carne humana, el cuero habría retenido por más tiempo la marca de su uña.

Todavía quedaba algo en la botella. Parecía el último trago. Se negó el placer durante un rato más. Después recordó que se había comprado un CD. Rebuscó en la mochila y lo sacó. *Las siete últimas palabras de Cristo en la cruz*. El pequeño disco brillante le devolvió la mirada desde abajo. Lo sacó de la funda, le dio la vuelta y lo sostuvo frente a su barbilla. Aquello tenía mala pinta, e iba a peor. Stella llevaba razón en lo del color. Pudo ver por sí mismo la oscuridad sanguinolenta. ¿Qué plato podía ser aquel? Berenjena con fresas. Pero ¿qué pasaba con las natillas? ¿Cuándo se ponía amarillo un cardenal? Más tarde. Las natillas eran para el postre. Al mirarse, se dio cuenta de que había un agujero en el centro de su reflejo. No un alma, nada semejante, pues

tal cosa no existía. Volvió a colocar el disco en su funda y lo guardó en la mochila. *Las siete palabras cruzadas de Cristo en la última...* Mierda, ya estaba borracho, estaba mezclando las palabras. ¿O era culpa de la edad, tal vez? Empezaba a chochear. Se había hecho viejo. Trató de imaginárselo, de ponerse en el caso de que esas palabras desordenadas fueran correctas. Si Stella fuera a morir pronto y solo le quedaran una semana y un crucigrama por hacer... *Las siete palabras cruzadas...* Tenía que intentar acordarse de aquello y contárselo. Seguro que se reiría. Tenía que aplacarla, que apaciguarla. Aquella última mirada que le había echado antes de largarse había sido terrible.

«Palabras cruzadas» podía significar también «palabras cabreadas». Se requerían siete. Cuando era niño, en el camino al colegio, Gerry pasaba siempre por delante del escaparate de un zapatero donde había una marioneta eléctrica que martilleaba incesantemente el último clavo, durante todo el día, cada día. Gerry llegó a odiarla. Golpecitos lentos —tap, tap, tap—. «Anda y que te den, hijo puta.» Gerry no podía parar de reír. A esto se refería con lo del alcohol y el ingenio. Vaya si se sentía bien. Contó las palabras con los dedos. «Anda y que te den, hijo puta.» Ahí había siete palabras. Pero le surgió una duda técnica: ¿«hijoputa» contaba como una palabra o como dos? Cerró el puño y volvió a contar, sacando los dedos uno a uno. Definitivamente, eran siete palabras. Empezó a reírse y a gesticular como si clavara clavos en una bota —tap, tap, tap—. Se reía tanto que tuvo que secarse las lágrimas con un pañuelo.

Habían sido unas vacaciones muy buenas. Los dos solos. Stella había estado muy calladita, no había abierto mucho el pico, salvo el día anterior y ese. Y eso no era propio de ella. Gerry debería preguntarle. Si alguien sabía qué le pasaba a Stella, era Stella. Ella siempre lo sabía todo. Hasta la última puta cosa. Y él la admiraba mucho por eso. Siempre había considerado que la admiración era parte esencial del amor. Decía que Stella podía haber sido primera ministra o papisa, aunque uno de esos puestos no estuviera disponible para ella. Stella tenía una caja de lata de bombones Quality Street —llena hasta los topes— con una etiqueta en la que podía leerse, escrito con su letra inconfundible: «Llaves de origen desconocido». Gerry amaba su optimismo: llaves guardadas en caso de que algún día aparecieran las cerradu

ras correctas. También tenía platitos decorativos llenos de cosas cuyo uso él había olvidado hacía mucho: una especie de clavijas de plástico negro, unos pequeños tornillos doblados, un cortaúñas, cabos de lápices sin afilar, dados, pinzas, *crackers* navideños, pequeños frascos redondos de bálsamo labial, limas de uñas, una pelota de pimpón, medio trozo de tiza, incontables horquillas... y sabe Dios qué más. ¿Qué clase de cosas sabía ella? Las categorías no tenían fin. Tampoco los títulos que él le atribuía, en Gerontología y Odontología, en Filosofía e Historia, además de los doctorados que ostentaba en Teología y Embriología y en diseños de papel de pared de William Morris. Stella sabía que las letanías que se recitaban tras el Rosario, en la Bendición, se llamaban Letanías de la Santísima Virgen María. Sabía que el padre del verdugo inglés Albert Pierrepoint también había sido verdugo; que «farináceo» significaba «harinoso» cuando se aplicaba a las patatas, pero que el lenguaje florido no podía ser descrito como tal, como farináceo. Aunque nunca había padecido laberintitis, Stella sabía que era una enfermedad que fulminaba a mujeres de mediana edad y las hacía andar a gatas, presa de mareos y náuseas. Si ella hubiera sufrido algún ataque alguna vez, se sabía de memoria todas las líneas de autobús de la ciudad de Glasgow que la dejaban en casa o cerca de casa —el 66, el 20, el 11, el 59, el 18, el 44 y el 44A—, aunque eso le sirvió hasta que los Padres de la Ciudad decidieron cambiar los números de las rutas —todos el mismo día—. Después, como el resto del mundo, ya no tenía ni idea de adónde iba; durante meses y meses, se pudo ver a habitantes de Glasgow dando vueltas por Barcelona buscando Drumchapel. Sabía a qué colegio habían ido las hermanas de Seamus Heaney. Se sabía el Acordaos de memoria: «Acordaos, oh, piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que hayan acudido a tu protección, implorando tu asistencia y...», ¿qué iba a continuación? A Gerry se le había olvidado el Acordaos, aunque no representaba una pérdida muy grande en su banco de memoria.

Stella se sabía las recetas del strogonoff de champiñones y de los spaghetti carbonara, y unos cuarenta y dos platos más, sin necesidad de mirar un libro de cocina. Sabía que un *bonspiel* era un torneo de curling, que las piedras de curling procedían de una cantera en la isla de Alisa Craig, y que Alisa Craig también era conocida en Escocia como Paddy's Milestone. Todo

eso y mucho, muchísimo más. Ah, y también que un *Sitzprobe* no era ningún medicamento, sino un ensayo general de ópera. Sabía que, en inglés, *abigail* era otro nombre para «sirvienta». Que los *jeggings* eran un cruce entre unos *jeans* y unos *leggings*. Sabía a qué hora ponían noticias en la BBC1, ITV, BBC2 y Channel 4, incluso los fines de semana de vacaciones, cuando cambiaban los horarios. Sabía que Vulture era una marca de camiones de basura. Tras un recorrido por tiendas benéficas de artículos de segunda mano, le sorprendía la cantidad de gente que se había dado por vencida con los cuadernos de caligrafía. Y cuántos habían dejado de leer las novelas de Cecelia Ahern y Maeve Binchy. Sabía qué preguntas hacer a los niños pequeños que acababan de empezar el colegio; preguntas a las que sabían responder, como «¿al lado de quién te sientas?». Sabía lo que era el bordado tridimensional, aunque no supiera hacerlo y tuviera que conformarse con hacer punto. Sabía, desde primaria, que Cambridge estaba junto al río Cam y Oxford junto al río Cherwell. Sabía que las invitaciones de boda solo podían repartirlas los padres de la novia. Conocía las novelas de Graham Greene, no tanto las de suspense como las grandes historias sobre la fe: *El revés de la trama*, *Un caso acabado* y *El poder y la gloria*. Sabía que a los bailes de los distritos campestres de Irlanda del Norte se los conocía como *fifty fifties*, «cincuenta cincuentas», por ser mitad *ceilidh*, mitad baile de salón. Sabía que CODA eran las iniciales del Carnaval de la Danza de Andersonstown, una gran carpa con orquestas donde, en los años sesenta, la gente podía bailar libremente al son de la música, había licencia para tocarse a la vista de todo el mundo y podías cogerte de la mano con alguien a quien no conocías. Sabía que Vicky Coren, columnista dominical del *Observer*, era también una jugadora de póker de fama mundial y que era la hija de Alan Coren, el humorista que escribía en *Punch*, pero que, desgraciadamente, ya no estaba entre nosotros. Sabía que Claire Rayner, la consultora sentimental, era madre de Jay Rayner, el crítico gastronómico. Sabía cómo escribir correctamente todas las palabras existentes en lengua inglesa, excepto *carrots*, «zanahorias», que siempre escribía mal, con dos tes, *carrotts*. Crisantemo, jeroglífico, misceláneo, caleidoscopio, tucán... todas esas las escribía bien. Pero *carrots* siempre la escribía mal. Sabía, pese a su poco trato con el alcohol, que unas pocas gotas de vodka bastaban para quitar las manchas de

vino de un mantel de lino blanco. Que un «madrileño» era alguien de Madrid y que el femenino del gentilicio era «madrileña». Sabía cómo convertir kilómetros en millas multiplicando por cinco y dividiendo entre ocho y podía hacer esa clase de operaciones mentalmente en un tris. «La ciudad de Baltimore está a treinta y dos kilómetros —decía, con el mapa en sus rodillas—, veinte millas». Sabía que era Glen Campbell quien cantaba «Wichita Lineman». Era de la opinión de que, si uno se tumbaba, no padecía los aires fuertes tanto como si estaba de pie. El viento, no los eructos. Sabía que una revisión normal en el oculista llevaba tres cuartos de hora y no treinta minutos, como sugería su marido. Sabía algo, aunque no todo, acerca de las velas hopi para el oído. Sabía que TAT era un acrónimo para trastornos de la articulación temporomandibular. Sabía que el hijo de Tony Blair había ido a la universidad a Bristol y que St. Pauls era un distrito chungo de esa ciudad. Sabía que Diego Forlán había jugado en el Manchester United, pero que luego había fichado por el Villarreal y, más tarde, por el Atlético de Madrid. Sabía que los americanos siempre elegían a su presidente en noviembre y que las elecciones generales británicas caían siempre en jueves. Por lo que respecta a las balas, conocía la diferencia entre guiñada, cabeceo y alabeo, y sabía cuándo la guiñada derivaba en caída. En el colegio, había aprendido con las monjas las diferentes técnicas para zurcir un roto y coser un descosido para que aguantara bien. Sabía que en irlandés existía una palabra para definir únicamente a la vaca que chupa la cola de otra vaca, *bradáan*. Sabía que Cecil Frances Alexander era una mujer de Derry, no un hombre, y que era la autora de himnos tan queridos como «All Things Bright and Beautiful», «There is a Green Hill Far Away» y «Once in Royal David's City». De hecho, pensó Gerry —en la medida en la que era capaz de pensar algo—, aquello se estaba convirtiendo en un himno a ella. Para Stella. Estrella del Mar. Quizá también en un *him* (un «él») para «ella». De hombre a mujer. A sus pies, señora. Aunque adecuar sus pensamientos a una partitura le llevaría un poco de tiempo. Ella sabía que las naranjas de Valencia eran muy jugosas y no tenían muchas pepitas y que por lo tanto eran mejores para hacer zumo. Que, cogidas directamente del árbol, las naranjas de Sevilla eran tan amargas como el hollín y que solo valían para hacer mermelada. Sabía que, para obtener bayas rojas, en las cercanías debía haber acebos macho y hembra. Y

sabía también sobre el amor, cómo hacerlo y cómo repararlo. Se sabía cada paso de la danza *hornpipe* del día de San Patricio, y podría bailarla —con Gerry o sin él— si no fuera por la actual falta de flexibilidad de sus miembros. Solo se sabía dos chistes, pero no era capaz de contar ninguno. Siempre sabía dónde estaba todo en casa: el espejo de dos caras, la mostaza —la seca y la de bote—, las tijeritas de las uñas, el tubo de pegamento UHU, las pajitas negras, el ovillo de cuerda, el *Scrabble* y el *Monopoly*, una chincheta de cobre —o, como ella las llamaba, en americano, *thumb tack*—, los clips, los rollos nuevos de papel higiénico, las velas, las rasquetas y dónde encontrar Radio 4 en el dial. Sabía que Ashby de la Zouch no estaba por ningún rincón de casa, sino en Leicestershire.

Así que no era una ignorante. Excepto por lo de escribir *carrots* con dos tes.

Se bebió el último trago de la botella.

Una luz anaranjada y destellante se reflejó en la ventana. Gerry alzó la cabeza y escuchó la sirena del carrito de transporte del aeropuerto. El vehículo se detuvo junto a la fila de asientos, pero la desagradable alarma no dejó de sonar. Gerry se volvió. El conductor síj solo llevaba una única pasajera a bordo: Stella. La vio descender con cuidado a tierra firme.

—Gracias. Muy amable —dijo al bajar.

El conductor respondió con una inclinación de cabeza.

—Se ofreció a acercarme —explicó Stella.

Parecía una niña tímida.

—El hombre insistió —añadió.

—Creía haberte dicho que no subieras nunca al coche de un extraño— dijo Gerry—. Probablemente haya pensado que eras muy mayor.

El vehículo se alejó.

—El canto del guion de codornices. No te podía ir mejor. Una especie en peligro de extinción —dijo Gerry.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a los creyentes. ¿Dónde han ido a parar? Aparte de ti, claro...

Gerry gesticulaba exageradamente, haciendo aspavientos con las manos y tratando de no perder el hilo, tambaleándose un poco.

—Solo encuentras esas aves en las puñeteras Hébridas Exteriores. Eso y fanáticos religiosos. Mujeres que nunca se cortan el pelo. Lugares a los que la modernidad no ha llegado.

—Estás borracho —dijo ella—. Sé cuándo estás borracho porque te burlas de mí.

—No es verdad.

—Luego no recuerdas tus burlas porque estás borracho.

—¿Qué pasa contigo?

—La cosa no va conmigo —dijo Stella—. Si no te dejan subir al avión, me iré solita a casa encantada.

Gerry se puso de pie y se quedó frente a ella, mirándola fijamente.

—¿Has estado llorando? —preguntó.

Stella no respondió.

—¿Por qué? —preguntó él.

Stella se sentó. No quería mirar a Gerry, pero, incluso si miraba hacia delante, se topaba con su reflejo. Se tapó la cara con la mano, volviendo la cabeza hacia abajo.

—Gerry...

—¿Qué?

Se produjo un largo silencio.

—Sé que siempre viene algo malo cuando empiezas una frase por mi nombre.

—Quiero dejarte —dijo ella—, pero no sé cómo hacerlo.

Gerry se quedó inmóvil, en la misma posición, durante largo rato.

—¿Hay alguien más?

Stella se rio en alto.

—Despierta de una vez —dijo.

Gerry trató de beber de la botella, pero fracasó en su intento de obtener algo de ella.

—Se acabó. *Fiiiiiito* —dijo.

—¿Nosotros o la botella?

Gerry se volvió para mirar a su alrededor, pero dio un trompición.

—Si encontrara una papelería podría depositar a esta buena amiga —dijo, y comenzó a andar sin rumbo, ambas manos a la espalda, aferradas a la botella—. Probablemente tú estés pensando en hacer lo mismo conmigo —gritó por encima del hombro—. No tardaré.

Stella cogió su neceser y abrió la cremallera. ¿Había oído Gerry lo que le había dicho? De todas formas, era una estupidez sacar el tema en un momento como ese. Él no recordaría ni una sola palabra. Encontró sus pulseras antimareo y se las puso, comprobando que los broches de plástico quedaban por dentro, tocando la piel. A continuación, sacó la polvera y se miró en el espejo. Tenía los ojos un poco rojos, pero no estaba tan mal.

Encontró también sus gafas, pero las abrió de tal manera que se pilló el dedo con la bisagra, como si le hubiera mordido una mariquita. Una pequeña humillación, otra más. No se había hecho sangre. Cuando fueron a Toronto en verano, había mariquitas por todas partes. Millones y millones de ellas en la playa y en las orillas del lago. Y, de vez en cuando, alguna te mordía. Parecía el fin del mundo: un gran ataque de mariquitas. Eran marrones y amarillas, no rojas y negras como las británicas, y era imposible no espachurrar alguna con los pies, como si caminaras sobre cereales para el desayuno. Sobre Choco Krispies.

Con aquella luz, no podía verse bien los ojos. Se quitó las gafas y se inclinó para mirarse más de cerca en el espejo. Qué extraños eran los ojos cuando miraban ojos. Verse los ojos usando los ojos. Pero la herida iba por dentro, no se reflejaba. Gerry le había dicho una vez, en mitad de una discusión, que él no creía en el alma, pero que, si por casualidad existía, la de Stella sería como una cuchilla de afeitar. Así es como la Iglesia católica la había hecho, dijo, inflexible, estrecha y capaz de infligir un daño terrible por su adherencia estricta a reglas y sistemas. Pero Stella no estaba de acuerdo en absoluto. Respondió que, si había algo de bondad en ella, se lo debía a su religión. Si tenía un mínimo sentido de la justicia o de la igualdad, procedía de la Iglesia. Había sido educada por representantes de la Iglesia, por sus padres y sus profesores, personas a las que amaba y en quienes confiaba, personas que la habían imbuido del amor por los demás y del amor por Cristo. Era algo tan apabullantemente sencillo que hasta una niña podía entenderlo. Y resultaba tan atractivo y convincente porque apelaba a su disposición natural para amar. No tenía nada que ver con la filosofía o con la inteligencia. Su religión era la gran igualadora. Podías estar en misa, en un banco de la iglesia, con alguien de otra raza o aptitudes intelectuales —una profesora, una actriz, un bracero o un zopenco que no sirviera para nada— y sabías con toda seguridad que, para Dios, todos eran iguales. Del mismo modo, toda la bondad y toda la generosidad que Stella pudiera poseer procedían de esas mismas fuentes tempranas. En ella no había cabida para esnobismos ni odios de ningún tipo. Excepto, diría Gerry, «por la manera en la que tratas al bello sexo, el tuyo». Otras cosas: su capacidad de resignación, su capacidad para absorber y distribuir amor, su estoicismo y su humildad. La

respuesta de su marido era siempre cuestionar cómo alguien en su sano juicio podía presumir de ser humilde. Esas cosas, respondía Stella, solo pueden decirse entre dos personas que se aman. Su iglesia lo era todo para ella. Aunque, como cualquier organización humana, tenía su ración de manzanas podridas. El Jardín del Edén era una metáfora de un lugar y de una tribu, pero podías apostar el trasero a que incluía un porcentaje de miembros a quienes les atraían los de su mismo sexo. Gerry dijo que, en ese contexto, lo de apostar el trasero le parecía muy adecuado. Tanto hombres como mujeres, respondió Stella. No había jardinero en el Edén; de hecho, no había Edén, pero si uno proseguía con la metáfora, uno de nuestros padres originales tuvo que ser el jardinero y el otro tuvo que ser la flor. A esto, Gerry añadía de forma inevitable: «Y la manzana era una manzana podrida».

Stella percibió un sonido que conocía bien, una especie de gruñido. Se dio la vuelta y allí estaba Gerry, acercándose zigzagueando.

—No hay ni una puñetera papelerera en todo el aeropuerto —dijo.

—La gente pone bombas en las papeleras —dijo Stella—. Por eso no hay ninguna. Por seguridad.

—Desafortunadamente, no llevo ninguna bomba conmigo en este momento.

—Vete a la zona de embarque, al control de seguridad. Allí tendrán un contenedor para vidrio.

Gerry se encogió de hombros y se marchó de nuevo, dando tumbos. Stella lo vio pasar delante de una papelerera, su mirada extraviada, buscando señales para llegar a la zona de salidas.

El neceser seguía abierto. Stella cogió el colirio para los ojos y desenroscó el tapón. Dejó las gafas a un lado, echó la cabeza hacia atrás y levantó los hombros en un gesto casi reflejo. Tenía que hacer aquello diez o veinte veces al día, día sí y día también. Miró hacia las altas vigas metálicas del techo y estrujó el pequeño bote de plástico. Nada. Luego, cuando menos lo esperaba, sintió el chorrillo frío en su ojo izquierdo. Parpadeó de manera involuntaria. Lo mismo con el derecho. Mismo parpadeo involuntario. Esta vez se le escapó una lágrima, que descendió por su mejilla. Regaba sus ojos como si fueran flores. Cuidándolos. Por la forma en la que se estaba comportando, Gerry sería la causa de más lágrimas antes de que la noche

terminara. Stella acababa de llorar en los baños y eso le había hecho recordar la escena en el aeropuerto de Glasgow, despidiendo a su hijo y a su nuevo nieto. Y a Danielle, por supuesto. En los días en los que aún no padecía de ojos secos, podía llorar como la que más. Aquel primer verano en el que los canadienses visitaron Glasgow, tuvieron la suerte de que hizo buen tiempo, casi una ola de calor. Las barandillas de los puentes estaban calientes bajo sus antebrazos cuando se apoyaban en ellas para mirar hacia abajo, hacia los ríos menguados. Al anochecer, el calor seguía en el aire y la gente se sentaba en camiseta en los escalones de entrada a los portales. El año no estaba lo suficientemente avanzado para que hubiera avispas, así que era una bendición hacer pícnicos fuera. El bebé lloraba mucho y Stella tenía la imagen de Gerry empujando el carrito en el Jardín Botánico como si estuviera cortando el césped. Arriba y abajo, arriba y abajo, hasta que el bebé se quedó dormido y la hierba se quedó llena de rastros de ruedas. Cuando llegó el momento de las despedidas en el aeropuerto, Stella pensó en que aquella podía ser la última vez que se vieran. Que podía suceder algún imprevisto o algún accidente antes de que pudieran reunirse de nuevo. Gerry y ella habían ido una vez a los acantilados de Moher, los más altos de Irlanda, desde los que se divisaba el Atlántico. Durante los años de la Gran Hambruna, las familias iban hasta aquel lugar para ver por última vez los barcos en los que sus seres queridos habían partido, para siempre, en busca de un lugar mejor. Emigrantes. Exiliados. El hecho de que Michael y su familia se fueran en avión no volvía más fácil la despedida. Stella sabía que podían seguir en contacto por teléfono —los días de las llamadas a tres libras el minuto quedaban lejos, y eso que era cuando la libra todavía valía algo—, pero nada de eso cambiaba las cosas. Lo que Stella añoraba era la crianza, el día a día con sus rituales cotidianos de amor: cuidar al niño, bañarlo, leerle libros, abrazarlo, poner la mejilla junto a la suya... el puro contacto físico que implicaba todo ello. Las primeras palabras. Los primeros pasos. La necesidad de involucrarse como abuela y de que le hablaran como tal. Por supuesto, ella y Gerry habían ido a Canadá algunas veces, pero no era lo mismo. En esas visitas, interfería la cortesía. Había que respetar a Danielle. Mantener la boca cerrada. Volvió a cerrar el tapón del colirio y se secó las mejillas con un pañuelo de papel. Ahora, con los ojos ya despejados, buscó a Gerry con la mirada.

Transcurrido un rato, Gerry regresó con las manos vacías y se sentó junto a ella. Durante largo rato, no dijo nada. En lugar de mirarlo, Stella jugueteaba con sus pulseras.

—¿Y bien? —dijo él.

— Y bien ¿qué?

—¿Qué es lo que estabas diciendo?

—Cuando volvamos a casa —dijo ella—, vamos a poner el piso en venta. Luego me buscaré un sitio para mí sola.

Las manos de Gerry estaban vacías. Encajó los dedos de ambas y los apretó hasta que la piel comenzó a brillar.

—Mejor espera al verano —dijo—. Bajarán los precios.

—Lo que compre estará también a precio de verano.

De nuevo, se produjo un silencio. Gerry dejó caer la cabeza y apoyó el mentón sobre el pecho. Stella se preguntó si se había quedado dormido.

—Te has precipitado poniéndote eso —dijo la voz de Gerry, pues su cabeza siguió inmóvil.

—¿A qué te refieres?

—La cosa esa de las muñecas. El vuelo va con retraso.

—¿Por la nieve?

—No soy Sherlock Holmes, pero diría que es una hipótesis bastante razonable. En las pantallas informativas no hay hueco para explicaciones.

—Igual tenemos que quedarnos aquí toda la noche —dijo Stella, y empezó a quitarse las pulseras.

Gerry se enderezó y se sentó de manera más apropiada, como alguien que está despierto.

—Hay un montón de vuelos retrasados —dijo.

Stella miró fuera, hacia la nieve que seguía cayendo.

—Está empeorando —dijo—. A lo mejor deberíamos pasar el control de seguridad e ir hacia la puerta de embarque. Si nos quedamos dormidos aquí, podrían despegar sin nosotros.

—¿Podrían? Se irían sin nosotros sin ninguna duda.

Stella se levantó y esperó a Gerry. Este suspiró y se incorporó también.

—Ya conoces el camino —dijo ella—. El camino de la botella vacía.

Echaron a andar, él con paso vacilante, ella con la vista puesta en el panel indicativo con las distancias que tenían que recorrer.

—¿Estás seguro de que estás bien? —preguntó Stella—. A lo mejor deberíamos pedir a tu sij que nos lleve en su carrito.

—Ni se te ocurra.

Cuando llegaron al control de seguridad, había grandes colas. Kilómetros de ellas. Les llevaría años pasar al otro lado. Mientras avanzaban por aquel laberinto, que se doblaba sobre sí mismo una y otra vez como una manguera de incendios plegada, Gerry coincidió varias veces con una mujer joven y atractiva que hacía cola al otro lado de la cinta. Intentó empezar una conversación con ella, hablando de la tormenta, pero, cada vez que lo intentaba, ella miraba hacia otro lado. Tal vez no hable inglés, le sugirió Stella. La siguiente vez que la mujer y Gerry coincidieron, Stella lo miró fijamente, impidiendo que la abordara de nuevo. No porque sea una mujer guapa, le dijo, sino porque estás siendo un pesado.

En unas pantallas planas se indicaban las instrucciones para los pasajeros: quitarse las chaquetas, sacar los ordenadores portátiles, vaciarse los bolsillos; también qué hacer con los geles, cremas y pastas de dientes. Finalmente, consiguieron llegar hasta las máquinas de rayos X.

Se reunieron de nuevo junto a un banco de aluminio y reemprendieron la marcha hacia su puerta de embarque.

—Ha sido ridículamente fácil —dijo Gerry—. Le iba a decir al de seguridad que había escondido media botella en mi interior —añadió, señalándose la boca—, pero me lo he pensado mejor.

En la zona de embarque seguía habiendo mucha gente, pero todavía quedaban algunos sitios libres. Encontraron asiento en una esquina, de cara al exterior, hacia la noche. Stella se sentó. Gerry se quedó de pie, balanceándose.

—Necesito acostarme —dijo.

—Puedes ocupar tres asientos —respondió Stella.

Él apoyó la mochila en el suelo y, usándola como almohada, se tumbó en el suelo enmoquetado, a los pies de Stella. Empezó a roncar casi de

inmediato. Una mujer que estaba leyendo un periódico en alemán miró a su alrededor, tratando de detectar de dónde procedía aquel ruido. Stella le sonrió, pero su sonrisa no obtuvo ninguna respuesta. Transcurrido un rato, estiró el pie y le dio un golpecito a Gerry. Tampoco produjo ningún efecto, así que le dio otro más fuerte, casi pateándolo. Él dejó de hacer ruido y se dio la vuelta sin despertarse. La mujer alemana sacudió su periódico y volvió a mirar a Stella. Poco a poco, los ronquidos regresaron. La mujer alemana sacó un iPod y se puso los auriculares.

Stella abrió un compartimento de su bolsa y sacó uno de los crucigramas en inglés que había arrancado del periódico en aquel sitio junto al Amstel en el que habían estado. Era el único crucigrama que le quedaba. Le llevó una media hora terminarlo. Luego quiso estirar las piernas, pero temía que su bolsa desapareciera, y también montar mucho lío al cogerla, así que se limitó a moverla para que estuviera más cerca de Gerry.

Se dirigió hasta la pantalla más cercana. Había múltiples rótulos de «retrasado», uno encima de otro. Tenían suerte de no hacer escala. Tampoco tenían motivos urgentes para volver a casa cuanto antes. Era simplemente el incordio de tener que esperar, la molestia que suponía aquella interrupción.

Para entonces, en la zona se había acumulado ya una muchedumbre de pasajeros. Había gente sentada en el suelo y niños durmiendo sobre los abrigos, extendidos a modo de colchón. Stella sonrió a una niña pequeña que la estaba mirando mientras se chupaba el pulgar. La maravillaba la insolente audacia de los niños pequeños, la forma en la que te miraban de arriba abajo, ajenos a toda cortesía, a la posibilidad de ofender, a sí mismos, incluso. Junto a la niña estaba la madre, cuya mano extraviada acariciaba despreocupadamente el pelo que caía sobre el cuello de la hija. Y junto a la madre, un poco despatarrada en el asiento contiguo, estaba la abuela. Hablando y hablando y hablando. Tres generaciones.

Stella pensó que a lo mejor podía conseguir algo de información. Frente al mostrador se extendía una cola muy larga. Se sumó a ella. Las pobres chicas

de uniforme estaban desbordadas. Cuando Stella preguntó de cuánto iba a ser el retraso, la chica volvió la cabeza y miró hacia el exterior, hacia la incesante nevada, como diciendo «Sé tanto como usted». Decenas de vuelos se habían retrasado o cancelado, le explicó, y, para empeorar las cosas, había una huelga de controladores aéreos en España. Había dejado de nevar en el Reino Unido y en Alemania. Allí, en Schiphol, las autoridades del aeropuerto estaban usando máquinas quitanieves para tratar de despejar las pistas. Pero se esperaban más nieve y más hielo negro esa misma noche. Hizo una pausa. Luego la chica del uniforme azul claro se encogió ligeramente de hombros. Ambas se sonrieron y Stella dio media vuelta y se alejó del mostrador.

Vagó por el pasillo central, mientras las cintas transportadoras avanzaban en la dirección contraria. Vio una señal que indicaba la ubicación de un centro de meditación, pero resistió la tentación. Ya había estado en sitios como ese en otros aeropuertos. Eran como una especie de mínimo común denominador de todas las religiones. Alquiler de alfombras para orar. Una imagen de un Sagrado Corazón en un armario. Un letrero con LAS PRENDAS DE ORACIÓN FEMENINAS SE GUARDAN AQUÍ. Y sabe Dios qué más. Así que puso rumbo hacia la zona de tiendas. Fuera, el viento arrojaba ráfagas de nieve contra el edificio.

La gente se detuvo para escuchar un anuncio por megafonía, largo y en neerlandés. Al aviso le siguieron murmullos y gestos contrariados. Unos hacían muecas de disgusto, otros meneaban la cabeza. La traducción al inglés comunicó que las condiciones climatológicas eran tan adversas que ningún vuelo podría despegar en las próximas horas. Los pasajeros serían informados de la evolución de la situación, pero esa noche no aterrizarían ni despegarían más aviones. Fue entonces el turno de los gruñidos y malas caras de los angloparlantes. Una mujer comenzó a llorar ruidosamente. Stella se encogió de hombros y continuó hojeando revistas. El anuncio se repitió en otros idiomas. Pensó que debía avisar a Gerry. Darle las malas noticias.

Regresó al lugar donde él seguía tumbado. Por supuesto, Stella había perdido su sitio. Ahora lo ocupaba un hombre mayor, con una gorra de béisbol roja, que estaba profundamente dormido. Durante su ausencia, Gerry se había girado hacia la pared. Stella se arrodilló, abrió su maleta y sacó la

novela que estaba leyendo. Antes de marcharse de nuevo, se acuclilló y sacudió el hombro de Gerry.

—Gerry.

A la tercera llamada, abrió los ojos y la miró desde abajo.

—No nos vamos a ninguna parte —dijo ella—. Han cancelado todos los vuelos, así que puedes seguir durmiendo. Pero echa un ojo a las maletas.

Stella se incorporó, apoyándose en el brazo del asiento que había perdido en favor del viejo con la gorra de béisbol roja, y se volvió a marchar. Llegó a una puerta de embarque en la que habían reducido la iluminación y en cuya pantalla no figuraba ningún destino. Aunque algunos restos de la multitud habían llegado hasta allí también, todavía quedaban sitios libres y la zona parecía estar mucho más tranquila; en penumbra y cálida. Stella no sabía si habían bajado la iluminación para indicar que la puerta no estaba operativa o si se había fundido algo, inutilizando aquel embarque. Se sentó. A ambos lados tenía dos sitios vacíos. Cerca, un par de personas se habían tendido para dormir, ocupando varios asientos. Stella no podía discernir si eran hombres o mujeres, porque se habían quitado los zapatos y sus cabezas estaban medio ocultas, ya fuera por los codos o por hiyabs. Extendió las piernas y cruzó los pies. Le pareció que el asiento era cómodo y se adaptaba bien a su espalda. Aquel lugar era mejor que cualquier centro de meditación. Intentó leer, pero era difícil con la poca luz que había. Finalmente, desistió de su propósito. La oscuridad parcial tornaba más visible el exterior. Fuera, la nieve seguía cayendo, sesgada, en silencio.

Cerró los ojos y cruzó los brazos para hacer contrapeso. Hacia el final de su vida, su madre había desarrollado la habilidad de dormir sentada, debido a una hernia de hiato. Era una habilidad que Stella no tenía. Podía echar una cabezada, y lo hacía con frecuencia, durante las homilías en misa, pero era más un sueño interrumpido que un quedarse dormida de verdad. Ese lento descender de la cabeza, seguido por una sacudida repentina que devolvía a la consciencia cuando la cabeza se inclinaba demasiado hacia delante. La dificultad para saber de qué estaba hablando el cura al volver en sí. Sin abrir los ojos, rezó dos plegarias por sus padres, rogando que ambos estuvieran en paz. Esa era otra frase de su padre cuando, siendo niña, trepaba hasta su cama. Bastaba que moviera una ceja para que él dijera «estate en paz».

¿Estaba dormida? ¿Había soñado toda la pesadilla de las beguinas? Se recostó y apoyó el codo sobre el brazo del asiento, luego apoyó la cabeza sobre la mano. Seguía con los ojos cerrados. Su mente vagaba. Aquel día había sido un callejón sin salida. Un callejón sin salida de principio a fin. La sustancia de lo que había deseado se había derretido, como un copo de nieve en su lengua. Confiar en aquello que no se ve. Qué diferente la partida del regreso a casa. En primaria, el maestro Ryan les había enseñado frases hechas para que las usaran en sus redacciones. Primero limpiaba la pizarra. Si hacía sol, todo el mundo podía ver el polvo de tiza suspendido en el aire. Con su mano impertérrita, escribía: «Palabras y frases». Stella se acordaba especialmente de «Un paseo por el campo». A medida que escribía, la tiza emitía un sonido chirriante y, cada vez que se detenía en un punto o una coma, hacía un clic al golpear el encerado con energía. El maestro levantaba la voz para hacerse oír por encima de aquellos ruidos. «Estoy escribiendo estas frases para ayudaros. Quiero que las utilicéis. Pero hay gente en esta clase que cree que puede hacerlo mejor. ¿No es así, Geraldine Kearney?» Aquel sistema hacía que muchas de las composiciones fueran muy parecidas. Los niños «se levantaban pronto por la mañana» y «partían con ánimo renovado al bosque o la montaña», mientras las madres «empaquetaban sus sándwiches de huevo». Por el camino, todos los protagonistas se encontraban con el mismo pastor que les prevenía de que «no ignoraran al burro si lo oían rebuznar a lo lejos», pues aquella señal era «un indicador seguro de lluvia». Y justo cuando «se disponían a darse un festín al aire libre», «se escuchaba el primer trueno resquebrajando el cielo», lo que hacía que todos «regresaran a casa bajo un cielo diferente del que había sido testigo de su salida». Esa clase de frases permitían identificar al profesor y con quién había ido a clase el alumno que las usaba. La hermana Marie - Thérèse, que impartía inglés en el primer curso de secundaria, devolvía los ensayos corregidos diciendo: «¿Y qué tal le va al maestro Ryan?».

El ruido de la terminal comenzó a disminuir. Iba y venía como el sonido de una radio mal sintonizada, como solían hacer antiguamente, antes de los cacharros digitales. Stella no notaba grandes diferencias; le gustaba dejar el

dial en una emisora, pero a Gerry le encantaba enredar, lo movía a Radio 3 y luego no volvía a dejarlo donde estaba. Igual que hacía con el hervidor. Cuando ella se acababa el agua, siempre lo rellenaba, pensando en la persona que viniera después. Que, inevitablemente, era Gerry. A lo mejor era su oído, aquel ir y venir del sonido. Ecos como en una cueva, el llanto de un niño, anuncios por megafonía... aunque era difícil discernir si eran en neerlandés o en inglés. Tan complicado como distinguir un sueño de la realidad. La ansiedad comenzó a apoderarse de ella. Le pesaba demasiado la cabeza como para dormir. Estaba cansada, muy muy cansada. Parecía el cansancio acumulado de toda una vida. Aparte del cansancio de dar clase, estaba el de cada pañal cambiado, cada comida preparada, cada camisa planchada, cada suelo aspirado. En ese momento, todo parecía haber quedado registrado en sus huesos. Cuando Gerry empezó a abusar de la bebida, aquello le había afectado, la había llevado al límite, haciéndole pensar cosas de las que no estaba orgullosa. Pero recordar el tiroteo le había afectado tanto o más. Haberle contado todo a aquella mujer, Kathleen... Eran demasiadas cosas en muy poco tiempo. Apretó los párpados, con la esperanza de dormir, pero era inútil. Dormir consistía en relajarse, no en tensarse. Trató de imaginar otras cosas, pero, una y otra vez, acababa regresando a aquel día en Belfast. Era la clase de día de los que no abundaban allí. *Mientras agonizo*. Soleado y cálido, el cielo azul, las nubes blancas deslizándose en el horizonte. Aquella línea de pensamientos la acercaba demasiado a la zona de peligro. Tenía que intentar pensar en otra cosa. Había conocido días así en su infancia, días de julio en los que el asfalto del pavimento se reblandecía bajo el sol. El olor maravilloso que desprendía. Le habían advertido que no jugara con él. Aquel parecía un buen desvío, un buen escudo mental. Recordaba a su madre, gritando: «Esa porquería negra no se irá nunca de la ropa, da igual las veces que la lave». Metían todo en agua hirviendo, en el barreño de zinc, sobre la estufa. Las prendas se hinchaban, mientras la cuchara de madera las empujaba hacia abajo de nuevo, explotando las burbujas de aire. La cocina cálida, impregnada de la fragancia a jabón. Stella había estado enredando en el alquitrán con el palo de una piruleta, en cuclillas, junto a la canaleta, contemplando el aire brillante acumulado sobre la superficie negra. Una cosa oscura. Peligrosa. Demasiado cerca. Pero le encantaba el olor igualmente

oscuro que desprendía. Se acabó manchando las manos y, por supuesto, luego se las limpió en la ropa que llevaba puesta, que no era mucha, pues hacía un día abrasador. «¿Cómo te atreves a venir así? —había gritado su madre—, toda esa ropa directa a la basura, o el alquitrán acabará manchando toda la colada». *Mientras agonizo*, de William Faulkner; no podía ser más adecuado. Un libro extraño y formidable, que Stella, además, acababa de releer. No había que confundirlo con Brian Faulkner, el primer ministro de la época. Comienzos de los años setenta, cuando la guerra estaba en su peor momento. Mejor volvía a entretenerse con la historia del alquitrán. Los pegotes negros y las prendas en el agua hirviendo eran terreno más seguro. Una de las cosas que más le sorprendían era el grado de detalle con el que recordaba todo lo sucedido justo antes del momento decisivo. ¿Cómo hacía eso la mente? Seleccionar y retener minuciosamente sin poder prever el horror que estaba a punto de acontecer. En el cerebro debía de operar algún tipo de fijador. Stella llevaba un vestido de verano blanco y sandalias. Todavía estaba de moda un tipo de falda *evasé* que disimulaba un poco su avanzado estado porque le desagradaba la idea de presumir, incluso de algo tan natural como ser madre. A aquellas alturas, sin embargo, su condición ya era inocultable, portando como portaba aquel peso enorme delante de ella. Ese día, además, hacía demasiado calor para llevar leotardos. En la clínica prenatal le habían dicho que algunas madres agradecían quedarse embarazadas en invierno porque la temperatura corporal subía, y era como llevar todo el rato una bolsa de agua caliente alrededor de la cintura. Aún recordaba cómo, aquel día, había estado imaginando hasta qué punto iba a cambiar su vida. Voy a ser madre, y me voy a despertar en mitad de la noche y voy a dar de mamar y voy a estar felicísima. Y Gerry se dará la vuelta, oh, lleno de ternura en mitad del sueño. Quizá incluso me traiga el desayuno a la cama. Era más bien una palabra completa, «desayuno-en-la-cama», pues algo tan insólito requería ese grado de completitud. Pura fantasía todo, como se demostraría después. *Mientras agonizo*. Cuando Stella leyó el libro por primera vez, en el bachillerato, se quedó muy confusa. Cada capítulo tenía un título raro, como «Darl» o «Jewel», y estaba todo escrito en primera persona. Ella lo leyó —estúpidamente, averiguaría más tarde— como si los pensamientos fueran todos de la misma persona, del mismo «yo», cuando, de hecho, pertenecían a

diferentes personajes, llamados, precisamente, Darl o Jewel. Durante mucho tiempo, había estado pasando páginas hacia delante y hacia atrás —¿qué se le escapaba?—, hasta que finalmente pilló de qué iba la cosa. Para darse de tortas. Había ido a la biblioteca a devolver *Mientras agonizo*, junto a otros dos o tres libros que ahora mismo no recordaba, probablemente relacionados con partos y maternidad. Quizá alguno del doctor Spock, el de «Sabes más de lo que crees». Luego había ido a la carnicería que estaba en el cruce. A por salchichas y chuletas, y tal vez algo de hígado de ternera, si les quedaba. Había desarrollado el hábito de comprar carne para una semana y de congelar parte, para ahorrarse el trasiego de ir y venir hasta la zona de tiendas. Más aún embarazada, y más aún con la ola de calor. La carnicería estaba junto a Madden's, la verdulería donde solía comprar patatas, coles de Saboya y también algo de remolacha, que a Gerry le gustaba mucho; el sabor de la tierra, solía decir. Todo marchaba según lo planeado y había charlado un buen rato con el viejo Trevor mientras este le ponía las remolachas, inclinándose y echando el pie atrás para hacer reverencias, como si le estuviera vendiendo manzanas de oro. Stella se había sumado de buen grado al juego, inclinándose ella también y devolviendo las reverencias al recibir las remolachas, como si de verdad fueran manzanas de oro. El viejo carnicero, por su parte, estaba de cháchara con uno de sus ayudantes jóvenes —quien, por el sonido, debía de estar afilando cuchillos en la trastienda—, mientras envolvía por separado cada pieza de carne en una membrana de plástico gris y luego lo empaquetaba todo, muy apretado, en papel de estraza. El hombre estaba explicando que se estaba recuperando de unas molestias en el codo y decía que se las apañaba bien para hacerse el nudo del delantal, pero que sufría horrores para ponerse el sujetador por las mañanas. Stella se rio con las contorsiones que el carnicero hacía para escenificar sus dificultades y sus intentos fallidos. Poco después, estaba de vuelta en el cruce, de regreso al estruendo del tráfico y al brillo del calor sobre el asfalto, proyectado contra el verde grisáceo de las colinas distantes. Hacía tanto bochorno que el aire temblaba. El vehículo de los soldados británicos se aproximó hacia el semáforo del desvío a Andersonstown, antes de detenerse en el mismo lado de la calzada por el que iba ella. Y entonces, sucedió. Estaba cruzando la calle por un paso de cebra cuando algo la golpeó. Parecía un coche, pero

¿cómo iba a ser eso? El semáforo habría estado en rojo. O sería algún borracho en pleno día. Conducción temeraria. Sintió que tenía que echar a correr. Algo dentro de ella, su propia naturaleza, le decía: «Corre». Y corrió, apretando la cesta contra ella. No supo durante cuánto tiempo logró correr ni cuántos pasos dio, pero, por alguna razón, la carrera terminó en caída y se desplomó, cuan larga era, de bruces sobre la acera, sobre su gran protuberancia. Algo le impedía mirar a su alrededor, no podía mirarse las rodillas para ver si se las había despellejado o no. Era como cuando, de pequeña, contenía el llanto por unos instantes tras un sopapo. La caída y el golpe podían haber sido tales que las manos le quemaran y las rodillas le sangraran, pero, fuera lo que fuese lo que hubiera pasado, corría hasta casa y no podía llorar hasta que se arrojaba en brazos de su madre, pues solo cuando ella la cogía y apretaba su rostro contra el suyo, brotaba al fin el llanto. Pero hacía muchos años que su madre había muerto y ella, la hija, estaba a más de sesenta kilómetros del hogar donde se había criado. No podía entender por qué estaba allí, tirada en el suelo. Despatarrada. Porque esa era la palabra. Estaba despatarrada en el suelo, encima de la bóveda que le había crecido en el vientre. Incapaz de mirarse las rodillas. Y había mucha confusión. Por un momento, le pareció que había niños jugando con pistolas de mentira. La confusión era total. A esa hora, sin embargo, deberían haber estado en el colegio. En clase, mirando la pizarra. Luego recordó que era verano y que estaban de vacaciones. Pap, pap, pap, papa. Delante de ella podía ver su cesta; en la rafia había un agujero que no estaba allí antes, y algo se salía de dentro, formando un charco que empezaba a avanzar hacia ella debido al desnivel del terreno. Algo debía de haberse reventado al caer —la remolacha o el hígado—, porque el fluido era entre granate y púrpura. Y ella se sentía húmeda. ¿Había roto aguas? Se preguntó si podría mover el brazo. Para su sorpresa, sí podía, y el brazo se movió, obedeciendo a su voluntad. Se palpó con los dedos, bajando hasta llegar a la cintura. Definitivamente, estaba empapada. En las clases, les habían hablado de la rotura de aguas. Aquello sonaba a canción tradicional, «La rotura de las aguas». Le encantaban las baladas irlandesas y los cantantes de baladas. Había una balada, la de Molly Bawn, en la que la protagonista moría cuando su amado le disparaba, al confundirla con un cisne, por su delantal blanco y la caída de la noche. Él

veía algo por el rabillo del ojo —una señal de alarma, tal vez el rabo de un conejo—, se giraba y disparaba. Sus miembros empezaban a debilitarse. Aun así, logró acercarse la mano a la cara y comprobó que estaba manchada de sangre. Jesús y María, algo muy malo había pasado ahí abajo. Tal vez le habían disparado, como a Molly Bawn, e iba a morir. Un Acto de Contrición. Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío. Uno pensaría que, si le sucediera una cosa así, se daría cuenta. A lo mejor le habían disparado a través de la cesta. Su cesta del pan. Había leído en un periódico la historia de un chico católico al que habían disparado desde un coche en Antrim Road y que había corrido durante media milla, hasta Ponsonby Avenue, antes de caerse muerto. Pap-pap-pap. En algún lugar, un bebé, un bebé muy pequeño, un recién nacido, estaba llorando, gritando hasta que la cara se le ponía roja. Bua Bua. Escuchaba los berridos, muy rápidos y seguidos, entre el ruido del tráfico y el rugido de una motocicleta. Y pensó: ¿es mi bebé? ¿He dado a luz aquí tirada, agonizando? ¿Ha salido de mí, de alguna manera, sin que yo me enterara? Jesús, ten misericordia. No es así como se suponía que debía suceder. Había asistido a clases preparatorias y no se había mencionado nada de todo aquello. Su mejilla presionada contra el suelo áspero. Y aquella incapacidad para moverse, excepto para temblar. Temblar era fácil. Por dentro, sentía como si le estuvieran fregando las entrañas con un estropajo metálico, como el que solía usar su madre para limpiar las ollas quemadas. Era el tipo de ejemplo que solía citar en sus clases de inglés. Oxímoron: dureza y suavidad, «lana de acero». Estaba junto a un muro bajo, un murete perimetral de ladrillo rojo que le habría llegado a la altura de la rodilla si ella, u otra persona, hubiera estado de pie junto a él. Era el exterior de un supermercado Safeways y había un puñado de dientes de león asomando de un agujero en el suelo, junto a su cara, allí donde su bolso yacía derritiéndose bajo el sofocante calor veraniego. Un par de ellos eran amarillos; unos estaban floreciendo, otros todavía eran capullos. Y otro, pura pelusa gris, estaba listo para ser soplado a los cuatro vientos. ¿Le quedaba algo de tiempo? ¿Y a su bebé? Sabía Dios adónde había ido a parar su vestido. Podía estar, perfectamente, arremolinado detrás de su nuca. Había un soldado al otro lado del muro, no cabía duda. Pero ella no creía que, desde donde estaba, pudiera vérselo nada. Él le estaba gritando algo, pero ella era

incapaz de entender lo que le decía. ¿Qué sentido tenía mandar allí a gente con acentos tan incomprensibles? Y qué egoísta por su parte estar pensando en sí misma en un momento como aquel, cuando debería estar pensando en el niño que llevaba dentro. Porque eso eran todos los pap-pap-pap que había oído. Estaba completamente convencida de que era niño, ya había dicho que el bebé siempre la placaba con los tacos de las botas por delante. De hecho, cuando estaba en la bañera y él le daba pataditas desde dentro, podía ver unos puntos móviles y pálidos en su barriga. Luego cerró los ojos. «Un dejar caer las persianas», como el último verso del poema de Wilfred Owen. Era consciente del mundo rojo que había detrás de sus párpados, el mundo rojo de su cuerpo. Un hombre se agachó y le preguntó si estaba bien, moviendo con delicadeza su brazo, pero ella ni siquiera pudo responder. Lo siguiente que oyó fue el sonido de una ambulancia, y se dio cuenta de que, por primera vez en su vida —que últimamente había estado atravesada de sirenas—, aquella estaba allí por ella.

Tenía una cosa de plástico transparente en la cara para respirar y podía escuchar el lejano niii-nooo de la ambulancia que la llevaba. La persona encargada estaba ocupada haciéndole cosas y, de tanto en cuanto, paraba un momento para frotar el envés de su mano y tratar de animarla. Todo va a salir bien. En su cabeza, ella no podía dejar de darle vueltas al hecho de que, si le habían disparado... también habían disparado a su bebé. Empezó a rezar —con una intensidad invocada por sus entrañas perforadas—, rogando que, si alguien debía morir allí, había de ser ella, y no su hijo. Lo que necesitaba era un milagro. Así que rezó hasta temblar. E hizo una promesa: si su bebé se salvaba, ella... pero alguien la estaba sacudiendo. Alguien le estaba hablando. Era Gerry, agachado delante de ella. El lugar donde se encontraba seguía estando oscuro.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Pensé que te habías ido —la voz de Gerry sonaba áspera y resacosa—. He estado buscándote. Por todas partes.

Estaba casi a cuatro patas, intentando descender al nivel de ella. Stella se incorporó en el asiento, parpadeó y se pasó la mano por las comisuras de la

boca para comprobar si había babeado. Todavía sentía el corazón latiéndole con fuerza.

—No estaba dormida —se estremeció y añadió—: No había tenido una de estas en años.

Gerry entendió con solo mirarla. Alargó su mano y tocó la de Stella.

—Es el estrés —dijo.

—Provocado por borrachos —respondió ella.

—Estás temblando.

—¿Crees que no me doy cuenta?

Gerry se levantó del suelo, donde estaba arrodillado, y se dejó caer en el asiento vacío que había junto a Stella. Le apretó la mano con fuerza y rodeó sus hombros con el brazo, dándole palmaditas. El aliento le olía a rancio. Luego condujo la cabeza de Stella hasta su hombro y apretó su mejilla contra el pelo y la frente de ella.

—Pobrecita mía.

—Es como si todo volviera a suceder otra vez. Ahora. Todavía.

—Puede que no estemos en el mejor sitio del mundo, pero trata de centrarte en lo que tienes alrededor. Presta atención a los sonidos del aeropuerto. No vuelvas allí. Concéntrate. Quédate conmigo, aquí.

Acarició la mano de Stella con los dedos y la apretó fuerte contra sí con el brazo. Permanecieron de ese modo durante lo que parecieron años, hasta que, poco a poco, los temblores de Stella empezaron a remitir.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Más de las siete.

—¿Te has acordado de coger mi bolso?

Gerry señaló el bulto, a su lado. La mochila de él estaba a sus pies.

—Estoy seco.

Una vez cesaron los temblores, Stella rebuscó en su bolso y sacó una botella de agua de plástico, medio llena.

—Estará caliente —dijo Gerry, antes de llevarse la botella a la boca y echar la cabeza hacia atrás para bebérsela—. Pero algo es algo —añadió, y le ofreció a Stella.

Ella bebió y, antes de acabarse el último trago, se detuvo para ofrecerle la botella a Gerry de nuevo. Él negó con la cabeza, invitándola a que se la

acabara ella.

—¿Has dormido algo? —pregunto Gerry.

—A ratos.

Stella miró por encima de su hombro, hacia la ventana oscura.

—Sigue cayendo una buena.

—Ha parado un par de veces antes —dijo Gerry, asintiendo lentamente—. Creí que te habías marchado y que me habías dejado aquí.

—¿Y adónde iba a ir?

A su alrededor, la gente se estaba despertando. La megafonía del aeropuerto había comenzado a emitir avisos. Un niño empezó a llorar. Tan discretamente como pudo, Stella comprobó el olor de sus axilas.

—¿Y qué hay de lo de vender el piso?

Se produjo una larga pausa.

—Me pillas en mal momento, Gerry.

—Lo siento.

—Habrá que asumir algunos compromisos.

—¿Cómo cuáles?

—La clase de compromisos que debe asumir un alcohólico que se autoengaña.

—Yo no soy un alcohólico que se autoengaña.

—Diciendo eso, pruebas que eres ambas cosas. Que eres un alcohólico y que te autoengañas.

—Tonterías.

—Gerry, cómo puedes ser tan pesado. ¿Piensas que no sé todo lo que bebes? Pero si lo menciono, la pesada soy yo. ¿Crees que no tengo nariz? ¿O que no tengo ojos? Puedes seguir haciéndolo a mis espaldas hasta que no te quede hígado, si quieres. Y no es solo la bebida, son todas las decepciones que comporta. Y solo tú puedes ponerle remedio.

—Si vas en serio, entonces yo también.

—¿Cuántas veces he escuchado eso?

—Una o dos —dijo él, encogiéndose de hombros—. Pero después de lo sucedido esta noche, lo deajo.

—¿Estás haciendo una promesa?

—Sí.

—¿Una promesa sagrada?

—Yo no creo en esas cosas. Es mi voto. Es lo que yo me comprometo a hacer.

—¿Y si no la cumples?

—Buscaré ayuda. La renovaré.

—Que las cosas cambien está en tu mano y solo en ella.

—Logré dejar de fumar, lo más difícil que he hecho en mi vida. Tumbado junto a la chimenea, dando caladas al puro para que el humo se fuera por el tiro, contigo ya acostada.

—¿Y crees que no me daba cuenta, por la mañana, cuando entraba para correr las cortinas? Pero cuando lo conseguiste, me sentí orgullosa de ti.

Gerry cogió la mano de Stella y la acarició. La piel brilló bajo la luz oblicua. Parpadeó un momento y luego la miró.

—Lo siento —dijo.

—¿Qué sientes?

—Todo —dijo, y siguió mirándola, fijamente—. Cuando te miro, veo todo lo que eras —se produjo un largo silencio entre ambos—. Y lo que eres. Podrías haberte casado con cualquiera y haber hecho que funcionara.

—Menos contigo, obviamente.

—La admiración también es parte de ello...

—¿De qué?

—Del amor —dijo Gerry, y miró a su alrededor para ver si alguien podía oírlo—. Te quiero —susurró—. Tanto como te admiro.

Se produjo otro silencio entre ambos. Stella retiró su mano de la de Gerry y encogió los hombros.

—Te comportarías de otra manera si fuera así. Solías ser tan atento y cariñoso... Tu problema con la bebida lo arruina todo. La otra persona se queda completamente sola.

—Habías planeado la de este viaje.

—Era algo que me apetecía —dijo Stella, en voz baja—. Quería averiguar más.

—Lamento mucho el numerito de anoche...

—Ya he oído esa disculpa muchas veces.

—Con lo de anoche he llegado al tope.

—Me alegra oírlo.

Stella cruzó los brazos. Luego miró a Gerry fijamente.

—¿Y qué hay de las burlas? —preguntó.

—Nunca me he burlado de ti, Stella.

—¿Qué hay de mi fe?

—Eso es un debate. Debatir acerca del mayor engaño de nuestras vidas.

—Si eso no es burlarse, entonces no sé lo que es. La gente busca un sentido y un propósito en la vida.

—Y si el sentido y el significado que buscan es falso —dijo Gerry—, ¿entonces qué?

—Se busca de nuevo. Se busca con más fuerza. Se busca mejor, como diría el señor Beckett.

—¿Y si no hay nada ahí?

—Mi religión consiste en la práctica de mi religión. La misa es lo máspreciado de mi vida. Es el *storyboard* de cómo seguir adelante. Es lo que soy y tú tienes que respetarlo y respetarme, no burlarte de mí.

—Pero tú tienes que permitirme que yo posea mi propia verdad —respondió Gerry—. *La verdad*.

—Ya estás haciendo lo mismo de siempre. Despacharme de cualquier manera.

Stella miró a Gerry. Luego cogió su neceser.

—Perdón —dijo, levantándose con gesto vacilante. Gerry la observaba desde el asiento.

—Necesito saber —dijo él.

—Está bien, ahora vuelvo.

Durante la noche, los desperdicios se habían ido acumulando por todas partes. Las papeleras que Gerry no había sido capaz de encontrar estaban ahora desbordadas y la basura comenzaba a apilarse junto a ellas, en el suelo. Vasos de cartón para el café con sus tapas de plástico, periódicos, pirámides de envoltorios de sándwiches, pañuelos de papel, cáscaras de naranja y algo con toda la pinta de ser pañales usados y luego arrugados y anudados con fuerza. Pero ¿qué otra cosa podía hacer la gente? Estaba atrapada. Algo

brillaba en mitad de aquel desastre, pero era la mica del suelo. A medida que Stella avanzaba, parecía polvo de estrellas y titilaba, como si fuera escarcha. Le dolían las caderas de la postura en la que había estado sentada y notaba el estómago tirante. Sus entrañas parecían seguir contrayéndose tras la regresión. Tenía también una intensa sensación de frío, como si se hubiera tragado un montón de hielo. La cola para el servicio de mujeres salía del baño y se prolongaba hasta el pasillo, así que decidió pasar de largo. No parecía haber ningún sitio libre por ninguna parte. Finalmente, encontró un hueco — un espacio sin gente— junto a una pared. Depositó el neceser en el suelo y se agachó muy lentamente, con cuidado, dándose la vuelta para sentarse con la espalda apoyada en el muro. Había logrado sentarse, pero ¿lograría luego ponerse de pie? ¿Sin alguien que le echara una mano? Desde donde estaba, al menos podía vigilar la cola del baño. Tenía espacio para pensar, sentada en el suelo como una adolescente, con las rodillas dobladas. ¿Qué podía hacer? La clase de acuerdo que estaba proponiendo debía ser permanente. Para batirse en retirada rápidamente, una tenía que saber primero adónde quería ir. Su santuario se había esfumado la mañana anterior. Necesitaba otro sitio, otra idea. Y, en cierto modo, se sentía engañada. Había trabajado muy duro y aguantado mucho, y pensaba que disfrutar de una vejez acompañada era algo a lo que tenía derecho a aspirar, algo que se le debía. Como una pensión. Se merecía alguien en cuyo apoyo pudiera confiar. Qué era el amor, sino una vida entera de conversaciones. Y silencios. Saber cuándo callar. Sobre todo, saber cuándo reír. Cerró los ojos y rezó una pequeña plegaria, pidiendo que la decisión que tomara fuese la adecuada.

Si Gerry dejaba de beber, todo era posible todavía. Él era, básicamente, un hombre bueno y talentoso con un problema. Se preguntó si podrían llegar a algún compromiso. Prefería que él estuviera en su vida a que no estuviera, siempre y cuando estuviera sobrio. Y había más posibilidades de que lo estuviese si ella estaba presente en la vida de él. Pero Stella no quería tener que andar persiguiéndolo, como una gruñona. El cambio solo llegaría si Gerry se creía que iban a separarse de verdad. Una de las tiendas benéficas de Glasgow tenía un eslogan pintado en la ventana: «Nadie debería no tener a nadie». ¿Estaba él herido también por lo que le había pasado a ella en Belfast? Stella se había curado, pero él, tal vez no. ¿Era culpa suya que él

bebiera? ¿Debería darle otra oportunidad solo porque ella tenía la costumbre de darla? La cola del baño empezaba a acortarse.

En el camino de regreso, se sentía mucho mejor. Sus tripas se habían calmado considerablemente. Se subió en la cinta transportadora y disfrutó del placer de ser llevada, de moverse sin esfuerzo, su mano reposando sobre el pasamanos negro y afianzándola al mismo tiempo. Sabor a menta en la boca y la piel brillante, recién lavada. Tener que hacer cola en el baño no era nada nuevo para ella. Tampoco tener que asearse en un lavabo. Las toallas de manos y el papel se habían terminado —la mayor parte parecía haber acabado en el suelo, absorbiendo sabe Dios qué clase de humedades— y Stella se había tenido que secar la cara con la manga.

Gerry seguía sentado en el mismo sitio. Parecía aturdido. Stella intentó adecuar lo mejor que pudo el espacio que tenían a su alrededor. Imponiendo su sentido del orden, levantando un campamento para ambos, doblando periódicos abiertos y empujando con el pie la mochila de Gerry debajo del asiento, para que no se tropezaran con ella. Recogió un vaso de café y lo arrugó, pero no encontró dónde tirarlo, así que volvió a dejarlo donde estaba. Se encogió de hombros y se giró hacia Gerry, que se había puesto de cuclillas e intentaba, vagamente, ayudarla.

—Esto es imposible —dijo Stella.

Se sentó y le indicó a Gerry el sitio vacío que había junto a ella. Medio reptando hasta él, Gerry se sentó.

—Ahora que entrar en un colectivo religioso femenino ha dejado de ser una opción... —Stella cogió aliento y expulsó el aire con un suspiro igual de largo—. Si de verdad cumples tu palabra y dejas de beber, tal vez no tengamos que vender la casa.

Gerry asintió y puso su mano en el brazo de Stella. Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada.

—Todo irá bien —dijo Gerry.

—Una vez más.

—Y todo irá bien.

Stella hizo un gesto de pedalear con ambas manos, invitando a Gerry a continuar.

—«Y toda clase de cosas irán bien» —añadió Gerry, e hizo una pausa—. Me odio a mí mismo cuando bebo.

—Pues bebes todo el tiempo.

—Por eso me odio a mí mismo todo el tiempo.

—Pues yo te ayudaré a enamorarte de ti mismo de nuevo —dijo Stella.

Gerry cubrió con su mano la mano con la que Stella se aferraba al reposabrazos.

—No nos queda tanto tiempo por delante, así que deberíamos cuidarnos el uno al otro —dijo Stella.

—Lo que implica...

—Un ramo de flores de vez en cuando no estaría mal.

Gerry se agachó y sacó su mochila de debajo del asiento. Abrió la cremallera.

—Para la jardinera —dijo, sacando la bolsa de redecilla roja.

—¿Qué son?

—Bulbos.

—Hasta ahí llego. Me refiero a qué clase de bulbos.

—Una mezcla. Es lo que me dijo el hombre —contestó Gerry, y le pasó la bolsa a Stella.

Ella sonrió y escudriñó a través de la malla.

—Los puedes plantar enfrente de casa. Aunque este año ya hemos perdido el tren.

—¿Son tulipanes?

—Espero que no. Nunca podría superar el bochorno. «Tulipanes de Ámsterdam.»

—Pues muchas gracias por los... lo que sean.

—Podría haber algún tulipán entre ellos. Pero no tengo ni idea de qué color. Narcisos también. Y sabe Dios qué más. Por un momento pensé que me los iban a confiscar en el control de seguridad.

—Los plantaré en otoño —dijo ella—. El año que viene veremos.

Gerry sacó el paquete de Werther's del bolsillo y se lo ofreció.

—Comprados en Glasgow —dijo.

Stella le dio las gracias, abrió el paquete y se metió un caramelo en la boca.

—Creo que deberías coger uno también.

La nieve lo cubría todo formando una capa del grosor de un colchón. En algunos sitios era incluso más densa. Ondulaciones blancas y curvas suaves.

Se sentaron juntos, mirando hacia fuera. La luz del amanecer comenzaba a desplegarse de forma uniforme, todavía un bisel en el horizonte. Permanecieron callados durante un rato. A su alrededor, el aire empezó a impregnarse de un olor a mantequilla y azúcar. Poco a poco, el aeropuerto iba haciéndose visible, sus contornos dibujándose con nitidez a la luz de la nieve caída.

—¿Mejor o peor?

—Mucho peor —respondió Stella—. ¿Qué quieres decir?

—Es lo que el oculista pregunta siempre.

—¿Qué?

—¿Mejor o peor? Cuando te están ajustando las lentes.

—Pues mejor, ahora que entiendo la pregunta. Pero anoche, peor.

—¿Crees que saldremos hoy? —dijo Gerry.

—No tenemos más remedio que esperar a ver qué pasa.

Stella se puso las gotas de los ojos y parpadeó para evacuar el líquido sobrante. Luego se secó las mejillas con un pañuelo de papel. Sonrió.

—No ignoréis al burro que rebuzna a lo lejos.

Gerry asintió y añadió:

—«Y regresaron a casa bajo un cielo diferente al que había sido testigo de su salida.»

Ambos miraron hacia la oscuridad. Una luz brillante se insinuaba sobre los edificios al final de la dársena. Parecía un avión aproximándose para aterrizar. Las cosas debían de estar empezando a activarse de nuevo. Gerry propinó un pequeño codazo a Stella y señaló con la cabeza en dirección al avión que llegaba. Pero cuanto más miraban, menos parecía que aquello se moviera. La luz tenía un tono verdoso. Transcurrido un rato, ambos estuvieron de acuerdo en que no se trataba de un avión, sino del lucero del

alba. Luminoso como un foco. Venus. Stella dijo que los romanos veneraban a Venus como la diosa del amor. Gerry afirmó que había leído en algún sitio que, en ocasiones, era tan brillante que podía proyectar sombras. Si eso era verdad, entonces las sombras debían de estar allí mismo, ahora, proyectadas sobre la nieve intacta. Sin embargo, por más que escudriñaron no lograron ver ninguna.

Él trató de construir una imagen de aquel paisaje antes de la nieve. Y, una vez lo consiguió, sustrajo de ella también los edificios. Los desmanteló e imaginó cómo habría sido aquello hacía siglos, mucho antes de que volar fuera siquiera concebible, cuando el transporte consistía en una familia subida a una balsa o a un tronco hueco, huyendo del peligro, luchando contra la corriente. Luego se remontó miles de años atrás. Marismas, con el viento soplando entre los juncos y el agua reflejando el cielo iluminado. El canto de los pájaros. Bandadas de zarapitos volando de un horizonte a otro, en grandes círculos. Grupos de aves zancudas alzándose de manera simultánea y explosiva para recibir el día. En lugares como aquel, la gente había sido sacrificada, estrangulada, arrojada a la ciénaga y olvidada. Funerales por los supervivientes. Allí yacían, víctimas de una religión sin nombre, hasta que, alguien, en nuestro propio tiempo, los desenterrara y los drenara, maravillándose de su grado de conservación y hasta de su barba incipiente. Nada, excepto sus propios restos, registraría sus vidas. A Gerry, estar sentado allí junto a Stella, envueltos en aquella luz grisácea, le pareció un privilegio, algo maravilloso que poder hacer en aquel momento, a pesar de la pesadilla que los rodeaba. Creía que cada cosa y cada individuo en el mundo eran dignos de atención, pero la persona que estaba a su lado superaba con mucho todo eso. Para él, su presencia era tan importante como el propio mundo. Como las estrellas que lo cubrían. Y si ella era un ejemplo de la bondad de ese mundo, entonces, poder transitar por él a su lado era un milagro más que suficiente.

«Dichosos los hombres que aman a la mujer con la que se casan,
pero más dichoso aquel que ama a la mujer con la que está casado.»

GILBERT K. CHESTERTON

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que
ha dedicado a la lectura de *Unas vacaciones en invierno*.
Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así
ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de
nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en
www.librosdelasteroide.com, en [@LibrosAsteroide](https://www.facebook.com/librosdelasteroide) o en
www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará
información completa y detallada sobre todas nuestras
publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para
hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Bernard MacLaverty (Belfast, 1942) es autor de cinco libros de relatos y cinco novelas, entre ellas *Lamb* (1980) y *Cal* (1983), que fueron llevadas al cine a partir de su guion original, y *Solo a dos voces* (1997), finalista del premio Booker y ganadora del premio Saltire al mejor libro escocés del año. También ha realizado la adaptación de sus obras a radio y televisión. Su última novela, *Unas vacaciones en invierno* (2017; Libros del Asteroide, 2019), fue considerada libro del año por The Guardian, The Sunday Times, The Irish Times, The Herald Scotland y Mail on Sunday y fue ganadora del premio Bord Gáis. Actualmente vive en Glasgow.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Unas vacaciones en invierno*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[Sigo aquí](#), Maggie O'Farrell

[El embalse 13](#), Jon McGregor

[El final del affaire](#), Graham Greene